





UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY



UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

TOM. II

BT306
.49
J4
v. 2

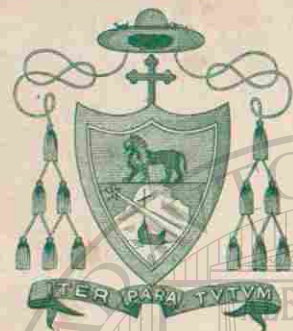
008631

IMPRESA
Y ENCUADERNACION.

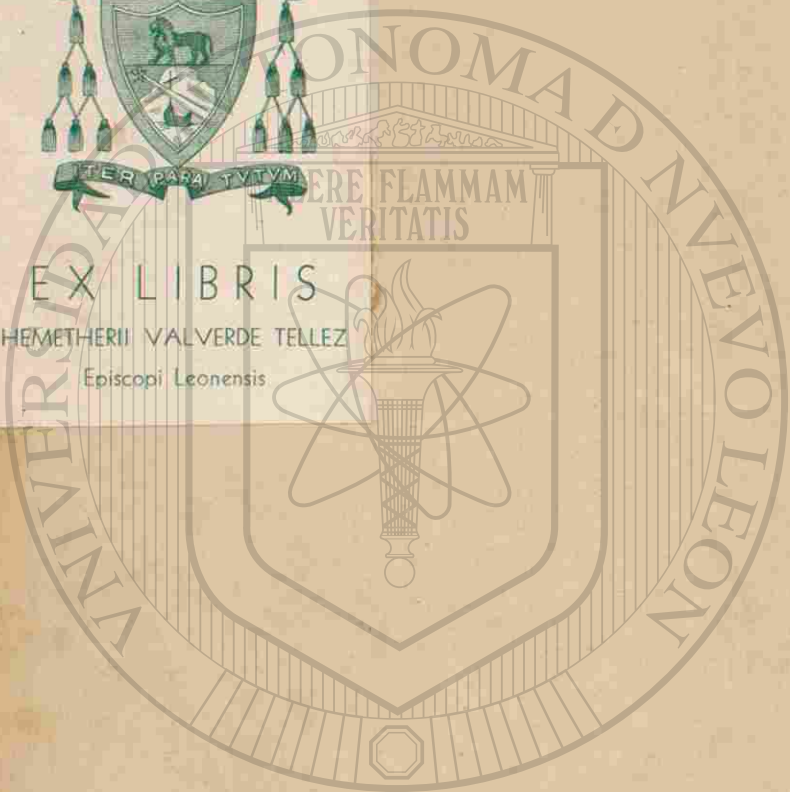
ATANASIO QUIJANO.
Calle de la Constitución Numero 4.
TOLUCA.



1080014845



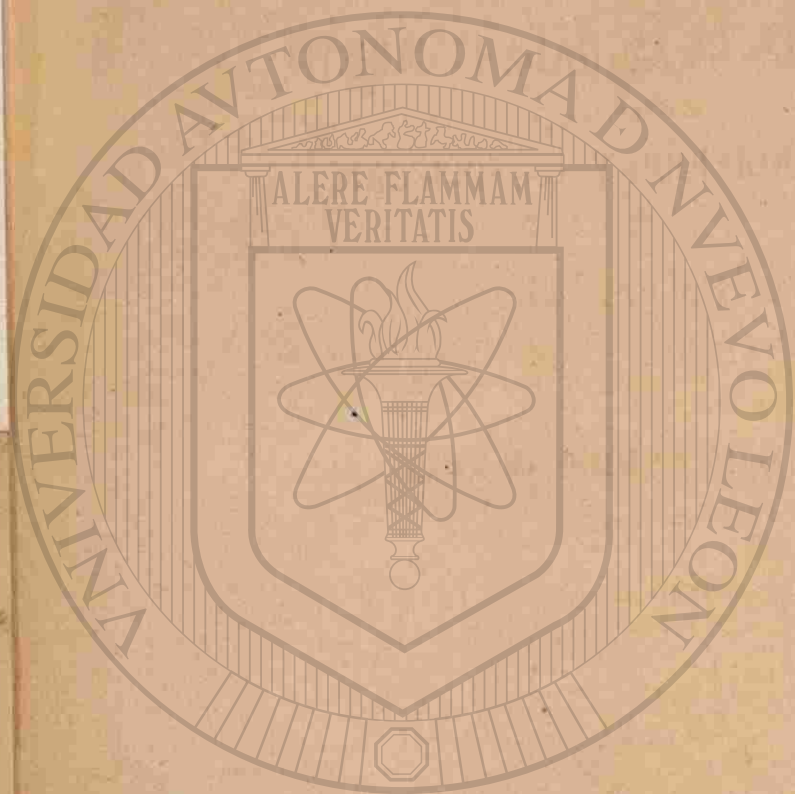
EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



JESUCRISTO

EN EL

EVANGELIO Y EN LA SAGRADA EUCARISTÍA

SU INFLUENCIA

SOBRE EL INDIVIDUO Y LA SOCIEDAD.

SERMONES

predicados en las solemnes funciones de la Real Archicofradía de las Cuarenta Horas, en la iglesia de Santo Tomás de esta Corte, en los años 1862, 1864 y 1866,

POR EL ILMO. SR. DR. DON BENITO SANZ Y FORES,

OBISPO DE OVIEDO.

TOMO II.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tebez

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

MADRID:

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE D. E. AGUADO.

Calle de Pontejos, 8.

1879.



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

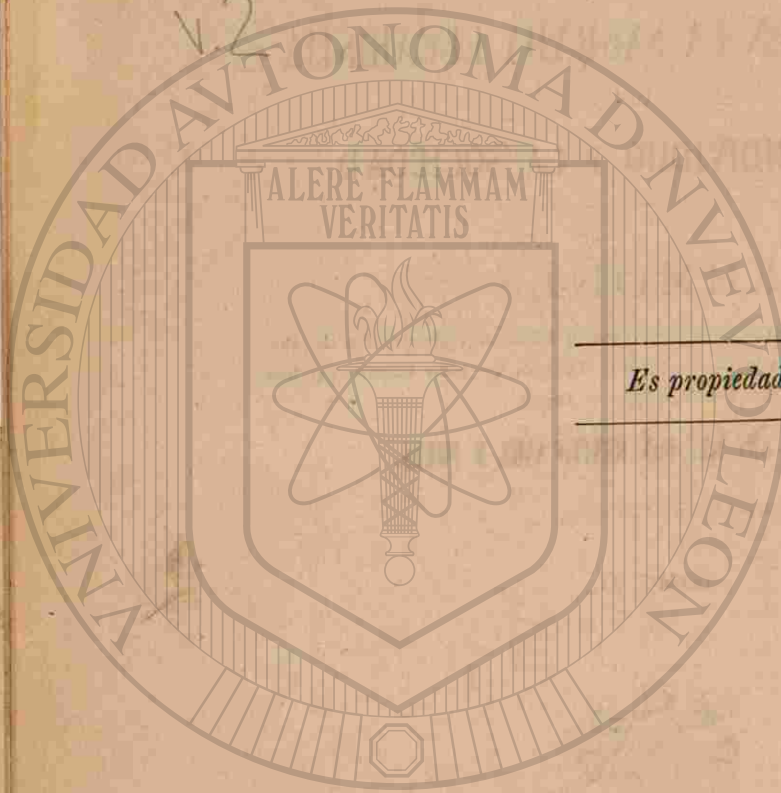
45245

BT306

49

J4

v2



Es propiedad del Autor.

AÑO 1864.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

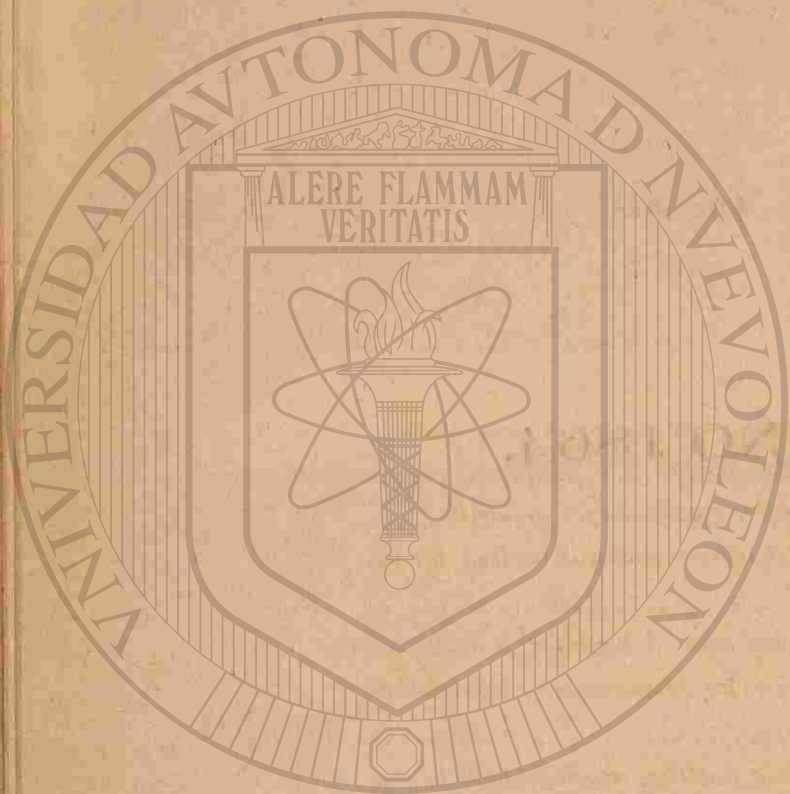


FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



008631



ÍNDICE.

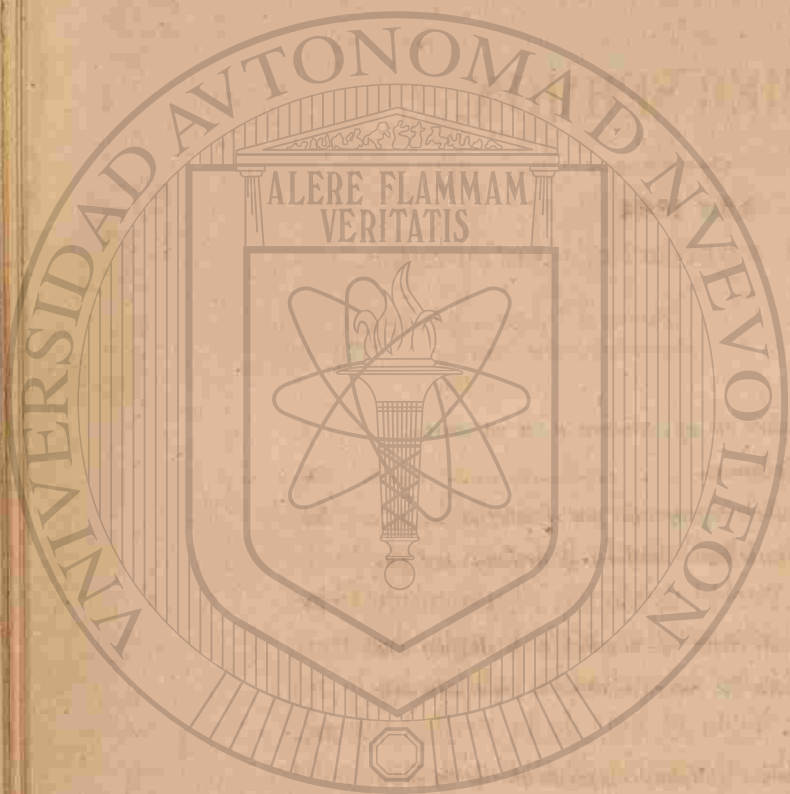
Año 1864.

PÁGINAS.

PRIMER SERMON.— <i>El hombre en su creación y en su caída...</i>	1
SEGUNDO SERMON.— <i>La Religión.....</i>	30
TERCER SERMON.— <i>El hombre regenerado por Jesucristo.....</i>	54
CUARTO SERMON.— <i>El Catolicismo modera y ordena las pasiones.....</i>	78
QUINTO SERMON.— <i>Jesucristo eleva al hombre y le deifica con la gracia que le comunican los Sacramentos, y especialmente la Sagrada Comunion.....</i>	103
SEXTO SERMON.— <i>La Iglesia Católica, complemento de la obra de Jesucristo, única depositaria de los tesoros de la redención.....</i>	132
SÉPTIMO SERMON.— <i>Influencia del Catolicismo sobre la sociedad.....</i>	156
OCTAVO SERMON.— <i>Doctrina social de Jesucristo: beneficios del Catolicismo.....</i>	180
NOVENO SERMON.— <i>Estado actual del Catolicismo en la sociedad: necesidad de volver á él para la felicidad de los pueblos.</i>	206

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRIMER SERMON.

El hombre en su creacion y en su caida.

*Faciamus hominem ad imaginem
et similitudinem nostram.*

(Gen. I, 26.)

DE nuevo, Señores, nos llama la Religion á este santo templo: de nuevo la piedad cristiana, desplegando todas sus magnificencias, nos convida á contemplar esa Hostia veneranda. ¿Quién es? Escuchad la palabra de la fe: solo ella, elevándose hasta el seno de la verdad eterna, y recibiendo humilde la ciencia de sus misterios, sabe respondernos. Es el Verbo eterno, que se hizo hombre para ser el hermano, el maestro y el amigo del hombre, y que al volver al cielo, de donde descendiera, halló en su sabiduría el secreto de estar á la vez á la diestra de su Padre siendo la gloria de los bienaventurados, y en la tierra para ser la esperanza, la fortaleza y el sosten de los que caminan á la bienaventuranza. Es Jesucristo, que dijo á los Apóstoles y repite cada momento desde ese altar santo: «Hé aquí que estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion del siglo (1). Si os fatiga el

(1) Matth. XXVIII, 20.

trabajo y os oprime la tribulacion, venid á mí y yo os aliviare (1). Si temeis extraviaros, venid á mí: yo soy el camino, la verdad y la vida (2). Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de vida eterna (3). Si sois débiles, venid á mí; yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: tomad y comed, este es mi cuerpo (4); el que me come vivirá por mí, vivirá de mi misma vida, vivirá eternamente (5).»

Al eco de esta palabra responde la Iglesia dirigiéndose á nosotros con el Salmista Rey: Venid, adorémosle, y ante él doblemos la rodilla, porque es nuestro Dios, y nosotros somos su pueblo (6). Vosotros, hermanos míos, respondiendo á esta invitacion, acudís presurosos y llenais las naves de este templo, humillando vuestra frente ante el trono de Dios, y levantando vuestro corazon hácia el tabernáculo del amor. Vuestra adoracion es el testimonio de vuestra fe, la expresion de vuestra esperanza, y la prueba de vuestra caridad. Pero no basta la adoracion. ¿No oís la voz del Padre que resuena sobre el Tabor de esa nueva transfiguracion? Nos dice lo que á los Apóstoles en el monte: «Este es mi hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias: escuchadle (7). Escuchad su palabra, meditad su doctrina, practicad lo que os enseña.

Yo vengo, amados míos, á hablaros de esa doctrina celestial. Esta es la mision del Orador sagrado, ministro

(1) Matth. XI, 28.

(2) Joann. XIV, 6.

(3) Id. VIII, 12.

(4) Matth. XXVI, 26.

(5) Joann. VI, 51, 58, 59.

(6) Psalm. XCIV, 6.

(7) Matth. XVII, 5.

de Jesucristo. Hubo un tiempo feliz en que al hacerlo el representante de Cristo, constituido en medio de una sociedad sinceramente católica, no encontraba el error y la corrupcion sino en algunos miembros de ella. Ese tiempo pasó, merced á los esfuerzos de una filosofía, aborto á la vez y madre de la impiedad, que ha trasmitido su veneno del individuo á la familia, y de esta á la sociedad, y nos hallamos en dias tristes que preludian los que anunciara el mismo Jesucristo. «¿Creeis que viniendo el Hijo del hombre á la tierra, encontrará en ella la fe? (1) El hombre no comprendió su grandeza y su verdadero honor, se ha degradado en sus ideas y en sus deseos, comparándose á los irracionales, y se ha hecho semejante á ellos (2); y mirando Dios al mundo para ver si hay alguno recto en sus ideas y santo en sus acciones, lo encuentra apenas (3), porque hé aquí, dice el Señor, que dos males ha hecho mi pueblo: me ha dejado á mí, que soy la fuente de aguas vivas, y ha cavado para sí cisternas abiertas y disipadas, que no pueden contener las aguas (4). Por ello el orador católico, en el desempeño de su ministerio, se ve en la necesidad de desterrar con luz divina las tinieblas del entendimiento obcecado, de penetrar en los senos del corazon corrompido, y de guiar por fin al hombre y á la sociedad al sacrificio que pide la verdad y exige la virtud.

Mision sublime, Señores, mision consoladora, pero imponente por su misma grandeza y sublimidad. ¿Quién podrá llenarla cumplidamente? Yo vine hace dos años á ensayar mis débiles fuerzas en esta grande obra,

(1) Luc. XVIII, 8.

(2) Psalm. XLVIII, 13.

(3) Id. XIII, 1.

(4) Jerem. II, 13.

y vosotros acogisteis benévolos mis palabras, que hallaron eco en muchos corazones. Bendigo á Dios por ello, y os doy gracias á vosotros. Esto me anima á continuarla, al ser llamado para ocupar otra vez la cátedra santa durante estas solemnes funciones, y me anima no menos la idea, confirmada por aquel resultado, de que hablo á un pueblo en quien el error, si bien ha hecho prosélitos, no ha echado tan hondas raíces como en otras partes, á un pueblo cuya inmensa mayoría conserva pura su fe, viva su piedad. Ahora, como entonces, os hablaré de Jesucristo y de su doctrina influyendo sobre el individuo y sobre la sociedad, para elevar á uno y otra á la grandeza que en sus designios se propuso el Creador. Para proceder con orden, consideremos en este primer discurso al hombre en su creacion y en su caída.

1.

Todo sér inteligente se propone un fin en sus acciones, y cuanto más se desenvuelve la inteligencia en el seno de la verdad y del bien, tanto es más noble el fin que se propone. Dios, pues, inteligencia infinita, infinitamente desenvuelta en el seno de la verdad y del bien, que es él mismo, no puede menos de proponerse un fin infinitamente digno de él. Ese fin no puede ser sino Dios mismo: solo en la Divinidad y en la manifestacion de sus atributos, se encuentra ese término de su accion. Todo lo ha hecho Dios por sí mismo y para sí mismo, exclama el Sábio (1), porque él es el principio y el

(1) Prov. XVI, 4.

fin (1). Todas sus obras son grandes, canta David (2), y en ellas nos ofrece la ostentacion de su Omnipotencia, sacándolas de la nada con el imperio de su palabra (3); el reflejo de su sabiduría, que las ordena en número, peso y medida (4); la idea de su bondad y de su belleza, que en todas brilla; el testimonio de su amorosa providencia, que las conserva; y la magnificencia de su gloria, que cantan los cielos (5), y repiten los mares, y se reproduce en el eco de los abismos (6).

Cuando llegó el momento de realizar sus eternos pensamientos, haciendo brotar en el seno de la nada lo que llamamos *la creacion*, habló Dios por su Verbo, que es su palabra substancial, y al punto la creacion con toda su belleza, con toda su magnificencia, se presenta á la vista del Creador. A cada orden de cosas que aparece ante él, exclama el Señor: «esto es bueno (7),» y cuando se ha completado la obra; cuando los mundos con todas sus armonías giran en la inmensidad del espacio; cuando rebotando brillo y grandeza los astros, y las plantas y todos los seres están en presencia del que los ha criado, se aplaude, se felicita á sí mismo, diciendo: Todo, todo es muy bueno: *Vidit Deus cuncta que fecerat, et erant valde bona* (8).

Pero ¿ha criado Dios todas estas cosas para contemplarlas él solo, y gozarse en ellas en el silencio y en el reposo de su eternidad? No, Señores: Dios no las nece-

- (1) Apoc. I, 8.
 (2) Psalm. CX, 2.
 (3) Id. CXLVIII, 6.
 (4) Sap. XI, 21.
 (5) Psalm. XVIII, 1.
 (6) Habac. III, 10.
 (7) Gen. I, 10.
 (8) Id. id., 31.

sita. Eternamente existia sin ellas, y nada faltaba á su gloria y su felicidad: las ha criado, y nada añaden á su grandeza y á su gloria esencial (1). Dios las ha hecho para que recoja sus mudas armonías un sér privilegiado, que forme con ellas un himno de alabanza, y elevándose por las criaturas al conocimiento del Creador (2), le ofrezca un tributo de adoracion, de gratitud y de amor, mereciendo en premio una comunicacion más directa de la gloria y de la felicidad de Dios. Ese sér privilegiado es el hombre, pequeño mundo en el gran mundo de la creacion, lazo misterioso que estrecha las obras de Dios con Dios mismo, nuevo angel y adorador mixto, expectador de la naturaleza visible y contemplador de la invisible, en expresion del Nacienceno (3).

Contemplemos, pues, al hombre, hermanos míos, y fijémonos desde luego en las palabras que preceden á su creacion: *Faciamus hominem* (4). ¡Ah! No es esta la palabra que usa Dios para mandar á la nada, y desenvolver el caos, y hacer que aparezcan en el espacio sus demás obras. Sea la luz, y la luz es hecha: hágase el firmamento, y al eco de su palabra omnipotente se extiende el firmamento como pabellon hermoso sobre la tierra (5); y los cielos, y la tierra, y el inmenso mar aparecen á su vez con todos los seres que los pueblan, y

(1) Non ipse beatus, quia hæc fecit; sed quia etiam factis non egens, in se potius quam in ipsis requievit.... quia non hæc faciendo, sed in his quæ fecit, non egendo, se beatum intimavit. (S. Aug., de Gen. ad litt. lib. 4, cap. 17.)

(2) Sap. XIII, 5. Rom. I, 18.

(3) Hominem velut secundum quemdam et alterum mundum, in parvo magnum, in terra constituit, angelum alium, mixtum adore, visibilis naturæ spectatorem, invisibilis myst., etc. (S. Greg. Naz., Serm. in Nativ. Dom.)

(4) Gen. I, 26.

(5) Id. id., 7.

empieza con ellos el curso de los siglos, de los años, de los meses, los días y las horas. De este modo rápido é imperioso obra Dios en toda la creacion; pero cuando se trata del hombre que ha de ser su rey y su pontífice, lo hace de un modo más solemne y magnífico. *Hagamos al hombre*. Este modo de expresarse, dice el Crisóstomo, insinúa desde luego la grandeza y preeminencia del que va á ser criado (1). *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza* (2). ¿Es posible no reconocer misterios en esta palabra? ¿Por qué no empieza á revelarse el misterio de las divinas Personas hasta el momento que precede á la creacion del hombre? ¿Es que entre todas las criaturas será la única que pueda gloriarse de ser obra de la adorable Trinidad? ¡Ah no! En lo que Dios hace fuera de sí mismo, las tres divinas Personas son inseparables. ¿A qué, pues, esa manifestacion tan explícita de la Trinidad en la creacion del hombre, sino para dar á entender que le ha escogido para reflejar en él su imagen y semejanza, y para que sea como el Señor de todas las criaturas? Hé aquí por qué habla Dios de sí mismo en plural; hé aquí por qué Dios uno y trino entra en consejo consigo mismo; porque cada una de las tres Personas quiere en cierto modo contribuir en algo de lo que le es propio para la ejecucion de tan grande obra (3).

¡Oh hombre! Cuán grande es tu nombre si supieras conocerte, dice Tertuliano (4). ¡Oh hombre! cualquiera que sea el rango que ocupes en la sociedad de tus seme-

(1) Ipsa verborum figura præ se fert honorem, qui nascenti defertur. (S. Joann. Chrys., Serm. 2 in Gen.)

(2) Gen. I, 26.

(3) Bossuet: Sermon sobre la Trinidad.

(4) Tu, homo, tantum nomen si intelligas te. (Tertull., Apolog. adv. Gentes, c. 48.)

jantes, exclama un orador ilustre, ¿quieres descubrir el original de los rasgos sublimes que todos los días te afanas en borrar con el pecado? Ven un momento; deja la tierra; aunque caiste de tu primitiva grandeza, conservas las alas de la fe; desplégalas, remóntate á las regiones superiores, sube al cielo; más todavía, sí, más allá de los astros, y de los cielos, y de los ángeles, y de los serafines. Sube, sube más aún, y cuando encuentres sobre los cielos de los cielos una naturaleza divina y perfecta, que existe en los siglos de los siglos, que es la bondad, la sabiduría, la justicia, el poder, la santidad, la belleza, el bien inmutable que ha criado todas las cosas; cuando te veas forzado á bajar los ojos ante los resplandores que la circundan; en una palabra, cuando te veas en la presencia del infinito, detente, contéplale si te es posible, y no podrás menos de exclamar: «Este es mi modelo y mi original, á su semejanza fui criado.» Él mismo lo ha dicho: Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza (1).

¡Oh Dios! Qué grandeza, diré con el Profeta: oí tu palabra, y temí; consideré tu obra, y quedé pasmado (2). Examinémosla detenidamente. Despues de entrar Dios en consejo consigo mismo, forma del barro un cuerpo perfecto. Del barro, hermanos, para que nunca olvide que toda su grandeza la recibe de Dios, y ante él se humille y le adore con amor. Ese barro, en las manos de Dios, se convierte en la más bella figura de la creacion, en una maravilla, cuya sola descripcion, ha dicho un filósofo, es el más hermoso himno cantado en alabanza de la Divinidad. Pero, á pesar de todo, este maravilloso

(1) Dupanloup, *Sermon sobre la caída del hombre*.

(2) Habac. III, 1.

cuerpo no es todavía más que una bella estatua sin vida; no es aún la imágen de Dios. Para que lo sea, inspira éste en su rostro soplo de vida, y queda hecho ánima viviente (1). Con este soplo recibe la vida espiritual y la vida material, y se realiza entre el cuerpo formado de la tierra, y el alma infundida por Dios esa union y comercio que constituye el primer misterio de la naturaleza.

Tal es, Señores, el hombre, segun la sencilla historia de su creacion, pequeño mundo correspondiente á la vez al mundo de los espíritus y al mundo de los cuerpos, admirable compuesto de uno y otro, compendio misterioso del cielo y de la tierra, anillo de toda la creacion, que por su alma pertenece á la innumerable gerarquía de seres espirituales, que de grado en grado se elevan hácia Dios, y por su cuerpo á esa cadena inmensa de seres corporales, cuyo último anillo se oculta y se pierde en la profundidad del mundo visible, y por ambos caracteres el eslabon intermedio que, enlazando los dos extremos, completa la armonía del universo. ¡Cuántas maravillas! ¿Qué es todo lo demás al lado de este prodigio, que pareciera imposible si Dios no lo hubiese obrado?

Pero ¿en qué consiste ese soplo divino, que vivifica al hombre? ¿Qué es, y qué hace en él esa alma que Dios le infunde? Escuchad á Santo Tomás de Villanueva: Ciertamente es grande, y muy grande, la excelencia del alma racional. Es una sustancia simple, celestial, espiritual, inteligente y libre, semejante al ángel y próxima á él. Si quieres conocer su grandeza, es capaz de Dios: si quieres descubrir su belleza, es imágen de

(1) Gen. II, 7.

Dios (1). Por ello dice Bossuet: Dios no la saca de la materia; la inspira desde lo alto; es un soplo que viene de él mismo; es una nueva creacion, y esto es lo que significa el soplo de vida que Dios infunde en el hombre (2). Ella es la que, dando vida á la materia, hace al hombre capaz de fuerza, de grandeza, de verdad y de virtud. Ella le hace mandar sobre la tierra, y desde el punto imperceptible que ocupa en su superficie, extender á todas partes su imperio; y desde la escarpada cima de las montañas hasta la profundidad del valle, y desde la flor, que vive un día, y al morir esparce ligero perfume, hasta el sol que mide los siglos y preside en el espacio, todo lo sujeta á su estudio, á su cálculo y á su imperio. Ella, con uno solo de sus pensamientos, llega á las extremidades de la tierra, y sin cansarse pasa más allá todavía, y de un vuelo se remonta á la altura de los cielos, y desciende á los abismos, y pone ante sí los siglos que pasaron, y atraviesa los venideros, y se lanza en la eternidad. ¿Admiramos la virtud y el heroísmo, la sublimidad del genio y la inspiracion, que osada se adelanta á la conquista de la gloria? En el alma reside: en ella tiene su origen. Su grandeza es un misterio que solo se explica con la palabra de la fe, con la palabra de Dios: *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza.*

Este es el principio de la verdadera grandeza del hombre y de su felicidad primitiva. Es grande, porque es imágen de Dios; es feliz, porque se parece á Dios.

(1) Magna certe et valde magna dignitas et excellentia animæ rationalis: thesaurus ingens in vase fictili, ut ait Apostolus.... natura simplex, cœlestis, spiritualis, intellectualis, angelo similis et propinqua. Si magnitudo ergo quæritur, Dei capax est: si pulchritudo, Deo similis est. (S. Thom. à Vill., *Serm. in Dom. 2 post Epiphân.*)

(2) Bossuet, *Hist. univ.*, parte 2.^a

Preciso es, pues, conocer á Dios, para formarnos idea de la grandeza del hombre. Dios, ¿qué es? ¿Cuál es su nombre? *Ego sum, qui sum* (1). Soy el que soy, el Sér por esencia, dice el Señor á Moisés. El sér por esencia, Señores, el ser necesario, y como necesario eterno, infinito. Siendo así, tiene y conoce en sí la perfeccion infinita. Es, pues, inteligencia, sabiduría, razon suprema. Conociendo su ser y sus perfecciones, no puede menos de amarse: es, pues, amor, y amor infinito como la sabiduría, infinito como el sér. La idea, pues, de Dios se resuelve en esta otra: vida, inteligencia, amor esencial é infinito. Hé aquí á Dios; solo así le comprende el hombre: separad de la idea de Dios una de estas tres ideas, y la destruí.

Ahora bien: el hombre es criado á imágen y semejanza de Dios. Es verdad que no es infinito, porque entonces no sería una imágen, sería igual á Dios, y Dios no hay más que uno; pero en un orden finito tiene todo lo que en Dios es infinito. Escuchad á San Agustin, que en pocas palabras lo explica al meditar estas verdades. Sí, Dios mio, yo vivo, yo pienso, yo amo: tengo la vida, la inteligencia, el amor. Tres potencias distintas en la única esencia de mi alma (2). Tres potencias que nos hacen imágen de Dios. Semejantes al Padre, hechos á imágen del que es, somos tambien, existimos, tenemos vida: semejantes al Hijo, hechos á imágen del Verbo, tenemos la inteligencia: semejantes al Espíritu Santo,

(1) Exod. III, 14.

(2) Dico autem hæc tria: esse, nosse, velle. Sum enim, et novi, et volo: sum sciens et volens; et scio esse me et velle; et volo esse et scire. In his igitur tribus quam sit inseparabilis vita, et una vita, et una mens, et una essentia, quam denique inseparabilis distinctio, et tamen distinctio. (Confer. lib. 13, cap. 12, de Trinit., lib. IX, 5.)

hechos á imagen de la caridad increada, amamos también; además de la vida y de la inteligencia, tenemos el amor. Dichosa criatura, exclama Bossuet, dichosa en su semejanza con Dios, si se ocupa tan solo de él. Perfecta entonces en su sér, en su inteligencia y en su amor, conoce cuanto es, ama cuanto conoce: su sér y sus operaciones son inseparables, y Dios viene á ser la perfeccion de su sér, el alimento inmortal de su inteligencia, y la vida de su amor (1).

Pasemos adelante, y consideremos el resultado inmediato que produjo en el hombre ese carácter de la divina semejanza, esa luz del divino rostro, comunicada y puesta como un sello en la frente de la criatura predilecta del Eterno (2). Ese resultado es la comunicacion de la felicidad, hija de la vida y de la perfeccion. La felicidad, hermanos míos, es la paz, es el órden, dice San Agustín (3); es la armonía perfecta de las partes en sí mismas y en sus relaciones con el todo. La felicidad infinita está en Dios. En él es esencial, porque es la santidad, el órden, la armonía por esencia. De Dios, con la comunicacion de esa armonía, se trasmitió al primer hombre en su creacion. Constituido por Dios en estado de inocencia, enriquecido con dones especialísimos, unido á Dios, imagen suya, no podia menos de ser feliz. Todo su sér estaba en un equilibrio perfecto: en paz admirable caminaba todo á su fin sin obstáculo, sin resis-

(1) Bossuet, *Elevaciones*.

(2) Psalm. IV, 7.

(3) Pax animæ rationalis ordinata cognitionis, actionisque consensus..... Pax hominis mortalis et Dei, ordinata in fide sub æterna lege obedientiæ..... Pax hominum ordinata concordia..... Pax cœlestis civitatis ordinatissima et concordissima societas fruendi Deo et invicem in Deo. Pax omnium rerum tranquillitas ordinis. Ordo est parium dispariumque sua cuique loca tribuens dispositio. (*S. Aug., de Civit. Dei, lib. 29, c. 13.*)

tencia. ¡Qué órden, qué armonía, que felicidad! ¿Qué otra mayor, Señores, en la tierra y en el órden de la naturaleza, que vivir, pensar y amar? Vivir en la plenitud de la luz, y en el conocimiento de la verdad, es la delicia más pura de las más nobles inteligencias (1). Descansar el corazón en una afeccion pura, es la delicia de la vida y el colmo de la dicha (2). ¡Qué mucho si es la felicidad de los ángeles, si es la del mismo Dios! Esta era la del primer hombre en su primitiva grandeza: vida perfecta, inteligencia sin sombra, amor santo, que descansaba en la posesion pacífica de la verdad conocida y del bien amado.

Sabia que Dios le habia criado para que le conociera, conociéndole le amase, y amándole fuera feliz (3), y á Dios, como su objeto primario, dirigia su inteligencia; en él, como en el único objeto digno, depositaba su amor, y sabiendo que de él lo habia recibido todo, á él lo devolvía con homenaje de adoracion y de gratitud. Colocado entre el tiempo y la eternidad, comunicándose, como dice Santo Tomás (4), con el mundo visible por su cuerpo, y con el invisible por su espíritu, y compilando toda la creacion en sí mismo, se postra ante el Señor de todo lo criado. A su vista, el hermoso cielo publica la

(1) Beata quippe vita et gaudium de veritate. (*S. Aug., Confes. lib. 10, c. 13.*) Hæc est beata vita, pie, perfecte cognoscere à quo inducaris in veritatem, qua veritate perfruaris, per quid connectaris summo modo. (*Id. de vita beata.*)

(2) Ibi est locus quietis imperturbabilis, ubi non deseritur amor, si ipse non deserat. (*Id., Confes. lib. 4, c. 11.*)

(3) Fecit Deus rationalem creaturam, quæ summum bonum intelligeret, intelligendo amaret, amando possideret, et possidendo frueretur. (*Id., de diligendo Deo, c. 2.*)

(4) Homo dicitur minor mundus, quia omnes creaturæ mundi quodammodo inveniuntur in eo..... quasi medium quoddam existens inter spirituales et corporales substantias. (*D. Thom., 1. p., q. 91, a. 1.*)

gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos (1). De todos los puntos del universo, de los cálices de todas las flores, de todos los seres animados é inanimados, se eleva un concierto armonioso de gratitud y de alabanza. Solo el hombre lo comprende, y como palabra y voz de toda la creación, formula y hace llegar al trono del Criador el himno de sus glorias, el culto de la tierra, la adoración de la naturaleza material y sensible (2). Dios lo acepta de su mano, y lo bendice, y bajo del influjo de esta bendición, el primer hombre vive en un grado sublime de felicidad. Esta felicidad debía transmitirse á su descendencia: sus hijos debían nacer en la inocencia y santidad original, como arroyos de una fuente purísima, y por lo mismo, como su primer padre, reyes, señores del mundo, respetados por toda la creación (3). Esta felicidad, en fin, había de nacer constantemente, á medida que la mereciese el hombre, hasta llegar á su consumación en la tierra primero, y en el cielo después y para siempre. Dios mismo se lo revela para que la esperanza acreciente su dicha, anunciándole el misterio del Verbo eterno que se unirá á la naturaleza humana elevándola al orden divino para consumación de su gloria (4).

Y bien, hermanos míos, ¿conserva el hombre todos sus títulos de honor y de grandeza? ¿Qué se ha hecho de

(1) Psalm. XVIII, 2.

(2) *Hominem propter se creavit Deus, scilicet ut esset qui opera ejus intelligeret, qui providentiam disponendi, rationem faciendi, virtutem consumandi, et sensu admirari, et Verbo proloqui posset. Quorum omnium summa est, ut Deum colat, etc. (Lactant. lib. 7.)*

(3) *Filii parentibus assimilati fuissent, quantum ad originalem justitiam. (D. Thom., 1 p., q. 100, art. 1.)*

(4) *Ante peccatum Adam habuit fidem explicitam de Christi incarnatione, prout ordinabatur ad consummationem gloriæ. (D. Thom. in c. 5 Epist. ad Ephes.)*

su felicidad primitiva? Desgraciadamente la perdió en su lamentable caída.

SEGUNDA PARTE.

Quando comparamos lo que del primer hombre nos dice la sagrada historia de la creación, con lo que vemos en nosotros mismos y observamos por do quiera, hallamos una diferencia inmensurable. El primer hombre, reflejando en su alma los rasgos de la divinidad, gozando delicias inefables, viviendo en el orden, en la paz, en la armonía más perfecta con Dios, consigo mismo y con toda la creación sometida á su imperio; y ese mismo hombre después, y tras de él la humanidad entera viviendo en la ignorancia, en la corrupción, en el desorden, sujeta á todos los males, ocupan dos extremos opuestos en un todo. Algun misterio debe esconderse en este repentino tránsito de la felicidad á la miseria. Por otra parte, la armonía asombrosa y nunca interrumpida de la creación en todas sus partes, forma un contraste manifiesto con las agitaciones, con el desorden del hombre, para quien fueron hechas todas las cosas. Algun misterio debe haber en esto, y lo hay, Señores; es el pecado original (1). El hombre es un enigma, cuyo primer término es el pecado original, y el segundo la redención. Estudiemos ese enigma, en el cual, como en un laberinto, se complica y enreda nuestra condición, y sin el cual el hombre es inexplicable (2).

(1) Aug. Nicolás. *Estudios filosóf. sobre el Cristianismo*, lib. 2, c. 3.

(2) Pascal, *Pensamientos*.

Dios hizo al hombre recto (1), y le señaló como término de su carrera una gloria imponderable, preparándosela como un premio que debía merecer. Por ello le hizo libre: la libertad es condicion necesaria para el mérito. El ejercicio de esta libertad exigía que el hombre fuese sometido á una prueba, en la que acreditase la grandeza de su alma y el grado de su virtud. La prueba para un sér libre es la ocasion que se le ofrece de sacrificarse por el cumplimiento de su deber, ó de sacrificar el deber á la pasión y al egoismo. El deber de Adán era amar á Dios, adorarle, reconocer sus beneficios, y en todo someterse á su voluntad. Faltábale la ocasion de probar su fidelidad con un sacrificio, y Dios le prueba imponiéndole el precepto de no comer de un solo árbol del paraíso (2).

Esa órden tan sencilla del Criador es la expresion de la soberanía divina y de la dependencia del hombre, porque pone un límite al dominio, á la ciencia y á los goces de este. Con ese precepto, Dios dice al hombre: te he dado todas las cosas; las he sometido á tu imperio; pero hé aquí una que limita tu poder y cuyo uso te prohibo. Esto te enseña que dependes de mí, que eres un príncipe tributario. Si me desobedeces, si por amor á mí no te privas de ese fruto, te harás indigno de lo que te he dado; más indigno aún de lo que te he prometido. Tú no conoces el secreto de la muerte, ni la desgracia de un corazón separado de Dios. No puedes conocerlo sino por la experiencia, y esta te haría infeliz. Para no serlo, no busques ese secreto, no comas de ese árbol: en el momento que pases de este límite, perderás mi amistad, conocerás el mal, morirás de muerte (3). Porque te amo,

(1) Eccli. VII, 30.

(2) Gen. II, 17.

(3) Id. id.

hago tuyas todas las cosas: como prueba de que me amas, quiero que te abstengas de comer esa fruta que podría deleitarte por su hermosura y sabor exquisito. Te impongo el sacrificio de un goce en aras del deber y del amor, para asegurarte la posesion de un bien mayor y merecer otro más perfecto.

Tal es, hermanos míos, el significado de esa prohibicion que Dios pone al hombre. ¿Y no es digno de Dios exigir de su criatura un homenaje de sumision? ¿No es justo que el hombre reconozca la superioridad del Criador, sometiéndose á un deber que le impone? Para probar este obsequioso rendimiento de Adán, dice el Crisóstomo, pone Dios su precepto: promulga la ley para explorar la voluntad de aquel. El árbol estaba en medio, entre Dios y el hombre, por así decirlo, haciendo esta exploracion (1).

¡Cuán fatal es á la humanidad el resultado de esta prueba! El espíritu del mal seduce á la mujer, y ésta vence al hombre. Una curiosidad engañosa, un pensamiento lisonjero de orgullo, el secreto placer de obrar independiente y segun sus propias inspiraciones, le atrae y le ciega: quiere hacer una experiencia peligrosa de su libertad, goza á la vista del fruto vedado la pernicioso dulzura de contentarse á sí mismo: los sentidos añaden atractivo á este encanto, se deja guiar por ellos, come la fruta prohibida (2), y en la mansion misma de la paz y

(1) Deus dat mandatam ut probet obsequium, imponit legem, ut exploret hominis voluntatem. Stabat ergo arbor in medio hominis voluntatis explorans. Stabat et homo inter Dominum et hostem, inter vitam et mortem, inter interitum et salutem.... Fuerat enim condignum ut Deo pareret, qui ei cuncta parere præceperat; serviret Domino, qui illum Dominum mundi effecerat; certaret cum hoste ut inimicum devinceret; denique præmia Deo reddente perciperet. (S. Joann. Chris., Hom. de interdict. arbor.)

(2) Génesis III, 6.

de las delicias, del amor y de la felicidad, principia el drama terrible de nuestros destinos temporales y eternos, drama que no ha terminado, y en que todos tomamos parte.

Examinemos la accion pecaminosa de nuestros primeros padres. Es una desobediencia á Dios. El hombre se separa de él, diciéndole: apártate de nosotros; no queremos la ciencia de tus caminos (1). No serviré, exclama con el ángel rebelde (2), queriendo una independencia que le haga principio y término de sí mismo. El orgullo, raíz de todo mal, corrompe su espíritu: sereis como Dioses, ha dicho la serpiente (3), y al eco de esta pomposa promesa se creen ya iguales al Criador con solo comer la fruta. De la corrupcion del orgullo nace la corrupcion de los deseos: se abrirán vuestros ojos, y sabreis el bien y el mal, añade el tentador, y lisonjeados con esta idea, aspiran á arrancar al Eterno el secreto simbolizado en aquel árbol. Quieren saber *por qué* les ha prohibido comer su fruto (4). Al punto se excita la concupiscencia: miran con ansia el fruto vedado, cuyo agradable aspecto les promete un sabor exquisito, haciéndose la ilusion de que no era verdad lo que Dios les dijo: *morireis* (5), y creyendo á la serpiente que les decía: «no temais, de ningun modo morireis (6).»

¿Comprendeis el misterio, Señores? Dios, colmando de dones á su criatura, y anunciándole bienes superiores, le impone un pequeño sacrificio de obediencia y de

(1) Job. XXI, 14.

(2) Jerem. II, 20.

(3) Gen. III, 5.

(4) Id. id., 1.

(5) Id. II, 17.

(6) Id. III, 5.

amor: el hombre se niega á él, no quiere limitacion alguna; é ingrato y rebelde, traspasa el precepto. ¡Infeliz! ¿Cuáles son las consecuencias de tu pecado? ¿Quién pondrá remedio á tus males?

Al explanar estas ideas, quiero seguir el ejemplo de los Santos Padres, que considerando llenos de misterios y de admirables enseñanzas los milagros de Jesucristo, encuentran figurados en los males corporales que se dignó curar, los males morales de la humanidad, y en las acciones y palabras del Divino Salvador, la expresion de su misericordia, y de los medios empleados por su amor para realizar su gran mision de restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra. Acercósele un dia un Centurion romano, y diciéndole: Señor, mi siervo yace paralítico y atormentado.—Yo iré y le curaré, responde el Salvador.—Señor, replica el Centurion; no soy digno de que entreis en mi casa: decid solo una palabra y recobrará la salud (1).

Este jóven paralítico representa á la humanidad entera en su caída. La súplica humilde del Centurion expresa el conocimiento de la miseria en que ha caído, y su única esperanza en el Redentor. La bondadosa palabra de Jesucristo declara el medio inefable escogido por la misericordia divina para dar al hombre la esperanza primero y la salud despues. Hagamos la aplicacion.

No es un solo mal, dice Orígenes, el que hace infeliz á este jóven: está postrado, paralítico y atormentado (2). Hay otro que antecede á estos: la esclavitud. Por su naturaleza debia de ser libre; pero se le ha redu-

(1) Matth. VIII, 8.

(2) Non in una re tantum miserabilis, quod *jacet*; sed et in alia, quod *paralyticus*; tertia, quod *male torquetur*. Omnia enim ista dolorem congeminant, et jacentem, et paralyticum, et durè detentum. (*Origen., Hom. 5 in diversis.*)

cido á miserable servidumbre. Ved aquí al hombre. Dios le hizo libre: el pecado le redujo á la esclavitud más vergonzosa. Quiso ser soberano, independiente de Dios, y al punto le priva Dios del imperio que tenia sobre sí mismo. Condenado á sufrir todo género de servidumbre, esclavo del príncipe de las tinieblas que le sedujo, de sus más viles apetitos, y de sus pasiones desordenadas que le arrastran, lo pierde todo, perdiendo la amistad de Dios, al romper el lazo que le unia con su Criador. Prendió el cetro del universo, y su mano encontró una cadena.

Examinad su conducta: ella prueba el cambio que ha sufrido, y los sentimientos que le dominan. La vergüenza se apodera de él al verse desnudo: es decir, explica el Abad Ruperto, al conocer que quedaba despojado del honor en que Dios le habia criado (1). Se avergüenza de sí mismo, y corre á ocultarse entre los árboles del paraiso (2). A la vergüenza sigue el temor: la voz de Dios le espanta. Oí tu voz, dice, y temí (3). Antes esa voz formaba sus delicias, como voz de un Padre á quien amaba; ahora la teme, como voz de un Señor á quien ha ofendido. Sus sentimientos son de esclavo, y los trasmite á sus hijos. Herederos de su vergüenza, heredados tambien su temor. El sentimiento más comun de la humanidad fué desde entonces el miedo á Dios. Al eco de su nombre, temblaba como un esclavo al oír el nombre del Señor á quien ultrajára, del Soberano á quien ha sido traidor, del juez que debe condenarle. La

(1) Cum nudos se esse cognovissent, id est, cum se honore, in quo positi erant et conditi, spoliatos et jumentis comparatos, sine omni protectione Dei nudatos esse animadvertissent. (*Rupert. Abb. in Gen., lib. III, c. 10.*)

(2) Gen. III, 7.

(3) Id. id., 10.

religion del género humano principió desde entonces á ser la religion del temor, y hasta el pueblo escogido recibe un espíritu de servidumbre en sus relaciones con Dios (1), que le hace temer el nombre y la vista de aquel como un principio de muerte (2).

El esclavo del Centurion está postrado, paralítico y atormentado. Así la humanidad esclavizada por el príncipe de las tinieblas, é invadida por el mal, por el pecado. Antes dominaba la tierra, y su mirada y sus deseos se elevaban al cielo y llegaban hasta Dios. Apartó la vista de él, dice San Agustin, y desvanecida cae, y cae sobre sí misma, cae sobre la tierra (3).

El alma, caída sobre sí misma, pierde toda su fuerza, queda postrada en la tierra, porque no pudiendo ya elevarse hasta Dios, á quien ha despreciado, creyéndose tanto como él, y no encontrando en sí misma sino la miseria y un vacío que le causa horror, necesita buscar fuera de sí algo que reemplace á Dios y le proporcione reposo. Principia por su cuerpo y sus sentidos, que hace objeto de sus complacencias. A ellos dedica todos sus cuidados, todos sus afectos, todo su culto, y en ellos quiere descansar como sobre su lecho el pobre enfermo. El mundo, cómplice de los sentidos, hace brillar ante el alma los fantasmas de sus placeres, y cada dia queda aquella más pegada á la tierra, víctima de sus obras y de su engañosa seducción. Su horizonte es la materia, la limitada casa del mundo, y como el esclavo del Centurion, dice San Hilario, yace en el siglo, desordenada

(1) Rom. VIII, 5.

(2) Exod. XX, 19.

(3) Cupiditate experiendæ potestatis suæ, quodam nutu suo ad se ipsum tanquam ad medium proruit. Ita cum vult esse sicut ille (Deus), sub nullo, et ab ipsa sui medietate pœnaliter ad ima propellitur, id est, ad ea quibus pecora lætantur. (*S. Aug., de Trinit., lib. 12, c. 11.*)

por la enfermedad del pecado, relajada en todos sus miembros, que en su corrupcion no pueden sostenerla, ni le permiten dar un paso hácia el bien (1). Ni puede ni sabe. Quiso la ciencia del bien y del mal para gobernarse por sus propias luces, y desgraciadamente aprendió el mal que ignoraba, y la luz fatídica de esta ciencia oscureció en el alma la luz brillante de la ciencia del bien. Su razon extraviada se pregunta á sí misma cuál es lo verdadero y cuál lo falso, y no sabe qué responderse. Todo le engaña. Mirad ese sér decaído, dice Lamennais. Un ardor sombrío le agita: en el fondo de su alma siente un pesar inmenso: ha perdido algun gran bien; tiene una idea confusa de ello; y héle aquí que con obstinado trabajo revuelve las ruinas de su inteligencia y de su corazon, espera descubrir entre esos escombros la ciencia que le prometió el espíritu de la mentira, y no halla más que la duda, la incertidumbre, el error, deseos devoradores que le consumen, imágen engañadora del bien, y la terrible realidad del mal! (2)

La naturaleza y las facultades del hombre fueron alteradas y corrompidas en su cabeza, dice Platon (3), y el alma, añade Filolao, está sepultada en el cuerpo como en una tumba, en castigo de alguna maldad (4). El hombre, por el pecado de origen, es el Prometeo de la fábula, que quiso arrebatar su secreto á la divinidad, y en castigo de su soberbia fué amarrado á un peñasco para que en sus entrañas se cebe incesantemente el buitro

(1) *Jacentes in sæculo, et peccatorum morbis dissolutæ spiritualiter gentes æstimandæ sunt, omnibus undique membris fluidis, et ad consistendi officium, gradiendique corruptis, quarum salutis sacramentum in puero Centurionis expletur. (S. Hilar. in Matth., c. VIII.)*

(2) *Lamennais, Ensayo sobre la indiferencia.*

(3) *Platon, in Timæo.*

(4) *Clemens Alexand., Strom., lib. 3.*

del mal (1). Es el esclavo del Centurion, que yace parálítico y cruelmente atormentado.

Este es el castigo de su sensualidad. Ambicionó el goce prohibido, se ha dejado vencer de los sentidos y del incentivo del placer tentador, y de allí salen los trabajos, los dolores, las enfermedades, las angustias, la agonía y la muerte; y esta muerte, á que llega por un camino de dolor, será para su alma eterna como su delito, como la justicia de Dios que le castiga.

Tal es el hombre caído de su grandeza por el pecado. Sin embargo, no lo ha perdido todo. Además de la razon, que aunque oscurecida y débil, permanece en él; además de la libertad, que no ha perdido, conservó otro gran bien: la esperanza fundada en el designio eterno del Criador y en sus palabras de misericordia. En el dia mismo del pecado le anuncia Dios un libertador, que será su Verbo hecho hombre; su Verbo, que al contemplar la miseria de la humanidad en su caída, exclama con amor: yo iré y le curaré (2); yo iré y restauraré todas las cosas en el cielo y en la tierra (3).

Esta promesa, Señores, no solo tiende á la rehabilitacion del hombre caído, sino tambien á la realizacion de un designio eterno de bondad y de amor sobre toda la creacion, por medio del hombre. Recordad que en la creacion del hombre procedió Dios de una manera especial: le crió, dice Tertuliano, no con el tono imperioso de un Señor, sino con el tierno y afectuoso de un amigo, para hacer de él una imágen y semejanza suya (4).

(1) *Esquiles, Prometeo encadenado.*

(2) *Matth. VIII, 7.*

(3) *Ephes. I, 10.*

(4) *Non imperiali verbo, sed familiari manu, etiam verbo blandiente præmisso: faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram. (Tertul., advers. Marcion, lib. 2, c. 4.)*

¿Por qué tanta distincion y tanto amor de parte de Dios? Este es el misterio, cuyo velo principió á levantar San Pablo, diciendo que en la creacion de Adan tuvo Dios presente al segundo Adan, á Jesucristo, de quien quiso que aquel fuese la figura (1). Por cuyas palabras aparece claramente, dice Tertuliano (2), que Dios procedió á manera de un estatuario que teniendo en su mente la idea perfecta de la estátua que quiere formar, diseña sobre el papel, y modela luego en barro la imágen de su hermosa concepcion. Es decir, que criando al hombre diseñó Dios á Jesucristo, en quien, reunidas la naturaleza divina con sus infinitas perfecciones, y la naturaleza humana, en quien se juntan el espíritu y la materia con las condiciones y la vida de todos los séres criados, todo en Cristo y por Cristo se elevase á un órden divino, todo se uniese á Dios, y viviese en cierto modo de la vida de Dios, como dice el Damasceno (3). Hé aquí por qué dice San Pablo, que Jesucristo es la imágen perfecta de Dios invisible y el primogénito de todas las criaturas, que es antes que todas ellas, en quien todo subsiste y se conserva (4), y en quien, segun su designio eterno, quiso Dios reunir, recapitular y perfeccionar todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra (5).

El hombre en su creacion fué destinado á esta grandeza sublime de la union con Dios, de quien es la imá-

(1) Rom. V, 14.

(2) Adeo magna res agebatur, qua ista materia extruebatur.... Recogita totum illi Deum occupatum, ac deditum, manu, sensu, opera, consilio, sapientia, providentia, et ipsa in primis affectione quæ lineamenta ductabat. Quodcumque enim limus exprimebatur, Christus cogitabatur homo futurus. (*Tertul., de resurrect. carn., c. 6.*)

(3) Deus hominem assumpsit, ut in eo totum mundum sibi uniret, et quasi vivificaret. Homo est enim microcosmos, totius mundi summa et compendium. (*S. Joann. Damasc.*)

(4) Coloss. I, 15.

(5) Ephes. I, 10. (*Versio græca et arabica.*)

gen, y por ello, antes de su pecado, le reveló el Criador el misterio inefable de la Encarnacion del Verbo, ordenado á la consumacion de su gloria (1). Pero despues que ha pecado y ha oscurecido los rasgos de la divina semejanza, ¿le declarará Dios indigno de la elevacion á que le destinara? Ah, no: Dios pasará adelante en sus designios. A pesar de la malicia diabólica, que trató de privar al hombre del honor que Dios le tenia reservado, á pesar del obstáculo que el mismo hombre en su prevaricacion opuso al plan divino, Dios pasará adelante, y si antes se proponia manifestar las magnificencias de su bondad inefable, ahora añadirá á esta manifestacion la de su infinita misericordia sobre el hombre (2). Este ha pecado por la impaciencia de llegar cuanto antes y por sí mismo al término de su grandeza, elevándose á un órden divino, dice Tertuliano (3), y Dios, añade el mismo, no le maldice como al demonio, sino que preparándole una restauracion admirable para levantarle de nuevo, le infunde la esperanza de llegar á pesar de todo á la union con Dios que le estaba reservada (4). Por eso cuando Adan se esconde entre los árboles del paraíso, avergonzado de sí mismo, y no atreviéndose á sostener la mira-

(1) Ante peccatum, Adam habuit fidem explicitam de Christi incarnatione, prout ordinabatur ad consummationem gloriæ. (*D. Thom. in cap. 5 ad Ephes.*)

(2) Exinanitio illa, qua se invisibilis visibilem præbuit, inclinatio fuit miserationis. (*S. Leo., serm. 3 in Nat. Dom.*) Prudentissimus, et elementissimus artifex, quod cassatum fuerat non confregit, sed utilius omnino refecit. (*S. Bern. in sign. magn.*)

(3) Perit (Adam) per impatientiam suam, etc. (*Tertul., de patientia, cap. 5*)

(4) Nam etsi Adam propter statum legis deditus morti est, sed spes ei salva facta est, dicente Domino: Ecce Adam quasi unus ex nobis factus est, de futura scilicet allectione hominis in divinitatem.... ideoque nec maledixit ipsum Adam, nec Evam, ut restitutionis candidatos. (*Id. advers. Marcion., lib. 2, c. 25.*)

da de Dios, este le llama bondadoso, como ignorando dónde se halla, para darle lugar á que reconozca su pecado, y de este modo se disponga por su parte á ser levantado de su abatimiento (1).

¡Qué bondad la de Dios, hermanos míos! Cantad al Señor con Isaías porque ha obrado magníficamente anunciándole en toda la tierra (2). ¡Gran Dios! ¿quién es el hombre para que así le engrandezcas y pongas cerca del suyo tu corazón (3). ¡Cuán cierto es que vuestras delicias son estar con los hijos de los hombres? (4) ¿Quereis hacerle grande y elevarle á la unión con Vos, y él os ofende; quiere no deberos nada y ascender á vuestro nivel por sí mismo, se corrompe y se degrada al separarse de Vos haciéndose esclavo del pecado; y Vos, lejos de arrojarle al abismo para siempre y sin remedio como al ángel rebelde, le prometeis el perdón, quereis que viva en la esperanza, y le anunciáis que bajareis Vos mismo hasta aparecer vestido de esclavo como él, para que de este modo vuelva á levantarse, á unirse á Vos, y á ser participante de vuestra misma naturaleza (5). Grande sois, Señor, inmenso vuestro poder, infinita vuestra sabiduría (6), y sobre todo cuanto concebirse pueda vuestro inefable amor. ¿Quién podrá rendiros homenaje de gratitud, y de alabanza, y de amor que sea digno de Vos?

Admiremos, Señores, la bondad y misericordia de Dios en esa promesa tantas veces repetida hasta el día feliz en que tuvo su cumplimiento, al paso mismo que

(1) Genes. III, 8, 9.

(2) Isai. XII, 5.

(3) Job. VII, 17.

(4) Prov. VIII, 31.

(5) Isai. XXXV, 4.—2 Petri, I, 4.

(6) Psalm. CXLVI, 5.

compadezcamos la desgracia del hombre en su degradación; pero saquemos de aquí lecciones importantes para nosotros. Somos los hijos y herederos del primer hombre. Como él, aun después de su caída, somos llamados por Dios á un fin sublime, á una gloria imperecedera. Esa gloria no se nos dará sino como un premio, y el premio exige mérito, y el mérito está en la virtud, y la virtud pide de nosotros que nos sujetemos á una prueba como Adán. El valor de un ser solo se conoce cuando se le prueba. Por eso, como Adán, somos libres: ante nosotros está el bien y el mal, la vida y la muerte; uno y otro nos atraen: la elección depende de nosotros (1). Por eso, como á Adán, se nos señala un límite en nuestra ciencia, en nuestro poder y en nuestros goces, para que nos reconozcamos súbditos de Dios. Por eso se nos exige un sacrificio de nosotros mismos en aras del deber, propio de un ser que depende de otro.

Ahora bien: ese deber, ó mejor aún, el conjunto de nuestros deberes, se reduce á lo que pidió el Señor al primer hombre en el precepto de no comer del árbol vedado: un tributo de fe, de esperanza y de caridad, dice el Abad Ruperto. De caridad, de amor á un Dios á quien debe el hombre tantos beneficios, y de quien es tan amado. De esperanza, porque habiéndonos colmado gratuitamente de tantos dones, nos da motivo fundado de esperar mayores bienes en premio de la observancia de sus preceptos; es decir, de ser elevados á la sociedad de los ángeles y á la posesión de un paraíso eterno. Tributo de fe, en fin, creyendo que no por envidia, ni por oprimir al hombre, le somete á la prueba y pone límites á sus facultades, como insidiosamente quiso la serpiente hacer creer á nuestros primeros padres, sino para liber-

(1) Eccli. XV, 18.

tarnos del error y de la tiranía de las pasiones con sus fatales consecuencias, que hemos visto en la caída de aquellos (1).

Sometámonos á esa prueba, dando el triunfo á las tres virtudes que forman nuestras relaciones con Dios. A la fe, cautivando nuestro entendimiento en obsequio de Cristo (2), sin tratar de pedir cuenta á Dios, como la serpiente y el primer hombre, de la razón de sus revelaciones y de sus preceptos (3), reconociendo que somos finitos, y por lo mismo incapaces de la ciencia del infinito, ante quien debe humillarse la razón humana. A la esperanza, luchando con esfuerzo para elevarnos al heroísmo de la virtud, condición precisa para la recompensa, permaneciendo firmes en la fe que nos da la esperanza de llegar á la gloria de hijos de Dios (4), y glorificándonos en el sacrificio y en la tribulación, porque la tribulación obra paciencia, la paciencia prueba y purifica, la purificación alimenta la esperanza, y la esperanza no queda confundida (5), porque va seguida de inmenso peso de gloria (6). Al amor, en fin, amando á Dios, que nos ha amado primero á nosotros (7), y amándole no de lengua y de palabra, sino de obra y de verdad (8), haciendo su voluntad en todo, porque el amor

(1) Ex omni ligno paradisi comede, etc. Tres ab homine virtutes exigens, id est charitatem, spem, et fidem: quas nunc reciproco ordine, a nobis exigit eadem Trinitas, unus Deus, fidem, spem, charitatem. Non in eo quod hominem gratis fecit.... plane debitorem magnæ charitatis eundem sibi efficit hominem, et valide suis beneficiis obligavit, etc. (Rupert. Abb. in Gen., lib. 2, c. 31.)

(2) Corinth. X, 5.

(3) Gen. III, 1.

(4) Rom. V, 1, 2.—Hebr. X, 22.

(5) Rom. V, 3.

(6) II Corinth. IV, 16.

(7) I Joann. IV, 19.

(8) Id. id. III, 18.

es lazo que une las voluntades y conduce al sacrificio de todo en obsequio del amado, y para obtener la recompensa del amor.

Este es nuestro deber: cumplámoslo, y en nosotros se realizarán los designios de Dios. Cristo vendrá á nuestros corazones, y curará nuestras dolencias morales, nos regenerará, nos levantará hasta él, y nos dará parte en su gloria. Esto quiere hacer, y esto hace, por medio de la Religión, de que os hablaré mañana, por medio de su sacrificio, de su doctrina, de su gracia y de sus sacramentos, como vereis en los discursos de los días siguientes. Querámoslo también nosotros: sin nuestro concurso no lo hará, dice San Agustín (1); pero con él realizará su grande obra, y seremos levantados á la posesión eterna de su gloria.

(1) Qui creavit te sine te, non salvabit te sine te. (S. August., Serm. 15 de Verb. Apost.)

SEGUNDO SERMON.

La Religion.

*Non in solo pane vivit homo,
sed in omni verbo quod procedit
de ore Dei.*

(Matth. IV, 4.)

EN el día fatal de la caída del hombre, el Verbo eterno, por quien todo fué hecho, prometió venir á rehacer su obra, á levantar á la humanidad de su abatimiento, para que se cumplieran en ella los designios eternos. Fiel á su palabra, que repite de tiempo en tiempo, viene al mundo en el momento prefijado en los consejos de la eternidad. ¿Por qué no desde luego? Era justo que el hombre sintiese antes del remedio los fatales efectos de su prevaricación: era conveniente, si no preciso, que conociera su miseria y experimentase la necesidad que tiene de Dios, y deseara su rehabilitación, convenido de que por sí mismo no solo no podía elevarse hasta donde se propuso en su pecado, sino tampoco levantarse de su abatimiento. El mundo lo conoció así, y de todas partes se escapaba, á pesar del orgullo humano, la confesión de la miseria, con el grito de la esperanza y de la suplica. Los filósofos, eco de las ideas y de los sentimientos del mundo antiguo, formulaban esa confesión y proclamaban esa esperanza. Si Dios no envía á alguno

de su parte, inútiles serán cuantos esfuerzos se hagan para reformar las costumbres y mejorar la suerte de los hombres, decía Sócrates (1). Solo Dios puede ilustrarnos, añadía Platon: es preciso esperar, que vendrá alguno á enseñarnos cómo hemos de portarnos relativamente á Dios y á los hombres. Siento un deseo ardiente. Cuando llegue ese día, presentaremos á Dios nuestras ofrendas. Espero de su bondad que no ha de tardar mucho tiempo (2).

Llegó por fin ese día, y apareció en la tierra el Reparador divino esperado por el gentilismo y deseado por la Sinagoga, que en continuos clamores pedia á las nubes que lloviesen al Justo, y á la tierra que brotase al Salvador (3). La esperanza de la humanidad se vió cumplida. El Hijo de Dios satisfizo por el pecado del hombre, reparó sus ruinas, y enseñó á los hombres lo que deseaban los filósofos, el modo de portarse con Dios y con sus semejantes; les enseñó la verdadera Religion. Para ello se hace semejante al hombre (4), se pone en lugar suyo, tomando sobre sí todas sus miserias, menos el pecado (5), y hasta consiente, dice San Pablo, ser tentado por el demonio de todas maneras, para vencer al vencedor de Adán, primero en el desierto, y despues en la cruz (6), á fin de despojar á los principados y potestades en su glorioso triunfo (7), mereciendo el poder de la victoria para la humanidad, y enseñándole el modo de alcanzarla.

(1) Platon, *Apolog. Socratis.*

(2) Platon, in *Alcibiad. II.*

(3) Isai. XLV, 8.

(4) Philip. II, 7.

(5) Isai. LIII, 4.

(6) Hebr. IV, 15.

(7) Coloss. II, 15.

En su prueba, el primer hombre es vencido, porque consiente en negar á Dios la obediencia y la adoracion, en hacer abstraccion de Dios para fijarse en sí mismo. En su tentacion ó prueba vence Jesucristo, refiriéndolo todo á Dios, y diciendo: adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás (1). Adán es vencido, porque prescindiendo de Dios, busca en la tierra y en las criaturas la ciencia para su entendimiento y la vida para su corazón; Jesucristo vence, porque á la invitacion de procurarse en la materia la satisfaccion de su hambre, opone una sentencia de verdad eterna. «El hombre no vive de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (2),» de quien es criatura, y de quien por lo mismo depende en todo. Palabra de Dios, luz del hombre, regla de su entendimiento y de su corazón, principio de la fe, adoracion de Dios, acto el más natural á la criatura, expresion la más propia de su dependencia y de su amor, servicio de Dios, deber del hombre, base sólida de su esperanza, y fe, esperanza y amor, tres virtudes que Dios exige de nosotros, y que á él nos unen para levantarnos á la grandeza que nos promete, como vimos ayer: tres virtudes que constituyen el alma de la Religion.

Meditamos ayer las palabras que causaron la ruina de Adán y de toda su descendencia, para conocer sus fatales consecuencias: examinemos hoy el sentido de estas otras palabras que dieron la victoria á Jesucristo, y por él á la humanidad entera, y que encierran la leccion ambicionada por Sócrates y Platon. El hombre para vivir, es decir, para ser feliz, no tiene bastante con el pan material, con los bienes de la tierra; necesita de

(1) Matth. IV, 10.

(2) Id. id., 4.

la palabra de Dios, necesita acercarse á Dios, relacionarse con él, adorarle y servirle. En una palabra: para levantarse del abatimiento á que le redujo el pecado, necesita de la Religion. ¿Qué es la Religion? ¿Qué hace? ¿Cuáles son sus tendencias? Esto formará el asunto del presente discurso.

PRIMERA PARTE.

La Religion, hermanos míos, es un doble lazo que une séres distintos para mancomunarlos en sus intereses y en el fin que se proponen: es un comercio eficaz y positivo del hombre con Dios. Esta sociedad es necesaria y esencial. Existe Dios, existe el hombre; es consiguiente la relacion mútua. Esto se funda en la naturaleza misma del hombre, y en el fin de su creacion. Es una imágen, una semejanza de Dios, inteligente, amante de la verdad y del bien, apto para poseerlos, y deseoso de alcanzarlos. Esa verdad y ese bien tienen en Dios su origen; el hombre, pues, que los busca, se dirige á Dios, y como imágen y semejanza suya aspira á unirse con él. Ha sido criado para Dios, para conocerle, para amarle y para gozarle (1): hé aquí, pues, un lazo natural y misterioso que forma la Religion. Ciceron lo comprendió cuando decia: puesto que la razon es propia de Dios y del hombre, debe existir una sociedad entre el hombre y Dios, una semejanza del hombre con Dios; de modo

(1) Fecit Deus rationalem creaturam, quæ summum bonum intelligeret; intelligendo, amaret; amando, possideret; et possidendo, frueretur. (S. Aug., de diligendo Deo.)

que podríamos llamarnos la familia, la estirpe, el linaje de los seres celestiales (1). Tal es también la sublime frase del Apóstol: en Dios vivimos, nos movemos y somos (2). Por ello esta sociedad ó comercio con Dios, la Religión, nos es más natural que todas las relaciones con el mundo exterior y visible, puesto que somos hechos, no á imagen de los demás seres, sino á imagen de Dios, y la proximidad ó semejanza de los seres forma la base de su enlace ó sociedad.

Siendo la Religión la alianza del hombre con Dios, debe nacer de la naturaleza de los dos seres á quienes une. El hombre es la obra de Dios. De él ha recibido la inteligencia, la razón, y todas sus facultades; de él ha recibido la libertad, el corazón y sus nobles aspiraciones; de él, en fin, ha recibido su organización material. Si pues en su ser el hombre es todo obra de Dios, hay en todas las partes de este ser una relación con Dios, como la hay esencial y necesariamente entre la obra y su autor, entre el efecto y la causa. Relación con Dios, por la inteligencia que de él recibe, por la razón, por la libertad, por los sentimientos del corazón, por el cuerpo. Es por lo mismo el hombre un ser esencialmente religioso, y con razón entre los antiguos no ser capaz de religión, era señal característica de ser irracional (3). Por esto decía Platón: el hombre sabio debe dirigir todas sus ideas y todos sus esfuerzos hacia Dios, porque de él

(1) Est igitur (quoniam nihil est ratione melius, eaque est in homine et in Deo), prima hominis cum Deo rationis societas. Inter quos autem ratio, inter eos etiam recta ratio communis est. Quæ cum sit lex, lege quoque consociati homines cum diis putandi sumus..... ex quo vere vel agnatio nobis cum celestibus, vel genus, vel stirps appellari potest. (*De legib.*, lib. 1, §. 8.)

(2) Act. Apost. XVII, 28.

(3) Joubert, *Pensamientos*, tom. 1, pág. 113.

es de quien debe hacerse amar, y á quien necesita seguir, con lo cual practica una acción noble, santa, útil á su felicidad y conforme en todo á su naturaleza (1).

La Religión, según ello, Señores, nació cuando fué criado el hombre, existía ya en el paraíso, formada por las relaciones de inteligencia y amor que unían al hombre con Dios, y por la comunicación de su felicidad y de sus dones, que concedía el Criador á su criatura. El hombre rompió por su parte esa alianza misteriosa y sencilla á la vez, y Dios pudiera haberle abandonado enteramente á sí mismo; pero hubiera sido para siempre y totalmente infeliz, y el Criador misericordioso no lo quiso. Entonces comenzó la Religión á tener carácter más positivo y distinto. Porque el hombre ya no podía acercarse á Dios, ni lo merecía, Dios se dignó acercarse al hombre, y estableció un pacto con él. Lo repitió después con Noé (2), más tarde y de un modo más explícito con Abraham (3); lo renovó luego con Isaac (4) y con Jacob (5); lo sancionó con el pueblo, á quien Moisés sacó del cautiverio de Egipto, y fijó sus condiciones en tablas de piedra (6). Continuó recordándolo sucesivamente por los profetas, y vino por fin á perfeccionarlo y perpetuarlo por su Hijo (7), hecho hombre para ser el cimiento de esa Religión, la piedra angular y el lazo que une ambos extremos, al hombre con Dios (8).

¿Qué es, pues, la Religión? Considerada con respecto

(1) Platón, *de Legib.*, lib. 4.

(2) Gen. IX, 9.

(3) Id. XV, 18.

(4) Id. XXVI, 3.

(5) Id. XXVIII, 13.

(6) Exod. XIX, XXXI.

(7) Heb. I, 1.

(8) Act. Apost. IV, 11.

á la humanidad, ha sido en todo tiempo y es una consecuencia de la naturaleza misma, una condicion de la vida individual y social, una pasion en el sentido más noble de esta palabra. Porque la pasion, hermanos, no es otra cosa que una inclinacion, una como necesidad vivamente sentida, un atractivo poderoso que nos lleva y nos arrastra hácia un objeto, para hacer de nuestra vida la suya, y de su vida la nuestra (1); y la humanidad ha tenido siempre esa pasion de unirse á Dios por una relacion positiva y eficaz, pasion tan visible, que llena la historia, y hace aparecer á la Religion en todo tiempo como la primera y más augusta actividad de las naciones. La primera piedra de toda sociedad fué un altar, y cuando esta piedra ha desaparecido, la sociedad ha desaparecido con ella (2). Ningun sér animal, excepto el hombre, dice Ciceron, tiene conocimiento de Dios; y entre los hombres no hay nacion tan feroz y salvaje, que, si ignora cuál es el verdadero Dios, no sepa al menos que es preciso que haya uno (3). Hallareis ciudades, añade Plutarco, sin murallas, sin gimnasios, sin casas, sin leyes, sin moneda y sin letras; pero un pueblo sin Dios, sin oraciones, sin juramentos, sin ritos religiosos y sin sacrificios, nadie le vió jamás (4). Podrán haber

(1) Lacordaire, *Conferencia* 26.

(2) Rousseau, *Contrato social*, lib. 4, cap. 8.

(3) Nullum est animal preter hominem, quod habeat notitiam aliquam Dei; ipsisque in hominibus nulla est gens, neque tam immansueta, neque tam fera, quæ non, etiamsi ignorét qualem habere Deum deceat, tamen habendum sciat. (Cicer., *de legib.*, lib. 1, §. 8.)

(4) Si totum orbem peragres, invenies urbem sine litteris, sine rege, sine domibus; at urbem sine templis, sine diis, nemo reperit, reperietque. Immo facilius duco ædificare posse sine solo urbem, quam posse civitatem cogi, et subsistere, fide deorum sublata. (Plutarch., *adversus Colotem Epic.*)

errado en estas cosas y en la idea misma fundamental de Dios; pero todos han tenido religion.

Esto se comprende, Señores. El hombre tiene, por así decirlo, un triple foco de vida en su inteligencia, en su corazon y en sus sentidos, y el alimento de esa vida de los sentidos está en las obras de Dios, que publican su gloria y descubren á Dios mismo (1); la vida de la inteligencia tiene su fuente en la sabiduría infinita, en la verdad esencial y eterna; y la vida del corazon se nutre del amor, de la bondad sin límites, única capaz de llenar el corazon de la criatura racional. Por ello el hombre que busca la verdad necesaria á su inteligencia, y el amor que reclama el corazon, y la belleza que impresiona el sentido, tiende naturalmente á Dios, que es el principio y el término de todo, y se encuentra con él á cada paso, aun cuando se propone huir de él, como Adán en el paraíso. La historia lo prueba, la filosofía lo demuestra y la historia lo confirma.

En vano el filósofo, lleno de orgullo, quiere en sus investigaciones llegar á un término que no sea Dios, para no verse precisado á reconocerle y adorarle; en vano el hombre de pasiones se rodea de objetos que le oculten á Dios y le ayuden á olvidarlo; en vano descenderá á lo más profundo de los vicios y hasta el infierno. Do quiera le saldrá al encuentro, y le exigirá el cumplimiento de los deberes que su naturaleza le impone, ó le hará sentir las consecuencias de su criminal infraccion. Si subo al cielo, allí estás, dice David; si desciendo á los infiernos, te haces presente; si trasmigro al otro lado de los mares, allí me alcanzará tu mano y me detendrá tu diestra (2).

(1) Rom. I, 20.

(2) Psalm. CXXVIII. 8, 9, 10.

¡Extraño fenómeno, hermanos míos! El hombre es naturalmente religioso, tiende á Dios, le busca, le invoca, y al mismo tiempo huye de él y quisiera verse libre del lazo que á Dios le une. Pero este fenómeno se explica. El hombre se reconoce imperfecto, débil, sujeto á la miseria, sér dependiente de un sér supremo; y aspirando siempre á perfeccionarse, á robustecerse, siente la necesidad de unirse á ese sér superior, de quien espera un bien; siente la pasión de la religión, la pasión de Dios, para quien fué criado, y á quien se dirigen los movimientos de su corazón, inquieto siempre hasta fijarse en él (1). Puesto ante Dios, su perfección, su grandeza infinita le anonada: la alianza con Dios le obliga á levantarse hasta él, á copiar en sí sus perfecciones, y la fatal ponzoña que le inculcó el pecado, y las inclinaciones que le degradan y corrompen, le detienen y le hacen creer imposible la empresa. La superioridad de Dios humilla su orgullo, exigiéndole el homenaje de la fe en su palabra, el sacrificio de la adoración á su majestad suprema, la obediencia á sus soberanos decretos, y la renuncia de sus vicios con la esperanza de una recompensa eterna. El hombre, en su orgullo, resiste este homenaje, este sacrificio, esta obediencia. Se reconoce súbdito, y por lo mismo responsable ante Dios, y esto le espanta, y quisiera huir de él, y hacerse independiente para eludir su responsabilidad. Por ello hace esfuerzos á fin de desterrar de sí la idea de Dios, y sacudir el yugo de la religión, ó de las relaciones que le unen con él; y como Adán en el paraíso, se esconde entre el ramaje de sus sofismas y de sus pasiones, y como el insensa-

(1) Fecisti nos, Domine, ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te. (S. August. Confess.)

to, de quien habla David, dice: no hay Dios (1); y repite como el impío: apártate de nosotros, no queremos la ciencia de tus caminos (2).

¡Empeño inútil! El efecto no puede separarse de su causa: la obra no puede romper el lazo de dependencia que la une á su autor. El hombre no es, ni puede ser independiente de Dios. Es libre, sí, y en su libertad podrá decirle: «no te reconozco, no te quiero;» podrá decirle: «vete, apártate de mí;» pero diciendo esto reconoce su existencia, responde á su palabra, atestigua su presencia, y confiesa sentir la presión de Dios, que á pesar suyo le persigue, y la relación necesaria que á él le une, y de que no puede desprenderse. En este estado, idea y quiere acomodamiento entre los dos opuestos sentimientos que le combaten; el de la naturaleza, noble, puro, legítimo, racional, que le lleva á Dios, y el de las pasiones bastardas que le dominan, degradante, ilegítimo, irracional, que tiende á alejarle de Dios, y transigiendo se da á sí mismo una deidad fantástica que nada exija al entendimiento ni al corazón, y que no sea otra cosa que él mismo, ó un ídolo de oro que halague sus pasiones, ó un Dios de carne que alimente sus apetitos, y á quien consagre su vida sin que le pida responsabilidad alguna.

¡Qué prueba más evidente, Señores, de que el hombre no se basta á sí mismo, de que lleva en sí la idea innata de la necesidad de la religión, de la necesidad de tener relaciones con un sér superior, real ó fantástico, infinito ó limitado, de adorar á un Dios ó á un ídolo, rindiéndole el homenaje de la fe que le somete la inte-

(1) Psalm. XIII, 1.

(2) Job. XXI, 14.

ligencia, poniendo en él la esperanza de ser feliz, consagrándole su amor, y sacrificándole todo el sér con cuanto tiene y espera, que es lo que constituye la adoración y forma la religión! Escuchad á una mujer que experimentó este extravío, y que en un libro infernal escribió una página sublime. «Rehusamos á Dios el sentimiento de adoración, y lo colocamos en un sér débil é incompleto, que al fin llega á ser el Dios de nuestra idolatría. En nuestros días, para las almas poéticas, el sentimiento de adoración entra hasta en el amor físico. ¡Grosero error de una generación codiciosa é impotente! Por eso, cuando se descorre el velo divino y aparece la criatura mezquina é imperfecta detrás de esas nubes de incienso, detrás de esa aureola de amor, nos avergonzamos de nuestra ilusión, aterramos el ídolo, y lo pisoteamos con rabia. Pero poco después buscamos otro. Necesitamos amar, y nos engañamos todavía, hasta que al fin, desengañados, ilustrados y purificados, abandonamos las esperanzas de una afección permanente sobre la tierra, y elevamos á Dios el homenaje entusiasta y puro, que jamás hubiéramos debido dirigir sino á él solo (1).» ¡Feliz el hombre que antes de la muerte llega á este desengaño! Más feliz aún, dice Aristóteles (2), y lo confirma el Espíritu Santo (3), el que ha guardado esta ley desde el principio de su vida, y puede decir con el Salmista: Todo mi bien, toda mi felicidad consiste en unirme á Dios y depositar en él mis esperanzas (4).

Preguntemos otra vez: ¿qué es la religión? Conside-

(1) Jorge Sand, *Lelia*.

(2) Aristot., *de mundo*, cap. 7.

(3) Jerem., Thren. III, 27.

(4) Psalm. LXXII, 28.

rada con respecto á Dios, es decir, como religión positiva, ó como pacto expreso de Dios con el hombre, es un don admirable, una dignación sublime del Criador para hacer feliz á su criatura, concediéndole derechos que habia perdido, y estableciendo con ella un enlace de que se hiciera indigna. Es ciencia suprema que, partiendo de la eternidad y atravesando el tiempo, conduce á la eternidad; la ciencia de Dios, y de sus verdades, y de sus leyes, comunicadas al hombre por Dios mismo para que no se extravíe entre las tinieblas de su razón y la corrupción de sus pasiones. Es un comercio positivo y eficaz del hombre con Dios: positivo, porque con él recibe realmente de Dios la vida de la inteligencia, del corazón y de los sentidos; eficaz, porque con él la vida del hombre se eleva á la vida divina. De modo que la religión no es otra cosa que una comunión de vida con Dios. Es, en fin, el conjunto de nuestras relaciones con Dios y con la humanidad, establecidas por la razón y por la revelación.

Al hablar así, hermanos míos, comprendereis que no me refiero á los delirios del gentilismo y de la idolatría, hijos de la ignorancia y del vicio, consecuencias del primer pecado, y en que todo se llamaba Dios menos Dios mismo (1), todo se enseñaba menos la verdad, todo se practicaba menos la virtud. Ni tampoco me refiero á esos sistemas filosóficos del materialismo, del racionalismo y del panteísmo, inventados en el gabinete de hombres dominados por el orgullo de una ciencia mal entendida, y seguidos por los que, como sus autores, no pudiendo arrojar lejos de sí la idea de Dios y de religión, no quieren otro Dios ni otra religión que sus propias concepciones y sus pasiones: sistemas en que

(1) Bossuet, *Discurso sobre la Historia universal*, parte 2.^a

el error se sustituye á la verdad, en que domina el egoismo, y en que se diviniza al hombre con sus pasiones, haciéndole centro único y término de cuanto existe sin que á él se le refiera á otro centro superior y divino. Ni me refiero, en fin, á las religiones falsas, ó más bien sectas de corruptora doctrina, como la de Mahoma, ó de independencia de la razon, como la de Lutero y sus discípulos, en que la verdad de Dios queda á merced de cada hombre, y Dios como un sér aislado, al cual solo se une la criatura por una creencia ficticia, ó por un acto del entendimiento, al que nada responden las obras. Todas estas no deben llamarse religiones: son cuando más ramas desgajadas del árbol de la verdadera religion, que se han secado, y el viento de las pasiones ha llevado muy lejos de su tronco. Son obra del hombre, y la religion no puede ser sino obra de Dios. No es la criatura quien tiene derecho á fijar y establecer el modo de unirse al Criador, el medio de conocerle, la manera de servirle. La religion es una relacion entre Dios y el hombre; y el hombre, aunque sea un génio, no tiene poder para cambiar nada en Dios, ni para alterar las condiciones de su propio sér, ni los caracteres y propiedades de la especie humana. No teniendo, pues, accion sobre los términos que han de unirse, no puede fijar las relaciones de ambos. El hombre es obra de Dios, y por lo mismo es evidente que el autor de la religion ó de las relaciones que deben mediar entre ambos ha de ser el Criador, ha de ser el que, dando al hombre la existencia, ha determinado su fin y los medios de llegar á él. La religion no puede ser sino de Dios.

No merecen además el nombre de religiones, porque lejos de unir y estrechar al hombre en todo su sér con su Criador y Señor natural, le separan, le aislan, le hacen buscar la felicidad y la grandeza en sí mismo y

por sí mismo, como hizo la serpiente con los primeros padres. Sereis como dioses, dicen á sus prosélitos: la ciencia universal será vuestra; el goce absoluto os pertenece; teneis derecho á una soberanía sin límites. Engrandeceremos nuestra lengua; nuestros lábios, nuestros son; ¿quién es nuestro Señor? (1) Por ello, hermanos míos, producen en el individuo y en la sociedad el mismo resultado que en los primeros hombres produjo la palabra de la serpiente: la degradacion, el desórden, la discordia, los trabajos, el imperio del mal, la muerte. Hijas de un mismo principio, del orgullo y de la sensualidad, que no tienen otra aspiracion que el egoismo y el goce material, conducen al mismo término, la separacion, la maldicion de Dios, la ruina de toda grandeza moral.

Por lo mismo, Señores, comprendereis que en cuanto antes he dicho, hablaba de la religion que enlaza de nuevo con Dios al hombre caido por la culpa, de la religion verdadera, palabra que sale de la boca de Dios para dar vida al hombre, enseñándole á conocerle, á creer, á esperar en él, á amarle y adorarle: la religion de Dios, su alianza con el pueblo hebreo en la antigua ley, su alianza con el mundo entero por el Catolicismo, fundado por aquel que el género humano esperaba como su libertador; por Jesucristo. Veamos, pues, qué hace esta religion, cuáles son sus tendencias.

(1) Psalm. XI, 5.

SEGUNDA PARTE.

Aunque el examen de las tendencias y efectos de la religion de Jesucristo ha de formar el asunto de todos mis discursos sucesivos, no puedo prescindir de adelantar algunas ideas en el presente. Fijémonos desde luego en la religion de las promesas y las figuras, en la alianza de Dios con su pueblo escogido. ¿Recordais la promesa que al primer hombre hizo Dios en el paraíso? ¿Recordais la esperanza que desde entonces se trasmitió á la humanidad entera para consolarla en su desgracia? Pues bien: la alianza primera, el pacto solemne de Dios con el pueblo hebreo, recordaba sin cesar esa promesa, y preparaba su cumplimiento; era el eco repetido de aquella palabra del Verbo: «yo iré y le curaré,» era el canto misterioso que entretenía á la humanidad enferma, y suspendía sus dolores mientras llegaba el momento de su curación, y suavizando la amargura, preparaba la aplicación del remedio; era la confirmación de la esperanza, más afianzada cada vez en las palabras de Dios, y en los símbolos antiguos, y en los sacrificios misteriosos; era la figura al través de la cual dejaba Dios que el hombre vislumbrase la realidad futura (1); era, en fin, la aurora del gran día esperado por el mundo.

Fijémonos en el Catolicismo, en el pacto nuevo, universal y eterno. ¿Qué hace este pacto? Realiza las esperanzas, consuma la grande obra. Da al hombre el

(1) I Corinth. X, 11.

libertador prometido, rompe las cadenas de la esclavitud primera, le enseña la ciencia de la verdad, la ciencia de Dios, disipando con la luz de la fe las tinieblas en que le envolvió el pecado, comunica con la caridad la vida del corazón que le robaba el egoísmo, y sustituye al espíritu de temor, que se apoderó del hombre, el espíritu de amor que es propio del hijo adoptivo de Dios (1). Para esto, hermanos míos, nace Jesucristo. Él mismo nos dice: he venido á dar testimonio de la verdad (2), para que los hombres tengan vida, y vida más abundante y perfecta (3). En una palabra, vuelve á hacer del hombre una verdadera imagen y semejanza de Dios, un amigo, un hijo de Dios (4). Más aún: da al hombre por gracia y por amor, lo que él quiso alcanzar por sí mismo rebelándose contra Dios. Quiso ser como Dios, y Dios se lo concede haciéndole participante de su divina naturaleza, según la enérgica frase de San Pedro (5). Tan grande es, dice San Juan, el amor de Dios á su criatura (6). Lo que el hombre no pudo encontrar, lo pondrá Dios á su alcance, y hé aquí por qué quiere entrar en relación directa, en comercio con él; comercio no solo individual y aislado con cada hombre, sino universal, estableciendo una sociedad perfecta entre Dios, autor de todas las cosas, y la humanidad entera. ¿Cómo se cumplirán estos designios de amor? Escuchad á San Pablo: Dios os envía á su Hijo hecho hombre, y le pone á la cabeza de la humanidad, con la cual celebra un pacto eterno, rubricado con la sangre de ese Hijo: *ipsum*

(1) Rom. VIII, 15.

(2) Joann. XIX, 37.

(3) Id. X, 10.

(4) Rom. VIII, 16.

(5) II Petr. I, 4.

(6) I Joann. III, 1.

dedit caput supra omnem Ecclesiam (1). En esta sociedad, y por medio de ella, que es su cuerpo místico, y el cumplimiento ó la plenitud de aquel que lo llena todo en todas las cosas, los hombres todos podrán entrar en comunicacion con Dios, adquirir su ciencia, vivir de su vida, elevarse á su gloria, y ser una misma cosa con Dios, porque el que se une con él, tiene un mismo espíritu (2).

¡Cuán sublime es, Señores, bajo este punto de vista la religion católica! Es la reconciliacion del hombre con Dios, y la recuperacion de su grandeza y de sus derechos, con el aumento de nuevos y más preciosos caracteres. Tiene en sus brazos al hombre degradado por el pecado, y rompe sus cadenas: le da á Dios por padre, y por hermano á Jesucristo, Hijo de Dios, y Dios como el Padre: la amistad de Dios, y su amor y su verdad, por alimento de su alma, y el cielo por herencia: une á la tierra con el cielo, haciendo de la tierra el cielo de Dios, y del cielo la tierra del hombre.

Ya os lo he dicho, hermanos míos. En los discursos siguientes veremos en detalle lo que hace la religion con el individuo y con la sociedad. Hoy me ocupo solo de ideas generales para demostraros que el hombre no vive de solo pan, no se engrandece, no es feliz abandonado á sí mismo y á las cosas materiales, sino que vive de la palabra que sale de la boca de Dios, y que le atrae y le une á su Criador, inspirándole un homenaje de obediencia, un homenaje de esperanza, de adoracion, de gratitud y de amor. ¡Dichoso el hombre, feliz el pueblo que vive bajo la inspiracion de esta religion! Él será mi

(1) Ephes. I, 22.

(2) I Corinth. VI, 17,

pueblo, dice el Señor, y yo seré su Dios (1). Será mi pueblo, es decir, el pueblo de mis hijos, el objeto de mi ternura, el depositario de mi verdad, el poseedor de mi vida. Yo seré su Dios: esto es, seré su padre, y su refugio en la tribulacion, y su esperanza en el peligro, y su escudo en la tempestad, y su amigo en todo tiempo; seré su felicidad y su eterna recompensa: *Ego ero merces tua magna nimis* (2).

¿A qué tiende por fin la religion? ¿A dónde conduce á la humanidad? Si á esta pregunta contestamos refiriéndonos á la religion en su primer período, ó á la Sinagoga, bastará decir que tendia á conservar ileso el depósito de las promesas divinas, á preparar los caminos del Señor, y á simbolizar las grandezas de la nueva alianza. Condujo á la humanidad á las puertas del catolicismo: al llegar allí se desvaneció, como la luz de la luna al brillar el sol en el Oriente. Guió á la humanidad á la tierra de promision, á la Iglesia: la vió de lejos, la señaló con el dedo, cantó sus glorias, le cedió sus títulos; pero no creyó y no entró en ella. Así Moisés llegó á vista de la tierra prometida al pueblo de Israel, y no entró en ella, porque dudó de la palabra de Dios, y desconfió de su promesa (3). Acompañó, en fin, á la humanidad hasta el sepulcro de Jesucristo, como Juan á Pedro (4); pero no entró en él, no examinó sus secretos, y triste se separó de allí, esparciéndose por el orbe, víctima de una maldicion. Allí terminaba su mision: no quiso conocerlo, no quiso someterse á la Iglesia de la nueva alianza, y á fuer de esclava, como Agár, fué des-

(1) Jerem. XXXI, 33.

(2) Gen. XV, 1.

(3) Num. XX, 12.

(4) Joann. XX, 5.

heredada y despedida de la tienda del divino Abraham, del padre de los verdaderos creyentes.

¿Y á qué tiende el catolicismo? ¿A dónde conduce? ¿Será transitorio como la Sinagoga? No, Señores. Las puertas del infierno no prevalecerán contra él (1); es la columna y el apoyo indestructible de la verdad (2); es la religion de Dios, la alianza eterna del que dijo que estará con nosotros hasta la consumacion del siglo (3). En vano será combatido: triunfará siempre, y de nuevo brillará como el sol tras la tormenta. Podrá ser desterrado de un pueblo, pero otro le abrirá sus puertas. Siempre el mundo será su hijo, vivirá bajo su influencia, y concurrirá de un modo ó de otro al logro de sus tendencias.

Esas tendencias, hermanos míos, son admirables. Es el camino, la verdad y la vida como Jesucristo (4). El camino que conduce al género humano á su perfeccionamiento; la verdad, que brillando sin sombras y sin interrupcion á sus ojos, le dirige á su término; la vida, en fin, que da la felicidad á que el hombre aspira y ha aspirado siempre. Es la única doctrina que habla de Dios de una manera digna de Dios, la única que en términos claros y precisos enseña al hombre lo que ha sido, lo que es y lo que debe ser, dándole medios eficaces para llegar sin tropiezo á su fin. Es una religion de progreso sobre bases inmutables: parte de un principio fijo y eterno, y de él progresivamente se adelanta en sus consecuencias hasta el bello ideal de la perfeccion del individuo y de la sociedad. No rechaza el programa de los que piden el progreso de las artes y de la indus-

(1) Matth. XVI, 18.

(2) Timoth. III, 15.

(3) Matth. XXVIII, 30.

(4) Joann. XIV, 6.

tria, y el desenvolvimiento de las inteligencias por la instruccion y la verdadera libertad social. ¡Cómo rechazarlo, si á la religion se debe cuanto en este camino ha adelantado la humanidad! Admite este programa, pero lo dirige por el camino de la verdad y de la caridad, que son su base, y la base de cuanto tiene sólida existencia, porque recuerda siempre que el hombre no vive de solo pan, que no es feliz con solos los bienes materiales. Antes de Jesucristo los tenia el mundo, y la humanidad era desgraciada. El hombre vive y se engrandece con la palabra que sale de la boca de Dios. Bienaventurado, dice David, llaman al pueblo que abunda de bienes terrenos; pero no lo es sino el que tiene por Señor á nuestro Dios (1).

Es una religion de progreso, Señores. Los que dicen lo contrario, calumnian al catolicismo. Su constitucion y su historia los desmienten; más aún, prueban que no es posible el progreso fuera del catolicismo. Lo evidencia en primer lugar su constitutivo, que es una base inmutable y eterna, que es la verdad y el amor, que es la alianza con el principio eterno y necesario de todo bien. Progreso significa desarrollo, perfeccionamiento gradual y sucesivo del hombre y de la sociedad. Para que se logre, es preciso ante todo un fundamento sólido é indestructible, un principio eterno. Toda civilizacion se reduce al desenvolvimiento normal de lo útil, de lo justo, de lo bello, de lo santo, de lo verdadero, y este desenvolvimiento es el resultado de una doctrina fija, sagrada é incontrovertible. Sin esta fijeza de principios, no es posible el desenvolvimiento en medio del polvo de las opiniones, que se eleva y baja tan rápidamente. Sin

(1) Psalm. CXLIII, 15.

una base sólida no se edifica: si la tierra no es firme, el hombre no puede, apoyando en ella su pié, levantarse con esfuerzo supremo. No consiste, hermanos, el progreso en la variación continua de principios, sino en el desarrollo de las consecuencias que nacen de un principio inmutable. Este principio solo el catolicismo le tiene en su fe y en su verdad. Los siglos nada le han añadido: las revoluciones nada le han quitado.

La perfección á que aspira el hombre, exige el orden, la armonía, la marcha de cada cosa á su fin propio, la virtud, la caridad. ¿Y dónde se encuentra esto sino en el catolicismo que le dice: sé perfecto como el mismo Dios (1); crece de virtud en virtud hasta trasformarte en una copia exacta, en una imagen perfecta del Hijo de Dios? (2) Mira el modelo que te presenta el Evangelio. ¿Le admiras? ¿Envidias su gloria? Haz segun él hizo para llegar á ella (3). Extingue en tu corazón la raíz del mal, el orgullo, el egoísmo, la envidia; planta en él las virtudes; sé bueno; ama á Dios que te ha criado, ama á tu prójimo como te amas á ti mismo (4), como te ha amado Jesucristo (5). Eres hijo de Dios: hazte digno de la herencia de Dios. No pongas tu corazón en las cosas materiales y limitadas; elévate sobre ellas, busca lo infinito, lo eterno (6). Oid á San Pablo: Solícitos en conservar la unidad del espíritu en vínculo de paz, y formando todos un cuerpo y un espíritu, como que es una misma la esperanza de nuestra vocación, y tenemos un mismo Señor, una fe y un bautismo, no seamos como

(1) Matth. V, 48.

(2) Ephes. IV, 13.

(3) Exod. XXV, 40.

(4) Matth. XXII, 37, 39.

(5) Joann. XIII, 34.

(6) Matth. VI, 19, 20.

niños que vacilan, ni nos dejemos llevar de todo viento de doctrina por la malignidad de los hombres, que engañan con astucia de error; antes bien, siguiendo la verdad en caridad, crezcamos en todas las cosas en aquel que es la cabeza, Cristo, por el cual recibe aumento todo el cuerpo coligado y unido para edificarse en caridad (1). Resta, hermanos, que todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo santo, todo lo amable, todo lo que es de buena fama, si hay alguna virtud, si hay alguna alabanza de costumbres, esto pensadlo: lo que aprendísteis y recibísteis, lo que oísteis y visteis en mí, esto hacedlo, y el Dios de la paz será con vosotros (2).

La historia desmiente también á los detractores del catolicismo. ¿Qué era el mundo al aparecer nuestra religión sobre la tierra? ¿Qué era la ciencia, qué la moral, qué la política, qué, en fin, la autoridad? El cuadro, Señores, visto en su desnudez, es horroroso. El tiempo no permite bosquejarlo hoy: otro día tendré ocasión de hacerlo al hablaros de los beneficios del catolicismo. Ahora basta decir que todo lo ha regenerado, todo lo ha suavizado, y ha dado á la ciencia la luz fija de la verdad, que emana de Dios; á la moral, la idea sólida de la virtud, hija de la caridad divina; á la autoridad, el carácter de la paternidad; al pobre, la libertad y la esperanza; y á la civilización, el impulso más eficaz y positivo. Cuanto hay de grande, hermanos, tiene origen católico; y mal que les pese á los modernos novadores y á los llamados filósofos, ellos mismos han bebido en las fuentes de la religión y en sus producciones, las aguas que su orgullo y su egoísmo han enturbiado y envenenado, y que tur-

(1) Ephes. IV.

(2) Philip. IV, 8, 9.

bias y envenenadas presentan al pueblo con astucia de error, segun la frase de San Pablo (1). Se han valido de las luces que ha difundido la religion para hacerse sábios y llamarse grandes; y cuando su orgullo les ha hecho creer que han llegado á esa altura, no han querido ya adorar á Dios, ni reconocer la supremacia de la religion: han sustituido á ella los ídolos de sus ideas y sistemas, y no contentos con adorarlos ellos, ambicionando lo que buscó Adán en su rebeldia contra Dios, y lo que el demonio prometió á Jesucristo si le adoraba, quieren tambien que el pueblo adore esos ídolos, para que su adoracion refluya en sus autores. Obran en direccion opuesta á como obró Jesucristo al ser tentado, y hacen el papel del demonio tentador, halagando con pomposas promesas á los que engañados les sigan. Por fortuna, esas ideas tienen la suerte que les señala un sábio católico: nacen en un gabinete, tienen su cuna en un libro, y su sepulcro en una biblioteca. Pasan como meteoros, y desaparecen. Si en su tránsito no sembraran la semilla del mal, ni aun memoria de ellos, ni de sus autores, quedaria en el mundo. Solo el Catolicismo, porque es la religion de Dios, de la verdad, de la vida y de la perfeccion; solo el Catolicismo permanece inalterable en su base, magnífico en sus producciones, perfecto en sus obras, y acompaña al género humano en su peregrinacion sobre la tierra hasta dejarle en el seno de la divinidad, para que goce de una felicidad infinita y eterna. Este es el término de sus progresos.

Sigámosle, hermanos míos, que es guia seguro, hácia un término feliz. Los grandes filósofos de la antigüedad buscaban en vano esa guia, y pedian al cielo que

(1) Ephes. IV, 14.

hiciese descender sobre la tierra al legislador y maestro del género humano. La Sinagoga, que habia recibido la promesa de ese maestro y de ese guia, lo invocaba sin cesar. Nosotros hemos oido su palabra y recibido su divina ley: gocémonos de ser contados en el número de sus discípulos, y no seamos como los pequeños filósofos de nuestros días, que para parecer grandes, hacen alarde de querer pasar sin Dios, sin Jesucristo, sin religion, ó blasonan de ser capaces de corregir y mejorar la obra de la Sabiduría infinita. Compadezcámoslos y dejémoslos que vayan solos por el camino del orgullo, del egoismo y de los goces materiales, que conduce á un precipicio inevitable. He dicho mal, no los dejemos ir: hagamos un esfuerzo para detenerlos, y cuando otra cosa no podamos, roguemos á Dios por ellos. Entre tanto nosotros gravemos en nuestro corazon la sentencia de Jesucristo: El hombre no vive de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (1); de la fe, de la caridad, de la religion.

Por lo que he dicho hasta ahora, conocéis al hombre como salió de las manos de Dios: le conocéis cómo se hizo á sí mismo pecando: conocéis la religion que le regenera. Conocedores de lo que sois, admirad y agradeced lo que debéis á Dios; llorad y arrepentíos del mal que os habeis causado con el pecado; amad y practicad la religion que os devuelve el bien perdido: ella os hará recobrar vuestra grandeza en la tierra, y os preparará la felicidad eterna en el cielo.

(1) Matth. IV, 4.

TERCER SERMON.

El hombre regenerado por Jesucristo.

*Proposuit.... instaurare omnia
in Christo.*

(Ephes. I, 9, 10.)

CUANDO queremos, Señores, concebir una idea exacta de lo que era el hombre segun salió de las manos de su bondadoso Criador, y del miserable estado á que le redujo su pecado, nos fijamos en Adán, recordando lo que de él nos dice el libro sagrado al referirnos la bellísima historia de la creación, y la triste escena de la tentación y la caída. Solo en esta fuente encontramos el agua pura de la verdad: fuera de ella no se halla sino el error ó la duda, que dejan incierto el espíritu y frío el corazón. Así también, cuando tratamos de tener idea completa del hombre regenerado, y de la grandeza á que Dios se digna elevarle por la redención, no podemos menos de fijar los ojos en la persona, en las acciones y en las palabras del segundo Adán, de Jesucristo, que tomó nuestra naturaleza para comunicarle una vida celestial y divina. En todo cuanto hace, bien humillándose hasta el sacrificio, bien elevándose á la más sublime gloria, representa á todos, y lleva en sí á toda la humanidad,

dice San Leon, porque en él está la naturaleza de todos (1). El hombre viejo fué crucificado en él ó en su persona, dice San Pablo (2), y resucitando despues, y subiendo al cielo, nos ha hecho sentar con él mismo en su gloria (3). Por ello, añade el mismo San Leon, bien le consideremos abatido en el seno de la inmaculada María, bien humillado y sacrificado en la Cruz, ya en el sepulcro, ya lleno de gloria en el cielo, siempre hallamos en él nuestra naturaleza, y en él podemos vernos representados (4).

Queriendo, pues, hablaros hoy del hombre regenerado en Jesucristo y por Jesucristo, no hallo otra imagen más expresiva que el mismo Jesucristo vestido de la carne de pecado, y que subiendo al Tabor se transfigura en presencia de sus apóstoles predilectos. Allí aparece rodeado, ó mejor aún, lleno de luz divina que sobre aquellos se refleja. Sus vestidos tórnanse blancos como la nieve, su rostro resplandeciente como el sol, y sobre su cabeza déjase oír la voz del Padre, que dice: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias; escuchadle (5).» Con ello da á sus discípulos un nuevo testimonio de su divinidad, les muestra el resultado de la humillación voluntaria á que se habia reducido, les descubre la gloria inmensa que la unión inefable con el Verbo atrae á su humanidad, y les hace vislumbrar lo que espera al hombre unido á Dios por la fe y

(1) Per eum agebatur omnium causa, in quo erat omnium natura sine culpa. (S. Leo, Serm. 8 de Passion.)

(2) Rom. VI, 6.

(3) Ephes. II, 5, 6.

(4) Nostrum est quod peperit materna virginitas; nostrum quod hebraica crucifixit impietas, quod exanime jacuit, quod tertia die resurrexit. (S. Leo, Serm. 13 de Passion.)

(5) Matth. XVIII.

TERCER SERMON.

El hombre regenerado por Jesucristo.

*Proposuit.... instaurare omnia
in Christo.*

(Ephes. I, 9, 10.)

CUANDO queremos, Señores, concebir una idea exacta de lo que era el hombre segun salió de las manos de su bondadoso Criador, y del miserable estado á que le redujo su pecado, nos fijamos en Adán, recordando lo que de él nos dice el libro sagrado al referirnos la bellísima historia de la creación, y la triste escena de la tentación y la caída. Solo en esta fuente encontramos el agua pura de la verdad: fuera de ella no se halla sino el error ó la duda, que dejan incierto el espíritu y frío el corazón. Así también, cuando tratamos de tener idea completa del hombre regenerado, y de la grandeza á que Dios se digna elevarle por la redención, no podemos menos de fijar los ojos en la persona, en las acciones y en las palabras del segundo Adán, de Jesucristo, que tomó nuestra naturaleza para comunicarle una vida celestial y divina. En todo cuanto hace, bien humillándose hasta el sacrificio, bien elevándose á la más sublime gloria, representa á todos, y lleva en sí á toda la humanidad,

dice San Leon, porque en él está la naturaleza de todos (1). El hombre viejo fué crucificado en él ó en su persona, dice San Pablo (2), y resucitando despues, y subiendo al cielo, nos ha hecho sentar con él mismo en su gloria (3). Por ello, añade el mismo San Leon, bien le consideremos abatido en el seno de la inmaculada María, bien humillado y sacrificado en la Cruz, ya en el sepulcro, ya lleno de gloria en el cielo, siempre hallamos en él nuestra naturaleza, y en él podemos vernos representados (4).

Queriendo, pues, hablaros hoy del hombre regenerado en Jesucristo y por Jesucristo, no hallo otra imagen más expresiva que el mismo Jesucristo vestido de la carne de pecado, y que subiendo al Tabor se transfigura en presencia de sus apóstoles predilectos. Allí aparece rodeado, ó mejor aún, lleno de luz divina que sobre aquellos se refleja. Sus vestidos tórnanse blancos como la nieve, su rostro resplandeciente como el sol, y sobre su cabeza déjase oír la voz del Padre, que dice: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias; escuchadle (5).» Con ello da á sus discípulos un nuevo testimonio de su divinidad, les muestra el resultado de la humillación voluntaria á que se habia reducido, les descubre la gloria inmensa que la unión inefable con el Verbo atrae á su humanidad, y les hace vislumbrar lo que espera al hombre unido á Dios por la fe y

(1) Per eum agebatur omnium causa, in quo erat omnium natura sine culpa. (S. Leo, Serm. 8 de Passion.)

(2) Rom. VI, 6.

(3) Ephes. II, 5, 6.

(4) Nostrum est quod peperit materna virginitas; nostrum quod hebraica crucifixit impietas, quod exanime jacuit, quod tertia die resurrexit. (S. Leo, Serm. 13 de Passion.)

(5) Matth. XVIII.

por la gracia en la tierra, y por la posesion del mismo Dios en el cielo. Es decir, Jesucristo nos presenta la imágen de la humanidad pecadora en sus humillaciones, en sus tormentos y en su muerte, y la imágen de la humanidad regenerada, elevada al órden sobrenatural, y hecha consorte de la divina naturaleza, en su gloria, en su majestad y en su carácter de Hijo amado del Eterno Padre.

Al hombre en el estado de postracion humillante, le hemos visto ya: veamos su renovacion ó regeneracion mediante la fe y por la gracia. El hombre regenerado ó renovado en Jesucristo y por Jesucristo. Tal es el asunto del presente discurso. El camino de esta regeneracion, la grandeza que produce. Hé aquí sus dos partes. Favorecedme con vuestra atencion.

PRIMERA PARTE.

La creacion del hombre tuvo por objeto hacer de él una imágen y semejanza de Dios: la regeneracion se dirige á hacer de él un hijo de Dios. En la primera reflejó Dios sobre el alma é hizo como propios de ella los rasgos más sublimes de la vida, la inteligencia y el amor divino: en la segunda pasa más adelante, y comunica al hombre su misma naturaleza. Criatura feliz en su primer estado, enriquecida con dones del cielo, viviendo segun Dios, hubiera crecido en grandeza, y multiplicando sus méritos y su dignidad por la gracia, habria visto llegar el dia en que alcanzára una union inefable y eterna con Dios en la gloria, sin haber antes sentido

la opresion del dolor, ni el aguijon del remordimiento, ni la humillacion de la muerte. Este era el designio de Dios sobre el hombre: la grandeza á que le habia elevado no era sino el medio de llegar á otra mayor en la consumacion de la gloria. Por ello, dice Santo Tomás, aun antes del pecado le reveló la Encarnacion del divino Verbo, que entonces, es decir, en el caso de no haber pecado el hombre, y no necesitar la redencion ó reparacion, se habria verificado para elevarle al término de la gloria por los méritos de Jesucristo y por la union con la divinidad, por la cual, elevada la naturaleza al órden divino, se hubiera dicho de los hombres que eran como Dioses (1).

¿Recordais, hermanos míos, que esta fué la palabra con la cual sedujo la serpiente á los primeros padres? Ellos, segun se deduce de la doctrina del Angélico maestro, tenian noticia de esta elevacion que se les preparaba, y el demonio envidioso se valió de ello para precipitarlos en la degradacion y en la ruina, á fin de privarles de tan sublime destino. Para lograr su intento, les hace desear desde luego lo que Dios les ofrecia para más adelante, en premio de su sumision y del homenaje de su amor. Por eso dice Tertuliano, que el pecado de Adan fué pecado de impaciente precipitacion (2). Vemos ya el resultado de ese vano esfuerzo del género humano

(1) Ante peccatum Adam habuit fidem explicitam de Christi incarnatione, prout ordinabatur ad consummationem gloriæ.

Cum per incarnationem Filii Dei, non solum liberatio a peccato, sed etiam humanæ naturæ exaltatio, et totius universi consummatio facta sit, etiam peccato non existente, propter has causas incarnatio fuisset. Et hoc etiam probabiliter sustineri potest. (*Id. in 3, Dist. 1, q. 1, art. 3.*)

(2) Perit et ipse (Adam) per impatientiam suam.... At ubi impatientiæ succidit, desivit Deo sapere, desivit cælestia sustinere posse. (Tertul., *de Patient.*, c. 5.)

para alcanzar lo que la serpiente les ofreciera. Roto el lazo que le unia con el cielo, no puede ya abordar á la ribera eterna, y aunque conserva la esperanza en el fondo del corazon, un terrible anatema pesa sobre él. Cuando ha apurado el caliz de la amargura y la miseria de su abyeccion, cuando el mundo clama, y los justos y los profetas levantan su voz pidiendo que aparezca la luz á los que están en tinieblas de muerte, y venga á la tierra el libertador prometido (1), Dios le envia, y prepara una redencion sobreabundante para que el hombre, no solo quede libre de sus cadenas, sino tambien elevado á la grandeza que Dios le destinara. ¿Sabeis en qué consiste esa grandeza? En la semejanza perfecta, en la union con Dios, en la participacion, en la posesion de Dios. *Eritis sicut Dii* (2). De modo, Señores, que Dios no alteró sus designios sobre el hombre; lo que se propuso darle, eso le dió, ostentando las riquezas de su misericordia, de la que se acuerda en el dia de su ira (3), y haciéndole objeto de su amor infinito. Esto hace exclamar á un orador católico apostrofando al demonio: «Confúndete y baja tu inmunda cabeza, soberbio enemigo del hombre. Embriagado de orgullo digiste á los hombres: sereis como Dioses. Es la primera y la última vez que has dicho la verdad. Si: serán como Dioses, porque de la raza humana hará Dios que nazcan Dioses para confundirte; y esa palabra que pronunciaste para causar su ruina, será el más bello atributo de su gloria, porque el Verbo de Dios levantará al hombre de la abyeccion, y le elevará hasta la gloria de su mismo trono, segun la hermosa

(1) Isai. XLV, 8.

(2) Gen. III, 5.

(3) Habac. III, 3.

frase de San Pablo: le resucitó con él, y le hizo sentar en su trono (1). Con ello ha cumplido á la letra esa palabra: *Eritis sicut Dii*, sereis como Dioses. Tal ha sido el objeto de la redencion (2).»

Examinemos el plan divino: recorramos el camino de la regeneracion. Al hablar ayer sobre la religion, dije que la base ó principio de la sociedad entre dos seres, consiste en sus relaciones de proximidad ó semejanza. Por ello el Criador, que quiso establecer una sociedad entre él y el hombre, le hizo á imagen y semejanza suya, para que en el fondo mismo de cada sér exista el principio de su mútua union. Para formar, pues, la nueva alianza de Dios con la humanidad, es preciso que exista tambien esa semejanza. En el hombre, ya lo sabeis, el pecado alteró la imagen de Dios, y su constitucion moral, sus tendencias, sus facultades, todo su sér, quedó herido y corrompido (3). Era necesario por lo mismo y ante todo, reconstruir lo arruinado, unir lo separado, curar lo que estaba enfermo en la criatura (4), para hacer brillar nuevamente en ella la semejanza divina. Pero en el hombre hay un obstáculo para él insuperable, el pecado, que establece muro de division entre la criatura y el Criador, y es causa de que este le esconda su rostro (5). Se necesita, pues, destruir el pecado, y despues formar, por así decirlo, una nueva creacion. Jesucristo lo dice: si el hombre no renace, no puede entrar

(1) Ephes. II, 6.

(2) Combalot, *El hombre regenerado en Jesucristo*.

(3) Gen. VI, 5; VIII, 21.—Conc. Trident., sess. V, Canon 1.º

(4) Ezeq. XXXIV, 16.

(5) *Ecce non est abbreviata manus Domini ut salvare nequeat, neque aggravata est auris ejus ut non exaudiat; sed iniquitates vestrae dividerunt inter vos et Deum, et peccata vestra absconderunt faciem ejus a vobis ut non exaudiat.* (Isai LIX, 1, 2.)

en el reino de Dios (1). Aproximacion, pues, de Dios y del hombre, destruccion del pecado, renacimiento de la criatura. Hé aquí el camino de la regeneracion. ¡Infeliz hombre! ¿Cómo podrás llegar á ese término, siendo un pobre esclavo que habitas entre las tinieblas del pecado y las sombras de la muerte? Si una mano misericordiosa no viene á romper tu cadena y á levantarte de tu abyeccion, ¿cómo podrás entrar de nuevo en la region de la luz y en la morada de la felicidad?

Lo que era imposible á la miseria humana, hermanos míos, ha sido posible á la caridad infinita de Dios, por medio del gran misterio del Verbo, que se hace hombre para que el hombre se haga Dios (2): misterio que se llama con razon el gran sacramento de la piedad divina (3), por el cual Dios ostentó su inmenso amor á la criatura (4), puesto que estando muertos por el pecado, nos volvió á la vida, redimiéndonos por Cristo, y nos resucitó con él, y nos elevó hasta su mismo trono en el cielo en Cristo Jesus, para manifestar á los siglos las abundantes riquezas de su gracia derramada por su bondad sobre nosotros (5).

Este misterio de la Encarnacion del Verbo realiza la aproximacion de Dios y del hombre. Dios se une á la naturaleza humana, la toma para sí mismo, y en unidad de persona se presenta Dios y hombre á la vez. El Ver-

(1) Joann. III, 3.

(2) Factus est Deus homo, ut homo fieret Deus. (S. Aug., Serm. 9 in Nativ. Dom.)

(3) I ad Timoth. III, 16.

(4) Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret. (Joann. III, 16.) Amplius Deus innotuisti in Filio quam in orbe: in hoc monstrasti quid esses, quid sceres, quid posses, quantumque amares. (S. Thom. a Vill., Serm. 3 de Nativ.)

(5) Ephes. II, 4 ad 7.

bo se hizo carne (1), y se llama Emmanuel, Dios con nosotros, Dios unido á la naturaleza del hombre (2).

Así, Señores, se cumple lo que Dios prometió al primer hombre en su desgracia, y que repetido despues una y mil veces en la série de los siglos, mantuvo viva la esperanza de la restauracion en todos los pueblos que anhelaban la venida del Redentor, para ver reanudadas las relaciones entre Dios y la criatura, y derramadas sobre todas las generaciones las bendiciones que en su descendencia prometiera Dios al padre de los creyentes (3). Esta es la obra de Dios por excelencia, que el Profeta pedia al Señor realizase en medio de los años (4), y por medio de la cual estaba prometida alianza eterna á la casa de Israel. Vendrán los dias, dice el Señor por Jeremías, en que yo haré una nueva alianza con la casa de Judá; no una alianza como la que hice con sus padres. Ellos violaron aquella alianza, y yo les hice sentir mi poder. Más hé aquí el pacto que yo haré con la casa de Israel cuando sus dias serán venidos: imprimiré mi ley en sus entrañas, y la escribiré en sus corazones. Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo (5).

¿Cómo se verificará esta alianza? La promesa profética lo manifiesta tambien: El Señor os dará por sí mismo un prodigio: hé aquí que la Virgen concebirá y dará á luz un hijo que se llamará Emmanuel, que significa Dios con nosotros (6). Cuando llegaron los dias, el Angel del Señor fué enviado á la Virgen escogida desde la eternidad, para que en su seno se realizase el gran misterio de la

(1) Joann. I, 14.

(2) Matth. I, 23.

(3) Gen. XXII, 18.

(4) Habac. III, 2.

(5) Jerem. XXXI, 31, 33.

(6) Isai. VII, 4.

piedad, el inefable desposorio de la naturaleza divina con la humana, y le pide su consentimiento en nombre de Dios. María, entrando en los designios eternos, pronuncia la palabra de adhesión á la voluntad divina (1), y al punto el Verbo, que era en el principio, y estaba en Dios, y era Dios; el Verbo, por quien fueron hechas todas las cosas, y de quien reciben todas la vida, y por quien debían ser restauradas según la voluntad del Padre (2), se hace carne y habita con nosotros. *Verbum caro factum est, et habitavit in nobis* (3).

Ved aquí ya la aproximación de las dos naturalezas, de los dos seres alejados antes por el pecado. Al verificarse esta unión, ó más bien, al manifestarse al mundo en el nacimiento del hombre Dios, cantaron ya los ángeles: «Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad (4).» En este nacimiento salen al encuentro la misericordia y la verdad, y se dan un ósculo la justicia y la paz (5); porque en él se realiza el gran misterio llamado por excelencia el secreto de Dios Padre, escondido en él antes de los siglos (6). Escuchemos á San Pablo, de quien son estas palabras, y que, penetrando en los abismos de la Sabiduría eterna, recibió la misión de evangelizar las inefables riquezas de Cristo Jesús, é ilustrar á todos acerca de este gran misterio y de sus magníficas consecuencias (7). Cuando llegó, dice, la plenitud de los tiempos, envió Dios á su Hijo para redimir á los que estaban bajo la ley del pecado, á fin de

(1) Luc. I, 38.

(2) Ephes. I, 10.

(3) Joann. I, 14.

(4) Luc. II, 14.

(5) Psalm. LXXXIV, 11.

(6) Ephes. I, 9.

(7) Id. III, 8, 9.

que recibiésemos la adopción de hijos de Dios, y por cuanto sois hijos, he enviado á vuestros corazones el espíritu de su Hijo, que clama á Dios, llamándole Padre. Así ya no sois siervos, sino hijos, y siendo hijos, herederos por Dios (1). Ved, hermanos míos, anunciado y explicado ya el cumplimiento de aquellas palabras: «Seréis como Dioses.» Pasemos adelante.

Dios envía á su Hijo, dice San Pablo, para redimir á los que estaban bajo de la ley, es decir, á destruir el pecado. Para ello el Verbo divino no toma la naturaleza humana sana, impasible é inmortal; no la toma como era en el estado de la inocencia del hombre, sino débil, enferma, sujeta al padecimiento y á la muerte: es decir, tal como quedó por efecto del pecado. Toma, dice también San Pablo, una carne que sin llevar en sí el pecado, tiene toda la semejanza exterior de la carne de pecado (2), y por lo mismo capaz de sufrir y morir en expiación de aquel. Jesucristo, pues, dice San León (3), representa verdaderamente en su humanidad al hombre pecador, al hombre viejo en frase del Apóstol (4), y sujetando á ese hombre viejo en su carne al padecimiento, á la humillación, al sacrificio que pide Dios por el pecado de su criatura, expía este pecado, extingue su imperio, acaba con su fuerza, y con su sangre nos limpia á nosotros de toda mancha (5), y borra el decreto de condenación escrito contra la humanidad, clavándolo en la Cruz (6). Ahora bien, concluye San Pablo, la carne

(1) Gal. VI, 4 ad 7.

(2) Rom. VIII, 3.

(3) S. Leo. *Serm. 8 de Pass.*

(4) Rom. VI, 6.

(5) I Joann. I, 7.

(6) Coloss. II, 14.

de pecado que tomó Jesucristo, y ha sido crucificada, es nuestra carne, y ha sido crucificada para destruir el cuerpo del pecado, para acabar con el imperio de la concupiscencia. *Vetus homo noster simul crucifixus est, ut destruat corpus peccati, ut ultra non serviamus peccato* (1). De donde se sigue, según San León, que así como nos pertenece, porque es de nuestra naturaleza, lo que parió la inmaculada María, así también nos pertenece y es nuestro lo que la impiedad judaica clavó en la Cruz, lo que resucitó al tercer día (2); porque Jesucristo representaba la causa de todos, teniendo en su persona la naturaleza de todos. Hé aquí dado ya el segundo paso para la regeneración y elevación del hombre. Dios, haciéndose hombre, se aproxima á nosotros, padeciendo y expiando el pecado en nombre de todos los hombres, nos pone en estado de merecer la filiación, la adopción de hijos de Dios. Veamos cómo se llega á ella.

Envía Dios á su Hijo, continúa San Pablo, para que por él recibamos la adopción de hijos de Dios (3). Jesucristo llevó nuestra carne á la Cruz, también la llevó al sepulcro, y al tercer día esa misma carne salió de él triunfante, llena de gloria inmortal. Entonces es cuando dice: ¡Oh muerte, yo seré tu muerte! ¿Dónde está tu victoria y tu terrible aguijón? (4) A los cuarenta días esa misma carne sube al cielo á tomar posesión en nombre nuestro del reino de Dios, de la herencia de Dios (5). Por ello, dice Jesucristo próximo á su ascensión, subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios (6).

(1) Rom. VI, 6.

(2) S. Leo, *Serm. 13 de Pass.*

(3) Gal. IV, 5.

(4) Osee, XIII, 14.

(5) Ephes. II, 6.

(6) Joann. XX, 17.

Ved ya, Señores, declarada nuestra adopción de hijos de Dios, nuestra elevación al orden divino de la gracia, semilla de la gloria, nuestra adopción en el eterno paraíso. En consecuencia de ello, Jesucristo envía sobre sus discípulos al Espíritu Santo, que colmándolos de dones divinos, los hace hombres nuevos, llenos de sabiduría y de amor de Dios, y autoriza á todos para dirigirse á Dios y llamarle Padre, no solo por título de amor, sino por derecho otorgado por el mismo Dios. Ved, dice San Juan, con cuánto amor nos ama Dios, que no solo nos permite llamarnos, sino que nos concede en realidad ser hijos suyos (1).

¿Dónde se realiza esa adopción de hijos de Dios, no ya general de la humanidad, como se hizo en el Calvario y manifiesta Jesucristo en su Ascensión, sino en particular y efectiva para cada uno? En el bautismo, hermanos míos. En él se verifica esa segunda creación, ese renacimiento del hombre, de que hablaba Jesucristo á Nicodemo cuando le dijo: es necesario nacer segunda vez: el que no renace en el agua por el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios, en la familia de Dios (2). El bautismo, según el Apóstol, nos sepulta con Jesucristo, para que así como Jesucristo resucitó con vida nueva, así nosotros andemos en novedad de vida (3). En el bautismo sacrificamos al hombre viejo, y nos despojamos de él y de todos sus actos, con la renuncia que hacemos de la vanidad, del orgullo, de la concupiscencia, que constituyen la carne de pecado, y nos vestimos del hombre nuevo, criado según Dios en santidad y en jus-

(1) Joann. III, 1.

(2) Joann. III, 5.

(3) Rom. VI, 4.

ticia de verdad (1); así como Jesucristo se despojó en su muerte y en el sepulcro de las miserias de la antigua carne y de su mortalidad, y se vistió el traje de la inmortalidad y de la gloria propia de su divinidad (2). En el bautismo, añade San Pablo, nos vestimos de Cristo (3); más aún, somos creados espiritualmente en Cristo (4), y nos hacemos miembros de sus miembros, y una misma cosa con él (5), para ser principio de nueva criatura (6). En una palabra, nos hacemos hijos de Dios, y como hijos, herederos del mismo Dios con Jesucristo (7), que es el primogénito de los hermanos (8).

¡Oh cuántos prodigios, exclama un sábio católico! ¡Qué bondad! ¡Qué amor! Dios, que entrega á su propio Hijo en expiación de nuestros pecados; el Hijo de Dios, el Verbo eterno, que se hace hombre y muere en una Cruz, y que al dejar el mundo nos deja su cuerpo y su sangre para nuestro alimento; la naturaleza humana unida á la naturaleza divina en una sola persona; el hombre redimido, purificado con la sangre de un Dios, y hecho heredero del cielo, coheredero de Jesucristo su Salvador. ¡Qué grandeza! ¡Qué sublime destino, qué alta dignidad nos es otorgada! Pero también ¡qué poderosos motivos de gratitud y de amor! El ejemplo de Jesucristo, que para nuestra enseñanza fué el modelo de todas las virtudes, ¡cuánto no debe ilustrarnos, sostenernos y purificarnos en el penoso camino que debemos recorrer! (9)

(1) Ephes. IV, 22, 24.

(2) Rom. VI, 4, 9.

(3) Gal. III, 27.

(4) Ephes. II, 10.

(5) Id. V, 30.

(6) Jacob. I, 18.

(7) Rom. VIII, 17.

(8) Id. id., 29.

(9) Duvoisin.—Ligni, *Vida de Jesucristo*, c. 7, notas.

Así es, hermanos míos, cómo se realiza la regeneración del hombre, para que se cumpla en él la palabra: *sereis como Dioses*. Así es como nos elevamos á un orden superior y divino, y nos transfiguramos como Cristo en el Tabor; brilla en nosotros la imágen del Adán celestial, somos vestidos de su gracia y hechos herederos de su gloria, y oímos la voz de Dios que nos llama sus hijos muy amados, en quienes quiere tener eternamente sus complacencias. Repitamos, pues, porque son profundas y sublimes, las palabras de San Pablo, que encierran y explican este gran misterio: «Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió á su Hijo.» Con esto se aproximó á la humanidad, uniendo las dos naturalezas, entre quienes quiso establecer sociedad perfecta. «Le envió para redimir á los que estaban bajo de la ley.» Con esto destruye el pecado y nos dispone á la union con Dios. «Le envió para que por él recibiéramos la adopción de hijos de Dios.» Con ello nos ennoblece, nos une á Dios, cumple en nosotros sus antiguas y magníficas promesas, haciéndonos participantes de la divina naturaleza (1): en una palabra, nos hace como Dioses: *Eritis sicut Dii*.

Veamos ahora la grandeza que da al hombre este caracter.

SEGUNDA PARTE.

Imágen y semejanza de Dios. ¡Qué idea tan sublime! ¡Qué grandeza nos descubre en la creación del hombre! Hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, del Dios

(1) II Petri I, 4.

hecho hombre, participantes de la divina naturaleza. ¡Oh cuánto esta idea supera á la primera! ¡Cuánto más grande y más noble aparece el hombre en su regeneración que en su creación! Cuando en mi primer discurso os hablé de la grandeza del hombre hecho á imagen de Dios, os decía con un ilustre orador: estended las alas de la fe, subid al cielo, subid más; atravesad por entre los ángeles y los querubines, dejad atrás á los serafines, y cuando descubrais un sér infinito, esencial y eterno, y el brillo de su gloria, que hace temblar á los ángeles, y el resplandor de su majestad, que les obliga á cubrir sus rostros con sus alas (1), os fuerce á deteneros, contempladle si podeis, y decidme ¿qué veis?—¡Ah! veo el original de quien soy imagen. Ahora os digo otra vez: iluminados con la luz que esparce la antorcha de la fe, encendida en vuestras almas por las revelaciones de San Pablo, fijad más la vista: ¿qué veis en ese trono de la eternidad?—¡Ah! veo á mi Dios.—¿Qué nombre tiene para vosotros? ¿Cómo le llamais?—¡Ah! es nuestro Padre. Sí, nuestro Padre, hermanos, porque somos hijos de Dios. ¡Qué grandeza! Hijos de Dios. Este es el milagro del amor, dice San Agustín (2). Ved con qué amor nos ha amado Dios, que no solo nos llamamos, sino que somos en verdad hijos suyos (3). A los que creen en Jesucristo les ha dado potestad de hacerse hijos de Dios, nacidos no de la carne y de la sangre, ni por voluntad de hombre, sino por voluntad, por adopción de Dios (4).

El Padre, que por su omnipotencia tiene la virtud

- (1) Isai. VI, 2.
 (2) Omnia dona excedit hoc donum, ut Deus hominem vocet filium, et homo Deum nominet Patrem. (S. Aug., *Tract. 5 in Joann.*)
 (3) I Joann. III, 1.
 (4) Joann. I, 12, 13.

de producir cualquier efecto en la criatura, es el que adopta al hombre por hijo. De manera, dice Santo Tomás, que ya parece ser algo más que una criatura formada á imagen de Dios, puesto que nos hace tener una unión con él, semejante á la que por su carácter de hijo natural de Dios tiene Jesucristo (1). El Padre nos toma por hijos suyos, á imitación de su Hijo divino, que es el ejemplar de nuestra filiación, y el Espíritu Santo imprime en nosotros esta semejanza (2). Este carácter nos hace hermanos de Jesucristo, participantes de su divinidad, como engendrados en él y miembros de su cuerpo, de su carne y de todo él, según San Pablo (3); de modo que podemos decir: «Ya no vivo yo, Cristo es quien vive en mí (4).» Somos, en fin, admitidos á una unión estrecha, á una como consanguinidad con Dios, adquirida por nuestra naturaleza en la humanidad de nuestro Salvador, elevada al sér divino, lo cual hace exclamar á San Agustín: Tan excelsa y tan sublime es esta elevación de la humana naturaleza, que no puede llegar á mayor altura (5). El alma, revestida de la forma divina en el bautismo, dice San Cipriano, es más grande que cuanto de sublime encierra el mundo. Asociada y unida

(1) Per actum adoptionis communicatur similitudo naturalis filiationis hominibus. (*D. Thom.*, 3 p., q. 23, art. 1.) Filiatio adoptiva est quedam similitudo filiationis æternæ. Assimilatur autem homo splendore æterni Filii per gratiæ claritatem, quæ attribuitur Spiritui Sancto. Et ideo adoptatio, licet sit communis toti Trinitati, appropriatur tamen Patri ut auctori, Filio ut exemplari, Spiritui Sancto ut imprimenti in nobis hujus similitudinem exemplaris. (*Id. id.*, art. 3.)

(2) Tit. III, 5.

(3) Ephes. V, 30.

(4) Gal. II, 20.

(5) Ista naturæ humanæ tanta, et tam celsa, et tam summa subvectio est, ut quo attolleretur altius non haberet. (S. Aug., *de Prædest. Sanctor.*, c. 15.)

á Jesucristo, y hecha hija de Dios con él, reina también con Jesucristo. Su púrpura es la sangre del Salvador que la cubre, y los ornamentos de su pontificado, son los méritos y las virtudes del Hombre-Dios que la viste con este traje divino.

Escuchemos siempre al Apóstol, que con tanta sublimidad nos descubre estos caracteres de nuestra filiación y de esta unión con Jesucristo. El primer hombre formado de la tierra era terreno (1). Hé aquí la vida que recibimos de Adán: esclavos de las pasiones, tierra como él, llevamos con fatiga el peso de la vida animal, que nos comunicó el primer padre. *Qualis terrenus, tales et terreni*. Como hijos del terreno, éramos tierra. Pero el segundo Adán viene del cielo. *Secundus homo de caelo, caelestis*. Viene del cielo para regenerarnos, para darnos una vida divina. *Qualis caelestis, tales et caelestes* (2). Es decir, así como por la filiación terrena la naturaleza de Adán y sus miserias vienen hasta nosotros, así por la filiación celeste, que existe entre nosotros y Jesucristo, recibimos una vida semejante á la suya. Llevando adelante su idea de hacernos comprender hasta donde nos es posible, las inestimables riquezas del misterio de nuestra regeneración, continúa el Apóstol: estamos arraigados é ingertados en Cristo (3). ¡Cuán admirable es esta frase! ¡Qué golpe de luz derrama sobre nuestra alma! Vosotros conocéis, Señores, la operación por la que en una rama de bastardo origen, una mano hábil ingiere otra buena, y le comunica con ello un principio de vida, una sávia superior que le quita su infecundidad ó su amargura nativa, y le da virtud y fuerza de produ-

(1) I Corinth, XV, 47.

(2) Id. id., 48.

(3) Coloss. II, 7.—Rom. XI.—Hebr. 11, 14.

cir hermoso y sazonado fruto. Pues esta es la imagen que San Pablo nos presenta para hacernos comprender nuestra elevación al orden sobrenatural. Estamos arraigados en Cristo, é ingertados de él. ¿Qué éramos nosotros por nuestro origen sino ramas bastardas de un tronco infecto, que producíamos fruto de muerte por el pecado, siendo incapaces de regenerarnos por nuestra esterilidad nativa? El bautismo nos arraiga en Jesucristo, nos da una sávia divina, nos viste de Cristo, nos hace participantes de su naturaleza, principio de criatura y sustancia suya (1).

Seguid adelante la comparación. La rama ingertada necesita quien la cuide, necesita alimento, necesita que se la despoje de los brotes que produce en lo viejo la sávia antigua. Todo se verifica en nosotros para que se consume la obra de la regeneración, á fin de que vivamos de la vida divina, y seamos conformes á la imagen del Adán celestial, que debemos llevar en nosotros, así como llevamos la imagen del Adán terreno (2). Participantes de Jesucristo en el bautismo, y hechos principio de sustancia suya, recibimos un carácter que no perdemos jamás. El Espíritu de Dios viene luego á robustecernos en el Sacramento de la Confirmación. Si el cuerpo de pecado, si la concupiscencia que forma nuestra raíz, y no nos fué quitada en el bautismo, como no desaparece el tronco de la rama que se ingerta, hace brotar en nosotros renuevos de amarga sávia para robarnos la vida divina de la gracia, la penitencia corta esos renuevos de muerte; y cuando necesitamos de alimento proporcionado á la vida que adquirimos renaciendo en el

(1) Gal. III, 27; Hebr. III, 14; Jacob. I, 18.

(2) I Corinth. XI, 49.

bautismo, lo encontramos en la Sagrada Eucaristía. ¡Qué grandeza! exclama el sábio Contenson: «Reconoce, oh cristiano, tu dignidad. Ser hijo de Dios es ser participante de su divina naturaleza, sello de su semejanza, imágen del Padre, participacion del Hijo, expresion del Espíritu Santo; y si todo hijo, como dice Nicetas, es una razon tácita y una definicion de su padre (1), siendo así que la definicion se convierte en el definido y es su explicacion, el cristiano puede llamarse un Dios abreviado (2).» Tal es el efecto de la regeneracion del hombre; tal y tan sublime la grandeza á que se eleva por la fe y por la gracia de Jesucristo.

No es este, sin embargo, el término á que quiere conducirnos, hermanos míos. Con esto no somos, segun San Pablo, sino principio de su sustancia (3), principio de nueva criatura (4), por la sávia divina que en su Encarnacion ha comunicado el Hijo de Dios á la naturaleza humana, y que por el bautismo se inocular en cada uno de nosotros. Somos participantes de Cristo, llamados á crecer hasta la plenitud de varones perfectos (5), ele-

veces, dice Santo Tomás de Villanueva, se transfiguró el Hijo de Dios: la primera ocultando su divinidad y haciéndose hombre para que el hombre se hiciese Dios; la segunda en el Tabor, dejando vislumbrar la gloria de su humanidad, para hacernos concebir la idea de la que nos prepara á nosotros, si nos hacemos semejantes á él, y merecemos el título de hijos amados del Eterno Padre (1). Esta gloria la recibimos al consumir nuestra carrera sobre la tierra, al entrar en el reino de Dios, y de una manera completa en el último de los días, cuando el Hijo de Dios, en quien se reunen y subsisten todas las cosas por su humanidad y su divinidad (2), las entregue todas al Padre, para que sea todo en todas ellas (3), cumpliéndose su eterno designio de unir á sí todas sus obras. Entonces, dice San Pablo, no solo en el alma, sino tambien en el cuerpo aparecerá nuestra gloria, porque este cuerpo que recibió la semilla de la inmortalidad, se levantará del sepulcro y será reformado por Jesucristo, haciéndole conforme á la claridad de su mismo cuerpo (4), á la claridad que hizo contemplar á sus discípulo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



gen y semejanza suya, lo que se propuso al regenerarle á imagen de su Hijo, y de la union de este con la naturaleza humana: hé ahí, en fin, á dónde quiere conducirnos Jesucristo. Por ello, dice San Juan Crisóstomo, el Verbo se revistió de nuestra carne, no para dejarla con el tiempo, sino para morar en ella eternamente. De otro modo no la hubiera hecho el honor de colocarla en su divino trono, no la hubiera propuesto á la adoracion de toda la milicia celestial de ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, príncipes y potestades. ¿Qué génio, continúa, qué lengua será capaz de ponderar como merece este honor tan grande? No: ni un ángel, ni un arcángel, ni criatura alguna terrestre ó celestial podrá jamás llegar á tanto. El honor que hizo el Verbo Eterno á nuestra naturaleza es tan superior á nuestras ideas, que para expresarlo no nos queda más que el silencio y la admiracion (1). Y este honor no solo le recibe en la persona de Jesucristo, sino que quiere estenderlo en proporcion á sus méritos á cada uno de nosotros, hechos por el bautismo participantes de la divina naturaleza, como el Verbo se hizo por la Encarnacion participante de la nuestra, aunque de una manera más admirable, para que como hermanos suyos seamos sus coherederos en la gloria del Padre.

(1) *Carnem nostram induit, non ut rursus dimitteret, sed omni cum ea tempore habitaturus: aliter enim non eam throno regio fecisset dignam, nec ea indutus a superno omni angelorum, archangelorum, thronorum, dominationum, principatum et potestatum exercitu adoratur. Quæ ratio, quæ mens, quantum honorem humano generi Deus exhibuit, mirificum profecto et admirandum explicare potuerit? Quis angelus? Quis archangelus? Nihil quod in cœlis, nihil quod in terra. Ejusmodi Dei nostri beneficia sunt tam magna, tam excellentia, ut non solum mortalem linguam, sed et angelorum virtutem eorum exuperet explanatio. (S. Joann. Chris., Hom. 10 in Joann., c. 1.)*

Más para llegar á este término, hermanos míos, es necesario merecerlo: es preciso permanecer unidos á Jesucristo por la fe y por la caridad, viviendo de su misma vida y gobernándose por su espíritu (1). Solo así se cumplirán en nosotros las palabras del Hijo de Dios en su oracion al Padre despues de la última cena: «Yo les he dado la gloria que me disteis para que sean uno, como nosotros somos una misma cosa. Yo en ellos y vos en mí, á fin de que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que vos me habeis enviado, y que los habeis amado como tambien me amásteis á mí.» (2) Es preciso aceptar la prueba y abrazar el sacrificio como Jesucristo. Solo de este modo seremos participantes de su gloria (3), que Dios quiere concedernos como corona de justicia (4).

¿Qué doctrina hay, Señores, semejante á esta, que así ennoblece al hombre y tiende á elevarle á la union perfecta y eterna con el mismo Dios? ¿Qué son á su lado los vanos conceptos y las fantásticas ideas de los filósofos de todos los tiempos, que aislan al hombre y no le ofrecen nada que sea superior á sus propias miserias, nada que prolongue sus esperanzas más allá del sepulcro, nada que exceda del engañoso sueño del orgullo, ó de la momentánea embriaguez de la sensualidad? Por ello los pueblos han creído al amor que Dios nos tiene (5), y han dicho con San Pablo: «Sin duda es grande á todas luces este misterio de amor, en que Dios se ha manifestado en carne, ha sido justificado en espíritu,

(1) Rom. VIII, 9.

(2) Joann. XVII, 22, 23.

(3) Rom. VIII, 17.

(4) II Timoth. IV, 8.

(5) I Joann. IV, 6.

visto de los ángeles, predicado á las naciones, creído en el mundo y recibido en gloria (1). «Por ello esta doctrina se apodera del mundo, y alimentados con ella, el hombre y el niño, la virgen y el anciano, el soldado y el rey, llegaron y llegan al heroísmo de la fortaleza y de la virtud, que ni siquiera soñaron los antiguos inventores de falsos dioses, ni los modernos divinizadores de la idea y de las pasiones. Ella sola ha hecho Santos, ella sola ha regenerado al mundo, ha dado inspiración al génio, ha impreso un sello divino á todas las cosas; acreditándose con esto que no es una doctrina especulativa, un sistema de ideas abstractas como las de los filósofos, de quienes sarcásticamente decia Voltaire, que ni han podido influir en las costumbres de la calle en que vivian; sino que es una doctrina viva, eficaz, como palabra de Dios y obra suya, que en todo lugar y en todo siglo ha producido los efectos que Dios se propuso, de engrandecer al hombre, regenerarle, elevarle á un órden divino, hacerle como Dios.

Sigamos pues, hermanos, el camino que nos traza esa doctrina que ha formado á los héroes de la caridad, á los grandes hombres de la verdadera ciencia, á los Santos de toda edad y condicion. Somos hijos de esos Santos, y esperamos la vida eterna que ellos alcanzaron, la vida que Dios promete á los que no mudan su fe y permanecen unidos á él por la caridad (2). En esa fe hemos sido criados, esa esperanza se nos infunde desde el principio de nuestra vida, esa caridad ha difundido Dios en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado (3). No nos dejemos seducir y engañar por la

(1) I Timoth. III, 16.

(2) Tob. II, 18.

(3) Rom. V, 5.

filosofía y vanos sofismas, segun las tradiciones de los hombres, segun los principios de una ciencia mundana, y no segun Jesucristo (1).

Nuestro Padre es Dios, Jesucristo nuestro hermano, el cielo nuestro destino: nuestra luz y nuestra ciencia ha de ser la de Dios, nuestro modelo y nuestra guía Jesucristo, nuestra ambición y nuestra esperanza el cielo. «Reniegue si quiere, os diré con Lammenais (2), reniegue el impío desde el fondo de sus tinieblas á aquel que le ha rescatado: renuncie enhorabuena á la vida, y adórese á sí mismo.» Nosotros, apremiados por el amor de Cristo (3), despojados del hombre viejo para vestirnos del nuevo, criados segun Dios en santidad y en justicia de verdad (4), y postrados ante el tabernáculo santo, adoraremos á nuestro libertador, á nuestro pontífice, á nuestro hermano, á nuestro Padre, á nuestro Dios, y repetiremos en la efusión de nuestro amor el cántico con que los bienaventurados llenan el cielo: «Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y la virtud, porque has criado todas las cosas (5), porque te has sacrificado, y con tu sangre nos has redimido de toda tribu, de toda lengua, y pueblo, y nacion, y nos has hecho reino para Dios, y reinaremos (6). Digno es el Cordero que fué sacrificado, de recibir la virtud, el poder, la divinidad, la fortaleza, la sabiduría, el honor, y la gloria y la bendición. Al que está sentado en el trono y al Cordero, bendición, honor y gloria por los siglos de los siglos (7).»

(1) Coloss. II, 8.

(2) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia*, p. 1, c. 35.

(3) II Corinth. V, 4.

(4) Coloss. III, 9.

(5) Apoc. III, 11.

(6) Id. IV, 9.

(7) Id. id., 13.

CUARTO SERMON.

El catolicismo modera y ordena las pasiones.

*Spiritu ambulate, et desideria
carnis non perficiatis.*

(Gal. V, 16.)

EL Hijo de Dios, Señores, al hacerse hombre, tomó nuestra naturaleza con las miserias y defectos que le originó la prevaricación, á excepcion del pecado, y esto no solo para acreditar que venia á la tierra verdadero hombre semejante á nosotros, sino para enseñarnos que al elevarle en su persona á la sublime grandeza de la union con la Divinidad, y regenerarla en cada uno de nosotros por la gracia, no venia á destruirla, sino á renovarla á imágen de él mismo (1). Esto nos insinúa tambien el Apóstol cuando dice que estamos arraigados en Cristo, é ingertados de él por el bautismo (2); esto es, que conservando la raiz de nuestra naturaleza, reci-

(1) Christus suscepit defectus nostros, ut pro nobis satisfaceret, et ut veritatem humanæ naturæ comprobaret, et ut nobis fieret exemplum virtutis. (S. Thom., 3. p., q. 15, a. 1.)

(2) Colos. II, 7. — Rom. VI, 5.

bimos una sávia superior y divina, que santifica lo que por sí era bastardo y estéril. Somós, añade, participantes de Cristo, si hasta el fin persevera en nosotros ese principio de su sustancia (1); y perseverando crece hasta hacer que desaparezca de nosotros el hombre viejo, y nos renovemos en nuestro espíritu para ser hombres nuevos, criados segun Dios, creciendo hasta la plenitud de varones perfectos (2), y corroborándose en nosotros la virtud divina para esta completa renovacion (3). Esta es la obra de la gracia; pero exige la cooperacion del hombre. El que te ha criado sin ti, no te justificará sin ti, dice San Agustin (4). Así como en el estado de inocencia quiso Dios que Adan se hiciese digno de la conservacion de los privilegios que le concediera y de la grandeza que le preparaba, así ahora quiere que sea recompensa de nuestros esfuerzos la gloria de su eterna posesion á que nos llama. No ha de ser todo obra de Dios; ha de ser tambien obra del hombre, robustecido con los auxilios superiores. Por ello deja en nosotros la raiz de la concupiscencia, para que peleando legítimamente, seamos coronados (5) despues de haber alcanzado victoria de nosotros mismos; pero nos da sus luces y su gracia, que, como él mismo dijo al Apóstol, basta para esta victoria (6). Hé aquí por qué Jesucristo no solo es el Redentor, sino tambien el maestro y el modelo de la humanidad.

A esta renovacion completa del hombre corrompido

(1) Hebr. III, 14.

(2) Ephes. IV, 22.

(3) Id. id. 13, 15.

(4) Qui creavit te sine te, non justificat te sine te: creavit nescientem, justificat volentem. (S. Aug., Serm. 15 de Verb. Apost., c. 11.)

(5) Timoth. II, 5.

(6) II Corinth. XII, 9.

por el pecado, para rehabilitarle en los derechos que perdió por aquel, tiende siempre el Catolicismo. Ni una página vereis en el Santo Evangelio, que no nos presente esta idea dominante y primordial en las máximas, en los ejemplos y en las acciones de Jesucristo. Todo el hombre se había corrompido por la concupiscencia: todo él debe ser renovado por la gracia. Su entendimiento, su corazón y su cuerpo estaban esclavizados bajo la ley del pecado, y Jesucristo viene á dar la luz al entendimiento, el amor y la vida al corazón, la ley y el remedio al cuerpo; pero no contentándose con el plan general, desciende á los detalles, penetra en todos los pliegues del corazón, persigue, donde quiera le encuentre, el principio del mal, y lo arranca, depositando en su lugar la semilla del bien. Toda la naturaleza ha de ser renovada para que el hombre nuevo sea distinto en todo del hombre viejo, sea semejante al divino modelo Jesucristo, de quien se hace hermano, compártiense de sus derechos y de su gloria.

Entremos, pues, hermanos míos, en el exámen de esta acción del catolicismo, que modera y ordena las pasiones del hombre para obrar su completa regeneración.

PRIMERA PARTE.

El hombre, Señores, no puede vivir sin pasiones. Dotado de entendimiento y de voluntad, ama lo que la inteligencia le presenta digno de ser amado, aborrece lo que la inteligencia le presenta digno de odio, espera y desea lo que cree le producirá un bien, teme lo que se

persuade que será para él un mal, busca aquello y rechaza esto, se goza en la posesión de lo primero, y se irrita ó entristece con la presencia de lo segundo. Hé aquí las pasiones. Son un movimiento ó emoción del alma, ó más bien, del apetito sensitivo, excitado con la imaginación, la idea ó la presencia de un bien ó de un mal, según las define Santo Tomás con el Damasceno (1).

El hombre, como ser inteligente, vive de las ideas que en su mente se forman, de las impresiones que recibe, de los objetos que le rodean. Toda idea engendra en él un sentimiento, y este se manifiesta en los actos exteriores en conformidad á la idea y al sentimiento de que proceden. Por ello se ha dicho también que la pasión es una especie de necesidad vivamente sentida, una atracción poderosa que nos lleva hácia un objeto para unirnos con él, confundiendo nuestra vida con la suya (2), ó una repulsión igualmente fuerte, que nos aparta para impedir toda comunicación con el mismo. No teniendo el hombre una perfección absoluta, no bastándose á sí mismo para el completo de su vida, ni en su inteligencia, ni en su corazón, ni en los sentidos, y puesto en relación necesaria con todos los demás seres, no puede vivir sin pasiones. Dejaría de ser hombre, dejaría de tener vida propia si no las tuviese. Las tuvo el primer hombre en el feliz estado de la justicia original en que Dios le había criado, dice Santo Tomás (3): le animaba el amor y el gozo de los bienes que poseía, y la espe-

(1) Passio est motus appetitivæ virtutis sensibilis in imaginatione boni vel mali. Et aliter, passio est motus irrationalis animæ, per suspensionem boni et mali. (S. Thom. 1^a 2^a, q. 22, a. 3.)

(2) Lacordaire, Conferencia 26.

(3) Passiones quæ possunt esse boni præsentis, ut gaudium et amor, sunt futuri boni in suo tempore habendi, ut desiderium et spes non affligens fuerunt, in statu innocentiae. (S. Thom., 1^a p., q. 95, art. 2.)

ranza y el deseo de los que se le ofrecían como venideros. Las tuvo el mismo Jesucristo, que tomó nuestra naturaleza, y sintió la pasión del amor y de la amistad con Lázaro, la tristeza y el temor en el huerto de Getsemani, el dolor en sus tormentos y en su muerte. Son, en fin, las pasiones, una consecuencia de la naturaleza humana, y Dios se las ha dado al hombre como le dió todas las cosas para el bien, para su felicidad; pero lo mismo que todo cuanto le fué dado, pueden conducirle á la grandeza ó á la degradación.

Las pasiones en sí mismas son indiferentes: la libertad del hombre decide de ellas, su bondad ó su malicia del principio que produce la emoción del alma, ó del apetito sensitivo, y del término á que se dirige; siendo por lo mismo una potencia amable y productora de grandes bienes, ó una potencia terrible y destructora. El alma, ó bien, dirigiéndolas sábiamente, se vale de ellas como de caballos briosos, pero domados, que enganchados á la carroza del cuerpo, la conducen al heroísmo y á la inmortalidad; ó bien, dejándolas libres, la arrastran á la degradación y la precipitan en el abismo.

El hombre, imagen de Dios, naturalmente ama el bien y lo desea; pero la voluntad, potencia ciega, necesita una luz, un guía que le muestre lo que es realmente bueno. Ese guía natural del hombre es la razón. Mientras perseveró en la unión y amistad con Dios en el paraíso, la razón, iluminada con la luz divina, y recta en sí misma, conocía claramente el bien, y la voluntad se unía á él, se gozaba en él; las pasiones sometidas á la razón, como esta á Dios que la iluminaba, le hacían feliz. Era verdaderamente libre. Así como Dios le había dado una especie de soberanía y dominio sobre todas las criaturas del universo, así también le había hecho dueño de sus pasiones, que no obraban sino por sus órdenes, y

le estaban absolutamente sometidas (1). Recordad la idea que os presenté de esa felicidad en mi primer discurso. Pero, ¡oh Dios! de cuán corta duración fué este dominio. ¡Cuán pronto fué desposeído este soberano, y cayó en desgraciada esclavitud, por no haber querido someterse á Dios con un acto de obediencia que debía serle tan ventajoso, y dar una prueba más de que era verdadero soberano de sí mismo! Seducido por la serpiente, se dejó fascinar, y admitió en su corazón el deseo de una grandeza superior; sometió la razón al imperio de la pasión, y quiso ser Dios por medio de la infracción del precepto de Dios (2).

El primer efecto del pecado fué la ceguera del entendimiento. Dios retiró su luz, y la razón del hombre se oscureció y se extravió. Su voluntad, deseosa siempre de un bien en que gozarse y de una verdad á que unirse, le pregunta desde entonces cuál es lo verdadero y cuál lo falso, dónde está el bien y el mal, y no sabe qué responder. Su juicio y sus pasiones concertados, le engañan (3). Desde entonces siente dentro de sí mismo la rebelión de las pasiones contra la razón, y principia entre la parte inferior y superior del alma esa lucha, esa guerra intestina, que jamás ha sido interrumpida por la paz ni por la tregua (4). Es decir, hermanos míos, que la carne domina al espíritu, el hombre no vive ya según la razón; la razón se alimenta de la sensación, del placer,

(1) Non enim contra rectam voluntatem ad aliquid movebantur, unde necesse esset eas rationis tanquam frenis regentibus abstinere. (S. Aug., de Civit. Dei, lib. 14, cap. 19.)

(2) Sua potestate uti voluit, præceptum rumpere delectavit, ut nullo sibi dominante fieret sicut Deus, quia Deo nullus utique dominatur. (S. Aug., Serm. 1, in Ps. 70.)

(3) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia*, p. 1, c. 35.

(4) Gal. V, 17.

del apetito, y el que antes era imagen de Dios, viviendo de su vida, ahora se hace semejante á los irracionales, viviendo de la sensacion del sentido. *Homo cum in honore esset, non intellexit: comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis* (1). Desde entonces, las pasiones son ley del hombre: el bien y el mal son para él la riqueza y la pobreza, el placer y el dolor, la soberanía y la sujecion ó subordinacion. La concupiscencia reina en él, y todo cuanto hay en el mundo, dice San Juan, es concupiscencia de la carne, ó amor del placer; concupiscencia de los ojos, ó amor de las riquezas; soberbia de la vida ú orgullo, soberanía y egoismo (2).

¡Qué trastorno, hermanos míos, en la naturaleza! ¿No hemos visto en el mundo por esa revolucion el imperio de la sensualidad y el libertinaje mas asqueroso divinizado por la pasion, el imperio de la avaricia y el robo santificado en los dioses, el imperio de la tiranía sancionado por la ley en la bárbara esclavitud, y los crímenes todos entronizados sobre la tierra? El mundo lo vió, y los filósofos y los hombres que estudiando el mal buscaban el remedio, exclamaban: veo lo que es mejor, y lo apruebo, pero sigo lo peor (3); es decir, me entrego á merced de mis pasiones. Ese es el hombre por efecto de su caída: hizo esclava á la razon, que antes era señora, y dió el imperio al apetito y las pasiones, que antes estaban dominadas por aquella.

¿Cómo se explica, Señores, este desorden? El hombre, aun despues de su caída, tiene conciencia de su destino. Conserva la idea de un gran bien que ha perdido, conoce que le falta algo, comprende que está lla-

(1) Psalm. XLVIII, 13.

(2) Joann. II, 16.

(3) Ovidio, *Eurípides, tragedia de Hipólito*.

mado á elevarse, á engrandecerse, á ser feliz. El deseo de esta felicidad es su gran pasion, el móvil de todos sus afectos, la razon de todas sus acciones. Lo encontrareis en las encantadoras ilusiones del niño, en las aspiraciones del jóven, en los cálculos del hombre maduro y en las esperanzas del anciano. Preside los sueños del poeta, las meditaciones del filósofo y los ambiciosos planes del político y del guerrero. Es la cuestion reina de las cuestiones de la humanidad, y ha obtenido la primacía en todo lugar y tiempo (1). ¿Y qué es la felicidad? ¿Dónde está ese bien siempre buscado, y nunca por nadie poseido á satisfaccion sobre la tierra? Ha de ser un bien superior al hombre, un bien que le perfeccione, que le engrandezca, que satisfaga todas sus necesidades y todas sus aspiraciones; y el hombre en sus aspiraciones no tiene término, es infinito. Ese bien, hermanos míos, dice San Agustín, no puede ser otro que Dios (2). Solo Dios tiene esas condiciones que exige la insaciable pasion del hombre. Pero éste, por el pecado, se alejó de Dios, renunció á él, miró como indigno de sí el deberle nada, y se propuso buscar por sí mismo fuera de Dios la satisfaccion de sus deseos, el término de sus aspiraciones.

Fuera de Dios y de su luz, guía de la razon, y de su verdad, alimento de la inteligencia, y de su amor, vida del corazon, y de la comunicacion de sí mismo, término

(1) De finibus bonorum et malorum multa et multipliciter inter se Philosophi disputarunt; quam quæstionem maxima intentione versantes inveniri conati sunt quid efficiat hominem beatum. (*S. Aug., de Civit. Dei, lib. 13, cap. 1.*)

(2) Tantæ dignitatis est cor humanum, ut nullum bonum præter summum ei sufficiat. (*Id., de Beata vita, c. 2.*) Satis ostendis quam magnam creaturam rationalem fecerit, cui nullo modo sufficit ad beatam requiem quidquid te minus est, ac per hoc nec ipsa sibi. (*Id., Confess., lib. 13, cap. 8.*)

de toda elevacion y grandeza, no hay para el hombre otra cosa que las criaturas que le rodean sobre la tierra. A ellas pide lo que no quiere de Dios; á las criaturas, que, siendo inferiores al hombre, no pueden darle nada que le eleve sobre sí mismo, y que por el contrario, le arrastran y le rebajan hasta su nivel; á las criaturas, que todas juntas son un átomo para la inmensa capacidad del corazon, pide el hombre la satisfaccion de sus insaciables deseos. ¡A cuántas trasformaciones las somete! ¡Cuántos recursos inventa! Todas sus pasiones, excitadas por el gran deseo, y auxiliares de la gran pasion, se emplean en ello; pero el resultado es fatal, Señores. Desde que la razon suelta las riendas á una ó á todas las pasiones, dejándose llevar por ellas al término que se propone, el desórden crece constantemente; el deseo, un momento satisfecho, renace con más fuerza; el vacío del corazon se hace cada día más sensible; las pasiones desbordadas ofuscan la razon, borran del entendimiento toda idea que no sea la de su objeto, tiranizan el corazon, corrompen los sentidos, y «el hombre, condenado á sufrir todo género de servidumbre, esclavo del príncipe de las tinieblas que le sedujo, esclavo de sus propias inclinaciones y de sus más viles apetitos, desciende y descenderá tanto, que nada verá debajo de sí; y sin embargo, inquieto, atormentado por una sed siempre creciente, como el calenturiento que sintió sobre la lengua unas gotas de agua, ensayará todavía bajar más. ¿A dónde va? ¿Qué quiere? Busca debajo de la desesperacion no sé qué espantosa alegría que dominará á su inteligencia extraviada, y entonces se le oirá decir entre sí: no hay más Dios que yo.» (1)

¿Qué se ha hecho, hermanos míos, la soberanía de

(1) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia*, p. 1, c. 35.

esa noble criatura, á quien concediera el Criador entero dominio sobre todas sus obras (1), y á quien sometió sus propias pasiones? (2) ¿Qué se ha hecho la grandeza de su alma, capaz de lo infinito (3), y á quien nada fuera de Dios puede satisfacer? (4) ¿Qué se ha hecho su libertad, don precioso de Dios, que le fué dado para que se elevase por la virtud hasta Dios mismo? Todo lo ha renunciado. Como Esaú, ha vendido su primogenitura por un vil manjar (5); ha dicho á Dios: *Non serviam* (6), y se ha hecho siervo de sus pasiones, que en nada están acordes sino en degradarle, en atormentarle y hacerle desgraciado. Reinan sobre él, dice el Abad de Celles, no como señores legítimos, sino como tiranos: le mandan sin compasion, le imponen sus órdenes sin discrecion, le dominan todas á la vez y con extraña confusion (7). Esos tiranos, como de sí mismo decia San Agustin, luchan dentro del hombre sobre cuál principalmente se apoderará de él (8); y como por un caballo indómito, concluye San Ambrosio, se ve arrastrado, herido, precipitado y destrozado por las pasiones que no ha sabido enfrenar (9). ¿Qué extraño, pues, que no hallando en

(1) Gen. I, 28.

(2) Id. IV, 7.

(3) Si vis cognoscere magnitudinem animæ, Dei capax est.... ¿Quid ait de anima? Habitabo in ea, et deambulabo. ¡O magna capacitas, o ingens animæ magnitudo! (S. Thom. a Vill., *Serm. in Dom. 2 post Epiph.*)

(4) S. Aug., *de vita beata*, cap. 2.

(5) Gen. XXV, 33.

(6) Jerem. II, 20.

(7) Imperant ei vitia, non domini, sed tyranni: imperant, sed sine misericordia; mandant, sed sine discretione: conregnant super eum, sed sine dissensione.

(8) Certant in me ipso de me ipso, cujus potissimum esse videar. (S. Aug.)

(9) Qui dominari nescit cupiditatibus, quasi equus raptatur indomitus, volvitur, obteritur, laniatur, affligitur. (S. Ambros., *de Virginit.*, lib. 3.)

ninguna parte lo que desea, conociendo como Salomon por una triste experiencia, que todo en el mundo es vanidad y afliccion de espíritu (1), y que habiendo deserrado de su corazon á Dios, y con él á la esperanza, aborrezca la vida, desprecie la existencia y se lance en el abismo de la desesperacion, dando fin á su tormento con el suicidio? ¡Triste término del imperio de las pasiones sobre la razon! ¡Ultimo acto de tiranía que ejercen sobre el hombre en castigo de no haberse sometido á Dios, y de haber querido sustituir á Dios con la criatura.

¡Cuán frecuente es, por desgracia, hermanos míos, esta terminacion fatal de la marcha de las pasiones. Principian desenvolviendo ante la imaginacion del hombre el cuadro de la vida resplandeciente con el brillo de sus ilusiones. Es la reproduccion de la tentacion primera. Llaman al corazon, y el hombre resiste; insisten, y ya escucha y titubea como la primera mujer. Hacen brillar á sus ojos esa rosa del placer, de la que cada día que pasa arranca una hoja, y el hombre, ansioso de gozar, cae al fin. Desde luego se pregunta y discute consigo mismo, fija los derechos de su conciencia, estipula sus reservas, hasta que poco á poco, sucumbiendo voluntariamente y casi sin tentacion, trata de sofocar y ahogar la voz de la conciencia con el tumultuoso grito de las pasiones. Estas encienden en su interior un fuego devorador que pide sin cesar nuevo alimento, y se apoderan del corazon, le invaden, se fijan en él. Sometido á esta accion abrasadora y deletérea, el corazon pierde su virginidad, pierde su fuerza nativa, pierde su nobleza; sus instintos se desnaturalizan, y desaparece su aspira-

(1) Eccli. I, 14.

cion á elevarse sobre sí mismo y sobre cuanto le rodea para acercarse á Dios. En vano desde entonces espera volver á encontrar la felicidad en el camino que á sí mismo se ha trazado. Dios ha dicho, y su palabra se cumple siempre: «No hay paz para el corazon del impío.» (1) Así es que lejos de dormirse en el reposo y en la dicha que buscaba, se agita entre remordimientos. Cree preciso sofocarlos, y lo hace procurando destruir el principio de donde nacen, es decir, el sentimiento de la conciencia. Esto exige un paso más, acabar con el principio regulador de la conciencia, con los sentimientos religiosos, y hasta con la idea de Dios. No hay Dios, dice en su insensatez (2), y á fuerza de decirlo se figura creerlo.

Pero ¡ah! hermanos míos, porque el hombre niegue á Dios, no deja de existir este Sér Supremo; porque el hombre quiera proclamarse libre é independiente, no pierde Dios sus derechos sobre la criatura rebelde; y Dios, que obra siempre sobre el hombre, ó por su misericordia y su amor, ó por su indeclinable justicia, le hace sentir el terrible peso de la segunda, para que conozca, dice Jeremías, cuán malo es y cuán amargo haber querido separarse del Señor nuestro Dios (3). Porque conociéndole, no le glorificaron como á Dios, escribe San Pablo, se desvanecieron en sus pensamientos, oscureciéndose su corazon insensato, y haciéndose necios mientras se tenian por sábios; por lo cual los entregó Dios á los deseos de su corazon, á la inmundicia; y porque mudaron la verdad de Dios en la mentira, y sirvieron y adoraron á la criatura antes que al Criador, los entregó á pasiones vergonzosas; y porque, en fin, no die-

(1) Isai. XLVII, 21.

(2) Psalm. XIII, 1.

(3) Jerem. II, 19.

ron pruebas de conocer á Dios, los abandonó á un réprobo sentido para que hiciesen cosas indignas de ellos, puestos á merced de sus pasiones (1). Por ello, dice Isaías, el impío es como un mar agitado por encontrados vientos (2), que amenazan sumergir la navecilla del alma en el abismo, si, como los Apóstoles en el mar de Tiberiades, no se apresura á despertar á Jesucristo, cuyo recuerdo vive todavía, aunque dormido, por así decirlo, en el corazón apasionado y corrompido del pecador. Él solo puede, levantándose, mandar á los vientos y al mar, y convertir la tempestuosa agitación en admirable calma, para que la nave llegue al puerto con milagrosa prontitud y seguridad (3).

Hé aquí lo que viene á hacer Jesucristo, restituyendo las cosas al estado primero, y restaurándolo todo en el cielo y en la tierra (4). Hé aquí lo que hace su Religión. ¿Cómo lo hace? Enseña al hombre la verdad, haciendo que brille la luz de la fe, como lámpara en lugar tenebroso (5), para que á su resplandor descubra y distinga el verdadero bien del verdadero mal; pone freno á sus pasiones desordenadas con la perspectiva de la recompensa y del castigo temporal y eterno, y sobre todo, les da un alimento propio de la grandeza del hombre, y las gobierna y dirige con reglas y preceptos, cuya observancia da la paz al corazón y le hace disfrutar las delicias de una felicidad verdadera, que incoada en la tierra ha de consumarse en la eternidad. Veamos, hermanos, esta acción regeneradora del Catolicismo.

(1) Rom. I.

(2) Isai. LVII, 20.

(3) Matth. VIII.

(4) Ephes. I, 10.

(5) II Petr. I, 19.

SEGUNDA PARTE.

Recordad, Señores, otro de los admirables hechos evangélicos: la conversión de la Samaritana. En él encuentro explicada y compendiada esta acción regeneradora del Catolicismo, y por lo mismo, quiero fijarme en este pasaje que, como los demás de la historia de Jesucristo, son la mejor base de la doctrina que debe enseñar el Ministro del Evangelio. Este hecho está lleno de misterios, dice San Agustín (1). Jesucristo se sienta junto al pozo esperando á aquella mujer. Sale esta de Sichem, ó Sichar, cargada con su cántaro, llega al pozo, y sin hacer caso del Salvador, arroja el cubo á lo profundo y llena su cántaro, disponiéndose á volverse sin decirle una palabra. Detiénela Jesús pidiéndole que le dé de beber, y entáblase el diálogo que ha de tener por resultado su conversión y la de toda la ciudad (2). Esta primera parte del hecho evangélico nos retrata á la humanidad dominada por las pasiones. Sichem ó Sichar, como por desprecio llamaban los judíos á aquella ciudad, significa tierra de embriaguez (3), y las pasiones embriagan en verdad al hombre, envolviendo su inteligencia en crasos vapores que se levantan de sus apetitos desordenados. El agua del pozo representa, dice San Agustín,

(1) Verba plena misteriis, graviora sacramentis. (S. Aug., *Tract. 15 in Joann.*)

(2) Joann. IV.

(3) Natal. Alex. in hunc locum.

la sensualidad del siglo, el goce, la felicidad engañosa que busca el hombre en el pozo de las criaturas, que solo en profundidad tenebrosa ofrece lo que pide la pasión (1). La mujer es la figura del que todos los días y á todas horas acude á sacar de esa profundidad el agua que apague su sed de felicidad (2). El cubo, en fin, es la figura de las mismas pasiones que arroja el hombre al pozo de las criaturas, y que solo descendiendo hasta el fondo se llena para vaciarse luego, y de nuevo volverse á llenar, y volver á quedar vacío (3).

A esta tierra de embriaguez viene Jesucristo, y recostándose junto al pozo de la concupiscencia para hablar al corazón del hombre, le pide agua, le pide que satisfaga sus deseos. Estos deseos de Jesucristo son bien distintos de los de la criatura corrompida (4): son los deseos de glorificar al Padre y salvar al mundo, en los cuales encuentra su alimento (5). Pero vestido de nuestra carne, habla y obra como hombre, á fin de insinuar-se en el corazón del hombre. Si tú supieras, dice á aquella mujer, quién es el que te pide de beber, lejos de despreciarle, le pedirías á tu vez que te diese otra agua superior á esta, porque el que bebe de esta agua vuelve á tener sed, pero el que bebe de la que yo

(1) Aqua in puteo est voluptas sæculi in tenebrosa profunditate. Hinc eam hauriunt homines hydria cupiditatum. Cupiditatem quidem proni submitunt ut ad voluptatem haustam de profundo perveniant. (S. Aug., *Tract. 15 in Joann.*)

(2) Id. id.

(3) Pone ergo hydriam, cupiditatem, et aquam de profundo, voluptatem. (Id. id.)

(4) Sitebat plane non potum hominum, sed salutem; non aquam mundi, sed redemptionem generis humani. (S. Ambros., *Sermo de elemosyna et muliere samaritana.*)

(5) Joann. IV, 34.

le daré, no tendrá ya sed en adelante, porque se formará en su interior una fuente de aguas que salten hasta la vida eterna (1).

Ved, hermanos míos, descubierta en estas palabras la admirable acción del Catolicismo sobre el hombre, ordenando y dirigiendo sus pasiones para su perfecta regeneración. Notad primero que Jesucristo y su Religión no condenan las pasiones: para ello debieran cambiar la naturaleza, y quitar al hombre el corazón y el alma; pero las moderan y encaminan hácia un objeto noble, santo, imperecedero, que es lo que puede conseguir el hombre, dice San Gerónimo (2). Reconoce una sed de fidelidad en la criatura, y le dice: «Yo te daré una agua capaz de satisfacer tu sed.» Para excitar en el corazón el deseo de esta agua, le dice como á aquella mujer: «El agua de las criaturas no satisface: la pasión embriaga un momento; pero luego renace la necesidad, y se siente más el vacío del corazón.» ¿Y no es esto una verdad, Señores? ¿Quién ha visto jamás plenamente satisfechos los deseos de su corazón? ¿Quién no se ha visto precisado á correr de nuevo al pozo y arrojar su cubo para llenarlo de una agua cada vez más cenagosa, más corrompida y corruptora? (3) ¿Quién no se ha visto en la necesidad de confesar con San Agustín, que su corazón ha estado y está siempre inquieto y ansioso, sin ver jamás satisfecha su

(1) Joann. IV, 13, 14.

(2) Affectus et perturbationes quamdiu in tabernaculo corporis hujus habitamus, et fragili carne circumdamur, moderari et regere possumus, amputare non possumus. (S. Hieronym., *Ep. 8 ad Demetriadem.*)

(3) Pone ergo hydriam cupiditatem, et aquam de profundo voluptatem. Cum pervenerit usque ad voluptatem sæculi hujus cibus est, potus est, lavacrum est, spectaculum est, concubitus est. ¿Numquid non iterum sitiet? (S. Aug., *Tract. 15 in Joann.*)

sed abrasadora? (1) Este conocimiento, esta confesion, es la primera luz que envia Jesucristo al entendimiento del hombre. Feliz el que la aprovecha y le dice como la Samaritana: «Señor, dadme esa otra agua que me ofreceis, para que no tenga necesidad de venir cada dia á llenar mi cántaro en esa fuente (2).

¿Cuál es esa agua divina que ofrece el Catolicismo?

Es el alimento legítimo de las pasiones del hombre, el que debiera haber buscado siempre, y voluntariamente renunció. Dos males ha hecho mi pueblo, dice el Señor: «Me ha dejado á mí, que soy la fuente de aguas vivas, y ha cavado para sí cisternas que no pueden contener las aguas.» (3) El que bebe de estas vuelve á tener sed; pero el que bebe del agua que yo le daré, no tendrá más sed, porque la poseerá dentro de sí á todas horas, y en la paz del corazon, en la armonía de todo su sér se elevará poderoso sobre sí mismo. Prueba de que esto es lo que Jesucristo vino á dar al hombre, es que no solo á aquella mujer, sino á todos la ofreció, cuando en medio del templo clamaba: «Si alguno tiene sed, venga á mí y beba.» (4) ¿Qué agua es esta? Es, hermanos míos, la fe de Jesucristo, y la luz que ella derrama sobre la inteligencia, y la vida que da al corazon. Por ello añade el Salvador: «El que beba de esta agua, el que crea en mí, verá nacer en su seno corrientes de aguas vivas.» (5) Corrientes, Señores, rios que, dirigiéndose á todas sus potencias, á todos sus sentidos, alimentarán á todo el hombre para que puesto al riego de estas aguas, vea

(1) Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te. (S. Aug., *Confess.*, lib. 1, cap. 1.)

(2) Joann. IV, 15.

(3) Jerem. II, 13.

(4) Joann. VII, 37.

Id. id. 38.

crecer árbol de virtudes, cuyo fruto será la paz y la felicidad.

Para que no nos quepa duda, San Juan explica las palabras de su maestro. En esto, dice, significaba el espíritu que debian recibir los que creyesen en él (1). Este espíritu nos ha sido dado, dice San Pablo, y ha difundido la caridad en nuestros corazones (2). Adoptados por Dios, continúa el mismo, hemos recibido, no un espíritu de esclavitud y de temor, sino espíritu de amor, espíritu de hijos de Dios (3), y donde está el espíritu de Dios, allí se encuentra la libertad (4).

Las pasiones nos esclavizan (5), y el hombre esclavo no puede ser feliz. No es dueño de sí mismo, quien no puede decir á sus apetitos como San Pablo: «De aquí no pasarás: te considero como un esclavo, y te sujeto, te encadenó: no dominarás mi corazon.» (6) Aunque sea rey, dice San Agustin, es un esclavo, no de uno, sino de tantos tiranos cuantas son sus pasiones (7). De esa esclavitud nos libra el espíritu de Dios; nos hace libres de nosotros mismos. Es su primer efecto. Acordaos, dice el Apóstol, que no sois esclavos, sino libres, con la libertad que os ha alcanzado Cristo (8). Ved aquí, pues, la fuen-

(1) Joann. VII, 39.

(2) Rom. V, 5.

(3) Id. VIII, 15.

(4) II Corinth. III, 17.

(5) Omnis passio servilis est. (S. Aug., *de vita beata*, lib. 2, cap. 3.)
Unusquisque affectus ac perturbatio, cum prævalet ac dominatur, animi nostri tyrannus est. (S. Greg. Naz., *tract. in funere Pulcher.*)

(6) I Corinth. IX, 27.

(7) Malus autem, etiam si regnet, servus est; nec unius hominis, sed quod est gravius, tot dominorum, quot vitiorum. (S. August., *de Civit. Dei*, lib. 4, cap. 4.)

(8) Gal. IV, 31.

te de aguas vivas en el corazón del hombre, hecho hijo de Dios en el bautismo. Es el espíritu de Dios que habita en nosotros, según San Pablo (1). Este espíritu, este manantial, forma en el alma ríos que son sus dones misteriosos, tesoro inapreciable de sabiduría, de fortaleza, de piedad, de temor de Dios, que dirigiéndose á regar con sus aguas saludables la inteligencia, el corazón y los sentidos, enriquecen al hombre y le sacian con la fe, la esperanza y la caridad, aguas vivas que saltan hasta la vida eterna; es decir, elevan al hombre sobre las miserias de la naturaleza, le hacen vivir vida sobrenatural, vida del mismo Dios, con quien unido por la fe y el amor, forma un mismo espíritu (2). Jesucristo, con su gracia, multiplica esas aguas, y con su doctrina enseña al hombre á aprovecharse de ellas, para ordenar y dirigir noblemente sus pasiones hácia el término de la verdadera felicidad.

Lo hace primero con las aguas de la fe. Ella es la luz verdadera que ilumina al hombre y le descubre su origen, y su término, y el camino que á él conduce. Ella es la ciencia divina comunicada á la inteligencia, para que descubra la verdad esencial, alimento legítimo del alma, y única que satisface su insaciable sed de sabiduría. Ella, después que pone al alcance de todos los hombres la idea verdadera de Dios, y descubre sus infinitas perfecciones, y explica sus obras, y patentiza sus designios sobre su criatura predilecta, le dice: eres más que cuanto te rodea, eres la imagen del mismo Dios, que te ha dado parte de su inteligencia, de su amor y de su misma vida. ¿Te sientes llamado á la grandeza? Aspira

(1) Rom. V, 5.

(2) I Corinth. VI, 17.

á levantarte sobre ti mismo, busca un término digno de ti, superior á ti mismo. Ese término no es ni puede ser otro que Dios. Si lo buscas en las criaturas, descienes, te rebajas, porque nada pueden darte que sea más que tú: si amas la tierra, te haces tierra; si amas á Dios, te haces Dios (1). Debes elevarte hasta ser como Dios. Has nacido para él, te dice San Agustín; has nacido para llenar de él tu inteligencia, conociéndole; para llenar de él tu corazón, amándole: para gozar de él, poseyéndole (2). Dirige, pues, todas las fuerzas de tu inteligencia hácia esa verdad eterna; las nobles pasiones de tu corazón hácia ese amor y esa vida infinita; las aspiraciones de todo tu ser, hácia esa bondad esencial, inmutable, y esencialmente comunicativa. Poseído este bien, lo posees todo: nada faltará ya á tu corazón; serás feliz.

Lo hace en segundo lugar con la esperanza. ¡Cuán dulces son sus aguas al corazón! ¿Y quién puede darlas sino la Religión de Jesucristo, que presenta al hombre como término de su vida la posesión eterna de Dios? La ley, hermanos míos, la filosofía, la educación imponen al hombre el deber de sujetar las pasiones; pero ¿qué prometen en cambio? La exención de una pena, la salud del cuerpo, un nombre, un título vano, una alabanza estéril. Por ello el hombre solo sigue su inspiración, ú obedece su precepto cuando teme fatales consecuencias, ó le domina el egoísmo. El Catolicismo manda lo mismo, pero ofrece un premio real y eterno: la paz del corazón en la tierra, la felicidad de Dios en el cielo. Si

(1) *Amādo Deum, effīcīmur Dīi; ergo amādo mundum, effīcīmur mundus.* (S. Agust., *Serm. 21 de Verb. Evang.*)

(2) *Fecit Deus rationalem creaturam, quæ summum bonum intelligeret; intelligendo, amaret; amando, possideret; et possidendo, frueretur.* (S. Agust., *de diligendo Deo*, cap. 2.)

siembras en carne, no recojerás sino corrupcion, le dice San Pablo. Si siembras en espíritu, recogerás fruto de vida eterna (1): si mortificas tus pasiones, vivirás (2), y tu breve tribulacion, la privacion pasajera de lo que alhaga tu pasion ó tu apetito, se convertirá en peso de gloria infinita (3). Hé aquí por qué al eco de estas palabras el mundo ha visto tantos sacrificios, tanto heroismo en los hombres del catolicismo.

Lo hace, en fin, con la caridad, fuego santo, llama divina, que encendida en el corazon con la contemplacion de Dios y con el recuerdo de sus beneficios, domina todos los sentimientos del hombre, y le hace exclamar como á San Pablo: «El amor de Cristo me apremia (4). ¿Quién me separará de él? (5) Todo lo miro como despreciable á trueque de lograr su amor (6): anhelo hasta morir para estar con Cristo.» (7) Todas las pasiones del hombre se subordinan al amor; y el amor puro y santo, el amor que lleva al heroismo y aspira á un término capaz de llenar todo el vacío del corazon, solo lo engendra el Espíritu de Dios; solo le alimenta y hace fecundo la gracia de Jesucristo.

Así es, hermanos míos, cómo se sustituye en el hombre el agua cenagosa de las criaturas, que desordena y corrompe todo su sér, con el agua viva y celestial de la verdad y del amor divino, que en el corazon saltan con actos repetidos de virtudes, ennobleciendo al hombre y estableciendo el reino de Dios dentro de él (8), á fin de

(1) Gal. VI, 8.

(2) Rom. VIII, 13.

(3) II Corinth. IV, 17.

(4) Id. id. V, 14.

(5) Rom. VIII, 35.

(6) Philip. III, 8.

(7) Id. I, 23.

(8) Luc. XVII, 21.

que no necesite salir de la dulce calma para encontrar el bien á que aspira. Dios mismo ha dicho que vendrá á habitar en el corazon del que le ama (1). Así es como la Religion divina modera las pasiones, impidiendo que se precipiten fuera del camino por donde han de llevar al hombre hasta Dios. Así es finalmente cómo, dando pábulo á la gran pasion que las absorbe todas, sujeta á estas y las hace servir al noble fin para que le fueron dadas.

El mundo recibió esta doctrina, y la humanidad, deseosa siempre de felicidad en medio de su degradacion, al ver la luz que brillaba ante sus ojos, y descubrir el término que el Catolicismo le presentaba, se dirigió á él con todas sus fuerzas. El Profeta habia dicho: «Enviarás, Señor, tu espíritu, y serán creados, y renovarás la faz de la tierra.» (2) Ese espíritu fué enviado á los hijos de Dios por la fe, y la faz del mundo cambió totalmente. La felicidad dejó de buscarse en la tierra para hallarla en el cielo. En consecuencia de ello, principió el libertinaje á ser mirado con horror y como una vil degradacion, y á ser honrada la pureza y la virginidad, porque la Iglesia repite sin cesar las palabras de Jesucristo: «Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.» (3)

Las riquezas ya no se consideran como término, sino como un medio de hacer bien para gozarse en el bien hecho y merecer el bien eterno; porque Jesucristo ha dicho contra la idolátrica pasion de la avaricia: «No pongais el corazon en los bienes de la tierra, donde todo se consume y se acaba; ponedlo en el cielo, donde el te-

(1) Joann. XIV, 23.

(2) Psalm. CIII, 32.

(3) Matth. V, 8.

soro es eterno.» (1) Y al eco de esta palabra, la avaricia ha sido condenada, la limosna mirada como un deber, el pobre respetado, porque Jesucristo se hizo pobre, y le transfirió sus derechos (2). El hombre quiere ser grande. Jesus le dice: «Busca tu grandeza en la perfeccion, en la imitacion de Dios (3). Sé grande en el reino de los cielos, y para ello hazte pequeño, porque el que se humilla será exaltado.» (4) En una palabra: la Religion católica lo dirige todo á la eternidad; al deseo de ella lo subordina todo, repitiendo la palabra de Jesucristo: «¿Qué le importa al hombre ganar todo el mundo, gozar de todo, reinar sobre todo, si al fin pierde su alma y queda privado de la eterna felicidad?» (5)

Los filósofos antiguos agotaban sus fuerzas en busca de un sistema moral que llevase al hombre á la virtud y á la felicidad, y unos tras de otros, empleando siglos enteros, nada lograron. La corrupcion, el desorden de las pasiones era cada dia más horroroso. En un rincon de la Judea se presenta Jesucristo y enseña al pueblo con sencillez admirable: envia doce pobres por el mundo á enseñar como él, y su palabra consigue en breves años lo que en cuarenta siglos no habian logrado los esfuerzos de todos los sábios. ¿No veis en ello el dedo de Dios? ¿Cuán distinto es el mundo despues de Jesucristo, y cuán diferentes los pueblos católicos, de aquellos donde la verdadera fe no ha hecho brillar sus luces civilizadoras? Ese cambio lo ha realizado la moral evangélica, que se resume en estas palabras: Hombres, habeis nacido para

- (1) Matth. VI, 19, 20.
 (2) Id. XXV, 40.
 (3) Id. V, 48.
 (4) Id. XXIII, 12.
 (5) Id. XVI, 26.

la grandeza y la felicidad; buscadla. La felicidad verdadera no está en el tiempo, sino en la eternidad; no está en la tierra, sino en el cielo; no está en las criaturas, sino en Dios: buscadla, pues, en la eternidad, en el cielo, en Dios. Las criaturas se os han dado para que useis de ellas segun la ordenacion de Dios, á fin de merecer esta felicidad, no para que abuseis poniendo en ellas vuestro término. Las pasiones y su satisfaccion no son el fin, son los medios de llegar á ser verdaderamente felices: dirigidlas, pues, sujetándolas á la razon; someted esta á la Religion, á Dios, y Dios llenará vuestro corazon de su espíritu, y vuestra alma de su amor, y todo vuestro sér de su gracia y de su vida. Para que las pasiones no os dominen y perviertan, mortificadlas, y dejaos gobernar del espíritu de Dios, acreditando que sois sus hijos (1). Todo entonces os servirá para el bien (2); y lo que goceis y lo que sufráis, lo que os alhague y lo que os humille, todo os servirá para uniros á Dios, para haceros perfectos á imitacion de él, para ser poseedores de la paz y de la bienaventuranza, dignos de su amor y de su felicidad eterna.

Esta doctrina, y el espíritu de Dios que la infunde, y la gracia que la hace fecunda, forman el agua que Jesucristo ofreció á la Samaritana, y despues á cuantos le escuchaban en el templo. Al descubrir la luz divina, aquella mujer dejó su cántaro y corrió á la ciudad, y ella, con todos sus conciudadanos, vinieron en busca del que tal agua prometia (3). Dejemos tambien nosotros el cántaro de la concupiscencia, renunciemos á ella y corramos á Jesus. Los que bebieron de esa agua se hicieron

- (1) Rom. VIII, 14.
 (2) Id. id. 28.
 (3) Joann. IV, 40.

grandes, viviendo segun Dios, se hicieron santos: y ellos eran como nosotros, algunos tal vez en sus principios peores que nosotros. Vedlo en Pablo, en Agustin, en Magdalena y en tantos otros que, como ejemplos, nos ofrece la historia. Sigamos nosotros ese camino, haciéndonos sordos al canto de sirena de la filosofía anticatólica y corruptora de nuestro siglo, que blasonando progreso, quiere hacer retrogradar al mundo al estado que tenia antes de Jesucristo, á la vida del egoismo y de las pasiones. No nos apartemos del camino trazado por el restaurador de todas las cosas en el cielo y en la tierra, por el que con su doctrina y con su gracia ha formado los grandes héroes que admiran las generaciones. El que quiera venir en pos de mí, dice Él, niéguese á sí mismo y á sus pasiones desordenadas, tome su cruz para vencerlas y triunfar, y sígame (1) por el camino de la humildad y del sacrificio; de este modo logrará su completa regeneracion, será bienaventurado y participante de mi felicidad y mi eterna gloria.

(1) Luc. IX, 23.

QUINTO SERMON.

Jesucristo eleva al hombre y le deifica con la gracia que le comunican los Sacramentos, y especialmente la Sagrada Comunión.

*Gratia Dei sum id quod sum.....
Non ego, sed gratia Dei mecum.
(I Cor. XV, 10.)*

Dios nos eligió desde la creacion del mundo, dice San Pablo, para que seamos santos é inmaculados en su presencia, predestinándonos para la adopcion de hijos suyos en Jesucristo, á fin de manifestar en nosotros las magnificencias de su gracia (1). Esta es la voluntad de Dios, nuestra santificacion (2). Sereis santos, habia dicho ya en la antigua ley, porque yo soy santo (3). Sed perfectos, añade en la nueva, como vuestro Padre que está en los cielos (4). Sed imitadores de Dios, como hijos suyos muy amados (5). ¡Qué grandeza, hermanos míos!

(1) Ephes. I, 4, 5.
(2) I Thessal. IV, 3.
(3) Lev. XI, 45.
(4) Matth. V, 48.
(5) Ephes. V, 1.

grandes, viviendo segun Dios, se hicieron santos: y ellos eran como nosotros, algunos tal vez en sus principios peores que nosotros. Vedlo en Pablo, en Agustin, en Magdalena y en tantos otros que, como ejemplos, nos ofrece la historia. Sigamos nosotros ese camino, haciéndonos sordos al canto de sirena de la filosofía anticatólica y corruptora de nuestro siglo, que blasonando progreso, quiere hacer retrogradar al mundo al estado que tenia antes de Jesucristo, á la vida del egoismo y de las pasiones. No nos apartemos del camino trazado por el restaurador de todas las cosas en el cielo y en la tierra, por el que con su doctrina y con su gracia ha formado los grandes héroes que admiran las generaciones. El que quiera venir en pos de mí, dice Él, niéguese á sí mismo y á sus pasiones desordenadas, tome su cruz para vencerlas y triunfar, y sígame (1) por el camino de la humildad y del sacrificio; de este modo logrará su completa regeneracion, será bienaventurado y participante de mi felicidad y mi eterna gloria.

(1) Luc. IX, 23.

QUINTO SERMON.

Jesucristo eleva al hombre y le deifica con la gracia que le comunican los Sacramentos, y especialmente la Sagrada Comunion.

*Gratia Dei sum id quod sum.....
Non ego, sed gratia Dei mecum.
(I Cor. XV, 10.)*

Dios nos eligió desde la creacion del mundo, dice San Pablo, para que seamos santos é inmaculados en su presencia, predestinándonos para la adopcion de hijos suyos en Jesucristo, á fin de manifestar en nosotros las magnificencias de su gracia (1). Esta es la voluntad de Dios, nuestra santificacion (2). Sereis santos, habia dicho ya en la antigua ley, porque yo soy santo (3). Sed perfectos, añade en la nueva, como vuestro Padre que está en los cielos (4). Sed imitadores de Dios, como hijos suyos muy amados (5). ¡Qué grandeza, hermanos míos!

(1) Ephes. I, 4, 5.
(2) I Thessal. IV, 3.
(3) Lev. XI, 45.
(4) Matth. V, 48.
(5) Ephes. V, 1.

¡Qué término tan sublime presentado al hombre que en sus aspiraciones tiende siempre al infinito! ¡Qué deber al mismo tiempo tan apremiante! Para esto nos eligió desde la eternidad; para esto nos ha criado en el tiempo; para esto nos ha regenerado por Jesucristo. Este es el fin de la Encarnación del divino Verbo, que aproxima á Dios y al hombre; este el de la redención, que expiando el pecado, destruye el muro de división que los separaba; este el de la adopción del hombre por hijo de Dios, admirablemente realizado en el bautismo. En una palabra; á la santificación del hombre, para que sea digno de Dios y de la participación eterna de su gloria, se dirige todo en el orden de la naturaleza y en el de la gracia. Este es el fin de Dios. Este debe ser también el fin del hombre que á tan sublime altura es llamado por el Creador, y que es objeto de tantas invenciones maravillosas del amor divino. Tanto más debe serlo, cuanto que de ello depende su bienaventuranza, ese bello ideal de perfección y de felicidad á que se siente atraído, pero que no alcanzará sin multiplicados esfuerzos que le merezcan la eterna posesión del Infinito.

Ahora bien, Señores; la santidad en el hombre es el reflejo de la santidad de Dios, que es la bondad en sí misma, la perfección en toda su plenitud, la perfección sin término. El hombre es llamado por el Creador á subir en constante progreso hácia esa altura, prometiéndole que le comunicará su vida, su amor y su gloria, á medida que se acercará más á Dios por la santidad. ¿Podrá la criatura llegar á tal grandeza? Por sí misma, jamás. No somos suficientes, dice San Pablo, ni aun para formar un buen pensamiento en el orden de la gracia: nuestra suficiencia viene toda de Dios (1). Pero Dios

(1) II Corinth, III, 5.

lo quiere, y enriquece al hombre con los auxilios necesarios. Le da por modelo de esta santidad á Jesucristo su Hijo, inculca en su corazón la sávia de la vida divina, la aumenta y robustece con su gracia para que germine y extienda sus ramos de honor y de virtud, y se le une con amor inefable en la Eucaristía para hacerle una misma cosa con él, abismándole en el mar de sus gracias y de sus infinitas perfecciones. Con tales auxilios, ¿qué no podrá el hombre? ¿Qué sacrificios se le harán difíciles? ¿Qué virtudes le parecerán bastantes? Todo lo puedo en aquel que me conforta, exclamará con San Pablo (1), y se lanzará á la conquista de la santidad y de la gloria.

A este fin conduce Jesucristo, porque después de ordenar las pasiones del hombre, le eleva sobre sí mismo hasta la participación de la misma divinidad, mediante los dones de su gracia que le comunica en los Sacramentos, especialmente la Sagrada Comunión. Ved la idea cuya explicación nos ocupará esta tarde.

PRIMERA PARTE.

Elevación del hombre hasta la unión con Dios, comunicación de la vida de Dios á su criatura, deificación del hombre: hé aquí, Señores, el objeto del gran sacramento de la piedad divina en el misterio de la Encarnación del Verbo, la obra de Jesucristo. Dios se hace hom-

(1) Philip. IV, 13.

bre, dice San Agustín, para que el hombre se haga Dios (1); no tan solo por la union de la naturaleza divina con la humana en la persona del Verbo, sino por la comunicacion real de la vida divina á cada hombre en particular, elevándole á la categoría de hijo de Dios por adopcion. Deificacion del hombre: hé aquí la gran passion, la noble ambicion que Dios mismo depositó en el corazon de su criatura, desde que en sueño misterioso, como dice Santo Tomás, hizo ver á Adán en lontananza el inefable misterio de la Encarnacion del Verbo, y sus admirables consecuencias para consumacion de la gloria preparada al hombre (2). Por ello se la descubre siempre al través de todos los errores, en el fondo de todos los sistemas, y en el espíritu de todas las edades y de todos los pueblos, si bien viciada, adulterada, desviada del único camino que á su realizacion conduce, por la astucia del espíritu del mal, que para impedir en cuanto le fuera posible el cumplimiento del bondadoso designio del Criador, se valió de la corrupcion de esta gran verdad, no en sí misma, sino en los medios de realizarla.

Apoyarse en la santa ambicion de unirse á Dios para perder al hombre, ha sido desde el principio la táctica de Satanás, y lo es más y más de cada día, á medida que las magnificencias del plan divino, y las riquezas del gran misterio se desenvuelven con mayor claridad, merced á las enseñanzas del catolicismo. Sereis como Dioses, dijo y dice siempre (3); y en esto dice verdad: pero

(1) Factus est homo Deus, ut homo fieret Deus. (S. Aug., *Serm.* 9 de *Nativ.*)

(2) Ante peccatum, Adam habuit fidem explicitam de Christi incarnatione, prout ordinabatur ad consummationem gloriæ. (S. Thom. in cap. V Epist. ad Ephes.)

(3) Gen. III, 5.

lo sereis por vuestro esfuerzo, por vuestra rebelion contra Dios; y en esto dice mentira. ¿Cómo podrá el hombre acercarse á Dios, unírsele, ser uno con él, oponiéndose, resistiendo, haciéndose enemigo de Dios, y obrando en direccion opuesta á Dios? Jamás realizará el hombre la fábula de Prometéo, robando el fuego divino para esconderle en su corazon. Soñará ser como Dios, y al despertar de su sueño se verá precisado á confesar que tal vez es menos que hombre. La deificacion del hombre no es obra de la criatura. Trátase de una segunda creacion, de una regeneracion, de un renacimiento todo espiritual, que nos introduzca en un órden superior y divino, y nadie se crea, ni se engendra, ni renace por sí mismo. Esto ha de ser la obra del Espíritu de Dios. Enviarás tu espíritu, clamaba el Profeta; envia tu espíritu y serán creados, y se renovará la faz de la tierra (1). Nadie puede entrar en el reino de Dios, si no renace por el agua y por el Espíritu Santo, dice Jesucristo (2), porque solo el que nace del Espíritu vive vida de espíritu (3), y solo el que se gobierna por este espíritu, es hijo de Dios, concluye San Pablo (4).

Obra es de Dios esta renovacion y elevacion del hombre; pero reclama tambien la cooperacion de este. Recordad, Señores, que hablando otro dia de la regeneracion de la humanidad por Jesucristo, os dije que para realizarse fué necesaria la aproximacion de Dios y del hombre, la destruccion del pecado, y la adopcion del hombre por hijo de Dios. Esto mismo se requiere para la elevacion de cada uno á la justicia y santidad que le co-

(1) Psalm. CIII, 30.

(2) Joann. III, 5.

(3) Id. id., 6.

(4) Rom. VIII, 14.

munica la vida divina; y así como para verificarse el designio de Dios en la redencion, hubieron de unirse las dos naturalezas divina y humana en la persona de Jesucristo, porque siendo solamente Dios, no podia sacrificarse para redimirnos, y siendo puro hombre no hubiera tenido su sacrificio mérito bastante para ello (1); así tambien para que se nos aplique el fruto de esa redencion y seamos levantados á la santidad, se hace necesario que Dios obre en nosotros, y que nosotros obremos con Dios. Sin contar contigo te ha criado Dios, dice San Agustin: pero no te salvará, no te llevará á la posesion de su gloria, sino contando contigo; esto es, cooperando tú eficazmente al logro de tu salvacion (2). Por ello dice San Pablo: Los que se gobiernan por el espíritu de Dios, los que dóciles á su impulso obran segun este espíritu, estos son verdaderamente hijos suyos (3), segun la palabra de San Juan: á los que creen en él les ha dado potestad de hacerse hijos de Dios (4).

Una doble accion es, pues, indispensable; la accion de Dios y la accion del hombre. De Dios, Padre de las luces, de quien descende todo don perfecto (5), que nos engendra voluntariamente con la palabra de la verdad (6), que gratuitamente y con su beneplácito obra en

(1) Debitum Adæ tantum erat, ut illud non deberet solvere, nisi homo; sed non posset nisi Deus. (S. Aug.) Neque per ipsum liberaremur unum mediatorem Dei et hominum Christum Jesum, nisi esset Deus. (Id. Enchirid., c. 8.)

(2) Qui creavit te sine te, non salvabit te sine te. (S. Aug., *Serm.* 15 *de Verb. Apost.*)

(3) Rom. VIII, 14.

(4) Joann. I, 12.

(5) Jacob. I, 17.

(6) Id. id., 18.

nosotros el querer y el obrar (1), que se complace en manifestar en nosotros las riquezas de su gracia (2), y que corona nuestros méritos con inefable misericordia (3). Del hombre, que libremente acepta la gracia, coopera á ella con esfuerzo, negocia los talentos que de Dios recibe, y merece la corona de la justicia. Por ello decia de sí mismo el Apóstol San Pablo: Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha quedado en mí estéril y sin fruto; he adelantado á otros en los trabajos, pero no yo solo, sino la gracia de Dios conmigo (4). Es decir, explica San Agustin: Ni la gracia de Dios sola y sin cooperacion suya, ni él solo sin la gracia, sino la gracia de Dios con la cooperacion del Apóstol (5).

¿Qué es, Señores, esa gracia sin la cual no somos suficientes para un buen pensamiento en el órden sobrenatural (6), que es la única poderosa á libertarnos de este cuerpo de muerte y á darnos el triunfo sobre la concupiscencia que nos subyuga y nos arrastra (7), que nos basta para cantar victoria de nuestros enemigos (8), y que nos da esfuerzo para llegar al heroismo de la virtud? (9) Es, dice San Agustin, una inspiracion del amor divino para movernos á practicar por este santo amor el bien que conocemos (10). Es no solo una luz que Dios

(1) Philip. II, 13.

(2) Ephes. II, 7.

(3) Psalm. CII, 4.

(4) Corinth. XV, 10.

(5) Ac per hoc nec gratia Dei sola, nec ipse solus, sed gratia Dei cum illo. (S. Aug., de Grat. et lib. arbit., c. 5.)

(6) II Corinth. III, 5.

(7) Rom. VII, 24.

(8) I Cor. XV, 57.

(9) Philip. IV, 13.

(10) Inspiratio dilectionis, ut cognita sancto amore faciamus. (S. Aug., lib. 4 ad Bonif., c. 5, n. 11.)

infunde en nosotros para que conozcamos el bien, sino una fuerza sobrenatural para que lo practiquemos: no solo una luz para que creamos lo que debe ser amado, sino un impulso poderoso para que amemos lo que creemos (1); una luz que ilumine nuestras tinieblas, y una suavidad deleitable por la cual da sus frutos la tierra de nuestro corazón, venciendo los obstáculos que le opone la concupiscencia (2). Es la acción de Dios hecha sensible al corazón (3). Es el don de Dios de que hablaba Jesucristo á la Samaritana (4).

Don de Dios, hermanos. Su principio, el amor que Dios tiene á su criatura en orden á la vida eterna, que es el fin para que la crió; que por ello dice por boca del Profeta: Te he amado con amor eterno, y por lo mismo te he atraído, compadecido de ti (5). Don de Dios, sobrenatural y excelentísimo sobre toda cosa criada, que tiene por objeto renovarnos en nuestro espíritu, hacernos gratos á Dios, elevarnos á la virtud y á la santidad, y por ella á la posesión de su gloria. Don de Dios, de ningún modo debido al hombre, como su mismo nombre lo dice (6), y que se nos da por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo (7).

¡Cuán admirable es el Señor en la concesión de esa gracia! ¡Cuán admirable está en sus operaciones! El hombre vive esclavo del pecado, ó del amor de sí mis-

(1) Non solum ut facienda noverimus, verum etiam ut cognita faciamus; nec solum ut diligenda credamus, verum etiam ut credita diligamus. (S. Aug., de Gratia Christi, lib. 1, c. 12.)

(2) Lucem qua illuminantur tenebræ, et suavitatem qua dat fructum suum terra nostra. (S. Aug., de peccat. meritis, lib. 2, cap. 19.)

(3) Pascal, Pensamientos.

(4) Joann. IV, 10.

(5) Jerem. XXXI, 3.

(6) Rom. XI, 6.

(7) Id. VII, 25.

mo hasta el desprecio de Dios (1), sentado en tinieblas y sombras de muerte, que oscurecen su entendimiento, dominado por las pasiones que corrompen su corazón, y rodeado de objetos seductores que le hacen olvidar su noble destino. Dios, que le ama como Padre, quiere que se haga la luz entre aquellas tinieblas, quiere quitarle su corazón de piedra y darle un corazón de carne (2), y envía al alma su gracia, diciendo en su misericordia: ¿Por qué quieres perecer en tu miseria? ¿Hasta cuándo te disiparás en tus engañosas delicias, hija vagamunda? (3) Esto hace, unas veces rodeando al alma de luz repentina y brillante como el relámpago, y haciéndole oír su voz, poderosa á tronchar los cedros del Líbano (4), como hizo con Saulo en el camino de Damasco (5); otras veces poniéndole delante luz suave y atractiva que cautiva sus miradas y disipa las tinieblas, como la estrella que iluminó á los Magos; cuándo, hiriendo con fuerza al corazón como á la Magdalena y á Agustín; cuándo, en fin, golpeando blandamente á la puerta del corazón, y permaneciendo allí un día y otro día (6), ó valiéndose de otras maneras admirables todas, y todas adecuadas á su fin.

¿Cuál es ese fin? Os lo dije ya, Señores. Disipar las tinieblas del entendimiento, para que iluminado con esa luz divina, conozca el bien verdadero; mover la voluntad hácia ese bien, ayudar á romper los lazos que aprisionan al alma, levantarla de su postración multiplican-

(1) Amor sui usque ad contemptum Dei. (S. Aug.)

(2) Ezech. XI, 19.

(3) Jerem. XXXI, 22.

(4) Psalm. XXVIII, 5.

(5) Act. Ap. IX, 3.

(6) Apoc. III, 20.

do sus fuerzas, y atraerla suave y poderosamente á la vez, para que de virtud en virtud se eleve hasta llegar á la vision de Dios en Sion (1).

La gracia, hermanos, nos convida; pero no nos fuerza, no nos priva de nuestra libertad. Como ella procede del amor libre de Dios, así quiere ser aceptada por el amor libre del hombre. Dios con ella nos dice: Hijo, dame tu corazon (2), para que yo le purifique y le haga segun mi corazon: dáme tu corazon, esto es, ámame, porque yo amo á los que me aman para colmarlos de mis tesoros (3). Dios ilumina, habla, inspira, da los auxilios necesarios para la conversion y santificacion del hombre; pero si éste, resistiéndose, tapa sus oidos, cierra sus ojos y endurece su corazon, el don de Dios deja de obrar en el alma sus efectos, y por su resistencia permanece en su miseria y prepara su ruina, poniendo en boca de Dios estas terribles palabras: Tu perdicion á causa de ti mismo (4); te he llamado, y no me oiste (5); un dia me buscarás y no me encontrarás, y morirás en tu pecado (6). Al contrario, si abriendo su corazon á la gracia con que le visita el amor divino, se entrega dócil á su accion, y corresponde á sus impresiones, cambio admirable se obra en él, segun la palabra del mismo Dios: hé aquí que estoy á la puerta y llamo, si alguno me abre, entraré y cenaré con él y él conmigo (7); esto es, se establecerá comunicacion íntima entre nosotros.

- (1) Psalm. LXXXIII, 8.
 (2) Prov. XXXIII, 26.
 (3) Id. VIII, 17.
 (4) Osee XIII, 9.
 (5) Isai. LXVI, 4.
 (6) Joann. VII, 34; VIII, 21.
 (7) Apoc. III, 20.

Cuando Dios previene con su misericordia al hombre que vive bajo el yugo de la concupiscencia, y cediendo éste á la accion de la gracia, le franquea la puerta del corazon, brilla en el alma con viveza la luz de la fe, que disipa las tinieblas del error y las sombras seductoras con que las pasiones ocultaban el desorden y la fealdad del vicio, y ejercitándose en ella, á la vez que descubre su miseria y su pecado, y se avergüenza de sí misma, poseida del temor de Dios á quien ha ofendido, siente la benéfica impresion de la esperanza en la misericordia de quien con amor le llama, prometiendo perdonarle por los méritos de su Hijo, que tomó sobre sí nuestras culpas para prepararnos esa misericordia con su sacrificio (1). Llorá entonces el hombre, y detesta su pecado que le llevó hasta el desprecio de Dios, á quien la fe le presenta como el sumo bien; y dando entrada en su corazon al amor de quien tanto le ama y tanto merece ser amado, se arroja en sus brazos como el pródigo en los brazos de su padre. Y Dios, que es Padre, y una y cien veces repite que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (2); Dios, que por tanto tiempo ha disimulado los pecados (3), y los toleró con paciencia, dando lugar á que el extraviado volviese á él por la penitencia (4); Dios, cuyo amor se ostentó ya tan grande apareciendo con su gracia á quien no le buscaba, y extendiendo sus brazos á quien le contradecía (5), consuma esa obra de amor, borrando el pecado y haciéndolo desaparecer como si no hubiera existido, admitiendo á su amistad á quien era su

- (1) Isai. LIH, 4, 5.
 (2) Ezech. XXXIII, 11.
 (3) Sap. XI, 24.
 (4) II Petr. III, 9.
 (5) Rom. X, 20, 21.

contrario, blanqueando á su alma como la nieve (1), y haciendo aparecer en ella la hermosura de la divina semejanza con la vida de la gracia, que justifica al hombre y le hace santo.

¡Qué bondad, hermanos, la de Dios, que visita con su gracia al pecador! ¡Qué felicidad la del pecador, que abre su corazón á la gracia que le lleva á Dios! ¡Qué efectos tan admirables los de la gracia en el hombre por ella justificado! Fijémonos en ellos; porque al hablar de ese don de Dios, no hemos de considerarle solo en cuanto es un auxilio actual con que Dios excita y ayuda al hombre para conseguir su justificación, para perseverar en ella resistiendo á los embates de sus enemigos, que en incesante lucha le trabajarán toda su vida, haciéndole exclamar como á San Pablo: ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (2) y para hacer obras meritorias de la vida eterna. Hemos de pasar adelante, y considerarla en el hombre justificado y amigo de Dios, puesto que el designio misericordioso del Padre, enviando á su Hijo á la tierra, no fué solo redimir á los que estaban bajo la ley del pecado, sino levantarlos á la adopción de hijos de Dios (3). Por ello dijo Jesucristo que ha venido para que los hombres tengan vida, y vida más abundante (4); y San Pablo nos enseña, que por los méritos del Redentor, donde abundó el pecado, sobreabunda la gracia (5). Por ello también los Apóstoles en sus cartas, no se contentan con decir que por Cristo Jesús logramos la remisión de nuestros pecados (6), sino que se esfuerzan en desar-

(1) Isai. I, 18.

(2) Rom. VII, 24.

(3) Gal. IV, 5.

(4) Joann. X, 10.

(5) Rom. V, 20.

(6) Coloss. I, 14.

rollar á la vista de los fieles el magnífico cuadro de su acción regeneradora y vivificante por la gracia, que nos hace vivir en sociedad con Dios (1); y San Pablo deseaba ardientemente y pedía á Dios que todos comprendiesen, para aprovecharse de ellas, las inestimables riquezas de la gracia, que habia recibido la misión de predicar (2).

¿Qué es, pues, esta gracia que llamamos santificante? Es, dice el Catecismo Romano, una cualidad divina infundida en el alma, y en ella inherente, y un como resplandor y luz que disipa todas sus manchas, y la hace mas y mas hermosa (3), santa, agradable á Dios, hija suya y heredera de la vida eterna. Es la vida divina comunicada al hombre en su inteligencia, en su corazón y en todo su ser, para que la vida del hombre sea un símil de la vida de Dios.

Hé aquí por qué en cuanto por los méritos de Jesucristo se nos concede la primera gracia que nos saca de la esclavitud de la culpa, y logramos con la remisión de nuestros pecados la verdadera justificación, que hace desaparecer las antiguas manchas, queda nuestra alma investida de esa gracia que la santifica (4), de esa cualidad divina que la hace agradable á Dios, porque brilla en ella de nuevo su imagen y semejanza, hija suya adoptiva, objeto de sus complacencias, miembro vivo de Jesucristo, de quien recibe esa comunicación de su vida (5), templo del Espíritu Santo (6), que la enriquece con sus dones, difundiendo la caridad en el cora-

(1) Joann. I, 3.

(2) Ephes. I, 17.

(3) Catecismo Rom., p. 2, c. 2, n. 50.

(4) I Cor. VI, 11.—Conc. Trident., sess. 6, c. 7.

(5) I Cor. VI, 15.

(6) Id. id., 19.

zon (1), y segun la sublime expresion de San Pedro, participante de la divina naturaleza (2).

Escuchad las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: Si alguno me ama, guardará mis preceptos, porque su voluntad estará unida á la mia, y mi Padre le amará, y vendremos á su corazon, y en él pondremos nuestra morada (3). ¡Qué grandeza, Señores! Dios nos ama y habita en nosotros. Por ello decia San Juan: El que permanece en la caridad, está en Dios y Dios en él (4). Dios en nosotros, y habitando en nosotros con Dios, que siempre obra, esto es, como fuente inagotable de vida; como luz purísima y sin sombra (5), que ilumina al entendimiento; como fuego ardentísimo de caridad, que inflama el corazon; como potencia á que nada resiste y que fortalece al alma; como principio de todo movimiento y de toda accion, que suave y fuertemente nos impele á la virtud; como amor que se comunica para consumir todo afecto menos santo y transformar en sí al amado; como fin último y único objeto capaz de llenarnos, y que arrebatando al alma le hace exclamar como al Rey Profeta: ¿Qué hay para mí en el cielo, y qué quiero de ti sobre la tierra? El Dios de mi corazon, Dios, que es mi herencia para siempre (6).

¡Qué grandeza, repito! Con razon llama San Juan á esta gracia semilla de Dios (7). Con razon dice de ella San Pedro, que es el mayor y más precioso de los do-

(1) Rom. V, 5.

(2) II Petr. I, 4.

(3) Joann. XIV, 23.

(4) I Joann. IV, 16.

(5) Id. I, 5.

(6) Psalm. LXXII, 25, 26.

(7) I Joann. III, 9.

nes (1). Con razon exclama el Angel de las escuelas: El don de la gracia excede todas las facultades naturales, no siendo otra cosa que una participacion de la divina naturaleza. Dios solo puede darla: él solo puede deificar al hombre, comunicando el consorcio de su naturaleza por una participacion de semejanza (2). Con razon, en fin, nos dice San Leon: ¡Reconoce, oh cristiano, tu dignidad, y levantado por la gracia á tanta altura, no quieras volver á la vileza del pecado, viviendo de una manera indigna de tu noble carácter! Acuérdate de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. Piensa que libertado de la potestad de las tinieblas, has sido trasladado á la luz de Dios y á su reino. Por el bautismo has sido hecho templo del Espíritu Santo: no quieras ahuyentar con tus malas obras á ese huésped divino, y de nuevo someterte á la esclavitud del diablo, porque tu precio es la sangre de Cristo, que como te redimió con misericordia, así te juzgará con verdad (3).

¿Pero esto, Señores, se reduce á una hermosa teoría, como tantas otras que forman un bello ideal con que se alimenta la imaginacion? Ah, no: es un hecho, y un hecho vivo, palpitante, sin el cual no se explica la historia de la humanidad, desde la aparicion del cristianismo.

(1) II Petr. I, 4.

(2) Donum gratiæ excedit omnem facultatem naturæ, quum nihil aliud sit quam quædam participatio divinæ naturæ..... sic enim necesse est quod solus Deus deificet, communicando consortium divinæ naturæ, per quamdam similitudinis participationem, sicut impossibile est quod aliquid igniat nisi solus ignis. (S. Thom. I, 2, q. 112, art. 1.)

(3) Agnosce, o christiane, dignitatem tuam: et divinæ consors factus naturæ, noli in veterem vilitatem degeneri conversatione redire. Memento cujus capitis et cujus corporis sis membrum. Reminiscere quia erutus de potestate tenebrarum, translatus es in Dei lumen et regnum. Per baptismatis Sacramentum, Spiritus Sancti factus es templum. (S. Leo, Serm. 1 de Nativ. Dom.)

Explicad sin ese *quid divinum* la transformación de la sociedad pagana, que no vivía sino del orgullo y la sensualidad, doble expresión del egoísmo en la sociedad cristiana, cuya ley es el sacrificio del orgullo y la sensualidad en aras del amor divino. Explicad el cambio repentino de Saulo en Pablo; del perseguidor en el Apóstol; del hombre que respira amenazas y muerte, en el hombre que desea ser anatema por sus hermanos; del enemigo de Jesús en el ministro fiel que dice: Toda mi gloria es Jesús crucificado (1). Explicad la transformación de Agustín filósofo, lleno de orgullo y víctima de la sensualidad, en el cristiano humilde, en el hombre penitente que pasa del amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, al amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo. No hallareis otra explicación que la de San Pablo: Por la gracia de Dios soy lo que soy (2). Ella es la que me libra de la tiranía de la concupiscencia (3); ella la que me da el querer y el obrar con buena voluntad (4); ella la que me une a Dios y me hace un mismo espíritu con él (5). La gracia es la que ha formado y forma los héroes de la humildad, de la abnegación, de la pureza y del sacrificio, arrancándolos tal vez de los brazos de la molición, ó del seno de la corrupción y de la avaricia. Es un hecho la existencia de esos prodigios de virtud antes no conocidos: existe, pues, un principio fecundo que produce esos frutos divinos, y ese principio es uno mismo, es siempre un mismo espíritu, dice San

- (1) Gal. VI, 14.
 (2) I Cor. XV, 10.
 (3) Rom. VII, 25.
 (4) Philip. II, 13.
 (5) I Cor. VI, 17.

Pablo (1), porque en todo lugar y en todo tiempo ha dado los mismos resultados.

Ni se necesitan esos grandes ejemplos para acreditar la elevación de ideas, de aspiraciones y de amor, que constituyen la vida divina. Preguntad á un cristiano sencillo y recto, examinad sus acciones, escuchad sus palabras, y encontrareis la idea de Dios dominando todas las ideas, la esperanza en Dios sosteniéndole en sus tribulaciones, el amor á Dios dirigiendo todos sus actos. La gracia, no solo inspira acciones heroicas y brillantes, sino que engrandece y santifica las más sencillas, elevándolas al órden divino, que hace obrar al hombre por Dios y para Dios, en vez de obrar por la pasión y el egoísmo. No faltan tampoco, ahora como en otros siglos, esas transformaciones repentinas y esas grandes virtudes, que pasman y obligan á decir: *Digitus Dei est hic* (2). Son muchas y frecuentes, aunque permanecen ocultas á los ojos del mundo. El mundo aparta cuanto puede sus ojos de estos espectáculos. Son pocos además los que tienen el privilegio de atraer las miradas de todos, ni las busca el hombre, de quien Dios triunfa con su gracia: huye más bien de ellas para vivir, como decía San Pablo, vida escondida con Cristo en Dios (3). Solo de vez en cuando Dios, en su misericordia, presenta al mundo esos ejemplos de transformación y de tránsito, de vida menos que de hombre á vida de hijos de Dios, para atraerle hácia sí con un golpe de luz divina. Nuestro siglo los ha visto. ¡Ojalá se hubiera aprovechado!

Detengámonos, y conocida la acción de la gracia

- (1) I Cor. XII, 4.
 (2) Exod. VIII, 19.
 (3) Colos. III, 3.

para deificar al hombre, veamos por quién y cómo se comunica esa vida divina. Es por Jesucristo; lo dice San Juan: «La gracia ha sido hecha por Jesucristo.» (1) Lo dice San Pablo: «La gracia de Dios por Nuestro Señor Jesucristo.» (2) Lo dice él mismo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida.» (3) El medio de comunicacion son los Sacramentos que ha dejado en la Iglesia Católica, y especialmente la Sagrada Eucaristía.

SEGUNDA PARTE.

La Encarnacion del Verbo, último grado á que puede elevarse la union de Dios con su criatura, estrechando sin confusion las dos naturalezas en unidad de persona, es el principio fecundo de la vida de la gracia que nos une con Dios, haciéndonos participantes de su naturaleza. En el Verbo hecho carne Dios se acerca á nosotros, y se salva la distancia infinita que separa al Criador y á la criatura. En Jesucristo, Verbo hecho carne, el Padre reconcilia consigo al mundo (4), borra el decreto de condenacion (5), y se destruye la obra del pecado, que impide la deificacion del hombre (6), quedando abierta para siempre la fuente inagotable de la vida divina, de que hablaba el mismo Jesucristo en el templo.

- (1) Joann. I, 17.
 (2) Rom. VII, 25.
 (3) Joann. XIV, 6.
 (4) II Cor. V, 19.
 (5) Colos. II, 14.
 (6) Rom. VI, 6.

«Si alguno tiene sed, venga á mí y beba, y en su seno se formará manantial perenne que salte hasta la vida eterna (1). Digamos, pues, con el Profeta: En ti, Señor, está la fuente de vida, y con tu luz veremos la luz de Dios (2). Todo en Jesucristo, todo por Jesucristo. El Padre ha puesto todas las cosas en sus manos (3): en él ha depositado todos los tesoros de su sabiduría y de su ciencia (4), en él habita corporalmente la Divinidad (5), en él está la plenitud de la gracia y de la verdad (6), y de esa plenitud recibimos todos, dice San Juan (7), porque por él se nos da toda la gracia.

Con la luz de la revelacion estudiemos esta accion de Jesucristo. Así como Dios quiso en la creacion de Adan enlazar el mundo de la materia con el de los espíritus, así se propone en su renovacion elevar uno y otro hasta sí mismo por la gracia, mediante el segundo Adan. Quiere Dios formar otra generacion y crear un nuevo pueblo como anunció al Profeta (8), engendrándolo en la persona de su Hijo, puesto que en su presencia no ha de valer el pueblo de la circuncision, ni el del prepucio, sino la nueva criatura (9), el pueblo de los hijos de Dios criados en Jesucristo en obras de santidad, y renovados conforme á la imágen del que crió al hombre en santidad y justicia de verdad (10). Esta nueva creacion en el ór-

- (1) Joann. VII, 38.
 (2) Psalm. XXXV, 10.
 (3) Joann. III, 35.
 (4) Colos. II, 3.
 (5) Id. id., 9.
 (6) Joann. I, 14.
 (7) Id. id., 16.
 (8) Jerem. XXXI.
 (9) Gal. V, 15.
 (10) Colos. III, 10.

den de la gracia, ha de hacerse en persona del nuevo Adan, de Jesucristo, á quien ya por ello el Profeta llamó Padre del siglo futuro (1). De él dice San Pablo, fué una figura el primer Adan (2), padre del género humano en el orden de la naturaleza.

Ahora bien: así como este con su prevaricacion, desordenando la naturaleza humana, influyó en toda ella introduciendo en sus entrañas la concupiscencia con todas sus consecuencias, así tambien Jesucristo, el nuevo Adan, con sus méritos y con su gracia, influye en sentido contrario, y devuelve al hombre lo que aquel le hizo perder, introduciendo en el alma la vida de la gracia. Esta es la explicacion que nos da San Pablo. Del mismo modo que entró el mal en el mundo, quiere Dios que salga de él. Por un hombre el pecado y la muerte; por un hombre la gracia y la vida (3). Por la generacion natural el imperio de la carne sobre el espíritu; por la generacion espiritual el triunfo del espíritu sobre la carne, la elevacion del hombre á Dios. Segun esta doctrina del Apóstol, Jesus es nuestro Padre. ¡Cuán dulce es al corazon darle este tierno nombre!

Pero siendo el misterio de la gracia el que hace llegar á las almas las riquezas todas de Cristo, ha querido Dios multiplicar las explicaciones de esa accion divina. Escuchad otra vez al Apóstol: Dios Padre ha constituido á su Hijo cabeza de toda la Iglesia, es decir, de toda la nueva creacion, de la cual ha hecho el cuerpo de Cristo (4). Nosotros somos los miembros de ese gran cuer-

- (1) Isai. IX, 6.
 (2) Rom. V, 14.
 (3) Id. id., 18.
 (4) Ephes. I, 22, 23.

po (1). ¡Qué idea, hermanos, tan hermosa para expresar la influencia de Jesucristo sobre el hombre regenerado, y para presentárnosle como el principio de nuestra vida divina! Es nuestra cabeza, continúa el Apóstol, por la que se mantiene unido todo el cuerpo, y de la que se difunde la vida á todos los miembros (2). Estamos fundados y edificados sobre Cristo, añade el mismo; más aún, arraigados é ingertados en él (3). Ideas todas sublimes, que expresan nuestra union con Jesucristo, la comunicacion de su gracia, la participacion de su naturaleza, y la accion incesante del mismo sobre el alma para asimilársela, segun el designio eterno.

Pero no es solo San Pablo, es el mismo Jesucristo quien ha querido hacérselo comprender. «Yo soy la vid, dice, vosotros los sarmientos.» (4) ¡Qué union más estrecha! ¡Qué influencia más directa que la de la cepa en los sarmientos? Así como estos nada producen sino en cuanto reciben el jugo del tronco por la union con él, así vosotros, si no conservais esta union conmigo, nada producireis en el orden de la gracia. Sin mí, nada podeis hacer en ese orden (5). Sin mí no podeis ir al Padre (6). Sin mí no podeis tener la vida. Permaneced, pues, unidos á mí, y así de este modo dareis abundante fruto (7), porque yo os enviaré el Espíritu Santo (8), y mi Padre os amará, y vendremos á vosotros, y pondremos nuestra morada en vuestra alma (9).

- (1) I Cor. XII, 27.
 (2) Ephes. IV, 16.
 (3) Id. III, 17.
 (4) Joann. XV, 5.
 (5) Id. id.
 (6) Id. XIV, 6.
 (7) Id. XV, 5.
 (8) Id. XVI, 7.
 (9) Id. XIV, 23.

¡Ah, Señores! Al oír estas palabras, ¿es posible dudar que Jesucristo es el principio de nuestra regeneración, y el que obrando en el alma la eleva á ese término de la unión con Dios y de la participación de su naturaleza? Escuchad ahora las que dirige á su Padre antes de consumir su sacrificio. «Guárdalos, Padre Santo, guarda á los que me has dado para que yo les dé la vida eterna. Guárdalos para que sean una cosa como nosotros, á ellos y á los que han de creer en mí, para que sean todos uno, como tú en mí y yo en ti, así ellos sean uno en nosotros, y conozca el mundo por este medio, que tú me has enviado. Yo les he dado la claridad que tú me diste, para que sean uno como nosotros, y conozca el mundo que los has amado como me amaste á mí.» (1) ¡Cuánta ternura, cuánto amor hay en estas palabras! ¡Cómo debemos desear con el Apóstol que la luz divina, brillando en nosotros, nos enseñe á comprender por ellas la sublime esperanza de nuestra vocación, y las riquezas de la herencia que Dios nos prepara según su eterno designio, de hacernos santos é inmaculados, adoptándonos por hijos suyos en Jesucristo (2). Expliquemos algunas. Jesucristo está en su Padre: de él recibe la vida y cuanto es. Jesucristo está en nosotros, y de él recibimos la vida de la gracia, como él la recibe del Padre; de modo que nuestra vida es la vida de Dios. Así como la humanidad santísima de Jesucristo recibe la vida divina de la persona del Verbo, á la que está unida, y él está en el Padre; así el alma, santificada por la gracia, recibe la vida de Jesucristo, porque él está en nosotros y nosotros en él, como él en su Padre. Yo les doy, dice, la claridad

(1) Joann. XVII.
(2) Ephes. I, 17.

que tú me has dado,» para que como yo soy tu hijo por naturaleza, ellos lo sean adoptivos por gracia. Les he comunicado, en cuanto es posible, cuantos dones me has hecho, para que participen de lo que me es propio, y sean uno como nosotros. Yo en ellos por la comunión de naturaleza que he tomado, por la participación de mi espíritu, por mi amor especial, y la comunicación de mi gracia, por la recepción de mi cuerpo y de mi sangre, para que conozca el mundo que los amas, como me amaste á mí: esto es, así como los tesoros de todos los dones de que me colmaste en cuanto hombre, y la gracia de la unión personal son argumento del inefable amor que me tienes, así sea la comunicación de tu claridad, que yo les doy; sea una prueba del amor con que tú los amas (1).

¡Qué grandeza! ¡Qué amor! ¿Necesitamos más, hermanos, para conocer el misterio de nuestra elevación por la gracia, y las inefables riquezas que comunica al alma? ¿Dónde se verifica esta admirable unión con Jesucristo? En los Sacramentos, Señores. Ellos son los medios divinos que Jesucristo, en cuyas manos puso el Padre todas las cosas, ha instituido para santificarnos. Ellos son, dice un apologista, como los órganos divinos de la Encarnación: por su medio se particulariza en cada uno de nosotros la encarnación divina en Jesucristo, convirtiéndose así todos los fieles con su divino Mediador en un mismo cuerpo místico, en el cual vive él en ellos, y ellos en él (2).

Los Sacramentos son las fuentes del Salvador de que habla Isaias, anunciando que con gozo acudirían los

(1) *Natal. Alexand.*, Comm. in Joann.
(2) *Aug. Nicol.*, Estudios filosóficos, p. 2, c. 15.

fieles á sacar aguas de salud (1); y á estas fuentes convidaba Jesucristo diciendo: Quien esté sediento venga á mí y beba (2); que por ello quiso que su Corazon fuese abierto por la lanza, para dejar patente la puerta de la vida, de donde manaron los Sacramentos de la Iglesia, sin los que no se entra en la vida verdadera (3). De aquel Corazon divino salió milagrosamente sangre y agua, significando, dice San Juan Crisóstomo, el bautismo que nos lava y purifica, y la Sagrada Eucaristía, que nos alimenta de Jesucristo (4).

No nos detengamos, Señores, en la exposicion de los Sacramentos y sus efectos. En otro discurso dije algo sobre ello, y vosotros lo recordareis. Basta repetir que el bautismo nos incorpora en Jesucristo, haciéndonos hijos adoptivos de Dios, y nos constituye sarmientos de esa vid divina plantada por el Padre, en el misterio de la Encarnacion. Que la Confirmacion nos da al Espíritu Santo como un sello del alma que imprime en ella la imágen divina que ha de aparecer en todo nuestro sér (5). Que la Penitencia, lavándonos en la sangre del Cordero que quita los pecados del mundo (6), nos devuelve la gracia perdida por nuestra culpa, para que no perezcamos en nuestra miseria.

Fijémonos principalmente en la Sagrada Eucaristía, porque es el Sacramento de los Sacramentos, el centro al cual todos convergen, ya que en él no solo se nos da

(1) Isai. XII, 3.

(2) Joann. VII, 37.

(3) *Latus ejus..... aperuit, ut illic quoddammodo vitæ ostium panderetur, unde Sacramenta Ecclesie manaverunt, sine quibus ad vitam, quæ vera vita est, non intratur.* (S. Aug., tract. 120 in Joann.)

(4) *Latus lancea percussit, et exinde aqua fluxit et sanguis. Unum baptismatis symbolum, aliud Sacramenti.* (S. Joann. Chrysost.)

(5) II Cor. I, 22.

(6) Joann. I, 29.—I Joann. I, 7.

la gracia, sino al autor de la gracia que se une al alma, del modo más admirable y estrecho, para ser el principio de su vida. ¿Quién podrá explicarnos su accion mejor que el mismo Jesucristo? Escuchadle. «He venido del cielo para hacer la voluntad de mi Padre, y esta voluntad es, que no perezcan los que creen en el Hijo, sino que tengan la vida eterna; es decir, la vida de la gracia, la vida de Dios. Yo soy el pan de vida, el pan vivo bajado del cielo, y el pan que os daré es mi carne, para salud del mundo. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna. Si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, no tendreis esa vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él. Como yo vivo por el Padre, así el que me come, vivirá por mí (1).

Ved aquí el término. Por la Encarnacion, Dios se une á la naturaleza humana y la eleva hasta él; por la Comunion, Dios hombre, Jesucristo, se une á cada uno de los hombres para darle parte de la plenitud de gracia y de verdad con que se presentó en la tierra, para comunicarle del modo más directo y más íntimo esa vida que recibe del Padre, para estar y obrar dentro de él. Por la Encarnacion, el Verbo tomó nuestra naturaleza, tomó nuestra carne y la divinizó; por la Comunion, Jesucristo nos da su carne y su alma, á fin de darnos con ello una participacion de su divinidad, porque si el Verbo se hizo carne, y nosotros recibimos ese Verbo-carne, no podemos menos de reconocer que Cristo permanece en nosotros (2). Su corazon se hace nuestro corazon, y

(1) Joann. VI.

(2) *Si enim Verbum caro factum est, et nos vere Verbum carnem cibo Dominico sumimus, quomodo non naturaliter Christus in nobis manere existimandus est, qui et naturam carnis nostræ jam inseparabilem sibi homo natus assumpsit, et naturam carnis suæ ad naturam æternitatis sub*

sus divinos latidos, que son su amor y su gracia, forman la vida de nuestra alma. Por ello podemos decir con San Pablo: Ya no vivo yo, Cristo es quien vive en mí (1): él es el principio de mis pensamientos y de mis deseos; él es el móvil de todos mis actos; él es el término de todas mis aspiraciones.

¡Ah! que es bello, Señores, contemplar las armonías sublimes de la Eucaristía, y las riquezas que da al alma, y el amor que en ella engendra para unirla y asimilarla á Dios. La vida del alma es el amor: el que no ama no vive (2). La fuerza del alma es el amor: el que no ama es débil, mezquino, su existencia es miserable. Por ello decía San Agustín: Allá donde voy, me lleva el amor; él es mi gracia, mi luz, mi fuerza, y mi todo (3). El hombre tiene en su corazón un deseo inmenso de amar y ser amado: es la gran pasión que Dios ha puesto en él, para que, impulsado por ella, se eleve hasta su unión eterna, y para que el hombre le ame, Dios le ama antes (4); y en el transporte de su amor, después que se le ha dado todo, y se ha hecho hombre por él, se le da á sí mismo diciendo: «Toma, come mi cuerpo, bebe mi sangre (5). ¿Qué más puedo hacer ya por ti? No, responde San Agustín, no es posible más (6). ¡Oh hom-

Sacramento nobis communicandæ carnis adhibuit? Ita ergo in Deo sumus, quia et in Christo Pater est, et Christus in nobis est. (S. Fulbert. Carnot., Ep. I de Ven. Euchar. Sacram.)

(1) Gal. II, 20.

(2) I Joann. III, 14.

(3) Ponderibus suis aguntur omnia, et locum suum petunt. Amor meus pondus meus: illo feror, quocumque feror. (S. August., lib. 13. Confess.)

(4) I. Joann. IV, 10

(5) Matth. XXVI, 26.

(6) Dicere audeo, quod Deus, cum sit omnipotens, plus dare non potuit; cum sit sapientissimus, plus dare nescivit; cum sit ditissimus, plus dare non habuit. (S. August., Tract. 26 in Joann.)

bre! Dios quiere elevarte hasta él y hacerte Dios, no por naturaleza como el Verbo á quien engendra de su sustancia, sino por don de su amor, por adopción: y así como su Verbo, haciéndose hombre, se hace participante de tu mortalidad, así, elevándote hasta sí mismo, te comunica su inmortalidad (1). Para esto te se ha dado, añade San Lorenzo Justiniano, para levantarte hasta él, y alimentarte de sí mismo (2).

Tal es, Señores, la economía de la obra del Verbo hecho hombre para la deificación del hombre. Pero á esta obra de Dios debe agregarse la obra del hombre. La gracia viene á nosotros por un acto libre del amor de Dios; pero solo produce sus efectos cuando es aceptada por el amor libre del hombre, que es dueño de permanecer en su naturaleza silvestre, ó de ser ingertado de Jesucristo para entrar por participación en la naturaleza divina. Es la semilla de Dios, que germina y produce según la tierra que la recibe y el cultivo que se le añade. Es Jesucristo encarnado, por así decirlo, en nosotros, pero á quien debemos nutrir con actos repetidos que le desenvuelvan y hagan crecer en nuestras almas, hasta que lleguemos á la plenitud de varones perfectos en frase del Apóstol (3).

Este es nuestro deber, hermanos. Unir nuestra voluntad á la de Jesucristo, darle el imperio de nuestro corazón, responder á su voz amorosa, seguir su impulso, disponer en nuestro corazón una progresión ascendente

(1) Deus deum te vult facere, non natura, sed dono suo et acceptione, Sicut ille per humanitatem factus est particeps mortalitatis tuæ, sic te per exaltationem facit participem immortalitatis suæ. (S. August., Serm. 116 de Script.)

(2) Præbuit se, ut te elevaret ad se, ut te nutriret de se. (S. Laur. Justinian., Serm. de Christi Corp.)

(3) Ephes. IV, 13.

hacia Dios (1), acreditar y hacer cierta con nuestras obras nuestra eleccion y vocacion divina (2), hacer que la vida de Jesus se manifieste en nosotros (3) por la uniformidad de nuestros sentimientos (4), hasta ser una copia de este divino modelo, para poder decir con verdad: Ya no soy yo el que vive, esto es, ya no es la concupiscencia, ya no es el hombre terreno quien vive en mí, sino Cristo, esto es, el hombre celestial, el hombre divino.

Los que esto han hecho, Señores, han llegado al heroísmo de la perfeccion. Robustos por su fe, dilatados por la caridad, fieles á Dios, su único amor, y no rompiendo por el pecado el lazo que á él los unia, se elevaron á una gloria inmensa. El mundo los admira, los ángeles los aplauden, Dios los glorifica. Los hombres los llaman Santos, Jesucristo los llama hermanos, Dios Padre los llama hijos. Ellos son la demostracion viva de la accion de Jesucristo sobre el alma, de la realidad y eficacia de la comunicacion de su vida, de la verdad de la elevacion del hombre al orden divino por la gracia, y la prueba evidente de que sin esta influencia misteriosa, pero real, de Jesucristo, jamás el hombre saldrá de la esfera á que le redujo la prevaricacion de Adan. Buscad esos hombres Dioses donde no es conocido Jesucristo; no los encontrareis: buscadlos donde se despide á Jesucristo; no los vereis: buscadlos, en fin, donde reina Jesucristo, su fe, su doctrina y sus Sacramentos, y hallareis á cada paso esas almas para quienes la tierra es nada, y el cielo todo; esas almas que se gozan en la humillacion

- (1) Psalm. LXXXIII, 6.
 (2) II Petr. I, 10.
 (3) II Corinth. IV, 10, 11.
 (4) Philip. II, 5.

y el sacrificio, y de él forman su vida; esas almas, que viven consagradas á la caridad; esas almas, en fin, en quienes brilla el reflejo de Jesucristo que en ellas vive, y depositan en el seno de la familia y de la sociedad la fecunda semilla de la virtud.

Donde no vive Jesucristo, solo se ve al hombre, el orgullo, la sensualidad, el egoismo. Donde Jesucristo vive, se ve á Dios, la humildad, la pureza, la caridad. Hagámosle, pues, vivir en nosotros: él lo quiere, está á la puerta y llama (1). Su corazon, cuyo latido es la gracia, late en ese Sacramento por nosotros: acerquémonos para percibir ese latido, acerquémonos por la oracion, que le atrae; por la mortificacion, que le franquea nuestro corazon; por el deseo y el amor; y aunque estemos muertos en el alma, resucitaremos; su gracia es poderosa para ello. Aproximémonos más, unámonos á él por la comunión; nos dará su vida y su amor, y vivirá en nosotros. Renovados de este modo y deificados por su gracia, dejémonos llevar de su espíritu, y seremos semejantes á él: hombres divinos en la tierra. Dioses hijos de Dios en el cielo.

(1) Apoc. III, 20.

SEXTO SERMON.

La Iglesia Católica, complemento de la obra de Jesucristo: única depositaria de los tesoros de la Redención.

Ipsum dedit caput supra omnem Ecclesiam, quæ est corpus ipsius, et plenitudo ejus, qui omnia in omnibus adimpletur.

(Ephes. I, 22, 23.)

CONOCEMOS ya, Señores, el designio eterno de Dios sobre la humanidad, á la que quiso unir consigo mismo del modo más admirable, para que por su medio todas las cosas se elevasen hasta el Criador, y hemos visto á Jesucristo que, realizando este grandioso designio, enseña al hombre la verdad, comunica al mundo la vida de la gracia, abre las fuentes de los Sacramentos, que la derraman en abundancia, y da á todos los hombres la potestad de hacerse hijos de Dios (1), y de aspirar á la union eterna é indisoluble con él en la posesion de su misma gloria. Pero no basta esto para la consumacion del plan

(1) Joann. I, 12.

divino: Dios hace todas las cosas acabadas y perfectas, y no era propio de su infinita sabiduría dar la verdad al mundo, y entrando despues en su perfecto reposo, dejarla expuesta á las injurias del tiempo, como vano asunto de las disputas de los hombres. Bien pronto se habria visto oscurecida por la falsa y orgullosa ciencia de los que, no pudiendo sufrir su brillo, y no queriendo amoldarse á ella, la hubieran adulterado, como han tratado de hacer los herejes de todos los siglos. Era preciso además hacer llegar esa verdad y esa vida á todos los pueblos, y hacerla vencer en duracion á todos los siglos, porque la bendicion en Jesucristo fué prometida á todas las tribus y generaciones (1), y la voluntad de Dios es que se salven todos los hombres, llegando todos al conocimiento de la verdad (2). El testamento, que llamaba á la humanidad á la herencia del cielo, estaba cerrado, y era preciso romper sus sellos, promulgarle, explicarle, hacerle aceptar por el mundo, y aplicar luego sus frutos á la humanidad hasta su eterno cumplimiento (3). Esto no podia ser obra del hombre, y Dios, que habia dado el primer paso, dió el segundo, y fundó su Iglesia, que dotada de la infalibilidad, y siendo universal y perpétua, pudiera acercar á los hombres de todos los pueblos y de todos los siglos, y formar de ellos una sola familia, educada en la doctrina del Evangelio, segun saliera de los labios del divino Maestro, y elevada por sus Sacramentos á la sublime grandeza de la regeneracion. Esta es la Iglesia Católica, fundada por Nuestro Señor Jesucristo sobre la firme piedra, contra la que se estrellarán siem-

(1) Gen. XII, 3; XVIII, 18.

(2) I Tim. II, 4.

(3) Apoc. V.

pre sus enemigos, el error, la fuerza y el vicio (1), y que lavada y fecundada con la sangre de su eterno esposo para parecer ante él sin mancha ni ruga (2), da á luz continuamente innumerables hijos para el cielo, sostenida siempre por el que dijo: Hé aquí que estoy con vosotros todos los días hasta la consumacion del siglo (3).

El establecimiento de la Iglesia es la consumacion de la obra de Jesucristo, y el complemento de la restauracion de todas las cosas segun el designio eterno, porque es el medio de hacer perpétuos y universales los frutos de su Encarnacion, de su doctrina y de su sacrificio. Esto es lo que vamos á examinar hoy, considerando á la Iglesia Católica como única depositaria de los tesoros de la Redencion.

PRIMERA PARTE.

Al desenvolver, Señores, mi proposicion sobre la Iglesia, no tanto me propongo considerarla como el gran cuerpo de los fieles, como la sociedad de los hombres, que agrupados en torno de la enseña victoriosa enarbolada en el Gólgota, confiesan con el Centurion, que el Crucificado es en verdad Hijo de Dios (4), creen su doctrina, obedecen sus preceptos, se valen de los medios de salud que les legó en sus Sacramentos, fruto precioso de su sangre, y se someten á los que él mismo dejó para hacer sus veces sobre la tierra; cuanto fijarme principal-

(1) Matth. XVI, 18

(2) Ephes. V, 27.

(3) Matth. XXVIII, 20.

(4) Id. XXVII, 54.

mente en el cuerpo de estos mismos sucesores de Jesucristo, en los elementos constitutivos de la Iglesia, en su maternidad fecunda, en su ministerio, que es el mismo de Jesucristo; en una palabra, en la Iglesia docente, que es la encargada de regir y gobernar esta gran sociedad. ¿Qué es la Iglesia en este sentido? Es un cuerpo que enseña lo que es necesario creer, prescribe lo que se debe practicar, y dispensa los auxilios espirituales y las gracias necesarias para nuestra regeneracion moral en Jesucristo.

A ocuparme de ella me mueve, hermanos míos, no solo el deseo de completar el plan que me propuse desarrollar en estos días para descubrir las inefables riquezas de la Religion Católica, sino el ver que gran número de escritos modernos tienden á separar de la Iglesia el Catolicismo, para convertirlo en una religion puramente especulativa, como los sistemas filosóficos, y entregarle, como hace el protestantismo, al juicio y á la voluntad de cada uno. Se quiere un cristianismo sin Iglesia; es decir, se quieren ciertas verdades religiosas de las que cada uno sea el juez, cierta moral que se atempere á las inclinaciones particulares, y hasta cierto culto que se practique segun plazca á quien le admita; pero no se quiere, se resiste un magisterio que enseñe el dogma, una autoridad que prescriba la moral y ordene la disciplina y el culto. Se admiten relaciones entre Dios y el hombre, pero no se quiere consentir en un intermediario elegido por Dios mismo para fijar y mantener esas relaciones. Se quiere, en una palabra, una religion obra del hombre y no de Dios; y la Religion, como os demostré otro día, no puede ser sino obra de Dios. La Religion cristiana deja de serlo, desde que en todo ó en parte se separa de la institucion de Jesucristo; y Jesucristo la ha vinculado en su Iglesia, que es su esposa, su cuerpo

místico, animado de su espíritu, y en un todo identificado con él.

Si Jesucristo hubiese obrado como suponen los que esto quieren, no habría hecho sino fundar á lo más una nueva escuela, añadir un nuevo sistema á la multitud de sistemas filosóficos, morales y religiosos, que en el curso de los siglos se han dividido el mundo, naciendo hoy para morir mañana, como obra de hombres, á manos de sus mismos secuaces, ansiosos en su orgullo de sobreponerse á sus fundadores para llamarse maestros de la humanidad. Más aún: hubiera dado lugar á que se negase su divinidad, porque su obra no habría salido de la esfera de lo humano, no sentándola sobre base sólida y eterna, ni dándole medios eficaces para desarrollarse, crecer, abarcar el mundo, vencer en duracion á los siglos, y regenerar al género humano en todo lugar y en todo tiempo. Él mismo lo dice: ¿Quién es el que tratando de levantar magnífica y gigantesca torre, no cuenta antes los medios de que dispone y prepara lo necesario, para no verse precisado á abandonar su obra, y ser objeto de la burla y el desprecio de los transeuntes? ¿Quién es el rey que, queriendo luchar con otro para destronarle, no medita sobre la extension de sus fuerzas, para no verse en la necesidad de humillarse y buscar transacciones que le acrediten vencido? (1)

Jesucristo vino del cielo para levantar sobre la tierra majestuosa torre espiritual, que teniendo por base el mundo todo, tuviese por corona el mismo cielo: vino á arrojar del mundo al príncipe de las tinieblas, que le dominaba injustamente (2), para fundar el reino de Dios,

(1) Luc. XIV.

(2) Joann. XII, 31.

y para uno y otro designio debía preparar, y preparó, los medios eficaces y necesarios. Por ello su obra es eterna, y ni los hombres, ni el tiempo, ni el infierno pueden destruirla (1).

Desde la eternidad, Señores, preparó estos medios, diseñando en su mente divina esa obra admirable de su bondad, y haciéndola brillar ante él como tipo hermoso que se complacia en figurar en todas sus obras. El designio eterno de Dios, de unir á sí la naturaleza humana por la Encarnacion del Verbo, para comunicar al hombre las inefables riquezas de su amor y de su gracia, forma, segun San Pablo, el pensamiento especial del Padre, su misterio por excelencia, el gran sacramento de la piedad divina (2); y á su lado aparece el plan de la Iglesia, destinada á perpetuar esa union maravillosa, enlazando á todos los hombres con Jesucristo para que sean participantes de la divina naturaleza. Por ello, San Juan la contempló como bajada del cielo, esposa hermosísima, ataviada con galas divinas para recibir á su esposo, unirse á él y darle innumerable descendencia (3). Por ello, así como Jesucristo es figurado en las obras divinas, así lo es tambien la Iglesia, como queriendo Dios ensayarla, y complacerse en ella en todo tiempo.

Recordad, hermanos, la palabra de San Pablo, cuya explicacion os di en mi primer discurso: el primer Adán es la figura de Jesucristo (4); y cuanto en él sucediera para llevar á término el plan divino en el orden de la creacion, es un símbolo de lo que realiza el segundo

(1) Matth. XVI, 18.

(2) Colos. I, 26.—I Tim. III, 16.

(3) Apoc. XXI.

(4) Rom. V, 14.

Adan en el orden de la regeneracion. De aquel dijo Dios luego de haberle criado: «No es bueno que esté solo: hagámosle ayuda semejante á él mismo, para que por su medio se multiplique, y se perpetúe sobre la tierra el género humano (1). Para formar á la mujer habla consigo misma la Trinidad augusta como al decidir la creacion del hombre, y ejecutando su decreto, infunde á Adan sueño misterioso, en el cual, dice San Agustin, le revela los altísimos misterios que en él se figuran y en el segundo Adan han de tener su cumplimiento (2). Toma entonces del hombre una de sus costillas, forma á la mujer, y se la presenta á aquel, diciendo que era hueso de sus huesos, y los dos una misma carne (3), y como un mismo sér duplicado para multiplicarse; y bendiciéndoles, añade: Creced, multiplicaos, llenad la tierra, mandad á todas las criaturas (4).

El Apóstol San Pablo, por cuyo ministerio quiso Dios revelarnos las inestimables riquezas de la redencion (5), nos dice que esta union encierra un gran misterio, la union de Cristo y de su Iglesia (6). Del mismo modo que en el orden de la creacion, así tambien en el de la restauracion, dice San Bernardo, no era bueno que el hombre estuviera solo (7); convenia á la ejecucion del plan divino, que tuviese una esposa semejante á él, formada

(1) Gen. II, 18.

(2) Illa extasis, quam Deus immissit in Adam, recte intelligitur ad hoc immissa, ut et ipsius mens per extasim particeps fieret tanquam angelicæ curiæ, et intrans in sanctuarium Dei intelligeret in novissima. Denique, evigilans tanquam prophetiæ plenus, etc. (S. Aug., *de Gen. ad Litt.*, lib. 9, cap. 19.)

(3) Gen. II, 23.

(4) Id. I, 28.

(5) Ephes. III, 8.

(6) Id. V, 32.

(7) S. Bernard., *Sermo in Signum magnum*.

de él mismo, que le diese descendencia multiplicada sobre las estrellas del cielo y las arenas del mar. Al efecto, dice San Agustin, así como Adan entró en profundo sueño para que de él formase Dios á Eva, madre de todos los vivientes segun la naturaleza (1), así Jesucristo se duerme sobre la Cruz con el sueño de la muerte, para que sea formada de él mismo la Iglesia, que es la segunda Eva, madre de todos los vivientes en el orden de la gracia. Cuando se durmió Adan, continúa el mismo, tomó Dios uno de los huesos de su costado para formar la primera mujer; y cuando Jesucristo murió en la Cruz, se le abre su costado con una lanza, á fin de que el agua y la sangre que de él se derraman, formen los sacramentos que deben santificar á la Iglesia y hacerla digna de él (2). San Pablo lo habia dicho antes: Cristo amó á su Iglesia y se entregó á la muerte por ella, á fin de santificarla, purificándola con el bautismo de agua por la palabra de vida, para presentársela á sí mismo gloriosa, santa y sin mancilla (3). Ella es carne de su carne y hueso de sus huesos (4), y por ella, y solo por ella, la única escogida por esposa (5), ha de multiplicarse en la tierra la gran familia de los hijos de la regeneracion, de los hijos adoptados por Dios y llamados á la posesion de su eterna herencia. Ella sola, por lo mismo, participa del

(1) Gen. III, 20.

(2) Dormit Adam ut fiat Eva: moritur Christus ut fiat Ecclesia. Dormienti Adæ fit Eva de latere; mortuo Christo, lancea percutitur latus, ut profluant sacramenta, quibus formetur Ecclesia. Cui non appareat, quia in illis tunc factis futura figurata sunt, quandoquidem dicit Apostolus ipsum Adam formam futuri esse? Qui est inquit, forma futuri. Præfigurabantur omnia mystice. (S. Aug., *Tract. 9 in Joann.*, cap. 2.)

(3) Ephes. V, 25 et seq.

(4) Id. id., 30.

(5) Cant. VI, 8.

espíritu de Jesucristo; ella sola posee su corazón; ella sola es la vida y la madre de los vivientes; ella sola, en fin, la depositaria de los tesoros del esposo para repartirlos entre sus hijos.

De un solo hombre, dice el Apóstol, hizo Dios nacer todo el género humano (1), pero nace de él por medio de la mujer su esposa, primera dilatación de sí mismo, y cuyo ministerio le es preciso, según la disposición divina, para multiplicarse en sus hijos. Así también de Jesucristo nacen todos los hombres, hijos de Dios por la gracia, pero no nacen sino por el ministerio de su esposa la Iglesia, primera dilatación de él mismo. Nada fué hecho sin el Verbo de Dios, dice San Juan (2); nada se restaura sino por el mismo Verbo hecho hombre (3). Sin Jesucristo no hay regeneración, no hay adopción de hijos de Dios, no hay unión con Dios, ni esperanza de felicidad eterna para el hombre; pero Jesucristo no comunica esta vida y estos dones sino por la Iglesia, que es su esposa, dice San Pablo, y el complemento de él mismo, para que lo llene todo en todo (4). Así como la formación de la mujer fué el complemento de la creación del hombre, así la de la Iglesia es la consumación de la obra divina para la regeneración del género humano, y es indispensable nacer de ella, estar en su seno, que es el cuerpo de Cristo, para vivir del espíritu de Cristo (5), sin el cual nadie le pertenece, ni puede llamarse hijo de Dios (6).

(1) Act. XVII, 26.

(2) Joann. I, 3.

(3) Incarnatio opus restorationis est. (S. Aug., *de Subst. Dilect.*)

(4) Ephes. IV.

(5) Si enim separatur a corpore Christi, non est membrum ejus: si non est membrum ejus, non vegetatur spiritu ejus. (S. Aug., *Tract. 27 in Joann.*)

(6) Rom. VIII, 9, 14.

Según esta doctrina del Apóstol, la Iglesia es una dilatación de Jesucristo, una misma cosa con él, como la cabeza y los miembros no forman sino un cuerpo, como el esposo y la esposa no forman sino una carne (1). Nada es ella sin Jesucristo, pero con él lo es todo: instituida por él mismo y á él unida, continúa su obra sobre la tierra, le manifiesta, le perpetúa al través de los siglos en los hijos que le da á luz. Esta es su razón de ser, esta su gloria, este su ministerio y el fundamento de su poder.

Examinemos, pues, esta institución fundamental de Jesucristo. Un día, después de resucitado, aparece á sus Apóstoles, y les dice: «De la misma manera que el Padre me ha enviado á mí, os envío yo á vosotros (2);» y queriendo mostrar que les comunica su propia vida y su propio espíritu, inspira, sopla sobre ellos, y les dice: «Recibid al Espíritu Santo.» (3) ¿Quién no encuentra misteriosa esta acción y esta palabra del Hijo de Dios, que reproduce lo que en la creación hiciera al inspirar sobre Adán soplo de vida para hacerle ánima viviente (4), para darle una alma inmortal como él mismo, y vincular en él la fecundidad con que se multiplicase en su descendencia sobre la tierra? Otro día los reúne de nuevo y les dice: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra:» yo os lo transmito á vosotros, enviándoos como el Padre me ha enviado á mí: «Id, enseñad á todas las naciones; bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles á cumplir todo

(1) I Cor. XII, 12.—II Matth. XIX, 5.

(2) Joann. XX, 21.

(3) Id. id., 22.

(4) Gen. II, 7.

lo que yo os he mandado: yo estoy y estaré con vosotros hasta la consumacion del siglo.» (1)

Recordad que cuando hubo criado á la mujer, bendijo el Criador á los primeros padres, y les dijo: Creced, multiplicaos, extendeos por toda la tierra, dominad sobre ella, y vuestro poder, vuestra autoridad, que recibís de mí, vuestro temor, hágase sensible á todas las criaturas (2). De la misma manera, luego de formada la Iglesia, dice el Redentor á los padres de la humanidad regenerada: Id, dilataos, llenad el mundo, reengendrad á todos los pueblos, llevadles mi doctrina, mi ley y mi gracia. Yo os hago mis representantes, y os concedo el mismo poder que he recibido de mi Padre: más aún, estoy con vosotros como principio de vuestra potencia, y para que tengais vida, y la difundais en todas partes, yo os enviaré mi Espíritu, y permanecerá en vosotros, y sereis llenos de la virtud de Dios (3): yo os llenaré de ese Espíritu que dió su fecundidad á la creacion, para que al eco de la palabra de Dios se desenvolviese con toda su magnificencia. ¡Qué relacion tan admirable, Señores, entre la creacion y la redencion, entre el mundo de la naturaleza y el mundo de la gracia! ¡Cuán cierto es lo que antes dije, esto es: desde que en el pensamiento divino brilló el misterio del Verbo que debia hacerse hombre para elevarlo todo á Dios, brilló tambien á su lado el plan hermoso de la Iglesia, esposa del Verbo, y ayuda semejante á Jesucristo para la ejecucion de la grande obra, á la que contempla extasiado David, como reina sentada á su diestra, vestida de oro y rodeada de pre-

(1) Matth. XXVIII, 19.

(2) Gen. I, 28.—Eccli. XVII, 4.

(3) Joann. XIV, 17.—Luc. XXIV, 49.

ciosa variedad de adornos, cual conviene á la grandeza á que se ve sublimada (1).

Demos un paso más en el exámen de esta nueva creacion, y siguiendo las ideas de un sábio apologista (2), fijémonos en la materia de que se hace, en su forma, y en el espíritu que la anima. Como en la creacion del hombre escogió Dios para materia de su obra lo más bajo y deleznable, el polvo de la tierra, así en esta creacion nueva escoje lo que hay de más despreciable entre los hombres, dice San Pablo, para que brille mejor la virtud divina (3). Doce pobres y rudos pescadores son la materia primera de la Iglesia: ellos serán los padres de la humanidad regenerada. Pero así como en Adán, cuanto más vil es la materia, tanto más admirable es la forma que recibe puesta en las manos del Creador, así sucede tambien en la Iglesia. Jesucristo, rodeado de innumerable turba, se separa algun tanto de ella, se sienta en el monte, llama á los que él quiere, y escoje doce para que estén con él, y para enviarlos á predicar (4). Estas palabras nos presentan la primera forma y como el boceto de la constitucion de la Iglesia. De entre la primera eleccion hace luego otra segunda, la de Pedro, en quien se consuma la unidad, que es la forma esencial de la Iglesia y de la verdad. «Tú eres Pedro, le dice, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que ligares en la tierra, ligado será en los cielos, y desatado lo que en la tierra desatares.» (5) La víspera de

(1) Psalm. XLIV, 10.

(2) Aug. Nicol., *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, p. 2. c. 12.

(3) I Cor. XXVII, 28.

(4) Marc. III, 13, 14.

(5) Matth. XVI, 18, 19.

su pasión, cuando iba á consumir su sacrificio, que debía dar nacimiento á la Iglesia, dice al mismo Pedro: «Yo he rogado por ti para que no falte tu fe, y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos.» (1) Llega la hora de subir al cielo y de transmitir sus poderes á sus representantes, y dice á Pedro: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.» (2)

Ved aquí formado ya el cuerpo de la Iglesia, cuyo carácter esencial es la unidad, que sujeta todos los miembros á la cabeza, como en el cuerpo del hombre, y sin la cual no fuera posible la acción y la vida. Falta solo el espíritu que le anime y le dé el impulso necesario para la vida y la fecundidad: y Jesucristo lo infunde cuando en el último día de su estancia en la tierra reúne á este cuerpo, confía la autoridad á su cabeza, sopla sobre ellos, y les dice: «Recibid el Espíritu Santo: id, enseñad, bautizad á todo el mundo: yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo.» (3) Con vosotros instruyendo, dice Bossuet al comentar este pasaje; con vosotros bautizando, con vosotros enseñando á mis fieles á guardar cuanto os he mandado, y con vosotros, por consiguiente, ejerciendo un ministerio exterior. Estaré con vosotros, con todos los que os sucederán, y con la sociedad reunida bajo su cuidado, desde ahora hasta la consumación de los siglos, hasta que el mundo se acabe, todos los días sin interrupción, pues no os abandonaré un solo momento, y aunque ausente mi cuerpo, mi espíritu estará aquí siempre presente (4).

Tal es, Señores, la Iglesia, la columna y firmamen-

- (1) Luc. XXII, 32.
 (2) Joann. XXI, 16, 17.
 (3) Id. XX, 22.—Matth. XXVIII, 20.
 (4) Bossuet, *Conferencias con el Ministro Claudio*, n. 1.

to de la verdad (1), el arca de salvación, la esposa de Jesucristo, la madre de los hijos de Dios: ella sola los da á luz, ella sola los alimenta, ella sola los instruye, los educa y los vivifica, ella sola, en fin, los introduce en la casa de su Padre, para que tomen posesión de su herencia, y lo hace en toda la tierra: Id, enseñad, bautizad á todas las naciones, dice Jesucristo; y lo hace en todos los tiempos: Yo estoy con vosotros, añade su esposo, hasta la consumación de los siglos (2). En vano se levantan contra ella poderosos enemigos; las puertas del infierno no prevalecerán (3). En vano la combatirán el mundo; confiad, hijos, les dice Jesucristo; yo he vencido al mundo (4). La muerte no puede nada contra ella, porque es esposa de Jesucristo, y este es de ayer, de hoy y de todos los siglos (5), y le ha prometido estar con ella en todo tiempo. Dios está con la Iglesia y en la Iglesia, dice un apologista (6), y ella no es más que un medio visible de comunicación de la Divinidad con todos los hombres, y, como dice otro sábio, es la encarnación permanente del Hijo de Dios, por cuyo medio continúa siendo entre nosotros todo lo que él es (7), el camino, la verdad y la vida del género humano (8).

Segun ello, pues, solo por el ministerio de la Iglesia se hacen efectivos para la humanidad los inefables beneficios de la redención; solo por ella puede llegar el hom-

- (1) I Tim. III, 15.
 (2) Matth. XXVIII.
 (3) Id. XVI, 18.
 (4) Joann. XVI, 33.
 (5) Hebr. XIII, 8.
 (6) Aug. Nicol., *Estudios sobre el Cristianismo*.
 (7) Mœhler.
 (8) Joann. XIV, 6.

bre al término á que se propuso llevarle Jesucristo, esto es, á su completa regeneracion en la tierra, y á su eterna felicidad en el cielo.

SEGUNDA PARTE.

Manifestar á Jesucristo al mundo, hacerle conocer en todo lugar y en todo tiempo, perpetuarle sobre la tierra. ¡Qué mision tan noble y tan divina, Señores! Así como el Salvador dijo: «El que me ve á mí, ve al Padre (1),» así tambien puede decir la Iglesia: El que me ve á mí, ve á Jesucristo, porque él está en mí y yo en él, él es quien habla y obra por mí (2). Jesucristo lo habia dicho á los Apóstoles: «El que os oye á vosotros, me oye á mí; el que os desprecia, me desprecia á mí mismo (3).» Ahora bien: de Jesucristo nos dice San Juan, condensando en una sola frase todo su carácter y toda su mision salvadora: «Le vimos lleno de gracia y de verdad, y de su plenitud recibimos todos.» (4) Fijémonos en esa palabra, que descubriéndonos la obra de Jesucristo, nos descubre igualmente la de la Iglesia.

¡La verdad! Jesucristo nos la enseña, porque ha venido del cielo á dar testimonio de ella (5): la posee en su plenitud; más aún, él mismo es la verdad (6), porque es

(1) Joann. XIV, 9.

(2) Id. 10.

(3) Luc. X, 16.

(4) Joann. I, 14, 16.

(5) Id. XVIII, 37.

(6) Id. XIV, 6.

la Sabiduría encarnada; y la enseña, no solo fijando sobre base segura nuestros conocimientos en el orden de la naturaleza, sino descubriéndonos los tesoros de la ciencia divina, y levantando una punta del velo de la majestad insondable, sin lo cual jamás el hombre habria salido de la region de la ignorancia, del error y de la duda.

¡La gracia! Jesucristo es quien vino á traer á los hombres ese tesoro que él mismo llama el don de Dios (1), sin el cual hubieran sido siempre esclavos del pecado, y con el cual entramos en relaciones tan íntimas con Dios, que nos hacemos dignos de contemplarle cara á cara en sus eternos resplandores.

La verdad que ilustra el entendimiento, la gracia que mueve y transforma el corazon, la verdad, que es el objeto de la fe, la gracia que da al hombre la virtud de la fe y la de la esperanza, y la caridad: la verdad que en la tierra se nos propone en enigma, para que creyendo merezcamos contemplarla en toda su claridad en el cielo (2); la gracia que nos conduce al cielo, la verdad y la gracia, dones inapreciables y divinos, que comunican la vida al entendimiento y al corazon, tesoros que se habian perdido por el pecado; bienes que nos engrandecen, nos perfeccionan y nos divinizan; hé aquí lo que en su persona trajo Jesucristo, lleno de gracia y de verdad, para que de su plenitud recibamos todos la parte que nos ha de llevar á la felicidad eterna: y hé aquí lo que quiere que recibamos por medio de la Iglesia, en quien ha depositado esta plenitud.

Dios ha dispuesto en su admirable providencia, que estos bienes sobrenaturales se comuniquen al hombre por medios exteriores. La gracia se nos da por los Sacra-

(1) Joann. IV, 10.

(2) I Cor. XIII, 12.

mentos y por el sacrificio, que suponen desde luego ministros de los mismos. La verdad divina, aceptada por la fe, se recibe por el oído, dice San Pablo, y exige, por lo tanto, la palabra del que enseña (1). El mismo Verbo de Dios se hizo hombre para hacernos participantes de estos bienes, y se sirvió del instrumento augusto de su humanidad para principiar su obra sobre la tierra. Era necesario, según este designio, que otros hombres recibiesen el encargo de desenvolverla y extenderla, perpetuándola, puesto que ha de llegar á los límites del mundo y á la consumación de los siglos. Pero este ministerio divino y sobrenatural, no podía ser derecho propio de ningún hombre; debía venir de Dios, de Jesucristo mismo, único maestro de la humanidad (2); y Jesucristo lo confirió realmente á su Iglesia con aquellas palabras: «Se me ha dado todo poder; como el Padre me ha enviado, os envío yo: id, enseñad la verdad á todas las naciones; los que la creyeren, se salvarán (3): id, bautizad; á los que perdonáreis los pecados, les serán perdonados; comunicad la gracia por medio de los Sacramentos: hacedlo todo en nombre mio, porque yo estoy con vosotros hasta el fin de los siglos.»

Estas palabras transfieren á la Iglesia el carácter y la misión misma de Jesucristo, le dan la potestad de enseñar la verdad, de reengendrar por la gracia de los sacramentos, y de someter á los hombres á la observancia de la doctrina y de los preceptos de Jesucristo, le imponen la obligación de hacerlo, y le prometen la asistencia divina como prenda de infalibilidad y de perpétua duración. La Iglesia, por lo mismo, es la única que está se-

(1) Rom. X, 14.

(2) Matth. XXIII, 8.

(3) Marc. XVI, 16.

gura de poseer la verdad absoluta y precisa, objeto de la fe, porque solo en ella está Jesucristo. En la Iglesia únicamente tiene seguridad completa de encontrarla el que con sinceridad la busca, porque solo de ella ha dicho Jesucristo: «El que á vosotros oye, á mí me oye.» (1) Ella es la única que tiene autoridad para enseñarla, porque á ella sola ha dicho Jesucristo: «Como el Padre me envió á mí, os envío yo á vosotros.» (2) Quien de ella no quiera aprenderla, la ignorará siempre; porque el que la desprecia, desprecia á Jesucristo, y al Padre que le envió (3). Quien se separa de ella, en fin, se extraviará infaliblemente en las tortuosas sendas de la duda, del error y de la herejía.

Es un hecho, Señores, que jamás se meditará bastante. La doctrina de Jesucristo, pura, inmaculada, cual salió de sus labios divinos, es el patrimonio exclusivo de la Iglesia Católica. Todo se ha alterado en torno suyo; todas las sectas, todas las escuelas, no satisfechas hoy con lo que ayer proclamaban como una verdad, la han modificado, ó la han negado, para volver á alterarla mañana: la Iglesia sola ha tenido siempre el mismo símbolo en todos los lugares y en todos los tiempos; jamás ha vacilado en ningún punto; con prontitud y seguridad ha resistido siempre á los asaltos que se le han dado; y tranquila, porque está segura de poseer la verdad, ha hecho brillar la misma luz en el pueblo salvaje y en el civilizado, en los siglos de ignorancia y en los de ilustración, en los tiempos borrascosos y en los días de bonanza. Apoyada sobre la firme piedra del Pontificado,

(1) Luc. X, 16.

(2) Joann. XX, 21.

(3) Luc. X, 16.

sostenida por el brazo omnipotente de su esposo, conserva y conservará hasta la consumacion de los siglos la unidad, esencia de la verdad, y brillará como faro luminoso entre las tempestuosas olas del mundo, para que á ella se acojan los náufragos de la razon extraviada.

No busqueis fuera de la Iglesia la verdad esencial, ni ideas fijas sobre Dios y el hombre, sobre el bien y el mal, sobre lo justo y lo injusto. No encontrareis sino la duda, la incertidumbre y el error; sistemas que nacen hoy para morir mañana; doctrinas, cuyas consecuencias son el desórden y la corrupcion; y esto, bien lo busqueis en la filosofía anterior á la venida de Jesucristo, bien en las heregias de todos los tiempos, bien en lo que se llama filosofía moderna. De la primera decia Ciceron: «La variedad de opiniones y las contrariedades de los hombres nos desconciertan: á las doctrinas que varían segun las personas, y que no son siempre constantes en una misma persona, las llamamos ficciones.» (1) De la segunda lo prueba la historia, y sobre todo los anales del protestantismo. De la última ha dicho un Prelado ilustre de la Iglesia: «El horror á la verdad es como el carácter especial de nuestro tiempo. Desafiamos que se nos cite un libro escrito en nuestros dias por una mano enemiga de la Iglesia, y que en el órden religioso no se levante contra la verdad absoluta y precisa. Se establece el vacío en las inteligencias, se vacila, se camina á tientas, se nada entre la incertidumbre y la vaguedad, y la filosofía moderna termina en una secta de hombres que buscan y nunca encuentran.» Esto nace, hermanos míos, de que carecen de un principio divino que brille

(1) Ciceron: de Legib., lib. 1, §. 17.

ante ellos como luz eterna é invariable, y de que no teniendo otro criterio que la razon individual, todos aspiran á ser maestros, y nadie se contenta con el carácter de discípulo, todos someten la verdad á sus pasiones, no admitiendo como tal sino lo que á ellas se acomoda. Reproducen la confusion y el desórden de la torre de Babel.

Ni busqueis tampoco fuera de la Iglesia Católica la gracia, que vivifica al hombre, regenerándole y elevándole hasta la union eterna con el mismo Dios. Ella sola tiene y conserva los medios con que Dios la comunica: el bautismo, que reengendra al hombre y le llena de la gracia santificante; la penitencia, que se la devuelve cuando la perdió por el pecado; la Sagrada Eucaristía, que la multiplica y hace vivir vida divina. Ella sola sabe elevar el pensamiento á Dios por la belleza y sublimidad del culto, que, por así decirlo, nos hace á Dios sensible; y por la suave influencia de la oracion, que, como escala misteriosa de Jacob, conduce al hombre hasta las gradas del trono del Omnipotente, para recibir dones en cambio de plegarias; ella, en fin, la que únicamente posee á Jesucristo, víctima eterna por el hombre, que renovando cada momento su sacrificio, perpetúa los efectos admirables de este sobre el género humano. Los que de la Iglesia se separan carecen de todo, porque no poseen á Jesucristo; no quieren que esté entre ellos. Destruyen el principio de la fe, niegan la gracia, desprecian el bautismo, rechazan la presencia de Jesucristo en el Sacramento adorable, y lo conservan solo como un recuerdo. La Encarnacion es para ellos un hecho aislado: Jesucristo pasó por la tierra como otro cualquiera, y volvió al cielo, dejando á los hombres la libertad de creer lo que quieran acerca de su persona y de su doctrina. La pasion es para ellos un hecho histórico, una redencion nominal; la Eucaristía una figura, una representacion

sin objeto, una sombra sin realidad: la Comunion una pura ceremonia, que ni aun este nombre les merece: llámanla simplemente Cena. No es para ellos, ni puede llamarse de otra manera, porque no hay allí union de Dios con el hombre, ni principio ó lazo de union de los hombres entre sí. Solo la Iglesia Católica posee á Jesucristo, en quien está la plenitud de la gracia, que sobre todos se difunde (1); solo ella se alimenta de Jesucristo; solo ella vive de la vida de Jesucristo, que le dijo: El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí, y yo en él (2), vivirá de mi misma vida (3); el que permanece unido á mí dará fruto en abundancia (4), porque yo he venido para que los hombres tengan vida, y vida más abundante (5), y por esto yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos (6).

No busqueis, en fin, fuera de la Iglesia Católica la verdadera moral, la moral eterna é invariable, que se funda en la verdad, y es la justicia y la expresion de la santidad de Dios, hecha sensible al mundo en la persona y en la doctrina de Jesucristo. La moral, fuera de la Iglesia, está sujeta á las mismas vicisitudes que la verdad religiosa: es convencional, es peculiar de cada secta y de cada hombre. Solo en la Iglesia es siempre la misma; la justicia, la santidad, la perfeccion, Jesucristo práctico. Ni el temor, ni el interés, ni accidente alguno ha sido poderoso á adulterarla: la misma en todo lugar y en todo tiempo como la fe; la misma para el César, que para el último vasallo; la misma para el Pontí-

(1) Joann. I, 14, 16.

(2) Id. VI, 57.

(3) Id. id., 58.

(4) Id. XV, 5.

(5) Id. X, 10.

(6) Matth. XXVIII, 20.

fice, que para el más pequeño de sus hijos; la misma en su sancion terrible para el malo y consoladora para el bueno, de toda edad y de toda condicion: la reprobacion eterna con la maldicion de Dios; la felicidad eterna, con la bendicion y el amor infinito de Dios (1), hecho recompensa del hombre (2).

Por ello, Señores, no aparecen los frutos de la Encarnacion y de la muerte de Jesucristo en los que se separan de la Iglesia Católica. Apacentándose á sí mismos, dice San Judas, son nubes sin agua que los vientos llevan de acá para allá, árboles de otoño sin fruto, dos veces muertos y desarraigados; ondas furiosas de la mar, que arrojan las espumas de su abominacion; estrellas errantes para las que está reservada la tempestad de las tinieblas eternas (3). El Eterno lo ha dicho: Han apartado de mí su alma; no los apacentaré, y el que muera, morirá: y se devorarán unos á otros (4). Oráculo terrible, que lanzado contra el pérfido Israel, describe con un solo rasgo las historias de todas las pasadas herejías, y descubre la suerte que aguarda á los que osados intentan levantar en adelante el estandarte de la rebelion.

Los frutos de salud y de gracia solo los produce la Iglesia Católica, que fecundada como esposa legítima por el espíritu de Jesucristo, da á luz innumerable familia de santos, de hombres que elevados á Dios por la fe, unidos á él por la gracia, alimentados de Jesucristo por la Eucaristía, llegan al heroismo de la virtud, y presentan en la tierra la imágen viva del que es la santidad por esencia. Buscad uno de esos hombres extraordinarios

(1) Matth. XXV, 46.

(2) Gen. XV, 1.

(3) Jud. I, 12, 13.

(4) Zachar. XI, 8, 9.

fuera de la Iglesia: no le encontrareis. Jesucristo lo ha dicho: El sarmiento no produce fruto, si está separado de la vid (1), y la vid es el mismo Jesucristo (2), que solo está en la viña de la Iglesia. Naciones que los contaban en número admirable mientras fueron católicas, no han sabido producir uno solo despues de su apostasia. Los herejes y los impíos mismos lo confiesan: la santidad es fruto que se coje solo en los campos de la Iglesia Católica (3).

Bendigamos á Dios, hermanos míos, por la institución admirable de esta Iglesia, que pone el sello á sus designios de misericordia sobre el mundo: bendigámosle por los inestimables bienes que el género humano debe á esta esposa del Cordero, madre de la fe y la santidad; y sobre todo, bendigámosle porque nos ha hecho nacer y nos mantiene en el seno de esta Iglesia, de cuyos brazos esperamos pasar á los de Jesucristo en el cielo. Es el mayor de los beneficios que le debemos. Agradezcámoslo, aprovechando los tesoros de verdad, de gracia y de virtud de nuestra madre, que los posee para nosotros, y nos los reparte con la enseñanza de su doctrina y con la participación de sus Sacramentos. Adheridos firmemente á ella, resistamos los esfuerzos que hombres llenos de orgullo y adoradores de sí mismos hacen todos los días para separarnos y separar á nuestra pátria de los brazos de esta buena madre, á quien debemos cuanto de grande y bueno tiene nuestro pueblo. Rechacémoslos con fe sincera y con caridad ardiente, para que nuestra tierra, pátria de Santos y de héroes, no se vea convertida en erial donde solo nazcan espinas y plantas venenosas.

(1) Joann. XV, 4.

(2) Id. id., 5.

(3) Voltaire, Razon del Cristianismo; palabra *Aveux*.

Amemos, respetemos y entreguémonos con corazón de hijos fieles á esta Iglesia Santa. Ella es la que Jesus llama su única escogida (1); ella es la única que se levanta fresca y lozana, como el lirio entre las espinas (2), ella la única que como hija predilecta será llamada á la herencia del gran padre de familias; ella, en fin, la que, al ver levantarse orgullosas á su lado las negras hijas del desierto, las mira con desdén ostentar su rústico y atezado semblante, y con una sola palabra las humilla, las confunde y las anonada, diciendo á su esposo Jesucristo, como Sara á Abraham: «Arrójalas á lo lejos, porque el hijo de la esclava no debe entrar á la parte con el hijo de la esposa.» (3) Palabra que las dispersa avergonzadas, y las hace perecer con sus hijos en el desierto, si humildes no acuden á renovar su vida en las fuentes del Cordero, abiertas siempre para lavar su negrura (4), para blanquear su estola, y para santificarlas si entran en el seno de la Iglesia, que sigue á su esposo á todas partes, y le seguirá gloriosa y sin mancilla en el tiempo y en la eternidad.

(1) Cant. VI, 8.

(2) Id. II, 2.

(3) Gen. XXI, 10.

(4) Zach. XIII, 1.

SEPTIMO SERMON.

Influencia del Catolicismo sobre la sociedad.

*Emitte Spiritum tuum, et creabuntur;
et renovabis faciem terræ.*

(Psalm. CIII, 30.)

HASTA ahora, Señores, hemos considerado á la Religion Católica en su poderosa influencia sobre el hombre, tomado individualmente, para levantarle del abatimiento á que le redujo la primera caída con sus fatales consecuencias, y elevarle hasta la union perfecta con Dios, que le comunica su propia vida, le hace participante de su divina naturaleza, y le prepara la posesion de su misma gloria. Debemos dar un paso más, y considerarla en su influencia sobre la sociedad. La Religion, no solo enlaza al hombre con Dios, sino tambien con los demás hombres, con quienes ha de vivir en sociedad. Dios no se llama tan solo el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob (1), sino el Dios de Israel (2), el Dios de los ejérci-

(1) Exod. III, 6.

(2) Eccli. XLVII, 19.

tos (1), el Rey de los Reyes y el Señor de los que dominan (2). No solo establece su pacto con cada hombre, promulgando sus preceptos morales, sino que hablando con Moisés fija reglas para el gobierno de la sociedad hebrea, y para que se le reconozca Señor del pueblo, á quien adopta por suyo (3). Jesucristo es la esperanza de las naciones (4), ha sido constituido Rey pacífico sobre toda la tierra (5), y de él se dijo por los Profetas, que los Reyes y los pueblos le servirán, y le adorarán todas las tribus de la tierra (6). Es decir, Señores, que no solo debe influir sobre el espíritu y el corazon del hombre aislado, sino sobre el espíritu y el corazon del hombre en sociedad, y sobre la sociedad de los hombres. Solo así será completa en todas sus partes la restauracion del universo, que le fué confiada por el Padre (7): solo así se comprende la palabra del Apóstol: «En él subsisten y tienen vida todas las cosas.» (8)

Elevemos, pues, nuestra consideracion á este carácter social de Jesucristo y de su Religion regeneradora del mundo. Tambien bajo este punto de vista encontramos las inefables riquezas de la bondad divina y de la Sabiduría eterna, que con suavidad y fuerza á la vez irresistibles, llega á la consecucion de sus eternos designios en favor de su criatura (9). Dios quiere elevar á la sociedad de los hombres á ser imágen de la sociedad divina, quie-

(1) III Reg. XIX, 10.

(2) I Tim. VI, 15.

(3) Levit. XXVI, 12.

(4) Gen. XLIX, 10.

(5) Psalm. II.

(6) Id. LXXI, 11.

(7) Ephes. I, 10.

(8) Coloss. I, 16, 17.

(9) Sap. VIII, 1.

re que la sociedad participe de la regeneracion, quiere que sea un medio que coadyuve y facilite la santificacion y glorificacion del hombre, y esto hace por medio de la Religion. Véamoslo. Jesucristo, por medio del Catolicismo, regenera y engrandece la sociedad humana, y la conduce á la verdadera felicidad. Esta proposicion desenvolveré si os dignais prestarme atencion.

PRIMERA PARTE.

El hombre no se basta á sí mismo. En su constante deseo de perfeccionarse, de elevarse á mayor grandeza y más sólida felicidad, siente la necesidad de unirse á otros para multiplicarse y multiplicar los medios de llegar al fin. El Criador ha depositado en su seno el instinto de su insuficiencia al lado de aquel deseo insaciable, y de este modo ha hecho de él un sér esencialmente religioso y sociable, para que su misma naturaleza le haga buscar en Dios y en sus semejantes, en su padre y en sus hermanos, lo que en sí mismo y por sí mismo no puede hallar. Bajo el primer punto de vista ya le hemos considerado en otro discurso: fijémonos hoy en el segundo.

No entremos, sin embargo, en el exámen del origen de las sociedades, sobre el que tantas páginas se han escrito, inútiles casi todas, perjudiciales no pocas. Esto se explica por el orgullo del hombre, que quiere darse razon de todo por sí mismo, y atribuirlo todo á creacion suya. El origen de la sociedad está en la naturaleza, está en Dios. Apenas criado el primer hombre, dice el Señor: No es bueno que esté solo, hagámosle ayuda se-

mejante á él (1). Hace á la mujer, y al presentarla al hombre y establecer su union, dice que serán dos en una carne (2), dos unidos como uno solo, y añade: Creced, multiplicaos, llenad la tierra, dominadla haciéndola servir á vuestro bien (3). Esto exige sociedad, union que, multiplicando las fuerzas, facilite el éxito, mediante la direccion del que es cabeza de la sociedad. Esta doctrina, dice Balmes, es tan clara, tan sencilla, tan conforme á la naturaleza de las cosas, que no se explica fácilmente por qué se ha disputado tanto. El hombre se alimenta, porque sin esto moriria; se viste, se guarece, porque sin esto sería víctima de la intemperie; vive en familia, porque no puede vivir solo; las familias se reunen en sociedad, porque no pueden vivir aisladas; y reunidas en sociedad, están sometidas á un poder público, porque sin él serian víctimas de la confusion, y acabarian por dispersarse ó perecer. ¿Qué necesidad hay de inventar teorías para explicar hechos tan naturales? ¿Por qué se ha querido sustituir las cavilaciones de la filosofía á las prescripciones de la naturaleza? (4)

La sociedad no cambia la naturaleza del hombre: cada uno conserva en ella los sentimientos que en el fondo de su corazon ha depositado el Criador; y estos sentimientos vienen á formar con la reunion que los multiplica, una necesidad, una aspiracion, un sentimiento social de inexplicable fuerza. Hé aquí por qué la Religion, primera pasion del hombre individuo, lo es tambien del hombre sociedad, y se hace condicion indispensable de su vida, como que es el lazo más natural y

(1) Gen. II, 18.

(2) Id. id., 24.

(3) Id. I, 28.

(4) Balmes, Filosofía elemental: Etica, c. 18.

más fuerte de la vida social. Podrá encontrarse un individuo irreligioso, pero jamás un pueblo, una sociedad sin religion (1). Ya antes dijo Plutarco ser más fácil encontrar una república sin leyes, y una ciudad sin murallas, sin edificios y sin magistrados, que un pueblo sin sacrificios y sin religion (2). Un altar ha sido siempre la piedra fundamental de todo pueblo. El hombre, desde que mira á Dios como su Padre, mira como hermanos á sus semejantes. Dios es el autor de la sociedad, como es el Criador del hombre; y ni el hombre ni la sociedad pueden prescindir de la accion de Dios sobre ellos.

Ahora bien: desordenado el hombre por la prevaricacion primera, no pudo menos de suceder lo mismo á la sociedad: corrompido aquel en sí mismo, degradado, y víctima del mal por el desorden de sus pasiones, la sociedad, formada de miembros degradados y corrompidos, se vió presa tambien del mal, y sumergida en un mar de tinieblas y de miserias, á cuya ribera no pudiera jamás abordar para encontrar la luz y la felicidad apetecida. No es posible, hermanos, y me apartaria hoy del plan que me he propuesto, recoger en los escritos de los filósofos antiguos y de los críticos modernos la descripcion de ese estado social del mundo, y de los esfuerzos impotentes de las naciones para salir de él. Lo que digimos hablando del hombre en particular, es aplicable en un todo á lo que ahora nos ocupa; porque la sociedad es un sér colectivo en que los hombres dejan de ser individuos para convertirse en miembros, y en que todos mutuamente responden unos de otros, cada uno vive la

(1) *Balmes*, Filosofía elemental, Etica, c. 18.

(2) Si totum orbem peragres, invenies urbem sine litteris, sine rege, sine domibus; at urbem sine templis, sine diis, nemo reperit, reperietque. (*Plutarch. advers. Colot. Epic.*)

vida de todos, y todos se interesan y resienten de la vida de cada uno. La sociedad, como el individuo, necesitaba una restauracion, una regeneracion, y esto hacia llamar al libertador esperado, *el Deseado de las naciones*.

El que formaba, pues, la esperanza de la humanidad en su desgracia, el que habian anunciado los profetas, y todos los pueblos invocaban y deseaban como su libertador, el Hijo de Dios, viene á la tierra y se manifiesta al mundo. He venido, dice, á dar testimonio de la verdad (1), á buscar y salvar lo que habia perecido (2), á hacer que los hombres tengan vida y vida más abundante (3), á restaurar el universo, segun el plan de la eterna Sabiduría (4). ¿Cómo lo hace? ¿Arrancará de raiz el árbol de la sociedad antigua, la destruirá por completo, arrojando al aire sus despojos, ó prescindirá de ella con desprecio, y formará una sociedad distinta en sus elementos? No, Señores. El Profeta habia dicho que su espíritu y su accion sería suave, comparándole al que sentando su pié sobre caña cascada no la rompe, y sobre mecha que humea no la apaga. De esta manera, dice, promulgará la justicia á las naciones, y por ello las islas esperarán su ley (5). Así como en la regeneracion del hombre no destruye ni cambia su naturaleza, sino que le comunica una sávia, un espíritu nuevo y superior, ingertándole de sí mismo; y como en la reforma de la ley judáica tampoco la destruye, sino que la perfecciona (6), así hace tambien en la sociedad. Era obra de

(1) Joann. XVIII, 37.

(2) Luc. XIX, 10.

(3) Joann. X, 10.

(4) Ephes. I, 10.

(5) Isai. XLII.

(6) Matth. V, 17.

Dios, pero se habia viciado: sus elementos conservaban el sello de obra divina, pero el hombre habia introducido en ellos la corrupcion, habia edificado sobre los cimientos divinos, resultando una obra monstruosa. Por ello, conservando lo que era suyo, tiende Jesucristo á hacer desaparecer lo que era del hombre, inoculándole un principio vital que restaure la obra y la haga digna de su autor. ¡Cuán propio es de Dios este modo de proceder! ¡Cómo acredita su omnipotencia, su sabiduría y su bondad, que, con fuerza á que no es posible resistir, llega al logro de sus fines, disponiendo los medios con admirable suavidad (1).

Es la sociedad reunion de seres semejantes, que formando un cuerpo moral, dejan de ser individuos para ser miembros, á fin de auxiliarse mutuamente en la consecucion de un objeto. Todos llevan á ella los tres focos de la vida del hombre: la inteligencia, el corazon y los sentidos; sus ideas, sus sentimientos y sus acciones, para que de su union resulte la idea, el sentimiento y la accion social, de inmensurable potencia para conseguir la aspiracion de todos, que es la aspiracion de cada uno. La aspiracion de cada uno, ese impulso irresistible impreso en el hombre por la mano del Criador, es la felicidad, término á que se refieren todas sus ideas, objeto de todos sus sentimientos, resultado que busca en todas sus acciones. Para alcanzarla necesita el hombre elevarse sobre sí mismo, ser más de lo que es, agrandarse, multiplicarse, por así decirlo, y esto naturalmente le lleva á la asociacion, condicion indispensable del progreso. Por ello se une á Dios por la Religion, á fin de encontrar en la multiplicacion de sus luces y de sus fuerzas, por la

(1) Sap. VIII, 1.

luz y la fuerza de Dios, el medio de llegar á la felicidad eterna, y se une á sus semejantes, á fin de hallar en la multiplicacion de sus medios, por los de estos, la potencia necesaria para llegar á la felicidad de la vida presente.

Esta felicidad, lo mismo para el individuo que para la sociedad, no es mas que la tranquilidad del orden, en el cual está la perfeccion (1). Donde hay desorden hay mal estar, inquietud, falta de felicidad, y por lo mismo hay esfuerzo para lograr un estado mas perfecto. La esencia del orden es la unidad, porque el fin y el objeto del orden es unir. Donde no hay unidad, hay separacion, division, oposicion, choque, desorden y desgracias (2). La unidad reclama la armonía de las partes entre sí y en sus relaciones con el todo, y la unidad social exige que cada individuo esté ordenado con respecto á su familia, cada familia con la sociedad particular á que pertenece, cada sociedad particular con la gran sociedad del género humano, y el mismo género humano con respecto á la sociedad general de los seres inteligentes, cuyo supremo monarca es Dios.

Ahora bien: siendo la sociedad, bien la consideremos en lo que tiene de mas elemental, la familia, bien en lo que llamamos pueblos y naciones, una reunion de individuos; siendo la idea y el sentimiento social en sí mismos y en sus efectos un compuesto de las ideas y sentimientos individuales; la sociedad será siempre lo que sean estos elementos que la forman. Ellos establecen las

(1) Pax hominum ordinata concordia..... Pax civitatis, ordinata imperandi atque obediendi concordia civium..... Pax omnium rerum, tranquillitas ordinis. Ordo est parium dispariumque rerum sua cuique loca tribuens dispositio. (S. August., de Civit. Dei, lib. XIX, cap. 13.)

(2) Balmes, *Filosofía elemental*: Ética, cap. 17.

costumbres, y dan su carácter á las leyes, y engendran la razon y la conciencia pública, que envolviéndolo todo en su atmósfera, imprime á su vez su carácter, y marca con su sello propio á los miembros que se reproducen, á los renuevos que brotan del tronco del árbol social, á los hijos que nacen en la sociedad. Este exámen de la naturaleza de la sociedad nos hace comprender que el medio más adecuado para su restauracion era el de regenerar sus elementos, inoculando la nueva sávia en las raíces del árbol, para que germinando hermosos renuevos, cambiaran poco á poco la índole del mismo, multiplicándole por sus frutos. En una palabra: principiar la obra por el individuo, por el hombre en particular, inspirándole nuevas ideas, infundiéndole nuevos sentimientos, ordenando sus acciones, y presentando un término grande, sublime y legítimo á sus aspiraciones, para que su carácter se imprimiese en la familia, y en su multiplicacion formase la nueva sociedad sobre las ruinas de la antigua.

Este es, hermanos míos, el plan divino para la restauracion del mundo por Jesucristo: esto lo que hizo que la nueva vida se introdujera en la sociedad á despecho y á pesar de la resistencia de la misma sociedad, que por medio de sus poderes y de sus filósofos hizo tan desesperados esfuerzos durante tres siglos, para oponerse á la obra de Dios, y que admirándose de verse cristiana, cuando presumia poder borrar del mundo el nombre de cristiano, se vió precisada á decir: *El dedo de Dios está aquí* (1), y á postrarse ante la Cruz, hácia la cual se sentía atraída por fuerza irresistible, segun el anuncio de Jesucristo (2). Esto acredita de profundamente sábio

(1) Exod. VIII, 19.

(2) Joann. XII, 32.

el consejo de Gamaliel á los primeros perseguidores del cristianismo: «Dejad á esos hombres, les decia: si es obra ó consejo humano su doctrina, por sí misma se disolverá; si es de Dios, jamás tendreis fuerza para resistir á su poder.» (1) ¡Qué prueba más brillante de la divinidad del Evangelio! Esto, en fin, demuestra por qué tan pronto se dilató por el mundo y le regeneró: era obra de Dios. Somos de ayer, decia Tertuliano al Senado de Roma, y ya lo llenamos todo; vuestras ciudades, islas, fortalezas, las aldeas, los comicios, los campamentos, el palacio, el Senado, el foro: no os dejamos libres más que vuestros templos (2). Todavía no era cristiano el imperio, ni sus filósofos, ni sus legisladores, y ya el mundo llevaba impreso el sello del cristianismo.

Segun este designio eterno, Jesucristo, á quien las profecías anunciaron como un Rey, cuyo imperio debia ser sin límites de lugar ni tiempo (3), no quiso aparecer entre los hombres con el aparato de la majestad y de la fuerza que avasalla y domina. La fuerza abate, humilla, esclaviza, pero no regenera: obra sobre el cuerpo, no sobre el alma. El que quiere imponer su voluntad por la fuerza, debe temer que otra fuerza se le oponga, y que tarde ó temprano sacuda el yugo. Un día los judíos quisieron proclamarle Rey, y darle autoridad de tal sobre ellos: Jesucristo se escondió, retirándose durante la noche para impedirlo (4). Quería ser lo que habia anuncia-

(1) Act. Apost. V, 38, 39.

(2) Hesterni sumus, et vestra omnia implevimus, urbes, insulas, castella, municipia, conciliabula, castra ipsa, tribus, decurias, palatium, senatum, forum. Sola vobis relinquimus templa. (*Tertul.*, Apologet., cap. 37.)

(3) Psalm. LXXI.

(4) Joann. VI, 15.

do Isaías, el Padre del siglo venidero (1), el Padre de la nueva sociedad, el Padre que engendra, no el Señor que domina, el Padre que educa, no el monarca que obliga. Recordad sus palabras en presencia del Presidente Romano que le preguntó si era Rey: «Tú lo dices que soy Rey, le contestó; pero mi reino no es de este mundo, no es de aquí;» es decir, no recibe su fuerza de los hombres, ni de las leyes de la tierra: es de un origen y de un carácter superior. Yo soy Rey, y he venido al mundo para dar testimonio á la verdad: todos los que son de la verdad oyen mi voz, entran en mi reino. He venido á enseñar la verdad, y ella forma la base y la ley de mi reino; ella es el medio por el cual voy á reinar sobre los corazones, y á cambiar la faz del universo.

La verdad, Señores, es lo que es, la expresion genuina de la naturaleza de los seres, y de las relaciones que hay entre el Creador y la naturaleza creada, y las partes de esta entre sí. Relacion de dependencia del inferior al superior, y de autoridad del superior sobre el inferior; relacion de semejanza, de union, de igualdad entre los que ocupan el mismo grado. Esta verdad es la que constituye la armonía, el orden, la paz, la felicidad en el individuo y en la sociedad; y Jesucristo viene á establecerla restaurando todas las cosas para que ocupen su posicion respectiva, enseñando al efecto al hombre á conocer lo que es en sí mismo, y en sus relaciones con Dios y con los demás hombres, y á vivir conforme á este conocimiento. Para llegar al fin propuesto, presenta en sí mismo el modelo, como padre que ha de servir de ejemplar á sus hijos, y dice á los que le escuchan y le siguen: «Aprended de mí (2); os he dado ejem-

(1) Joann. XVIII, 36, 37.

(2) Matth. XI, 29.

plo; haced lo que yo he hecho (1); haced esto y vivireis.» (2)

Hay, hermanos míos, en los Libros Santos palabras que se leen cada día y se meditan pocas veces, tal vez nunca. ¿Habeis si no meditado por qué Jesucristo se llama continuamente á sí mismo *Hijo del hombre*, cuando nadie, ni aun sus discípulos, le daban este nombre, que parece querer presentar como su distintivo y su título de gloria? ¿Qué sentido tiene esa palabra? San Agustin dice que con ella quiere Jesucristo recordarnos el inefable amor que nos manifiesta en su Encarnacion (3). Es verdad, pero debe haber algo más. El Nazianceno añade: «Quiere probar con ello que como hombre no tiene otro padre que Adan, el primer hombre, cuya naturaleza ha tomado.» (4) Ciertamente también; pero aún no satisface esta razon. San Epifanio cree que se propone significar con ello, que es el anunciado con este título por los Profetas (5). No hay duda; pero ¿por qué los Profetas le dieron ya ese nombre, que él toma como distintivo? Yo creo, Señores, que lo hace para realzar en su persona á la humanidad, envilecida por el pecado y por las doctrinas de la antigua filosofía; para manifestar que en él se compendia toda la humanidad, que es su representante, su cabeza, el segundo Adan figurado

(1) Joann. XIII, 15.

(2) Luc. X, 28.

(3) *Commendat nobis quid misericorditer dignatus sit esse pro nobis, et velut mysterium commendans admirabilis incarnationis suæ, nomen hoc sæpius auribus nostris insinuat. (S. Aug., de Concord. Evang., lib. 2, cap. 1.)*

(4) *Christus voluit dici filius hominis, id est, filius Adam, ut sonant Hebræa, ut se patrem hominem non habere ostendat, sed per Virginem Matrem ex Adam usque genus traxisse. (S. Greg. Naz., Orat. 4 de Theol.)*

(5) *Ut ostenderet se eum esse, quem Prophetæ humanam naturam sumpturum prædixerant, quemque filium etiam hominis appellaverant. (S. Epiphani., advers. Nœtianos, hæres. 57.)*

por el primero, el Adán que con su espíritu vivifica á toda la humanidad, segun la frase del Apóstol (1). Por ello dice él mismo: Yo soy el camino, la verdad y la vida (2), y se ha hecho segun San Pablo causa de salud para todos los que creen en él (3). En Jesucristo se nos presenta el hombre en todos sus estados. Vedle, dice un filósofo, vedle descendiente de sangre de reyes, y en su indigencia privado hasta del asilo más humilde en esta misma tierra á que viene, representando en este doble estado á la humanidad entera. Pobres desafortunados, que llevais el peso del trabajo y del dolor, familia innumerable de la Providencia, venid á Belén á contemplar á este niño recostado en un pesebre y envuelto en pobres pañales: venid, y reconoced á vuestro hermano. Reyes, venid tambien y humillaos delante de vuestro Rey. Desterrados, arrojados de vuestros pueblos, tribu errante, seguid á este mismo Niño á la tierra extranjera, á donde va huyendo de la persecucion. Pasa ésta, y él vuelve, y en el espacio de treinta años de una vida oscura, cumple el destino del hombre, comiendo el pan que gana con el sudor de su rostro. Sometido á todos los deberes, obedece á María y á José, y con ellos cumple los preceptos de la ley (4). Llegado el tiempo en que debe manifestarse al mundo, sale del taller del artesano, y principia su vida pública. Instruye, corrije, reprende, manda, ejerce todas las funciones sociales. Los cuidados de la autoridad, las fatigas del poder, los sacrificios de la caridad, las virtudes del hombre-sacerdote y del hombre-rey, son

(1) I Cor. XV, 45.

(2) Joann. XIV, 6.

(3) Hebr. V, 9.

(4) Lamennais, Ensayo sobre la indiferencia, p. 1, cap. 35.

los grandes objetos que admiramos en Jesucristo. En sus vigiliias, en sus trabajos, ningun sentimiento le es extraño: su corazon está abierto al amor filial, á la amistad sincera, á la compasion general: toma parte en nuestras alegrías y en nuestras aflicciones; asiste á las bodas de Caná, y ayuna cuarenta dias en el desierto. Se enternece y llora como nosotros, acoje con indulgencia á los arrepentidos, y se indigna contra los crímenes de una voluntad perversa. Las injurias, la calumnia, la negra traicion, la ingratitud, el rencor y sus furores le persiguen: se forman tramas y maquinaciones para perderle, se le tienden secretos lazos, la envidia ha resuelto vengarse de sus beneficios. En una palabra, el destino humano es en todas las cosas su destino (1).

¡Con cuánta razon, pues, se llama Hijo del hombre! ¡Cuán profundamente misterioso es el sentido de la palabra que dijo Pilato al presentarlo coronado de espinas delante del pueblo: *Ved aquí al hombre: ECCE HOMO* (2). Cada una de sus palabras, cada una de sus acciones, lleva este carácter, está animada de este espíritu, y todas juntas, palabras y acciones, forman el Evangelio, la buena nueva, la nueva de salvacion, el gérmen vivificador del individuo y de la sociedad. Cuando ha consumado su obra, dice á sus Apóstoles, á los testigos de toda su vida: *Id, predicad el Evangelio á todas las naciones* (3): *Id, presentad este modelo al hombre en todas partes: el que creyere en él, se salvará* (4). Sembrad esta semilla divina en todos los corazones; alumbrad con esta luz al mundo entero; yo estaré con vosotros hasta la con-

(1) Lamennais, Ensayo sobre la indiferencia, p. 1, cap. 35.

(2) Joann. XIX, 5.

(3) Matth. XXVIII, 19.—Marc. XVI, 15.

(4) Id. id., 16.

sumacion de los siglos (1). Segun la promesa del Profeta, yo enviaré mi espíritu y se renovará la faz de la tierra (2).

Cumplieron los Apóstoles el precepto de su maestro, predicaron el Evangelio, y la faz de la tierra se renovó del modo más completo y admirable. ¿Y quiénes eran los Apóstoles, y de qué medios disponian? No tenían la fuerza que oprime y somete: eran pocos, eran pobres. Jesucristo les habia dicho: «El Hijo del hombre no ha venido á mandar y exigir servicios, sino á servir (3); así vosotros no querais dominar, sino servir á todos.» (4) Tampoco poseian la ciencia. La ciencia jamás fundó una sociedad, ni jamás fué bastante á restituirle el equilibrio perdido (5). Los Apóstoles carecian de ella, eran hombres rudos y groseros. San Pablo, que la habia adquirido, la despreciaba cuando ejercia las funciones de Apóstol (6). Es que no iban á discutir, sino á enseñar; á presentar á vista de los pueblos á Jesucristo, y decirles: Si quereis ser felices, copiad en vosotros este divino modelo. «Predicamos, decia San Pablo, á Jesucristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles, pero virtud y sabiduría de Dios para los llamados á la fe (7); y nos preciamos de no saber otra cosa que á Cristo crucificado.» (8) Oyó el mundo esta palabra, contempló este modelo, recibió en su seno esta semilla, y el pequeño grano de mostaza se convirtió en árbol fron-

(1) Matth. XXVIII, 20.

(2) Psalm. CIII, 30.

(3) Matth. XX, 28.

(4) Id. 26.

(5) *Balmes.*

(6) I Cor. I, 17.—II, 1 et seq.

(7) Id. I, 23.

(8) Id. II, 2.

doso para cobijar bajo de sus ramas á todo el género humano (1).

¿Qué hay, pues, en Jesucristo? ¿Qué hay en el Evangelio, que tan poderosamente ha obrado la regeneracion social, el engrandecimiento de la sociedad moderna sobre la antigua? Veámoslo, Señores, si os place escucharme.

SEGUNDA PARTE.

He dicho, hermanos míos, que en su misericordioso designio de regenerar y engrandecer á la sociedad, llevando á su seno un principio fecundo de vida y de felicidad, Jesucristo se propuso obrar sobre el individuo, sobre el elemento más simple de aquella, para que su accion fuese tanto más fecunda, cuanto más natural, y más directa, por así decirlo, sobre el corazon y las entrañas de la sociedad. Para ello enseña al hombre la verdad, le conduce á la santidad. Le enseña la verdad, le da la ciencia de Dios, verdad infinita é inmutable, cuyo conocimiento constituye la vida eterna, en frase del mismo Jesucristo (2); porque descubre al hombre el origen de todas las cosas y las relaciones que las unen entre sí. Le enseña la verdad dándole la ciencia del hombre, mostrándole su origen y su destino, que le hacen conocer su grandeza y sus deberes. «En tu origen, le dice, eres la obra de Dios, la imagen de Dios; en tu destino,

(1) Matth. XIII, 31, 32.

(2) Joann. XVII, 3.

el heredero de la gloria de Dios. Debes, pues, corresponder á tu origen, hacerte digno de tu destino.» Para que llegue á este término le conduce á la santidad. El fin del Evangelio, el noble fin del Catolicismo, es hacer al hombre santo. La santidad es la perfeccion, y la perfeccion es la plenitud del bien y de la vida, de que es capaz el hombre; es el resultado del orden ó de la conservacion de las relaciones que le unen con Dios y con los demás seres. Estas relaciones nacen de la naturaleza misma de Dios y del hombre. Dios es caridad, y el hombre, que es imágen de Dios, para estar unido con él, ha de vivir de la caridad (1). Ella es el lazo de union entre el Criador y la criatura, y por lo mismo la que comunica al hombre la vida de Dios, que es su legítimo término. Por ello dice: «Ama á tu Dios con todo el corazon, con toda el alma, con todas las fuerzas de su sér.» (2) Aspira á Dios, acércate á él, elévate hasta él, únete con él.

Del mismo modo establece las relaciones que deben unirle con los demás hombres. «Ama á tu prójimo como á ti mismo (3); es decir, mírale como otro tú, porque como tú es imágen de Dios, es como tú hijo del mismo Padre, que es Dios; y como si esto fuera lo único que se propuso en su venida al mundo, dice Jesucristo: «Esta es mi ley, este mi precepto, que os ameís mutuamente como yo os he amado.» (4) ¡Qué doctrina tan admirable, Señores! Con razon dice Jesucristo, que es un precepto nuevo (5), porque la filosofía pagana no supo encontrar-

(1) I Joann. IV, 16.

(2) Matth. XXII, 37.

(3) Id. id., 39.

(4) Joann. XV, 12.

(5) Id. XIII, 34.

lo. La caridad era propiedad de Dios, y el hombre por sí mismo jamás llega á lo que es propio de Dios.

Hé aquí el gran secreto de la regeneracion: hé aquí la semilla que, sembrada en el corazon y germinando vigorosa, debia producir y produjo los suavísimos frutos de la civilizacion cristiana. Iluminado el hombre por esta doctrina que le ofrece á Dios por término de sus aspiraciones, se esfuerza incesantemente para hacerse digno de él elevándose á la perfeccion, y cumple, por lo mismo, sus grandes deberes. Ama á Dios, y el amor que se alimenta del sacrificio, le hace renunciarse á sí mismo, y á cuanto le rodea, para darse á Dios y unirse á él. No debe hoy ocuparnos este sacrificio ni esta union. Ama á sus semejantes, y este amor, expresado y alimentado tambien con el sacrificio, le hace todo para todos, para darse y unirse á todos. Mira á tu prójimo como á otro tú mismo, le repite la Religion á cada momento: no le consideres como un Dios, ante quien debes arrastrarte, ni como un esclavo á quien puedas oprimir: estos extremos formaban el vicio de la sociedad antigua. No le mires como un obstáculo que debas destruir, ni como un instrumento que puedas explotar: esto es propio del egoismo. Cualquiera que sea su estado, su edad, su sexo, es igual á ti en el origen y en el destino: no atiendas á sus defectos para despreciarle, ni á sus sentimientos para aborrecerle, ni á su debilidad para oprimirle; mira en él al hombre, á la imágen de Dios, al Hijo de Dios, y respétale, porque vale tanto como tú; ámale, porque es hijo de tu mismo Padre: es tu hermano.

¡Qué lazo tan estrecho para la union social! ¡Qué doctrina, hermanos míos! Segun ella, los hombres todos son la gran familia del Criador, los cristianos la familia adoptada por los méritos del Redentor. Todos sois hermanos, miembros de un mismo cuerpo. El interés de

todos es el mismo: igual la suerte á que Dios os llama. Amaos, pues, mutuamente. Procurad el interés comun; no hagais á otros lo que no querais que se os haga á vosotros (1). Sois un cuerpo, sed un espíritu, puesto que es una la esperanza de vuestra vocacion (2). Amaos, en fin, como Dios os ama. Este es vuestro gran deber: este es mi precepto, dice Jesucristo. ¿Y qué más se necesita, Señores?

Desde que Jesucristo dijo al hombre: «Aspira á la perfeccion, hazte santo para llegar al reino de los cielos, y para ello hazte violencia (3), renúnciate á ti mismo (4); en una palabra, cumple tus deberes, ama á Dios, ama á tu prójimo;» su palabra y su ejemplo, encontrando eco en los corazones, principiaron á formar una sociedad nueva en medio de la sociedad antigua. Los cristianos, uniformes en sus ideas acerca de Dios y del hombre, que forman la verdadera sabiduría, y animados de iguales sentimientos con relacion á Dios, á sí mismos, á sus prójimos, y á cuanto existe sobre la tierra, los publican con las mismas acciones, que siendo el cumplimiento de sus deberes, forman luego sus costumbres y su carácter propio en todas partes. Desde este momento, bajo la autoridad de un mismo Prefecto y de un mismo Tribuno, aparecen frente á frente dos sociedades, ó dos partes de la sociedad comun, totalmente distintas en el espíritu que las anima, y en las costumbres que las caracterizan. La sociedad pagana, compuesta de una pequeña parte de ciudadanos y señores, y una multitud inmensa de esclavos tratados como bestias. Su aspiracion,

(1) Tob. IV, 16.

(2) Ephes. IV, 4.

(3) Matth. XI, 12.

(4) Id. XVI, 24.

la riqueza, el goce, la dominacion; su carácter, el orgullo, el egoismo, la crueldad; sus costumbres, la disolucion, el libertinaje, la corrupcion; sus placeres el circo, el anfiteatro con sus luchas de fieras y matanza de hombres. Sus leyes fautoras de todos estos males, autorizando la tiranía del señor sobre el pobre esclavo, del padre sobre el hijo, y del marido sobre la esposa, y negando todo derecho al esclavo y al pobre. Su filosofía, su religion, su culto.... ¡Ah! apartemos, Señores, la vista de un cuadro que nos parecería horriblemente absurdo, si los mismos historiadores y filósofos del paganismo no lo hubiesen delineado.

Fijémonos en la otra parte de la sociedad, renovada ya por el espíritu de Cristo. Son los cristianos, sociedad compuesta de hermanos que se aman, bien se llamen señores, bien siervos, ya sean ricos, ya pobres, se consideran iguales delante de Dios, como miembros de un mismo cuerpo (1). Su aspiracion, la paz, la union, la virtud, la perfeccion, ser imitadores de Cristo en la tierra, para ser sus coherederos en el cielo. Su carácter, la humildad, la mansedumbre, la fidelidad, la abnegacion, la caridad. Sus costumbres, la dulzura, la pureza, la santidad. Sus placeres, sus diversiones, visitar al pobre, llevar el consuelo al desgraciado, hacer bien á todos. Su ley, amarse mutuamente, respetar al superior, obedecer, dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios (2).

¡Qué contraste, hermanos! ¿Y es posible haberse formado esta sociedad nueva con los elementos mismos de la antigua? Es mas que posible; es un hecho, y hecho fácil, porque sabemos que el corazon del hombre está en

(1) Rom. XII, 4, 5.

(2) Matth. XXII, 21.

las manos de Dios (1). Sobre campo cubierto de huesos secos y dispersos, manda Dios al Profeta que levante la voz y llame sobre ellos al espíritu, y al punto se levanta ejército formidable (2). Así, sobre la sociedad antigua, campo de huesos y de corrupcion, el Hijo del hombre levanta su voz, envía su espíritu, y reviven los que estaban muertos, y se forma pueblo nuevo de vigor admirable.

Ese pueblo nuevo es la levadura que ha de sazonar toda la masa de la sociedad. En vano se le opone resistencia, y se emplea toda la crueldad del espíritu pagano para acabar con ella. Los cristianos son invencibles. El cristianismo, dice Balmes, grabó en el corazón del hombre, que el individuo tiene deberes que cumplir, aun cuando se levante contra él el mundo entero; que él tiene un destino inmenso que llenar, y que es para él un negocio propio, cuya responsabilidad pesa sobre su libre albedrío (3), y repitiendo la palabra de San Pedro, «primero es obedecer á Dios que á los hombres (4),» camina impávido á la muerte, diciendo como el apologista San Justino: «Como no tenemos puesta la esperanza en las cosas presentes, despreciamos á los matadores.» (5) En vano se les hace morir á millares: ni uno solo, dice Tertuliano, muere por ladrón, ni asesino, ni seductor de la inocencia; muere por ser cristiano (6). Es lo que San Pedro

(1) Prov. XVI, 19.—XXI, 1.

(2) Ezech. XXXVII.

(3) Balmes, Protestantismo, cap. 23.

(4) Act. Ap. V, 29.

(5) S. Justin., Apolog. pro Christian. ad Antonin.

(6) Tot a vobis nocentes variis criminum elogiis recensentur..... ¿Quis ex illis etiam Christianus adscribitur? Aut cum Christiani pro titulo offeruntur, ¿quis ex illis etiam talis, quales tot nocentes de vestris semper æstuat carcer.....? Nemo illic Christianus, nisi plane tantum Christianus. (Tertullian., Apolog. c. 50.)

les había inculcado en su carta: «Ninguno de vosotros padezca por ser homicida, ni ladrón, ó maldiciente, ó envidioso de lo ajeno. Si padece por ser cristiano, no se avergüence, sino que glorifique á Dios en este nombre (1). Esta es su gloria, y por ello la sangre de los cristianos es semilla de cristianos, añade el mismo Tertuliano (2). Es decir, de tal manera sorprende y admira aun á los paganos el heroísmo de esos hombres; de tal manera les hiere su humildad, su pureza, su abnegación, su caridad, que se ven precisados á dar testimonio de su virtud. «Ved cómo se aman,» decían, y cómo en vez de perseguirse y oprimirse mutuamente, están dispuestos á morir unos por otros. Arrebatados á vista de tal espectáculo y de sus grandes consecuencias, abrazan el cristianismo. Hasta los que resisten, se sienten dominados por su espíritu: la sávia divina se inocular en el viejo tronco, y aun antes de hacerse cristiana toda la sociedad, las leyes, y la filosofía, y las costumbres, llevan ya el sello del cristianismo y de la vida nueva. Renovado el hombre, se regenera la familia, y la sociedad entera, avergonzada de sí misma, se arroja en brazos de Jesucristo, que le comunica su espíritu y la regenera amoldándola al Evangelio.

El Evangelio es la luz del individuo, la regla de la familia y la ley de la sociedad: ley del que manda y del que obedece, ley del que goza y del que sufre, ley de todos y de todo tiempo, que ha creado, dice Balmes, una admirable conciencia pública, rica de sublimes máximas morales, de reglas de justicia y de equidad, y de senti-

(1) I Petri IV, 15, 16.

(2) Plures efficimur, quoties metimur a vobis. Semen est sanguis christianorum. (Tertull., Apolog., cap. 50.)

mientos de pundonor y de decoro: conciencia que sobrevive al naufragio de la moral privada, y que no consiente que el descaro de la corrupcion llegue al exceso de los antiguos (1).

Tal es, Señores, la obra social de Jesucristo. Tal es el resultado de su doctrina, que enseña al hombre á buscar la felicidad, no en la satisfaccion de las pasiones y en el sacrificio de sus semejantes, sino en la virtud, en Dios y en el sacrificio de sí mismo; doctrina que le enseña á no mirar á sus semejantes como instrumentos ú obstáculos para sus fines, sino como hermanos en su origen y en su destino; doctrina, en fin, que arranca de su corazon el frio egoismo, y pone en su lugar la ardiente caridad, que busca siempre derramarse, comunicarse, porque su vida está en la difusion de sí misma. Esta doctrina acaba con las distinciones de raza, de nacion, de condicion, que el egoismo pagano introdujera. Ya no hay, dice San Pablo, ya no hay judío, ni griego, ni esclavo, ni libre, ni grande, ni pequeño, sino que todos sois una misma cosa en Jesucristo (2). Sois el hombre, la imagen de Dios. Al eco de esta palabra, las naciones se unen, la esclavitud empieza á desaparecer, y desde luego se suaviza; la mujer recobra su hermoso título de compañera, de auxiliar del hombre; el débil y el pequeño se ven honrados y respetados; la caridad lo acerca todo, lo estrecha, lo enlaza todo, porque la caridad es el orden, la union, la unidad, el lazo de perfeccion, la base sólida de la felicidad (3).

Pudiera, hermanos, probar con la historia en la mano esa accion benéfica del Catolicismo, despues de

(1) *Balmes*, el Protestantismo, cap. 20.

(2) Gal. III, 28.

(3) Coloss. III, 14.

desenvolver su doctrina social; pero el tiempo no lo permite hoy. Fuerza es que dejemos para otro dia el examen de esa doctrina social católica, y los beneficios que le debe el mundo.

Al concluir hoy, rindamos tributo de admiracion á la sabiduría de Dios en la restauracion del universo por el inefable misterio de Jesucristo. Bendigámosle con el Apóstol, porque escogió lo que era insensato segun el mundo, para confundir á los sábios; lo que era débil segun el mundo, para confundir á los fuertes; lo vil y lo despreciable, lo que no era, para destruir lo que era, á fin de que ningun hombre se gloríe delante de Dios (1). A él solo la gloria, porque suya es la obra: á nosotros, hermanos míos, la vida, porque ese es el fruto de su obra, y esa vida por la caridad, que es su inagotable manantial. Amemos á Dios, aspirando á él con todas nuestras fuerzas; amemos á nuestros hermanos hasta sacrificarnos por ellos. De este modo se manifestará en nosotros la vida de Jesus, mientras estamos en esta carne mortal (2), y la gloria de Jesus cuando seamos revestidos de la inmortalidad, para vivir y reinar con él en los siglos de los siglos.

(1) I Cor. I, 27, 29.

(2) II Cor. IV, 11.

OCTAVO SERMON.

Doctrina social de Jesucristo: beneficios del Catolicismo.

*Orietur in diebus ejus justitia,
et abundantia pacis.*

(Psalm. LXXI, 7.)

PERMITIDME, Señores, que principie este discurso con las palabras de un incrédulo, de uno de los mayores enemigos del Catolicismo. El testimonio de esos hombres que en medio de su antagonismo se ven obligados á reconocer la verdad, es, á las veces, mas apreciable que el de los apologistas de la Religion. Escuchad sus palabras: «La sublimidad de las Escrituras me encanta, la santidad del Evangelio habla á mi corazon. Recorred los libros de los filósofos con toda su pompa: ¡cuán pequeños son al lado de este! ¿Es posible que un libro tan sublime y tan sencillo á la vez sea obra de los hombres? ¿Es posible que aquel de quien traza la historia, no sea más que un hombre? (1) No lo es, hermanos. El Evan-

(1) *Rousseau*, Emilio, lib. 4.

gelio es la historia de Jesucristo, del Dios hombre, del Dios dado á la humanidad, sacrificado por ella, y á ella comunicado para que el hombre se eleve hasta Dios. El Evangelio es el libro de Dios; su doctrina es la doctrina que Dios enseña al hombre por boca de su Unigénito. Por ello decia el mismo Jesucristo: La doctrina que os enseño no es mia, es de aquel que me ha enviado (1); las palabras que os hablo son espíritu y vida (2), porque iluminan el entendimiento y vivifican el corazon. Son palabras de vida eterna, como reconoció el Príncipe de los Apóstoles (3). Hé aquí por qué es la doctrina de todos los tiempos, de todos los pueblos, de todos los hombres. Es más: el Evangelio es la historia del Catolicismo, porque este no es sino la doctrina y el ejemplo de Jesucristo, perpetuados en el mundo por la Iglesia católica; es la historia de sus beneficios, de sus vicisitudes y de su estado en todos los siglos. Por ello es un libro siempre de actualidad, cuyo estudio forma verdaderos sábios, como forma verdaderos santos la observancia de sus preceptos y consejos.

¡Cuán admirablemente sábio es el proceder de la Iglesia, que cada dia nos pone delante un pasaje de ese libro divino! ¡Oh! Si los hombres lo meditasen, y alimentasen con ese pan del cielo su entendimiento y su corazon, ¡cuán distinto fuera el estado del individuo y de la sociedad, viéndose brillar en ellos el espíritu y la vida de Jesucristo, origen de todo bien individual y social! Escuchad el pasaje que hoy mismo ofrece la Iglesia á nuestra consideracion. «Estando los discípulos re-

(1) Joann. VII, 16.

(2) Id. VI, 64.

(3) Id. id., 69.

unidos por miedo á los judíos, cerradas las puertas, se apareció Jesucristo, y puesto de pié en medio de ellos, les dijo: la paz sea con vosotros.» (1) Así, Señores, en medio de una sociedad dominada por las pasiones mas degradantes, y que tenia cerradas sus puertas á la verdad y á la virtud, aparece Jesucristo, aparece el Evangelio repentinamente, y levantando su noble figura en medio de ella, dice con amor: «La paz sea con vosotros;» la paz, no como la del mundo, sino como la de Dios, como la de Jesus (2), la verdadera paz, la virtud, el órden, la felicidad. Luego, dirigiéndose al incrédulo Tomás, le dice: «Pon tu dedo en mis llagas, y tu mano en mi corazon, y no seas más incrédulo, sino fiel.» (3) Lo mismo dice á la sociedad: pon tu mano en mi corazon, toca mis manos, las obras de mi amor, las pruebas de mis beneficios, y sé fiel: cree en mí y te salvarás. El Apóstol reconocido exclama: «Señor mio y Dios mio, Vos sois mi Señor y mi Dios.» (4) Dichosa la sociedad si tambien dice esto á Jesucristo. ¿Lo ha hecho, hermanos míos? Ayer os dije que dejaba para hoy hablaros de la doctrina social de Jesucristo, que da la paz, de los innumerables beneficios que le debe la sociedad, y que Jesucristo quiere que toquemos y examinemos cada día, y del estado actual del Catolicismo en la misma sociedad, ó sea del aprecio que hace de esa manifestacion del amor y del poder de Jesucristo. Entremos en materia.

(1) Joann. XX, 19.

(2) Id. XIV, 27.

(3) Id. XX, 27.

(4) Id. id., 28.

PRIMERA PARTE.

El término á que aspira siempre la humanidad, es la felicidad, y la felicidad os he dicho repetidas veces, hermanos míos, tiene por base la paz y el órden; el órden reclama la armonía de las partes entre sí y en sus relaciones con el todo; la armonía se funda en la gradacion. La felicidad, pues, para la sociedad, lo mismo que para el individuo, como os decia ayer, es la tranquilidad del órden, cuya esencia es la unidad, porque el fin y el objeto del órden es unir, y la sociedad misma en su acepcion más general no es otra cosa que la reunion de seres semejantes. Para esta unidad es necesario que cada parte esté ordenada con relacion al todo; es decir, que haya gradacion, porque no hay órden social sin gerarquía social, sin superior y súbditos, sin derecho de mandar y obligacion de obedecer (1).

Cuando Jesucristo, que vino al mundo para restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra (2), pacificándolas con su sangre (3), decia con tanta frecuencia á sus discípulos: «La paz sea con vosotros (4),» os doy la paz, no como la da el mundo, que no puede establecerla en el corazon, sino como la doy yo, esto es, como Dios (5), y mandaba á sus Apóstoles que en su predicacion prin-

(1) *Balmes*, Filosofia elemental, Etica, cap. 17.

(2) Ephes. I, 10.

(3) Coloss. I, 20.

(4) Luc. XXIV, 36.—Joann. XX, 19, 21.

(5) Joann. XIV, 27.

cupiasen siempre con esas palabras (1), quiso indudablemente darnos á entender que se proponia restablecer el conjunto de relaciones que se derivan de la naturaleza misma de los seres, y que el pecado habia alterado, para que de este modo apareciese el orden en todas partes, y con él la paz y la felicidad, que son su consecuencia.

¡Admirable designio, Señores! ¡Obra digna de Dios! ¿La ha realizado Jesucristo? No es posible dudarlo, viendo el cambio obrado en el mundo, y la transformacion completa de la sociedad, desde que su doctrina se difundió por el universo. Ayer vimos ese cambio. Examinemos ahora la doctrina que le produjo.

El estado natural del hombre es la sociedad. Las leyes que rijen en la generacion, desarrollo y perfeccionamiento del hombre fisico, y las que presiden al desenvolvimiento de sus facultades intelectuales y morales, son un argumento irrecusable de que Dios le ha criado para vivir en sociedad. Esto significa diversidad de seres racionales unidos, formando un solo sér moral, como miembros de un mismo cuerpo, para comunicarse sus bienes, remediar sus males, multiplicar sus fuerzas, y elevarse á la grandeza. Ninguna sociedad, por pequeña que sea, puede conservarse ordenada sin una autoridad que la rija: donde hay reunion, es preciso que haya una ley de unidad; de lo contrario, es inevitable el desorden. Las fuerzas individuales, entregadas á sí solas, sin esta ley de unidad, ó producen dispersion, ó acarrear choque y anarquía (2). La sociedad, segun ello, consiste en la reunion de hombres solidariamente unidos por los mismos derechos y obligaciones, bajo la direccion de un

(1) Luc. X, 5.

(2) Balmes, Filosofia elemental, Etica.

gobierno: consiste principal y esencialmente en la comunicacion mútua de bienes y males, en la mancomunidad de derechos y deberes para la consecucion de la felicidad posible en el orden humano. No tanto la constituye por lo mismo la reunion de los cuerpos, cuanto la union de espíritus y de voluntades. Es un cuerpo moral de que son miembros, distintos en su posicion y en sus funciones, los que la componen; pero que está animado de un solo espíritu. Lo mismo la familia, sociedad compuesta de individuos, que las naciones, sociedad compuesta de familias, entrañan la idea de pluralidad ó variedad y de unidad; pluralidad por la vida individual, propia y distinta; unidad por un principio de vida comun. Este principio nace de la unidad de origen y de objeto, lo constituye la unidad de ideas fundamentales, de sentimientos que de ellas nacen, y de acciones, expresion de unas y de otros. Cuando todo esto existe, la sociedad es perfecta; vive y se desarrolla en el orden, en la paz, en la felicidad.

Dios, hermanos míos, que es el autor de la sociedad, como de todo lo que es natural al hombre, no puede menos de haberle dado un modelo, y de haberle fijado una ley, estableciendo un principio que explique las relaciones de los miembros de este gran cuerpo, y forme el lazo de su perfecta union. Dios lo ha hecho; y así como en la creacion se dió á sí mismo por ejemplar y modelo del hombre criado á su imagen y semejanza, y porque este apartó la vista del modelo y se olvidó de él, se lo presentó de nuevo, y de un modo mas asequible, en la Redencion; así tambien en la creacion y en la redencion se ha dado á sí mismo por ejemplar de la sociedad de los hombres, para que individual y socialmente sean la imagen de Dios, sean los hijos de Dios. El Catolicismo, que, como vimos en los discursos anteriores, presenta al

hombre el modelo del individuo y la doctrina que le eleva á la altura de la union con él, lo presenta tambien á la sociedad, y le dice como Dios á Moisés: *Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi monstratum est* (1), le enseña á vivir segun ese modelo, diciendo como Jesucristo: «Aprended de mí, y encontrareis pan para vuestras almas.» (2) Examinemos ese modelo y esa doctrina.

El hombre es la imágen del Infinito: la sociedad de los hombres ha de ser la imágen de la sociedad del Infinito, de Dios. Dios es unidad y Trinidad, y en su Trinidad es la sociedad esencial y eterna, ejemplar de toda sociedad accidental y creada, que aspire á la perfeccion y á la felicidad. Su constitutivo es la unidad: son tres personas realmente distintas, y no hay más que una naturaleza, forman un solo sér, tienen una misma vida, son un solo Dios. El lazo que las une es el amor, la caridad, porque Dios es caridad (3). ¿Quién sino ella, dice San Bernardo, conserva esa suma é inefable unidad en la suma y bienaventurada Trinidad? La ley del Señor es la caridad, que mantiene en unidad á la Trinidad, y como que la estrecha con vínculo de paz (4). Hé aquí el modelo eterno. El mismo que habia dicho: «Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza (5),» y lo hizo, dijo tambien: «No es bueno al hombre estar solo: hagámosle ayuda semejante á él (6),» y formó á la mujer

(1) Exod. XXV, 40.

(2) Matth. XI, 29.

(3) I Joann. IV, 16.

(4) *¿Quid vero in summa et beata illa Trinitate summam et ineffabilem illam conservat unitatem nisi caritas? Lex est ergo, et lex Domini caritas, quæ Trinitatem in unitate quodammodo cohibet, et colligat in vinculo pacis.* (S. Bernard., Epist. 11 ad Guicon.)

(5) Gen. I, 26.

(6) Id. II, 18.

de la sustancia misma del hombre, sacándola de su costado, y como de su corazon, para que fuese una misma su vida, y dijo: «Serán dos en una carne (1),» serán dos personas en unidad de naturaleza. Él mismo dijo tambien: «Creced y multiplicaos (2),» y de este modo, el hijo engendrado de vuestra sustancia, sea el complemento de vosotros mismos, siendo uno mismo con vosotros en la naturaleza. El lazo que los une es el amor, que por ello, dice Santo Tomás, forma Dios á la mujer, no de los piés, ni de la cabeza del hombre, para enseñarle que no es esclava ni señora, sino del costado, de junto al corazon (3), que es la fuente del amor; y por ello tambien quiere que el amor presida á la difusion de sí mismos en el nuevo sér que de ellos nace: este nuevo sér se llama fruto del amor.

Siendo así, Señores, se comprende fácilmente lo que debiera haber sido siempre la sociedad doméstica, y la sociedad civil ó política, que es la extension de aquella; pero desordenado el hombre en su naturaleza, desordenado en sus relaciones con Dios, y dejando de vivir á imágen de su Criador, se desordenó tambien en sus relaciones sociales, y la sociedad perdió de vista su eterno modelo, perdió la idea de sí misma, desconoció el principio de su vida, el lazo de su union, y le sustituyó con el principio de accion que el desórden del pecado engendró en el corazon del hombre: el egoismo, la fuerza, la dominacion. Desde entonces la mujer dejó de ser para el hombre una compañera, una como expansion de su corazon, y el hijo una dilatacion de sí mismo. La primera fué mirada como un instrumento de placer, como una esclava, y

(1) Gen. II, 24.

(2) Id. I, 28.

(3) S. Thom., I. p., q. 32, art. 3.

como esclavo también el segundo, sometido á la tiranía del padre, dueño de su vida y de su muerte. El hombre quería dominar, quería hacer sentir la presión de su fuerza, porque aspiró á ser como Dios, y dominaba, oprimía á su familia, primer objeto y el más inmediato que se le presentaba, sin pensar que Dios, de quien era émulo envidioso, no tanto hace sentir su imperio por la presión de su poder y de su dignidad, cuanto por la suavidad de su amor y por la ternura de su bondad esencialmente difusiva. El egoísmo, el orgullo no quedaba satisfecho todavía con ser el tirano de la familia para ser su Dios, y buscaba al débil, al pobre, al vencido, y le sometía á su dominación, haciendo esclavos á los hombres. De esta manera, siendo la familia una sociedad de esclavos bajo la tiranía de un padre, la sociedad civil, la sociedad de los pueblos, resultaba también compuesta de familias esclavas bajo la dominación de uno ó de muchos tiranos, que explotaban á la humanidad en beneficio suyo. Es inútil aducir pruebas: es un hecho que domina la historia de todos los pueblos antes de Jesucristo.

Este, que había bajado del cielo para recordar al hombre su dignidad y su destino, y ofrecérsele como modelo que debiera copiar para ser imagen de Dios, vino también á recordar á la sociedad su verdadero carácter, presentarle el modelo á que debe conformarse, y restaurar con su doctrina y con su ejemplo las relaciones que deben unir á sus miembros. Por ello presenta su unión con el Padre, como sociedad y unión que el hombre admire y procure imitar. «El Padre y yo somos una misma cosa (1). El Padre me ama, y yo le amo (2),

(1) Joann. X, 30.

(2) Id. III, 35.—XIV, 31.

y hago siempre su voluntad (1). Desciende en la gradación del modelo, y estableciendo su sociedad con los hombres, les dice: «Como el Padre me ama á mí, os amo yo á vosotros; permaneced, perseverad en mi amor (2). Yo soy la vid, vosotros los sarmientos (3): una misma savia nos alimenta. Si alguno me ama, guardará mis mandamientos, y no solo le amaré yo, sino también mi Padre, y vendremos á su corazón, y á él nos uniremos, estableciendo allí nuestra morada.» (4) ¿Comprendéis, Señores? Si me amais, guardareis mis mandamientos, y mi mandamiento es que permanezcáis unidos con lazo de caridad, que os améis como yo os he amado. Si con este amor permanecéis unidos y cumplís mi voluntad, el Padre os amará, y moraremos en vuestro corazón, vivificándoos con nuestra caridad, para que viváis de nuestra misma vida, y en vuestra sociedad se refleje la del Padre conmigo, y la suya y mía con vosotros. Parece poco todavía, y enseña á los hombres á unirse entre sí y formar una sociedad perfecta, dándoles reglas para que cimentada sobre ella, sea una imagen de la sociedad esencial y eterna. Cuando lo ha hecho, levanta los ojos al cielo, y exclama: «Padre, has dado á tu Hijo potestad sobre toda carne, para que dé á todos vida eterna. La vida eterna es esta, que te conozcan á ti, solo Dios verdadero, y á tu enviado Jesucristo. He consumado la obra que me confiaste: les he dado á conocer tu nombre, les he enseñado las palabras que me has comunicado... El mundo no te conocía, y yo les he dado este conocimiento. Padre santo, guarda en tu nombre á aquellos que

(1) Joann. VIII, 29

(2) Id. XV, 9.

(3) Id. id., 5.

(4) Id. XIV, 23.

me diste, para que sean una misma cosa como somos nosotros, para que sean todos una misma cosa, como yo en ti y tú en mí, y yo en ellos.» (1)

¡Qué amor, qué ternura hay en estas palabras! ¡Cuántos misterios en ellas! Descubren la gran misión de Jesucristo, enseñan dónde está el principio de todo bien para el hombre y para la sociedad, el conocimiento de Dios y de Jesucristo, para vivir según él: *en esto está la vida eterna*. Prueban la causa de todos los desórdenes antiguos: el olvido, la ignorancia de Dios. *El mundo no te conocía*. Proclaman la necesidad de la unión de voluntades para la vida de la sociedad: *Guárdalos para que tengan esta unión*. Presentan el lazo de la verdadera sociedad: *que sean una misma cosa como nosotros*; para que el amor con que me has amado esté en ellos *y yo en ellos*; es decir, por la caridad. Expresan, en fin, la necesidad de la acción de Dios, sin la cual en vano trabajan los que edifican (2): *«Guárdalos, te ruego que los guardes, que los mantengas y conserves, Padre Santo.»*

¿No os parece admirable, Señores, esa encadenación que establece Jesucristo y mantiene el Catolicismo? La revelación de Dios, uno y trino, eterno y esencial, modelo del hombre y de la sociedad; la unión de Dios con la naturaleza humana en la persona de Jesucristo; la unión del hombre con Dios, por la gracia y por la Iglesia; la unión de los hombres entre sí en sociedad perfecta en el orden espiritual, en el orden doméstico, en el orden político ó civil. Fijémonos solo en el último eslabón de esta cadena que lo une todo á Dios, y veamos la doctrina y ejemplos de Jesucristo, que tienden á conservar y engrandecer la sociedad.

(1) Joann. XVII.

(2) Psalm. CXXVI, 1.

He dicho antes que la sociedad exige para su perfección la unidad de ideas sobre el origen y destino del hombre, la uniformidad de sentimientos que de aquella nacen, y la conformidad de acciones para llegar á la común aspiración. Esto es lo que infunde desde luego Jesucristo. La fe da esa unidad á las ideas: ella es la base sólida del grande edificio. Por ello la Iglesia que tiene esta base, es impercedera. De la fe nace la esperanza que aspira al bien que aquella descubre, y de ambas la caridad, que es el medio de llegar á él. Por esto dijo Jesucristo: «Id y enseñad á todo el mundo todo cuanto os he mandado (1),» y compilando toda su ley, añade: «Os doy un mandamiento nuevo, que os améis mutuamente.» La caridad, hermanos, hé aquí el lazo de la sociedad de los hombres entre sí, como lo es de la sociedad del hombre con Dios, y de la sociedad de Dios consigo mismo. Ella es la que une y estrecha las partes del todo social, sin destruir la naturaleza ni aminorar la grandeza de cada una; acerca sin confundir, estrecha sin oprimir, sujeta sin humillar, difunde sin despojar: todo lo enriquece, todo lo exalta, todo lo vivifica, todo, en fin, lo diviniza.

Así como en la sociedad de la familia la naturaleza del hombre da á unos el carácter de padres, y el de hijos y hermanos á otros, así en el orden político la naturaleza de la sociedad señala á unos el lugar superior, y el inferior á otros. Sin la paternidad y la filiación no hay familia; sin la autoridad y la dependencia no hay sociedad. Pero el orgullo del hombre resiste la sujeción como ama la dominación. ¿Quién es el hombre para mandar al hombre? Sin duda el hombre, por serlo, no tiene derecho

(1) Matth. XXVIII, 19, 20.

sobre el hombre; pero le tiene Dios, y Dios lo ejerce por sí ó por medio de otro. El padre lo recibe de Dios, que le hace padre. Toda paternidad viene de Dios, dice San Pablo. En el nombre, en la esencia y en el derecho, viene de Dios (1). Lo que es la paternidad en la familia, es la autoridad en la sociedad, y la autoridad es de Dios. *Non est enim potestas nisi a Deo* (2). La autoridad no compete sino al superior, y superior al hombre solo es Dios. ¡Vasallo noble que solo depende del Eterno! Pero Dios, que ha criado al hombre para la sociedad, ha querido todo lo necesario para que esta sea posible; ha querido y quiere que haya una autoridad, y esta, por lo mismo, viene de Dios, viene de la voluntad de Dios; no puede ejercerla el hombre sino en nombre de Dios.

Ved aquí, Señores, la doctrina católica sobre la autoridad; ella introduce el orden en la sociedad, porque solo ella da la razón del poder y de la autoridad, y de las obligaciones que nacen de esta (3). El príncipe, dice el Apóstol, es el ministro de Dios para el bien (4), es el representante de Dios, que es el Rey de los reyes y Señor de los que mandan (5): los reyes no mandan sino por Dios, dice también el Sábio (6); esto es, no mandan sino como depositarios del poder, que es propio, esencial y exclusivo de Dios, y que Dios quiere que sea ejercido por el hombre para que haya sociedad. Los que no han conocido la doctrina católica, ó la rechazan, no pueden fundar la autoridad sino sobre cimientos humanos, estableciendo el derecho del hombre sobre el hombre; y en

(1) Ephes. III, 15.

(2) Rom. XIII, 1.

(3) *Bonald.*

(4) Rom. XIII, 2.

(5) I Timoth. VI, 15.

(6) Prov. VIII, 15.

el hombre, para mandar á otro, no hay más derecho que el de la fuerza, ó el que nace de voluntaria esclavitud. La primera es injusta, la segunda degradante. La primera engendra el orgullo, el egoísmo; la segunda es la expresión de la bajeza.

Para el católico no existen estos viciosos extremos. El que manda no se enorgullece, porque se considera por sí mismo igual á sus súbditos, y solo superior á ellos como vicario de Dios: por ello es tan hermosa y significativa la fórmula católica, *Rey, Emperador, Presidente, por la gracia de Dios*, Por ello son tan sublimes las palabras que la Iglesia hace oír á los príncipes cristianos al tiempo de su coronación: «Tomad este baston como el emblema de vuestro sagrado poder, para que podais fortalecer al débil, sostener al que vacila, corregir al vicioso, y llevar al bueno por el camino de la salvación. Tomad el cetro como la regla de la equidad divina, que gobierna al bueno y castiga al malo: aprended de aquí á amar la justicia y aborrecer la iniquidad.» (1)

Esta doctrina quita también la humillación y la bajeza á la obediencia. El hombre no obedece al hombre, sino á Dios; no renuncia sus derechos de hombre, ni su libertad, obedeciendo, sino que ejerce uno y otro, y se ennoblece con ello. Escuchad á San Pablo: «Todos estamos sometidos á las potestades superiores, porque toda potestad viene de Dios, y él es el que lo ha ordenado así. Por ello el que resiste á la potestad, resiste á la ordenación de Dios. El príncipe es el ministro, el representante de Dios para el bien comun. Es necesario, pues, que le esteis sometidos, no por el temor, sino por un deber de conciencia, por la caridad.» (2) Así queda justi-

(1) *Pontif. Rom.*, de coronatione Regis.

(2) Rom. XIII, 1, 2, 5.

ficada la autoridad y ennoblecida la obediencia (1). Así se imposibilita la tiranía y las revoluciones, añaden Rousseau y Montesquieu (2); así, en fin, concluye Lamennais, el poder social se convierte en un poder paternal para la sociedad, y esta es la razón de la firmeza, y al mismo tiempo de la suavidad del poder en los pueblos cristianos (3).

Enseñada esta sublime doctrina, la Religión hace oír á los que mandan y á los que obedecen, la palabra de Jesucristo: «Amaos mutuamente como yo os he amado;» ó lo que es lo mismo, sacrificaos unos por otros, emplead cuanto sois en el bien de los otros. El amor lleva en sí la idea del sacrificio; es la donación que el amante hace al amado, de cuanto es y cuanto tiene, para hacerle feliz y gozarse en esta felicidad. Explicando su palabra á los que mandan, dice Jesucristo: «Sabeis que los que tienen principado entre los gentiles, los dominan y se enseñorean de ellos, y sus príncipes se arrogan potestad sobre sus personas. Entre vosotros no será así, sino más bien el que quiera ser mayor, sirva á todos; el que quiera ser primero, sea el siervo de todos, á imitación del Hijo del hombre, que siendo Dios no vino á reinar con orgullo y egoísmo haciéndose servir, sino con la humildad y la caridad, sirviendo á todos y sacrificándose por todos hasta morir por ellos (4). ¡Qué sublimidad, Señores! Mandar amando, y sirviendo por amor al súbdito; obedecer amando y sirviendo por amor al superior. ¡Qué doctrina más digna de Dios y más digna del hombre! (5)

(1) Bonald.

(2) Rousseau, *Emilio*, lib. 4.—Montesquieu, *Espíritu de las leyes*, lib. 24, c. 3.

(3) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia*.

(4) Luc. XXII, 25.

(5) Imperant enim qui consulunt.... Obediunt autem quibus consuluntur. Sed in domo justí viventis ex fide, et adhuc ab illa cœlesti civitate

«Todos ganaron con esta revolución dichosa, exclama un ilustre y católico escritor, honra de nuestra patria; todos ganaron, los pueblos y sus gobernadores: los segundos, porque no habiendo dominado antes sino sobre los cuerpos por el derecho de la fuerza, gobernaron ya los cuerpos y los espíritus juntamente, sustentados por la fuerza del derecho; los primeros, porque de la obediencia del hombre pasaron á la obediencia de Dios, y porque de la obediencia forzada pasaron á la obediencia consentida.» (1)

Pero la sociedad, hermanos míos, no la forman solo las relaciones entre los que mandan y los que obedecen, sino las de estos entre sí. También la caridad es su principio. «Todos sois hermanos, dice Jesucristo, porque todos teneis un mismo Padre.» (2) Amaos, pues, mutuamente. Habeis oído que fué dicho: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo; más yo os digo: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, rogad por los que os persiguen y os calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer el sol sobre buenos y malos, y llover en el campo de los justos y de los pecadores (3). Amaos unos á otros como yo os he amado, y en esto se conocerá que sois mis discípulos (4). No devolvais mal por mal, sino haced bien, y con él venced el mal (5). Sed misericordiosos,

peregrinantis, etiam qui imperant, serviunt eis quibus videntur imperare. Neque enim dominandi cupiditate imperant, sed officio consulendi; nec principandi superbia, sed providendi misericordia. (S. Aug., *de Civit. Dei*, lib. XIX, cap. 14.)

(1) Donoso Cortés, *Ensayo sobre el Catolicismo*, lib. 1, cap. 2.

(2) Matth. XXIII, 8.

(3) Matth. V, 44, 45.

(4) Joann. XIII, 35.

(5) Rom. XII, 21.

sos, como lo es vuestro Padre celestial; sed perfectos, como lo es él (1). Amaos hasta sacrificaros unos por otros, porque la gran prueba de amor es el sacrificio, es dar la vida por el amigo (2).

¿Quién habrá que, meditando estas doctrinas y estos preceptos tan sublimes, no reconozca el pensamiento de Dios, la obra del que es la santidad y la caridad por esencia? ¿Qué son comparadas con ellas las utópicas doctrinas de los antiguos y de los modernos filósofos, que solo saben predicar el egoísmo que mata la sociedad, y engendrar en el corazón el orgullo que pretende dominar, avasallar todo, y nunca sacrificar nada por el bien de los demás? Admirémoslas en sí mismas, admirémoslas en sus consecuencias, en los beneficios que el Catolicismo ha hecho á la sociedad.

SEGUNDA PARTE.

Inmenso campo se abre, Señores, á nuestra vista, si queremos estudiar los beneficios del Catolicismo. Todo lo bello, todo lo grande, todo lo sublime, todo lo santo que hay en el orden intelectual, en el orden moral y en el orden social, todo es fruto de ese árbol de vida, todo tiene su origen en Jesucristo. Nos es imposible trazar el gran cuadro; contentémonos con algunas pinceladas; y en verdad, una sola palabra bastaría para decirlo todo: es la palabra que el príncipe de los Apóstoles pronunció

(1) Matth. V, 45.—Luc. VI, 36.

(2) Joann. XV, 13.

como el elogio más completo de Jesucristo: pasó derramando bienes y sanando á todos los esclavizados por el espíritu del mal (1). ¿Por qué? Él mismo lo dice: porque Dios estaba con él (2). Esa es la historia del Catolicismo; porque él es Jesucristo obrando siempre sobre la humanidad por medio de su Iglesia. Es la obra de Dios: Dios está con él; Jesucristo lo dijo: estaré con vosotros hasta la consumacion del siglo (3).

Para fijar las ideas en esta materia, es preciso hacer la comparacion del estado del mundo antes y despues de Jesucristo. Hagámosla, pues, en algunos puntos culminantes. Sea el primero la idea fundamental; Dios. El mundo pagano no le conocia. Para él todo era Dios, menos Dios mismo (4). El mundo habia puesto en su lugar á los astros, á las plantas, á las bestias, y á las pasiones más vergonzosas, personificadas en sus dioses. Y se comprende, hermanos míos. La humanidad tiene una gran pasion de Dios, tiene necesidad de él; pero el hombre no queria un Dios que fuese más que él mismo, que le obligara á ser mejor de lo que era. Aun cuando lo quisiera, no sabia encontrarle, porque no podia conocerle. El cristianismo ha satisfecho esa gran pasion, ha dado al hombre la verdadera idea de Dios, desterrando para siempre esa multitud de invenciones fantásticas y mezquinas de la razon entregada á las pasiones.

Descendamos al hombre. Jesucristo le ha enseñado su origen y su destino, su degradacion y su regeneracion. Sin la fe del Redentor, sin los sublimes dogmas de la creacion, del pecado original y de la redencion

(1) Act. Ap. X, 38.

(2) Id. id.

(3) Matth. XXVIII, 20.

(4) Bossuet.

por Jesucristo, ¿qué es el hombre? ¿De dónde viene? ¿A dónde va? No lo sabe. El hombre en el paganismo, dice Balmes, era un hondo misterio para sí mismo, y ni sabía estimar su dignidad, pues que consentía que se le rebajase al nivel de los brutos; ni cuando se empeñaba en ponderarla, acertaba á contenerse dentro de los límites señalados por la razón y la naturaleza (1). El cristianismo ha revelado su dignidad, enseñándole que es la imagen de Dios, llamado á ser hijo de Dios, destinado á la unión eterna con Dios.

Errando acerca de estas verdades fundamentales, no podía menos de reinar el error en las que emanan de ellas. La filosofía, esa ciencia de la razón, no era sino el eco de las pasiones, y careciendo de un principio sólido y cierto, se enmarañaba entre mil hipótesis y sistemas contradictorios. Ved si no lo que Cicerón llama la gran cuestión de la filosofía: la del bien sumo y de la felicidad del hombre. San Agustín, citando á Varrón, enumera más de doscientas opiniones diversas sobre ella (2). La Religión de Jesucristo, derramando la luz sobre el entendimiento, y dando con la fe una base sólida é indestructible á las especulaciones de la razón, ha levantado el magnífico edificio de la ciencia. Es confesión de un enemigo jurado de Jesucristo, de Voltaire: «Al ver, dice, que la razón hace progresos tan pasmosos, pero tan solo desde el momento de la predicación del Evangelio, bien podeis considerar á la fe como una aliada que viene en vuestra ayuda, no como un enemigo á quien es preciso atacar: debeis estimarla, no temerla (3).

- (1) Balmes, *El protestantismo comparado con el catolicismo*, cap. 14.
 (2) S. Aug., *de Civit. Dei*, lib. 19, cap. 1.
 (3) Voltaire, *Razon del Cristianismo*, palabra *Aveua*.

¿Hablaremos de las costumbres? ¡Ah! Perdonad, Señores; por respeto á Jesucristo Sacramentado, por respeto al lugar en que estamos y al ministerio de que me hallo investido, por respeto á vosotros mismos, debo correr un velo sobre esa parte del cuadro pagano. Es tan horrible, que el ojo del cristiano no debe fijarse en él. Es verdad que la virtud encontraba algun apologista; los filósofos la enseñaban; pero era una enseñanza estéril. ¿Cómo habia de producir fruto si en los dioses á quienes daban culto, se divinizaba el vicio, y los filósofos mismos declaraban lícito el desorden y la corrupción para honrarlos? (1) ¡Cuán hermoso es, por el contrario, el cuadro de las costumbres introducidas en todas partes por la moral de Jesucristo! La humildad, la abnegación, la paciencia, el amor al trabajo, la castidad, la caridad, en una palabra, todas las virtudes brotan como flores en todas las regiones, en cuanto suena la palabra de Jesucristo: «Sed perfectos como el Padre celestial (2); aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (3); no apeguéis vuestro corazón á las cosas de la tierra; buscad tesoros en el cielo (4); bienaventurado el pobre, y el que llora, y el pacífico, y el limpio de corazón, y el que padece y sufre, víctima de persecución injusta; suyo será el reino de los cielos.» (5) ¡Ah, sin duda son sublimes estas máximas! ¡Cómo van directamente al corazón! La paz y la felicidad son frutos de esta ley divina. Ella une, consuela, previene ó repara los males de la naturaleza y de la sociedad. Si los hombres quisiesen observán-

- (1) Aug. Nicol., *Estudios filosóficos*, p. 1, lib. 1, c. 6.
 (2) Matth. V, 48.
 (3) Id. XI, 29.
 (4) Id. 20.
 (5) Id. V, 1 et seq.

dola consentir en ser felices, el cielo descendería sobre la tierra, ó en ella viviríamos como en el cielo. ¿No nos lo confirma el Libro Santo, presentándonos á la sociedad naciente de la Iglesia como un solo corazón y una sola alma? (1) ¿No lo dice la multitud de Santos que ha producido en todo tiempo? La Religión, dice un enemigo de ella, produce en las almas que ha penetrado, un valor superior, y virtudes superiores á las virtudes humanas (2). Hace al hombre semejante á Dios.

Resumamos, porque es imposible decirlo todo, y hagámoslo con un bellissimo pasaje del inmortal Balmes. «Veíase desconocida la dignidad del hombre, reinando por do quiera la esclavitud; degradada la mujer, ajándola la corrupción de costumbres, y abatiéndola la tiranía del varón; adulteradas las relaciones de familia, concediendo la ley al padre unas facultades que jamás le dió la naturaleza; despreciados los sentimientos de humanidad en el abandono de la infancia, en el desamparo del pobre y del enfermo; llevadas al más alto punto la barbarie y la crueldad en el derecho atroz que regulaba los procedimientos de la guerra; veíase, por fin, coronando el edificio social, rodeada de satélites y cubierta de hierro, la horrible tiranía, mirando con despreciador desdén á los infelices pueblos que yacían á sus plantas con remachadas cadenas.

»En tal conflicto no era pequeña empresa la de deterrar el error, reformar las costumbres, abolir la esclavitud, corregir los vicios de la legislación, enfrenar el poder y armonizarle con los intereses públicos, dar nueva vida al individuo, reorganizar la familia y la sociedad; y sin embargo, esto, y nada menos que esto,

(1) Act. Ap. IV, 32.

(2) Voltaire, *Razon del Cristianismo*, palabra *Aveux*.

»ejecutó la Iglesia.» (1) Esta fué la obra de renovacion que la confiara Jesucristo, y esto ha hecho cumpliendo su noble mision. La Iglesia católica ha civilizado al mundo; porque la civilizacion no es sino el perfeccionamiento del hombre en todo su sér y en todas sus relaciones, y solo el Catolicismo ha sabido iniciar y llevar á término esta obra.

Se dirá que aún hay males en la sociedad. ¿Y qué arguyen contra la Religión? Arguyen, sí, contra los que no la practican. Su acción vivificadora se paraliza desde que la pasión con el error se le sobreponen en el corazón ó en el entendimiento; además de que la humanidad en la tierra está en el camino, no en el término de su perfección: esta se reserva para la eternidad. Como Jesucristo conservó algunas de sus llagas para acreditar que era el mismo que había sido crucificado y vilipendiado, así la sociedad presenta todavía alguna llaga para que no se nos haga increíble el fenómeno de su resurrección por la doctrina de Jesucristo; pero esas llagas no son de ignominia para ella ni para la Religión, así como no lo fueron aquellas para Jesucristo. Son un documento de sus triunfos con el recuerdo de sus males.

¿Y qué son estos males en comparación con los antiguos? ¿Qué son comparados con los de los pueblos que no han conocido, ó han rechazado á Jesucristo? Volved los ojos al Africa y al Asia; observad á los pueblos que dejaron de obedecer al Evangelio; han vuelto á la barbarie. Hay, pues, en el Cristianismo una cosa que eleva y sostiene al hombre y á la sociedad á una altura á donde no pudiera llegar sin él (2).

(1) Balmes, *El Protestantismo*, cap. 15.

(2) Lamennais, *Ensayo*, etc., p. 1. cap. 36.

Fijémonos para concluir en lo que forma el carácter especial de la doctrina católica, como formó el de Jesucristo; el respeto, más aún, el amor, y si es lícito decirlo, el culto al pobre, al pequeño, al desgraciado. Cuando los discípulos del Precursor preguntaron de orden suya á Jesucristo si era el Mesías, respondió: «Id y decid á Juan lo que habeis visto y oído: los enfermos recobran la salud, *los pobres son evangelizados* (1). ¿Qué eran el huérfano, y el pobre, y el desgraciado, antes de Jesucristo? ¿Qué son donde no reina el Catolicismo? El desecho de la humanidad, los desheredados de la gran familia. Su suerte el desprecio y la esclavitud. El paganismó, ni les abría un camino en la tierra, ni una puerta en el cielo. Jesucristo vino á abrirles uno y otra; vino á hacerles reyes en vez de esclavos. Para ello da á la pobreza un carácter divino en su persona, consagra su poder y su palabra al servicio de los desgraciados, eleva á unos pobres al honor de ser sus representantes y sucesores, y transfiere por fin todos sus derechos á los pobres y á los pequeños. De todos los hombres ha dicho que son hermanos, y les ha mandado amarse como tales; pero de los pobres y desvalidos ha dicho algo más: «Son mi misma persona, son yo mismo; lo que hiciéreis con ellos, lo haceis conmigo mismo (2). ¿Qué palabra, Señores! Ya comprendo por qué dice Santiago: El carácter del hombre verdaderamente religioso, consiste en visitar y socorrer al huérfano y á la viuda en su tribulación.» (3) Esa doctrina, antes desconocida, se ha promulgado en todas partes, y una voz de paz, de consuelo y de misericordia se ha levantado en el mundo, y ha resonado

(1) Luc. VII, 72.

(2) Matth. XXV, 40.

(3) Jac. I, 27.

hondamente en la conciencia humana; y esa voz ha enseñado á las gentes que los pequeños y menesterosos nacen para ser servidos, porque son menesterosos y pequeños; y que los grandes y los ricos nacen para servir, porque son ricos y porque son grandes (1). Al eco de esa palabra de Jesucristo, la Iglesia y la sociedad católica, informada por ella, han levantado suntuosos palacios para la indigencia; el rico le ha consagrado sus bienes; el Rey ha bajado del trono para sentarse junto á su lecho y curar sus llagas; y la caridad ha creado servicios para todas las miserias. El Catolicismo ha tenido maestros para los niños, madres para los huérfanos y expósitos, redentores para los cautivos, asistentes cariñosos para los enfermos y dementes; en una palabra, á la miseria de cada siglo ha opuesto el remedio oportuno, sin que haya agotado jamás el tesoro de su caridad. No habla, no discute, no hace resonar en los oídos del pobre pomposos y falaces discursos que le irritan contra el rico y contra la Providencia, como hacen los que quieren convertir al pobre en instrumento de sus planes: pero hace lo que ellos no hacen; le sirve, le socorre, le consuela, le infunde la resignación y la esperanza, le llama hermano, y le ama como tal. ¡Cuánto más útil es al pobre la visita de un socio de San Vicente de Paul y de una Hermana de la caridad, que tantos libros y tantos discursos estériles y corruptores! ¡Ah! este es el carácter propio del espíritu católico; es caridad, y la caridad es el sacrificio libre y voluntario en beneficio del amado, y el amado del católico es el pobre, el pequeño, el miserable de todo país, de toda edad, de toda condición, porque el pobre, y el pequeño, y el miserable son Jesucristo mismo, que

(1) Donoso Cortés, *Ensayo sobre el Catolicismo*, lib. 1, cap. 2.

dice siempre: *Lo que haceis con ellos, lo haceis conmigo.* Juliano Apóstata lo reconoció (1), y con él otro enemigo declarado de Jesucristo en el siglo último. «Todas las comuniones separadas de la Iglesia Romana no han podido imitar, sino muy imperfectamente, la caridad generosa que la caracteriza.» (2)

Concluyamos, Señores. En el nacimiento de Jesucristo anunciaron los Angeles la paz á los hombres de buena voluntad (3). El Salvador resucitado, apareciendo á sus discípulos, les dijo: La paz sea con vosotros (4), y les mandó anunciarla en todas partes (5). Esa paz es el fruto de la redencion; esa paz la da su doctrina, porque ennoblece al hombre y á la sociedad, y establece el orden, la armonía, la unidad, la felicidad. Lo hemos visto. Jesucristo, presentándonos su corazon abierto y sus manos, nos muestra la fuente de la caridad y sus obras, para que creamos, y creyendo vivamos la vida de la fe, la vida de la caridad (6). Adorémosle como el Apóstol Tomás, exclamando: Vos sois mi Señor y mi Dios; á Vos mi corazon y todo mi sér. Reconozcamos como Nicodemus, que él y su religion son del cielo, porque nadie puede hacer lo que él ha hecho, si Dios no está con él (7). Amémosle, amemos su religion, dejémonos dominar y dirigir por ella, diciendo con San Pedro: ¿A quién iremos, Señor, si nos apartamos de ti? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos que sois el Hijo de

(1) *Julian.*, Ep. 40.—Vide ut invicem se diligant, et ut pro alterutro mori sunt parati. (*Tertul.*, Apolog. cap. 39.)

(2) Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres*, cap. 139.

(3) Luc, II, 14.

(4) Joann. XX, 19.

(5) Luc. X, 5.

(6) Joann. XX, 31.

(7) Id. III, 2.

Dios, que habeis venido al mundo (1). Fuera de ti no hay vida, no hay felicidad. Háblanos, y te escucharemos; mándanos, y te obedeceremos; vivifícanos, y unidos á ti, viviendo de tu fe, de tu gracia y de tu amor, seremos felices en el tiempo y en la eternidad.

(1) Joann. VI, 69, 70.

NOVENO SERMON.

Estado actual del Catolicismo en la sociedad; necesidad de volver á él para la felicidad de los pueblos

*¿Ubi est ille?... Si quis silit,
veniat ad me, et bibat.*

(Joann. VII, 11, 37.)

Hoy es, Señores, el último día que se me concede para hablar de lo que me propuse haceros ver durante estas piadosas y magníficas funciones. Siendo el último día, es preciso presentaros la idea final, no porque la materia se agote, sino porque lo exige el término de estos santos ejercicios. La materia es inagotable, porque es Jesucristo, es su Religión, es su Iglesia en su poderosa influencia sobre el individuo y sobre la sociedad; y el Catolicismo, ha dicho con admirable exactitud un ilustre publicista, es un sistema completo de civilización, tan completo, que en su inmensidad lo abarca todo: la ciencia de Dios, la ciencia del ángel, la ciencia del universo, la ciencia del hombre. La humanidad entera ha cursado durante diez y nueve siglos en las escuelas de sus teólogos y de sus doctores, y al cabo de tanto aprender, hoy día es, y todavía no ha llegado con su sonda al abismo de su ciencia (1). Yo no he hecho sino desenvolver el

(1) Donoso Cortés, *Ensayo sobre el Catolicismo*, lib. I, cap. 2.

plan general sin descender á los detalles: fuera preciso largo tiempo y mayores facultades que las mías para tan grandioso trabajo.

Antes, sin embargo, de concluir, debo ocuparme de un punto interesantísimo, que debiera haber entrado en mi discurso anterior, y su difusión me obligó á reservar para hoy. Después de haber estudiado al hombre según salió de las manos del Criador, y según por el pecado se hizo él á sí mismo; después de verle regenerado por Jesucristo, y de considerar el sublime término á que la Religión le conduce; después, en fin, de examinar la obra del Catolicismo en la sociedad, y el cambio que en ella produjera su divina influencia, ocurre naturalmente estudiar el estado actual del mismo. Este estudio da un resultado en verdad poco halagüeño, y en demasía desconsolador; pero es preciso hacerlo: él nos descubrirá las llagas de la sociedad moderna, y haciéndonos conocer su origen, nos mostrará el remedio y la necesidad de su aplicación. «Estado actual del Catolicismo; necesidad que tienen el individuo y la sociedad de volver sinceramente á él para encontrar el remedio de sus males, y perpetuar en él la paz y la felicidad.» Ved la idea que va á servir de término á mis discursos.

PRIMERA PARTE.

Creo inútil advertir, Señores, que al hablar del estado actual del Catolicismo, no versa la cuestión sobre su constitución intrínseca. Sois católicos como yo, y sabéis que el Catolicismo es inmutable. Hoy es el mismo que era hace diez y ocho siglos; el mismo que será hasta

el fin de los tiempos. Para mudarse debiera cambiar la naturaleza de Dios y la del hombre, y esto no será jamás. El Catolicismo es Jesucristo, y su palabra y su acción perpetuada sobre la tierra; y Jesucristo, dice San Pablo, es de ayer, y de hoy, y de todos los siglos (1). Todo envejece, todo pasará y se mudará, le dice el Profeta, pero tú serás siempre el mismo; tus años no menguarán (2). Jesucristo mismo dijo de su doctrina: el cielo y la tierra pasarán, pero no mis palabras (3). Estas palabras son de vida eterna (4); son de verdad, y la verdad es eterna como Dios; son la ley de la virtud, y la virtud es el bien, eterno como la bondad infinita. Jesucristo ha dicho también hablando de su Iglesia, fundada sobre Pedro y sus sucesores: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (5), porque yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo.» (6)

Y notad de paso, hermanos míos, que esta inmutabilidad del Catolicismo es una prueba evidente de su perfección intrínseca, y de la divinidad de su origen y de su doctrina. Lo que es mudable, se manifiesta imperfecto en sí, é impotente para llegar á su fin. Lo mudable no es esencial, es transitorio; lleva en sí el sello de la debilidad y de la volubilidad humana. Ningun sistema, ninguna obra del hombre está exenta de este defecto. Nacen, crecen, se desarrollan, envejecen y mueren como su autor. Lo que no muere es obra de Dios, y el Catoli-

(1) Hebr. XIII, 8.

(2) Id. I, 11, 12.

(3) Matth. XXIV, 35.

(4) Joann. VI, 69.

(5) Matth. XVI, 18.

(6) Id. XXVIII, 20.

cismo no muere. Más de diez y ocho siglos hace que se ve combatido por la fuerza, por el sofisma y por la corrupción, y hoy es tan fuerte como el primer día. En ese tiempo han cambiado todas las cosas; unas generaciones han pasado, y otras han ocupado su lugar; unos pueblos han llenado el hueco que dejaron otros pueblos; las formas de gobierno, los sistemas que pretenden explicar los misterios de la naturaleza, y desarrollar las ciencias físicas, y presidir al adelanto de las artes y la industria, nada ha podido resistir á la acción del tiempo: la Iglesia Católica no ha borrado un dogma de su Credo, ni un precepto de su ley, ni un artículo de su constitución. Es que no lo ha necesitado, ni lo necesita: con lo que es y ha sido siempre, lo explica todo, lo vivifica todo, y todo lo dirige sabia y fácilmente á su noble fin. En vano se le han pedido transacciones y alteraciones: bien las haya pedido el poder del César, bien la ciencia del filósofo, bien la corrupción de las masas, la Iglesia ha contestado siempre: «La verdad no transige, la virtud no se altera.» El hombre que en su orgullo quisiera poner algo suyo en esa grande obra, lo ha intentado mil veces, pero inútilmente: al instante ha sido arrojado de la Iglesia, dice Lacordaire, aunque haya sido el más elocuente de los escritores, como Tertuliano, ó el más elevado de los Obispos, como Nestorio, ó el más poderoso de los emperadores, como Constancio y Valente. Encontrad, si podéis, un hombre á quien la púrpura, ó el génio, ó el renombre de santidad haya servido de escudo contra los anatemas de la Iglesia, cuando ha osado rasgar con la herejía la inconsútil túnica de Cristo (1). La inmutabilidad es la raíz sagrada de la unidad, y esta

(1) Lacordaire. *Conferencia 29.*

es el secreto de la fuerza católica, es su corona, el hecho que el hombre no explica ni destruye. Tome el mundo el partido que quiera, ni la vida, ni la muerte se lo robarán al Catolicismo (1).

La cuestion del estado actual de este se refiere al exterior, á la sociedad, al aprecio que hace el mundo de la Iglesia, á quien lo debe todo. Entremos en el exámen de la cuestion, valiéndonos de la idea que nos suministra un hecho evangélico.

Entre las fiestas que celebraban los judíos, era una de las más solemnes la llamada de los Tabernáculos, en la que hacian memoria de la série de beneficios que habian recibido de Dios desde la salida de Egipto hasta su entrada en la tierra de promision. Jesucristo, que se presentaba públicamente en Jerusalem y en el templo en todas las solemnidades, cuando llegó esta, dice San Juan, lo hizo casi ocultamente, como de incógnito. Los judíos, acostumbrados á verle en semejantes ocasiones, se preguntaban unos á otros: ¿dónde está aquel? y habia murmullo, y se cuestionaba sobre él y sobre su doctrina (2). Todos los hechos evangélicos se reproducen en la historia del Catolicismo, perpetuacion de Cristo sobre la tierra, y este se reproduce ahora como el que más.

La sociedad, el mundo, que de la esclavitud y la barbarie ha pasado á la libertad y á la civilizacion bajo la egida del Catolicismo, iniciador del movimiento de regeneracion, y consumidor de la grande obra, celebra tambien con orgulloso aparato la fiesta de sus progresos, desenvuelve el cuadro deslumbrador de sus adelantos, publica con cien trompetas sus conquistas, é inventa cada dia nuevos medios de hacer ruidoso alarde de las

(1) Lacordaire, *Conferencia* 29.

(2) Joann. VII, II.

riquezas de su decantada civilizacion. A todos se convida para que se envanezcan de sus obras y recojan sus frutos, y reciban un título de honor; á la filosofía, á la ciencia, á las artes, á la industria, al comercio. ¿Y á la Religion? ¿Y al Catolicismo? ¡Ah, no! á él no se le convida, se prescinde de él, ó se le imponen condiciones que de ningun modo puede admitir: las de consentir en que se le tenga por institucion puramente humana, y de acomodarse á las exigencias de la filosofía moderna, de la política y de las pasiones; así como los parientes de Jesucristo segun la carne, no creyendo en su divinidad, le instaban á que subiese á la fiesta públicamente, y á que obrase en términos que atrayendo la gloria de los hombres, les diera á ellos mismos motivo para envanecerse al par de él (1). Ahora tambien, como entonces, se pregunta: ¿Dónde está aquel? Unos porque le creen vencido y desterrado de la sociedad; otros porque anhelan descubrirle para más y más conocerle, otros, en fin, porque quisieran abatirle, acabar con él como en aquella fiesta querian los Fariseos acabar con Jesucristo (2): y se habla, y se discute sobre su origen, sobre su mision, sobre su influencia y sobre su porvenir.

¿Dónde está, pues, el Catolicismo? ¿Qué lugar se le ha señalado? ¿Qué consideracion merece á la sociedad moderna? *¿Ubi est ille?* Al hacer esta pregunta, Señores, yo tiendo una mirada por el mundo; entro en las academias de los que se llaman sábios, y en los gabinetes de los que tocan con su mano los resortes de las naciones; pregunto á las artes y á la literatura, desciendo al seno de la sociedad doméstica; me introduzco en todas las

(1) Joann. VII, 3, 4.

(2) Id. id. I, 20, 32.

partes del gran cuerpo social, y no aparece á mi vista. Existe, sí existe, y presencia el banquete de la sociedad: veo en ella rasgos que me indican su influencia; pero no se descubre claramente. Está en el fondo, está casi oculto, como Jesucristo en el templo de Jerusalem. Oye que se disputa sin cesar sobre él, que hay una lucha continua entre los que le reconocen bueno, y los que le desprecian y le insultan, y permanece tranquilo como allá Jesucristo, afianzado en su carácter y en su poder divino.

La suerte del Catolicismo es siempre la misma de Jesucristo. Como éste, hace su tránsito derramando bienes, y como éste, recoge en premio la traicion, el insulto, el desprecio, la sentencia que le condena. Mientras la humanidad se ha reconocido enferma en su inteligencia, en su corazon y en sus intereses, le ha buscado, le ha pedido con instancia la salud: cuando ha creído haberla alcanzado, le desprecia, le desconoce y se aparta de él. Así obraron los diez leprosos que á voces le pidieron la salud, y á quienes curára Jesucristo subiendo á la fiesta de los Tabernáculos. Uno solo volvió para dar gloria á Dios, reconocido al beneficio; los nueve olvidaron al bienhechor, tan luego como recibieron la salud (1). ¿Es que la sociedad, que ha necesitado de la Religion para elevarse á la altura de la civilizacion, no la necesita para conservarse en ella? «Es un hecho pasado, se dice: ya no nos hace falta; las luces, los adelantos del siglo la hacen, cuando menos, inútil. El Catolicismo se queda atrás, nosotros pasamos adelante.» ¡Desgraciada sociedad, que te alejas del foco de la luz y de la vida! Tu suerte será la de la Sinagoga, que repudió á Jesucristo:

(1) Luc. XVII, 18.

Ecce relinquetur domus vestra deserta (1). Caerás piedra sobre piedra, pavorosas ruinas cubrirán tu suelo: como Babilonia destruida, serás la morada de las fieras y dragones (2), y ahullido que espanta, dirá sin cesar al caminante: hé aquí la obra del hombre; hé aquí la sociedad que no puso en Dios su ayuda, y confió tan solo en sus riquezas y en su vano poderío (3).

Descendamos, hermanos, al exámen más detenido de este estado del Catolicismo. Este exámen nos descubrirá el pago que le da el mundo. La filosofía, que al Catolicismo debe, segun la confesion de los mismos enemigos, el haber roto la cadena que la sujetaba á la tierra y no le permitia levantarse á la region del Infinito (4), la filosofía, que el Catolicismo encontró envuelta en los pañales de la infancia, y ha llevado á la perfeccion de la edad madura, desprecia ahora á la Religion, quiere sobreponerse á ella, pretende que se someta á recibir sus inspiraciones, y que se acomode á sus especulaciones. ¿No la vemos empeñada en someterlo todo á la razon y á los sentidos, y en negar la fe á cuanto no abarca en sus estrechos límites? ¿No la vemos negar el órden sobrenatural, porque no puede medirlo con su regla y su compás? ¿Qué es Jesucristo, Señores, qué es su historia? Preguntad á la Alemania filosófica y á los que siguen en nuestra pátria sus doctrinas. Jesucristo no ha existido, os dirán unos; su historia es un mito, es un ente ficticio, es una personificacion de la humanidad. Es un gran filósofo, os dirán otros, pero no un Dios (5).

(1) Matt. XXIII, 38.

(2) Jerem. LI, 37.

(3) Psalm. LI, 9.

(4) Voltaire, *Razon del Cristianismo*.

(5) Vide Perrone, *Tract. de Incarnat.*, p. 2, c. 1.

Es, os dirá unas veces el impío Renan, á quien hacen coro cien y cien voces de pretendidos filósofos, para quienes todo es axioma y certidumbre, con tal que sea contrario á la Religion Católica, es la originalidad más sublime y la conciencia más excelsa que jamás se haya revelado ni haya de revelarse en la humana naturaleza; el iniciador de la religion universal del género humano, que con razon le ha tenido por Dios (1): y otras veces, contradiciéndose groseramente, y acompañado en su contradiccion de los que celebran su obra, os dirá que es un pobre lugareño, ignorante de todo género de cultura griega y romana, extraño á las condiciones de la sociedad en que vivía, y que no tenia nocion alguna de su propia individualidad, ni de la existencia de una alma separada del cuerpo (2).

Preguntadles de Dios: os dirán, ó que no hay Dios, ó que si lo hay es un sér aislado, que no se cuida de nosotros, ó un sér á quien el hombre puede sujetar á su razon, ó una creacion ideal del hombre, ó en fin, que Dios es el mismo mundo. Es decir, os llevarán al ateísmo, al panteísmo, tal vez á la idolatría, diciéndoos con el impío antes citado, que el solo culto razonable y filosófico para la tierra es el culto del sol (3), y el Dios, por consiguiente, más propio de la tierra, el mismo sol. El hombre para ellos, es un sér puramente material, una bestia perfeccionada, y al mismo tiempo el Dios de la naturaleza, el soberano absoluto de la creacion, con sentimientos á la vez de ángel y de bruto. Lo que la Religion dice de él, es una ficcion hermosa que sirvió en otro tiempo, pero que ahora no merece sino una sonrisa

(1) Renan, *Vida de Jesus*, c. 5.

(2) Id. id., cap. 3.

(3) Id. id., 58.

de desdén. ¿Y la Religion de Jesucristo, la Religion Católica? Es una cadena que esclaviza. El hombre, dicen, es libre, y puede hacer de sí mismo lo que le acomode, sin temor de responsabilidad alguna, y adorar á Dios si le place, ó negarle sus homenajes. No debe haber más religion que la voluntad del hombre, su razon y sus pasiones. Yo no exajero, Señores, las ideas disolventes de la llamada filosofia moderna: por desgracia sus libros se enseñan como doctrina aceptable, han invadido todos los pueblos, andan en manos de la juventud, y si la brevedad de un discurso consintiera referiros pasajes de ellos, conoceríais con dolor, sin duda, la exactitud de mis palabras. Leed los escritos de los apologistas de la Religion, y allí lo vereis, y vereis tambien victoriosamente refutadas tan disolventes y pestíferas doctrinas.

Descendamos de las ideas á los hechos, y examinemos el concepto que merecen á los nuevos redentores de la razon y de las pasiones los sublimes preceptos de la moral católica, que practicados durante diez y nueve siglos, han producido esa multitud de héroes y de santos en todos los estados y en todos los pueblos, cuya superioridad nadie se ha atrevido á negar. ¿No se ha dicho, hermanos míos, que la doctrina de esos hombres ha corregido y mejorado la moral de Jesucristo? La caridad se ve desterrada, hasta en su nombre, de los libros y máximas de la impiedad. El egoísmo la sustituye para usurpar sus frutos y engalanarse con sus joyas. Si algo es preciso dar al hombre, lo hará la ley, la donacion forzosa, ó la filantropía, esa donacion interesada y egoísta, esa moneda falsa de la caridad (1). Es mejor dar que recibir, dijo Jesucristo (2); y la Iglesia lo ha repetido

(1) Chateaubriand.

(2) Act. Ap. XX, 35.

siempre, y al eco de esta palabra, el espíritu de abnegación y de sacrificio se apoderó del mundo, y realizó lo que hay de más admirable en todo el orden de las cosas humanas. La humanidad se vió socorrida, el pobre albergado, el enfermo asistido, el pueblo educado en lo que más le conviene saber. La Iglesia era una madre que repartía sus bienes entre sus hijos, y los alimentaba con la leche de la verdad y con el pan de la caridad. La filosofía y la impiedad han dicho: Mejor es tomar que dar, y han tomado, Señores, lo han tomado todo. ¿Para quién? ¿Para el pobre, para el desgraciado, para el pequeño, que son los representantes de Cristo entre los hombres? ¡Ah! la historia del protestantismo, y de la filosofía que de él ha nacido, y de las revoluciones y hechos que son su fruto, dice para quién, y vosotros lo sabeis: yo no necesito decirlo.

La castidad, esa bella flor del Catolicismo, que le dió tantos títulos de honor en todo tiempo, é introdujo la santidad en la familia y la severidad en las costumbres de los pueblos, ¿qué es en las doctrinas modernas, que pretenden para sí la dirección y gobierno del individuo, de la familia y de la sociedad? No se la quiere, hermanos; el libertinaje más desenfrenado debe sustituirsele, y el libertinaje se pasea por el mundo, se introduce en el santuario de la familia, y envenena el corazón del niño y de la doncella. ¿Quién no le encuentra á su paso, y le ve salirle al encuentro en el folletín, en la novela, en el libro, en la escena teatral, en los inmundos partos de la fotografía, envilecida para ser instrumento de prostitución? ¿Quién no ve sus conquistas y sus maléficos resultados, que destierran el candor de la juventud y la degradan; la santidad del matrimonio, y le roban la paz; que entronizan el sensualismo, y con él llevan la gangrena á todas las arterias del cuerpo social? ¡Ah! deten-

gámonos; el cuadro es desgarrador: *¿Ubi est ille?* ¿Dónde está el espíritu de Jesucristo, el Catolicismo, que un día ennobleció el matrimonio, purificó las costumbres, santificó el celibato, coronó la virginidad? *¿Ubi est ille?* Se ha escondido en el claustro. ¿Qué he dicho? Hasta allí le persigue la filosofía de la impiedad, que forma el espíritu del mundo moderno. Ni aun quiere que allí, ocultamente como Jesucristo, asista á la gran fiesta.

Entremos en el orden social. El Catolicismo lo perfeccionó todo en él. Enseñando la verdadera sabiduría, dando á la sociedad su carácter propio, ha suavizado el poder y ennoblecido la obediencia. Con él se vió nacer la verdadera libertad y afirmarse los tronos, que antes eran presa del más astuto ó del más osado, porque el reino de Dios ha sucedido á la dominación del hombre. A él se debe la mayor solidez de la autoridad, y la menor frecuencia de las revoluciones; á él se debe una legislación más noble y benéfica, un derecho político y un derecho de gentes, que nunca la humanidad podrá agradecer bastante. No son palabras mías, Señores, son confesiones de filósofos y de enemigos de la Religión, de Lamennais, de Rousseau, de Montesquieu (1). El Catolicismo con suave influencia lo ordenaba todo: el espíritu de caridad y de sacrificio principiaba en el trono, y extendía sus ramas hasta la cabaña del campesino. ¿Se conserva ese espíritu en las doctrinas modernas? ¿Se agradecen estos beneficios? No, Señores: es preciso, se dice, sacudir el yugo, y para ello se proclama una libertad absurda. Como los judíos, dicen de Jesucristo: *Nolumus hunc regnare super nos* (2). No se quiere el derecho de Dios, y se entroniza el derecho del hombre, que es

(1) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia*, p. 1, cap. 36.

(2) Luc. XIX, 14.

siempre la fuerza, y engendra la servidumbre; se desechan las leyes selladas y autorizadas con el nombre de Dios. ¿No se ha oído la risa del desprecio y del sarcasmo cuando en el palacio de las leyes se ha pronunciado este nombre sacrosanto?

El mundo lo ha recibido todo del Catolicismo; el progreso de las artes, de las ciencias, de la legislación, la civilización, en una palabra, y sin embargo, el mundo lo niega todo al Catolicismo. Vete, se le dice; sal de nosotros; nos quedamos con lo tuyo, nos quedamos con tus grandezas que nos has comunicado. Tú vete en la desnudez, no nos haces falta. Repito, Señores, lo que antes he dicho; no exajero. Si leéis por desgracia á Voltaire, á Kant, á Proudhon y á sus afiliados y plagarios, allí lo vereis. Para lograr el intento se le denigra, se le calumnia, se le cubre de baldon, se le ridiculiza, se rechaza su acción, se le estrecha en un círculo mezquino, se le condena á la inacción y á la impotencia, despojando á la Iglesia de todos sus derechos y de todos sus recursos. Ni en la región de las ideas, ni en la de los preceptos, ni en la de las ciencias, ni en el orden de la sociedad se le deja entrar. Todo se declara libre de su inspiración, independiente de su inspección y de su autoridad. Al menos se le dejará libre en su último recinto, en el templo, en el culto y en las conciencias. Se le dice, es verdad, que viva allí; pero ni allí se le quiere. ¿No se han hecho y se hacen esfuerzos para legalizar y entronizar la herejía y el cisma, á fin de desterrarle, si posible fuera? A él se le pide todo, y todo se le niega; nada se le consiente, y se quiere que lo consienta todo, que lo perdone todo, que cuando menos transija siempre y lo autorice todo.

¿De dónde esto, Señores? Escuchad á Lamennais: «Saben que la ley evangélica es santa, y esta es la cau-

sa por que les es gravosa; les inquieta, les atormenta, no pueden soportar su perfección, su luz que los deslumbra, su santidad que los humilla. Siempre en contradicción consigo mismos, hablan de razón y de virtud, y al mismo tiempo echan de menos la corrupción y las tinieblas del paganismo; sus solemnidades voluptuosas les agradan; es el crimen lo que buscan en el error. No perdonan la más mínima debilidad en los cristianos; se admiran de que, creyendo una religión tan pura y tan hermosa, sean todavía hombres. Si se les dice: practicadla vosotros y lo vereis; responden que es impracticable. Así es que si se les escucha, tan pronto no la quieren, y no la practican porque no pueden creer, y tan pronto no creen, porque no la pueden practicar. De este modo podrán evadirse y quedar á cubierto de los hombres, pero no de Dios. Él no ha dado en vano sus preceptos, y si el impío es libre en este mundo para violar esos preceptos, hay otro lugar donde, quiera ó no quiera, obedecerá (1).

Os he presentado, hermanos, un cuadro triste y desconsolador; pero no lo es, sino porque es exacto. La sociedad, al verse grande, al contemplar el vasto horizonte de su imperio, se ha llenado de orgullo, se ha creído dueña de todo, y como el ángel rebelde en el cielo, y como el primer hombre en el paraíso, no quiere reconocer la soberanía de Dios, y repitiendo el fatal *non serviam*, proclama la independencia absoluta de la razón humana. Esa revolución la inició el protestantismo, la desarrolló la filosofía del último siglo, y se afana por llevarla á su término la del siglo actual. ¿Qué fruto darán esas doctrinas si llegan á dominar en la sociedad? El que han producido siempre y están produciendo en los

(1) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia*, p. 1, cap. 36. *Beneficios del Cristianismo*.

individuos y en los pueblos que se alimentan de su sávia venenosa. El que siembra en carne, no recoge sino corrupcion, dice San Pablo (1); y esas doctrinas tienden á la sensualidad, al predominio de la materia sobre el espíritu. El que siembra vientos, cosecha tempestades, añade Oseas (2); y esas doctrinas no siembran en el individuo y en la sociedad sino el orgullo que hincha, enemigo de la paz y origen de revoluciones. Sembrando egoismo, no se coje fraternidad, sino fratricidio; el egoismo es esencialmente fratricida, y esas doctrinas divinizan el egoismo, proclamando la adoracion del *yo*. Todo se quiere de creacion propia; Dios, la religion, la ley. Yo veo á la sociedad moderna retratada en el pueblo hebreo, alimentado en el desierto con el maná del cielo, y que despreciándolo, pedia á voz en grito volver á la esclavitud y al vil manjar que tenia en Egipto (3). ¡Ay de la sociedad en su retroceso! ¡Ay de ella al separarse de Jesucristo! Cuando este se marcha, deja tras de sí el vacío, la corrupcion y la miseria (4).

Quando la sociedad le ha gritado: *Recede à nobis, scientiam viarum tuarum nolumus* (5); retírate, no queremos la ciencia de tus caminos, Jesucristo, retirándose, lleva consigo como un sol á sus satélites todos los medios de felicidad que habia traído al hombre. La fe, la esperanza, la caridad con Dios y con los hombres, la obediencia, la castidad, el espíritu de abnegacion y sacrificio, las virtudes todas del individuo y de la sociedad; y en medio de ese vacío se levantan espectros mil, que se

(1) Gal. VI, 8.

(2) Oseæ VIII, 7.

(3) Num. XI, 5.

(4) Lamennais, *Ensayo*.

(5) Job. XXI, 14.

sucedan unos á otros. La desmoralizacion, el fraude, el pauperismo, la revolucion, la anarquía, proclamándose soberanos, y pidiendo un servicio, un homenaje, que se les dijo les era debido de derecho. ¿No es esto lo que vemos en toda sociedad separada del Catolicismo? ¿Quién reina en el individuo, en la familia y en la sociedad, hambrientos todos de libertad, de riquezas y de goces, y no levantando el espíritu más allá de la atmósfera de los sentidos? ¿No es el egoismo? De todos los poros del cuerpo social sale una voz que dice: egoismo; emancipacion religiosa; derechos del hombre; soberanía de la razon. Hé aquí el origen del mal estar social, de la agitacion y desbordamiento de las pasiones, de la ruina del individuo y de la sociedad.

En vano se entregarán los llamados filósofos á la discusion de cuanto se les presente capaz de llenar el inmenso vacío, y de apagar la insaciable sed que les devora; en vano la filosofía y la política inventarán y multiplicarán los sistemas de soñada regeneracion. Obra del hombre, llevarán el sello de la debilidad, de la impotencia y de la muerte. Hijos del egoismo y del orgullo, no engendrarán sino division y desórden. Mientras el corazon esté enfermo, la sangre de las arterias llevará la enfermedad á todos los miembros del cuerpo, y nada será capaz de detener el movimiento de decadencia y disolucion que se hace sentir tan dolorosamente. El egoismo y el poder de la materia dominarán al espíritu debilitado. Los progresos de las ciencias humanas no derramarán la luz sobre el destino del hombre. La filosofía no dará satisfaccion á las grandes necesidades del espíritu y del corazon, ni le conducirá á donde solo puede llevarle la fe con la caridad. La política, fundada en la dominacion del hombre sobre el hombre, nunca llegará á la verdadera y noble libertad. El desarrollo de la riqueza material no

será sino el signo de la pobreza moral, y por efecto de una de esas leyes eternas que rijen el mundo moral, la sociedad oscilará entre los excesos del poder y los excesos de la libertad licenciosa.

Y bien, hermanos, ¿dónde está el remedio? En Dios, en Jesucristo, en el Catolicismo. A él debemos volver sinceramente para recobrar la paz y la felicidad.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

SEGUNDA PARTE.

Si el aislamiento del hombre y de la sociedad, reducidos á sí mismos al separarse de Jesucristo, es el principio de sus males, el retorno á Dios y á su Religion será el principio de su curacion y de su felicidad. Es un hecho que acredita toda la historia. Y notad, Señores, que Jesucristo no espera á que se le busque. Pastor amante de la oveja que se aleja de su redil, y padre que se desvela por sus hijos, sale á su encuentro y les dice por el Profeta: Venid á mí, escuchadme y vivirá vuestra alma, y haré con vosotros un pacto estable con misericordia firme y eterna (1).

Recordad lo que al principio os dije de la fiesta de los Tabernáculos, á la que Jesucristo asistió ocultamente. Cuando llegó el último dia de ella, dice San Juan, se puso de pié en medio del pueblo, y exclamó, levantando la voz para hacerse oír de todos: «Si alguno está sediento, venga á mí y beba. El que crea en mí, verá cumpli-

(1) Isai. LV, 3.

do lo que dice la Escritura: de su seno brotarán rios de agua viva (1). Esto que dijo entonces á los judíos, lo dice en todo tiempo á todos los pueblos que, en medio del festín de su pretendida grandeza, sienten el mal estar y la angustia del desorden, y se lanzan, arrastrados por sus insaciables deseos, al abismo de la corrupcion y de las revoluciones. Jesucristo, que no quiere abandonar su obra, y ha prometido estar con nosotros hasta la consumacion de los siglos (2), la penetra por do quiera, y valiéndose de los mismos medios con que ella quiere alejarse de él, la dirige, la gobierna, y se le descubre cuando menos lo espera. Dios, hermanos míos, es la pesadilla del impío; la Religion es el fantasma, el espectro que persigue á la sociedad prevaricadora; y el mismo afán con que se repite: «No hay Dios, no queremos Religion,» es, dice Lacordaire, el gran argumento que prueba su existencia, su presencia, su influjo, y la imposibilidad de desterrarle totalmente (3).

Pero no todos los que se alejan de Dios le aborrecen. Hay muchos, la mayor parte, que conocen la necesidad que tienen de él y de la Religion; pero como los israelitas en otro tiempo quisieran amalgamar el culto de Dios con el de Baál (4), el Catolicismo con las pasiones, é inventan un cristianismo acomodaticio, un cristianismo sentimental, al que nada responda en la esfera de la inteligencia subordinada á la fe, y de los sentidos sometidos á la ley y á la mortificacion de las pasiones; un cristianismo que se someta á su razon, á su interés y á su política. Empresa inútil y ridícula. No es del hombre

(1) Joann. VII, 38.

(2) Matth. XXVIII, 20.

(3) Lacordaire, *Conferencia* 26.

(4) III Reg. XVIII, 21.

reformular la obra de Dios, y no es posible, dice el Apóstol, enlazar á Cristo con Belial, ni la luz de la fe con las tinieblas de la razon entregada á sí misma (1). La ignorancia en materia de religion, más comun y general de lo que se cree por el sistema actual de educacion, es tambien en otros causa de la indiferencia, de la incredulidad y de la separacion de Jesucristo; y este se compadecede de la sociedad, víctima de esta ignorancia, y le sale al encuentro extendiendo sus manos y haciendo oír su voz, dice Isaías, á un pueblo que no cree, y porque no cree, le contradice (2). La Iglesia Católica llama tambien en nombre de Jesucristo, multiplicando sus esfuerzos para atraer á los que se desvian, y comunicarles las aguas de vida eterna que en ella depositára su divino Fundador.

Permitidme citaros otro hecho evangélico. Dos discípulos de Jesucristo, que imbuidos en la falsa creencia comun entre los judios, de que el Mesías habia de ser un rey temporal, que devolviese su grandeza al pueblo de Israel, viendo que no se cumplia lo esperado al tercer dia de la crucifixion y muerte del Salvador, marchaban tristes á su aldea de Emaús. Jesus, en traje de peregrino, se acerca á ellos para detenerlos en su alejamiento de Jerusalem, y librarles de la angustia y tristeza que se habia apoderado de sus corazones. Para ello les pregunta la causa de su tristeza, reprende su incredulidad, y les explica, dice San Lucas, todo cuanto de él habian dicho los Profetas, empezando por Moisés (3). Lo que hizo Jesus con aquellos hombres, es lo que hace la Iglesia en todo tiempo, y lo que como ministro suyo he hecho yo

(1) Isai. LXV, 1.
 (2) Rom. X, 20, 21.
 (3) Luc. XXIV.

en estos dias. Os he explicado el plan del Catolicismo, presentándoos al hombre en su creacion y en su caida, en sus esperanzas y en su regeneracion, presentándoos á Jesucristo que le renueva con su gracia y con sus Sacramentos, y á la religion divina, que regenera y da el orden, la paz y la felicidad á los pueblos. Tal es la conducta de Dios y de su Iglesia. ¿Cuál debe ser la del individuo y de la sociedad, poseidos de la inquietud, de la turbacion y la tristeza? La de los discípulos de Emaús.

Al llegar á su aldea, obligaron á Jesucristo, aunque no le conocieron, á quedarse con ellos, porque les encantaba su palabra y encendia llama ardorosa en sus corazones. *Mane nobiscum, Domine*, le dijeron (1). Dichoso el hombre, feliz el pueblo que, oyendo la palabra católica, dice tambien: «Quédate, Señor, con nosotros.» Dichoso, Señores, porque si Jesucristo permanece en él con su doctrina y sus Sacramentos, le conocerá en la fraccion del pan, como le conocieron aquellos. Es decir, conocerá la divinidad de la Religion en las bendiciones que alcanzará por ella, en la reforma de las costumbres, y en la fraccion del pan; esto es, en la caridad, que todo lo sacrifica por el bien de todos, y en los beneficios de orden, de paz y de armonía que esto le producirá infaliblemente. Por ello decia Jesucristo en la fiesta de los Tabernáculos: «Mi doctrina no es mia, es decir, no es de un puro hombre como vosotros me creéis, es del que me ha enviado, es de Dios. El que se decida á hacer la voluntad de mi Padre observando esta doctrina, conocerá por experiencia que es de Dios, y como tal eficaz para el bien y la perfeccion (2).» La Religion es la palabra de Dios, la vida de Dios co-

(1) Luc. XXIV, 29.
 (2) Joann. VII, 16, 17.

municada al hombre, y la eficacia de su acción es infalible: sentirá el mundo su influencia, y se verá renovado en su espíritu por el espíritu de Dios (1).

Continuemos la aplicación del hecho de Emaús. Aquellos hombres, dice el Evangelio, en cuanto conocieron á Jesucristo, que desapareció de repente, se levantaron y volvieron á Jerusalem, contando á los Apóstoles lo que les había sucedido; se unieron á ellos, y recobraron la alegría y la paz que perdieron al dejar aquella compañía (2). Allí de nuevo se les aparece Jesucristo como á los demás, y les dice: «La paz sea con vosotros.» (3) Hé aquí, Señores, el único remedio á nuestros males, el único medio de recobrar la paz y la felicidad; el retorno sincero y pronto á la Religión, porque ella es la única que puede darla como Jesucristo.

La felicidad, os he dicho otras veces, es la paz, el orden, la armonía de las partes enlazadas entre sí y en sus relaciones con el todo; esta no existe entre el hombre y el hombre, si no existe entre el hombre y Dios; no existe en la sociedad, si no está formada sobre el modelo de la sociedad divina de la Trinidad augusta, sobre el modelo de la sociedad del Padre con Jesucristo, sobre el modelo, en fin, de la sociedad de Jesucristo con los hombres por la Iglesia. La sociedad necesita un lazo formado por la unidad de ideas, de sentimientos y de acciones, y este solo se encuentra en el Catolicismo. Necesita de la caridad, que hace hermanos á los hombres y mata el egoísmo, que mueve al rico á alargar su mano abriendo su corazón al pobre, y á este á devolverle el amor y la bendición, que une las voluntades, perdona las ofensas,

(1) Psalm. CIII, 30.

(2) Luc. XXIV, 33.

(3) Joann. XX, 19.

inspira el sacrificio, y lleva el remedio posible á todos los males. La fuente de la caridad solo la posee el Catolicismo.

Este enseña al hombre sus derechos y sus deberes, sin exajerar los unos para deprimir los otros, y divinizando la autoridad, ennoblece y santifica la obediencia. Él dirige las costumbres, y con la humildad hace iguales á los hombres, y con la castidad los hace santos. Él, fijando en la fe una base sólida é indestructible, y haciendo de ella un centro sublime y divino, convida al hombre á apoyarse en ella para levantar el grande edificio de su progreso intelectual y moral, sin que sea oprimido por la enorme pesadumbre de la materia. Él, en fin, haciendo al hombre hijo de Dios, y á la sociedad pueblo de Dios, dando á todos un mismo padre, una misma esperanza, un mismo amor y una misma herencia, hace de los hombres una sola familia, que estrechada con lazo divino, marcha á su término con paso firme y seguro. Esta es la obra del Catolicismo; sus mismos enemigos, cuyos testimonios he invocado más de una vez, lo han confesado y hacen la apología de la Religión, que se propusieron destruir con sus doctrinas. Otros, después de ellos, lo han confesado también, y han proclamado el retorno á la Religión como la primera necesidad del siglo presente. Es que la historia y la experiencia hacen conocer que ella sola puede salvar al individuo y á la sociedad. Escuchad á algunos de ellos.

«Mientras que el paganismo no ha podido sufrir ni un momento el exámen de la razón, el Cristianismo subsiste después que Descartes ha sentado el fundamento de la certeza, después que Galileo ha descubierto el movimiento de la tierra, y Newton la ley de la atracción; después que Voltaire y Rousseau han derrocado los tronos; y toda política sábia, sin juzgar sus dogmas, que

no tienen mas juez que la fe, desea que subsista y se perpetúe. Hablad, pues, al pueblo como habla la Religion.» (1) Es Thiers quien esto dice. Dumas tambien, al par que desea el progreso de la instruccion y de la educacion científica, añade que «no debe descuidarse el desarrollar y fijar en las almas el sentimiento religioso profundo, y ese sentido moral, recto y elevado, que inspira el deseo del bien, porque la perfeccion moral es el mas bello adorno del alma sobre la tierra.» (2) Oigamos á otro de los filósofos modernos, Mr. Cousin. «No titubeemos en decirlo: sin la Religion, la filosofía, reducida á lo que puede sacar con gran trabajo de la razon natural perfeccionada, se dirige á un número bien corto de personas, y corre mucho riesgo de quedar sin eficacia sobre las costumbres y sobre la vida; la alianza, pues, de ambas, es natural y necesaria; natural, por el fondo mismo de las verdades que ambas reconocen; necesaria, para el mejor servicio de la humanidad.» (3) Concluamos estos testimonios con el de otro hombre célebre en nuestros dias, Mr. Guizot. «¿Cuál es, dice, en el fondo y religiosamente hablando, la gran cuestion, la cuestion suprema que actualmente preocupa los espíritus? Es la cuestion puesta entre los que reconocen y los que niegan un orden sobrenatural, cierto y soberano, aunque impenetrable á la razon humana: la cuestion, llamando las cosas por su nombre, entre el sobrenaturalismo y el racionalismo. De una parte los incrédulos, los panteistas, los escépticos de toda clase, los puros racionalistas; de otra parte los cristianos. Entre los primeros, los mejores dejan subsistir en el mundo y en el alma humana la es-

(1) Thiers, *De la propiedad*.

(2) Dumas, *Discurso para el ingreso de las Facultades de Lyon*.

(3) Cousin, *De lo verdadero, lo bueno y lo bello*.

tátua de Dios, si se me permite esa frase, pero la estatua solamente, una imágen, un mármol; el verdadero Dios no está allí. Los cristianos son los únicos que tienen al Dios vivo, y este Dios es el que necesitamos. Es necesario para nuestra salud, para nuestra felicidad presente y futura, que la fe en el orden sobrenatural, que el respeto y sumision al mismo orden vuelvan á entrar en el mundo y en el alma humana, en los grandes espíritus y en los sencillos, en las regiones mas elevadas como en las mas humildes.» (1)

Así hablan, Señores, hombres que por cierto no tienen la nota de fanáticos y preocupados, pero que no pueden menos de rendir homenaje á la verdad, que la historia y la propia experiencia les enseñan, y que por lo pasado y lo presente juzgan del porvenir. Ellos saben que la Religion hará siempre lo que ha hecho hasta ahora. Vuelva, pues, la sociedad al Catolicismo, vuelvan á él el individuo y la familia, y si el mundo se hace sinceramente cristiano, la marcha ascendente de la civilizacion verdadera hija de aquel, le llevará á su glorioso destino. Si desaparece la division que aleja de Dios, el espíritu de caridad preparará la paz, la felicidad, y la unidad prometida por el Hombre-Dios (2), y no se verá ese escandaloso divorcio de la fe y de la ciencia, de la Religion y de la filosofía, y de las sectas y partidos que rompen la unidad religiosa y la unidad social. La caridad se traducirá en las leyes para mejorar la suerte de los que sufren; la ciencia y la industria marcharán adelante en el camino de sus conquistas, sin ofender la pureza del alma humana; el orden tendrá en el respeto á la

(1) Guizot, *Meditaciones y estudios morales*.

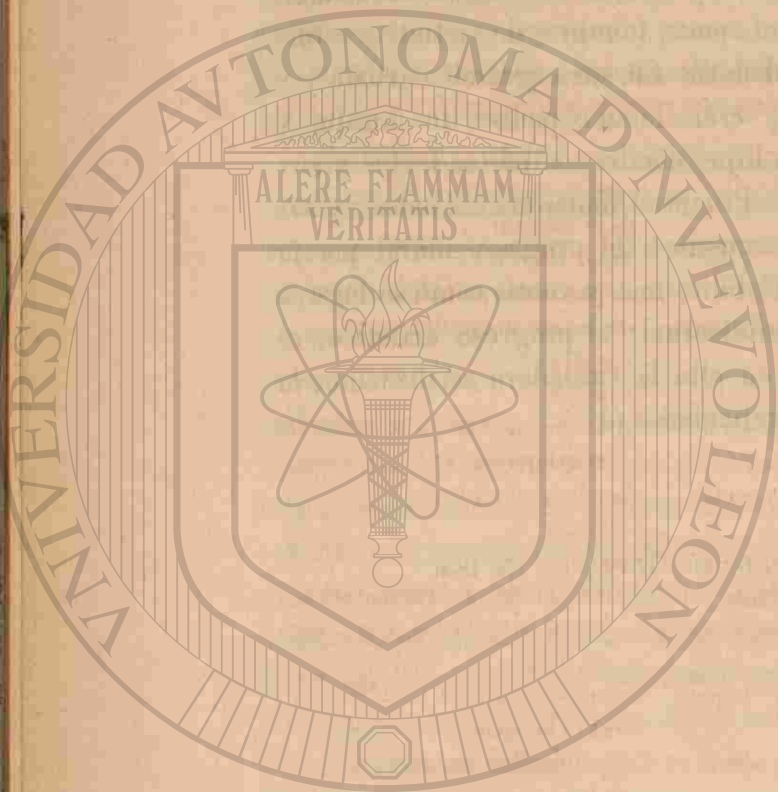
(2) Joann. XVII, 11; 22.

autoridad y en el sacrificio voluntario, mas garantías de las que puedan darle las mejores leyes; y el mal, que nunca es completamente vencido, que nunca está totalmente desarmado, que siempre presenta batalla al bien, será combatido con eficacia, y una grande época de paz y de ventura principiará para el mundo, renovado por la fe y por la caridad católica.

He llegado, Señores, al término de mi mision. No creo haberla llenado cual debía y vosotros teniais derecho á esperar. Perdonadme. Era empresa demasiado grande para mis débiles fuerzas. Quiera Dios que esto no influya en descrédito de la doctrina católica que me propuse presentar á vuestra vista. Para que no suceda así, permitidme parodiar, casi copiar lo que al concluir, con mas gloria de la Religion y suya, en una série de sus admirables conferencias, decia á sus oyentes un elocuente orador de la nacion vecina. «Tal es, Señores, la doctrina del Catolicismo: yo la entrego á vuestra meditacion, pidiéndoos que mediteis al mismo tiempo una gran resolucion. El verdadero progreso humano, la verdadera civilizacion es la perfeccion del hombre en todo su sér y en todas sus relaciones con Dios y con la sociedad. Sin esto, hágase lo que se quiera, todo marcha á la decadencia en el entendimiento, en el corazon, en la familia, en la sociedad, en el arte y en la ciencia. Con esto, y por este medio, todo se engrandece, todo se eleva, todo marcha en el órden, en la armonía á la conquista de su destino, á la felicidad. La virtud es verdad que no enseña la ciencia, pero infunde al hombre lo que le hace ir muy lejos en el camino de la ciencia, el sentido de lo verdadero y las grandes elevaciones del alma. La virtud por sí misma no enseña las artes, pero desenvuelve en el hombre lo que prepara las maravillas del arte: el sentido de lo bello y el entusiasmo por las cosas grandes. La vir-

tud por sí misma no enseña la política, ni la legislacion, ni la administracion; pero da al hombre lo que forma los grandes legisladores, los verdaderos hombres de estado; el sentido de la justicia, y la total consagracion al bien de la humanidad. Sed, pues, hombres de virtud, y sereis bien fácilmente verdaderos filósofos, grandes artistas, y hombres de Estado; sereis buenos padres de familia y esposos fieles; sereis hijos dóciles, súbditos leales y superiores respetables. Procurad fomentar en todos, y sobre todo en vosotros mismos, el progreso moral por la práctica sincera del Catolicismo, y vereis cómo se logra á la vez el progreso intelectual, el progreso artístico, el progreso social, y con ello la verdadera civilizacion, la paz, la santidad, la felicidad.» (1)

(1) P. Félix, *Conferencia 6.ª sobre el Progreso*, año 1856.



ERRATAS DEL TOMO 2.^o

Hecha ya la impresion de la Obra, se han notado las erratas siguientes, que conviene tener presentes para la lectura exacta del texto.

Pág.	Línea.	Léese.	Debe leerse.
9	49	el eslabon	es el eslabon
14	16	habia de nacer	habia de crecer
82	43	del principio	depende del principio
84	3	de la sensacion del sentido	de la sensacion, del sentido
107	45	envia	enviarás
116	40	con Dios	como Dios
118	3	del egoismo en la sociedad cristiana, cuya	del egoismo, en la sociedad cristiana, cuya
125	44	les doy; sea una prueba	les doy, una prueba
128	44	mi gracia	mi guía
170	12	cienci	ciencia
182	9 10	como la del mundo, sino como la de Dios, como la de Jesus	como la da el mundo, sino como la da Dios, como la da Jesus
190	22	eterno y esencial, modelo	eterno y esencial modelo
212	2	existe, si existe	existe si, existe
213	4	espanta, dirá sin cesar	espanta dirá sin cesar
225	97	Padra	Padre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

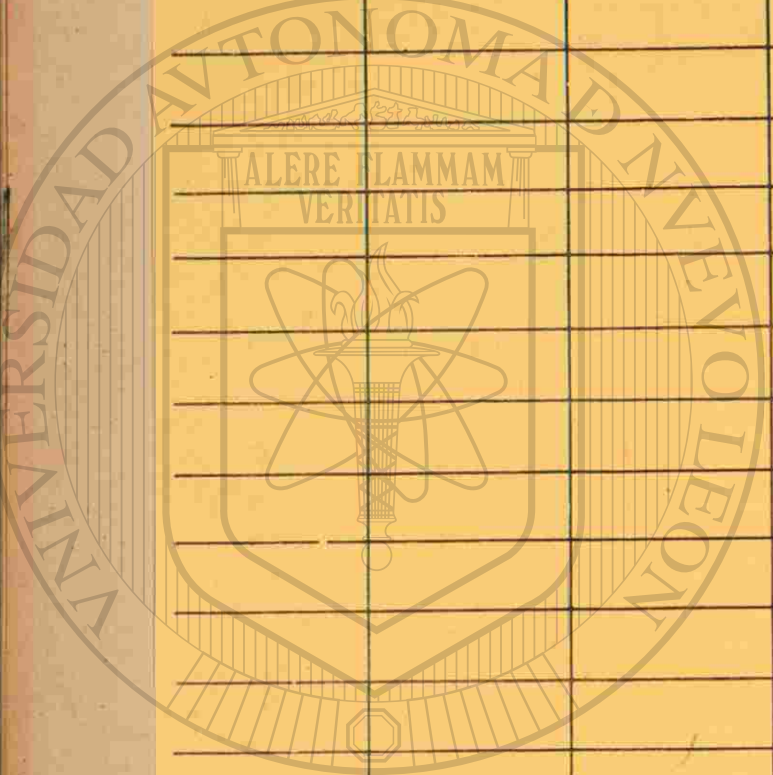
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALFONSINA

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BT306
.49
J4
v.2 45245
AUTOR
SANZ Y FORES, Benito.
TITULO
Jesucristo en el evangelio y en la
sagrada eucaristía su influencia.
FECHA DE VENCIMIENTO NOMBRE DEL LECTOR

U
A
N
L
R

